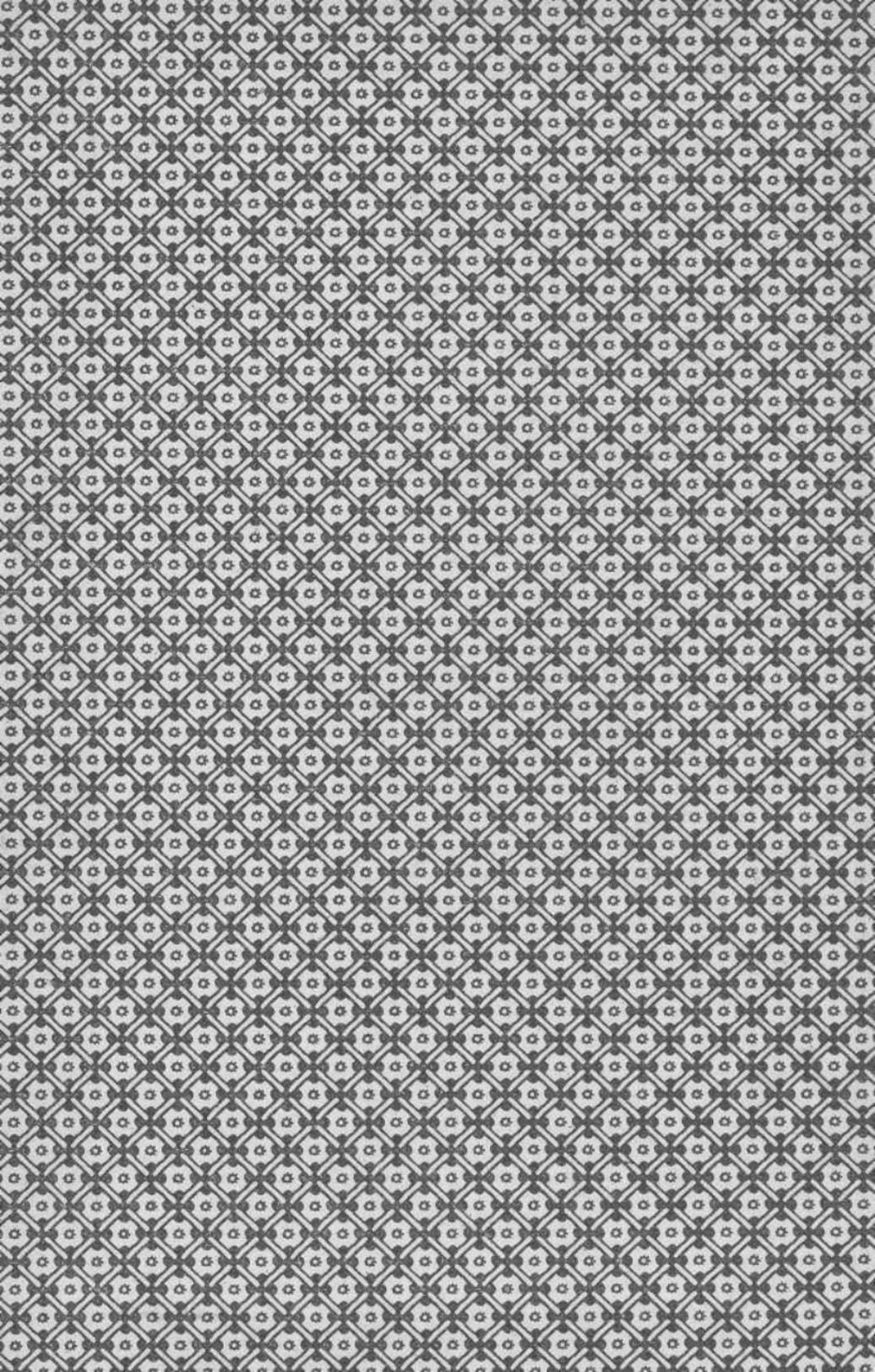
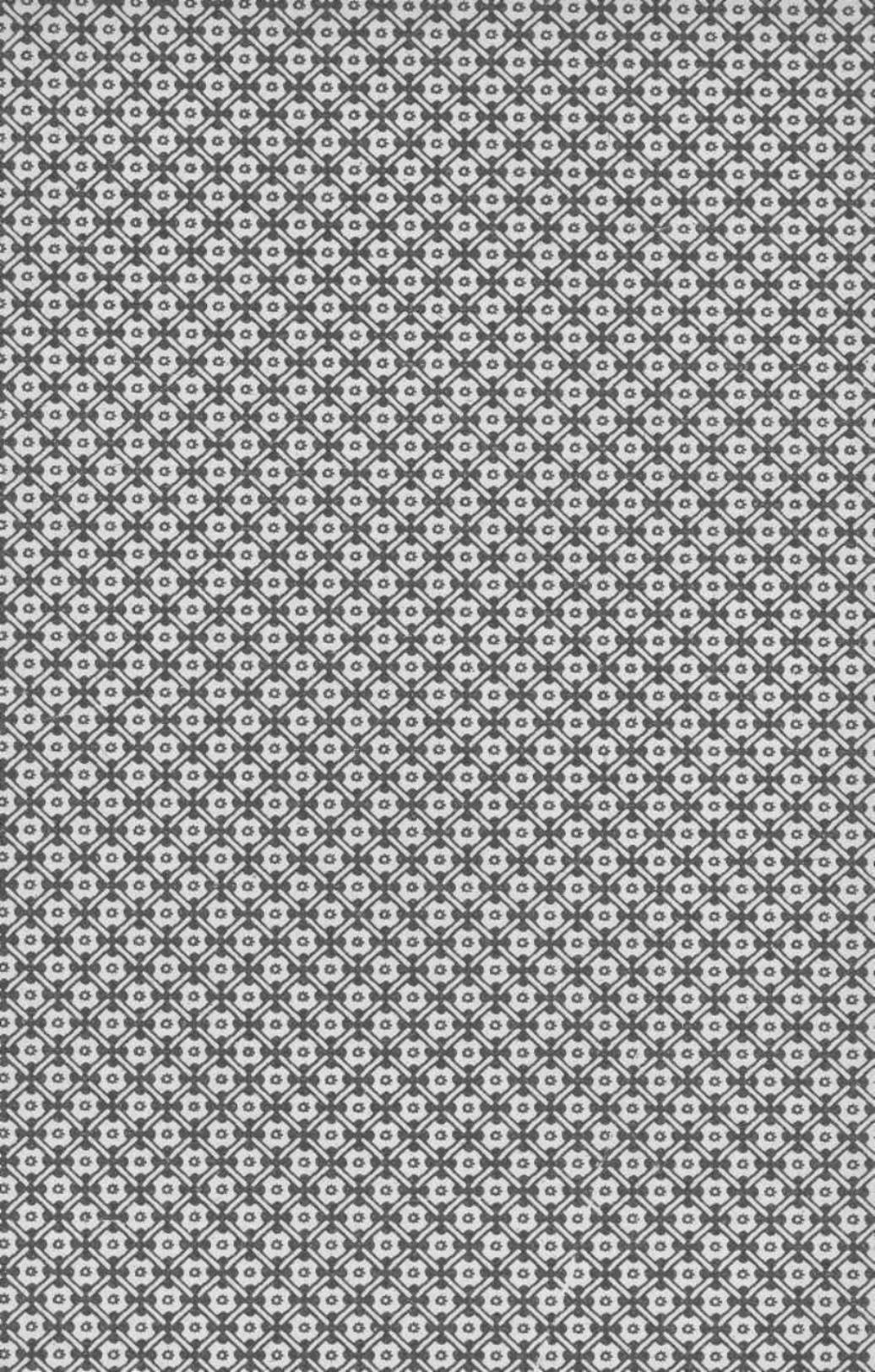
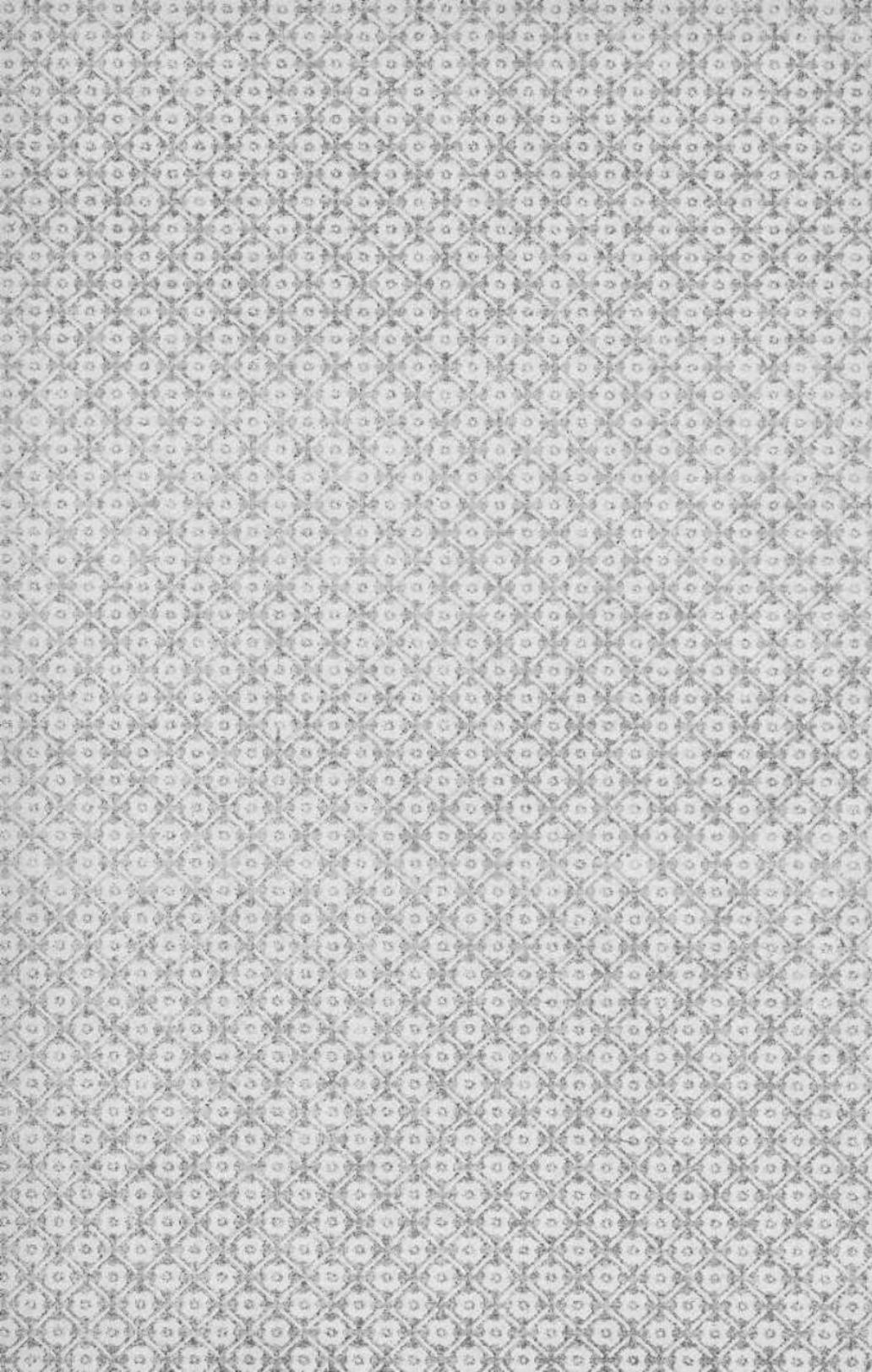


9







2
16 B-2404 No 4559

EL PAPA Y ESPAÑA

POR

DON ANTONIO FERNÁNDEZ VÍTORA Y ENSOLVE,

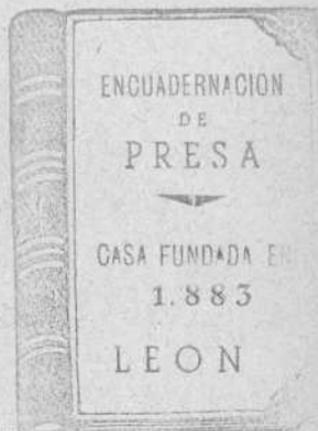
LICENCIADO EN SAGRADA TEOLOGÍA,

CURA PROPIO QUE FUÉ

DEL SEÑOR SANTIAGO DE LA CIUDAD DE HUÉSCAR, Y VICARIO

ECLESIAÍSTICO INTERINO DE LA MISMA, HOY CANÓNIGO

DE LA SANTA IGLESIA CATEDRAL DE LEÓN



MADRID

IMPRENTA DE A. RUIZ DE CASTROVIEJO

23 — CALLE DE LAS MINAS — 23

—
1890

N.º 5442
R. 6134 (B. 2000)

ES PROPIEDAD DEL AUTOR

Á LOS EXCMOS. SEÑORES

DON VENANCIO GONZALEZ,

MINISTRO DE HACIENDA,

Y

DON ALEJANDRO PIDAL,

EX-MINISTRO DE FOMENTO



EXCMOS. SEÑORES:

La amistad que nos une á Vds. y la que Vds. se profesan recíprocamente, como también otras causas, que después indicaremos, nos han movido á dedicarles nuestro libro *EL PAPA Y ESPAÑA*, trabajo que nosotros quisiéramos fuera proporcionado á sus talentos; nuestra buena voluntad suplirá la pequeñez del nuestro, como también vuestra bondad, nobleza é hidalguía bien probadas.

Y en cuanto á V., nuestro amigo y paisano D. Venancio, además de las razones indicadas para la dedicatoria, hemos tenido presente otra, y es la para nosotros interesante circunstancia de haberse hecho estos trabajos en nuestro pueblo natal; y, por lo tanto, queremos

lo considereis como un buen recuerdo á la memoria de la fe inmaculada y piedad profunda de vuestros padres Alfonso é Isabel (q. e. p. d.); pues gloria muy grande es para un hijo el haber sido engendrado por padres católicos, y mayor todavía, el seguir su ejemplo. Esperamos, por lo mismo, que muy gustoso aceptaréis este pequeño recuerdo, que será grande, si solamente lo leéis una vez, como en particular sufragio de aquellos dos seres tan queridos que, por gracia de Dios, os dieron el sér.

Y en cuanto á V., señor D. Alejandro, aunque deslumbrado por los tan intensos, refulgentes y extraordinarios resplandores que á torrentes difunden todas y cada una de las páginas de su tan gloriosa historia católico-político-social; aunque muy asombrados por la gigantesca talla de su figura en materias filosófico-teológicas y político-sociales; prescindiendo de todos sus grandilocuentes discursos en el Congreso español, apologéticos de los dogmas del Catolicismo, de su moral, de sus Papas y sus Obispos, pronunciados con toda la valentía y poderío que al alma, al corazón y á la palabra dan la fe, el convencimiento íntimo de la verdad y una conciencia inmaculada; prescindiendo, repetimos, de todo lo enunciado, y además de todos aquellos sus discursos en academias, círculos y ateneos, todos ellos sembrados de perlas y diamantes literarios... basta solo el más ligero recuerdo, cual fugitivo perfume de una flor, de aquel su discurso, traducido hoy casi á todas las lenguas é idiomas conocidos, pronunciado, con admiración

y asombro hasta de sus mismos enemigos, en el primer Congreso Católico Español, celebrado en la Capital de los reinos de España, en los últimos días de Abril y primeros de Mayo último...; basta, repetimos, solo el más pequeño recuerdo de aquel su discurso, de inmarcesible corona de gloria, de justo y unánime veredicto de sus profundos conocimientos en la más alta y encumbrada de las ciencias, en la Teología Católica, madre, señora y reina de todas las ciencias; basta, sí, para que sea un motivo el más poderoso, una causa la más justa y legítima, para dedicarle nuestro libro EL PAPA Y ESPAÑA, como debil prueba del respeto y profunda veneración que nos merece, como uno de los pensadores católicos más profundos, al que, en el firmamento del saber humano, consideramos, *por justicia*, como hermosa y muy radiante estrella de primera magnitud. ¡Gloria imperecedera é inmortal corona á los grandes genios que, lejos de prostituirse por el orgullo y vanagloria, se postran y humillan ante Aquel *en el cual vivimos, nos movemos y somos!*

Dispénsenos V., nuestro querido amigo D. Alejandro, hayamos permitido á nuestro corazón latir por unos momentos, al natural goce que se experimenta, siempre que, sin pasión, y solo por ensalzar á Dios en sus criaturas, damos omnímoda libertad á sus sentimientos, compellidos por la misma realidad de las cosas, que con fuerza omnipotente se apodera de todo nuestro sér. Ni V. ni nosotros somos cedros corpulentos y añosos del Líbano;

¡pero sí débiles pajas, de las que el más ligero viente-cillo se burlará irresponsable y nos llevará en breve plazo al sepulcro! Y... basta.

Ahora solo nos resta una súplica, pero una súplica del corazón amigo, del corazón amantísimo de sus amigos, del corazón de padre que, castigando duramente á sus hijos, solo sabe latir por el amor más noble, más generoso y desinteresado; una súplica, sí, y es que, si al hablar del Santo Padre León XIII, prisionero en jaula de gigante, y de nuestra amada España, la nación más católica del mundo, la nación, seminario de sabios, Santos y mártires, la nación perla preciosa y florón radiante de gloria de la Iglesia Católica, empleamos algunas frases ó calificativos algo duros, ténganse estos empleados en contra de los errores; pero no, no, y mil veces no, en contra de las personas. ¡Odiamos, sí, detestamos, execramos y maldecimos los pecados, pero no á los pecadores, vengan de donde vinieren, y piensen como pensaren! En toda nuestra obra, ni un solo momento olvidaremos aquel precepto tan hermoso como divino: «Amad á vuestros enemigos, y haced bien á los que os aborrecen.»

Concluiremos cual principiámos.

Excemos. Señores D. Venancio González y D. Alejandro Pidal: La amistad que á Vds. les une mutuamente, y la que á nosotros nos une con Vds., juntó con sus relevantes prendas, estas, estas, y no otras, son las verdaderas causas que nos han movido á dedicarles nuestro

libro EL PAPA Y ESPAÑA : acepten Vds. ese nuestro recuerdo, como debil prueba del muy sincero amor que les profesamos.

De VV. EE. muy atento amigo, seguro servidor y capellán,

Q. B. V. M.,

*Antonio Fernández Vitoria
y Ensalve.*

Lillo 15 de Noviembre de 1889







PRÓLOGO



Contestación á un suelto de LA UNIÓN CATÓLICA



ABIENDO dado á leer el presente libro á nuestro buen amigo D. Juan Almela, Director interino de *La Unión Católica*, dijo este periódico en el número 692, que corresponde al 20 de Septiembre último, lo siguiente :

« *Un libro de actualidad.*—Hemos tenido la muy grande satisfacción de hojear y leer con alguna detención el libro titulado *El Papa y España*, que muy en breve publicará el Presbítero D. Antonio Fernández Vítora, Canónigo de la Santa Catedral de León; y por su materia, por los asuntos de actualidad de que en él se ocupa, y buen gusto literario, nos atrevemos á asegurar que tendrá el mejor éxito y que ha de causar muy honda impresión, y tal vez algún disgustillo á algunos de los actuales señores Ministros del Gobierno español, pero muy

especialmente al de Hacienda, Sr. D. Venancio González, paisano y amigo del autor.

»Damos la más cumplida enhorabuena al amigo de D. Venancio, al paisano del excelentísimo señor Ministro de Hacienda, al Canónigo de León, D. Antonio Fernández Vítora y Ensulve, y solo nos permitiremos rogarle retire la primera de las dos dedicatorias de su libro, pues nos parece una mezcla de... lobos y corderos.

»Tampoco nos parece bien que haga la primer tirada del libro de solo quinientos ejemplares, número corto en atención á los gastos editoriales; pues aunque los venda á peseta, según nos ha manifestado, apenas podrá cubrir los gastos de impresión: haga, pues, más numerosa la tirada, ó sea su precio más de una peseta, puesto que, según nuestro juicio, ha de constar de más de 300 páginas en el tamaño ordinario que se da á esa clase de trabajos.

»Los que deseen obtener el dicho libro, lo pondrán en conocimiento del señor Administrador de nuestro periódico.»

Ante todo, damos las gracias á tan caro amigo, que, á nuestro modo de ver, nos tributa elogios inmerecidos; pero que, así y todo, los recibimos humildemente y no tenemos reparo alguno en hacer pública nuestra gratitud, porque de corazones nobles y bien nacidos es corresponder con creces á los plácemes y felicitaciones que, por cualesquiera causa, se nos otorgan.

Leído nuestro libro á la ligera, parece efectivamente que nos proponemos disgustar en algún tanto á los Exemos. Señores que hoy componen el Gobierno español, y muy particularmenté al Sr. Ministro de Hacienda,

nuestro amigo y paisano; pero no es ese nuestro propósito, y muy lejos esté siempre de nosotros semejante idea: lo que hay, sí, es que tan respetable señor tiene en política un criterio enteramente contrario al nuestro, al menos así lo creemos nosotros, y.... sirva de ejemplo; tan digno señor Ministro, oyendo hablar de la escasez de clero que se nota en todas las Diócesis de España, conviniendo él en esa escasez y, queriendo proveerla, podría proponer hacer *cuatro ó seis* de cada *uno* de los sacerdotes; cuyo sabio y leal entender, de modo alguno podríamos aprobar nosotros; entiéndase bien que esto lo decimos tan solo hipotéticamente, pues nos creemos que el Sr. D. Venancio está en su más completo juicio, y que, por ende, es católico apostólico romano, como lo fueron todos sus ascendientes. Repetimos que esto lo decimos en hipótesis, y... nada más.

Conste, pues, que si á D. Venancio le disgustan algunas de las cosas que en nuestro libro digamos, no es por nuestra causa, sino por la imposibilidad que todos tenemos de que los demás piensen, hablen y obren como nosotros pensamos, hablamos y obramos. Esa imposibilidad pasa casi desapercibida á los pequeños; pero para los grandes, en muchas ocasiones, es como una montaña de bronce que día y noche gravita sobre su cabeza.

Y como el pensamiento es el primer elemento de la palabra y la obra, muy natural es y lógico que, siendo distinto el pensamiento, lo sean también las palabras y las obras.

El libro, pues, como pensamiento y obra nuestra, no puede ser por su naturaleza, como pensamiento y obra de nuestro tan buen amigo el Excmo. Sr. D. Ve-

nancio González: debe ser el polo opuesto de su modo de pensar y de su modo de obrar; pero como es un buen liberal, *soberano, como lo somos todos los demás*, y respetuoso con los derechos individuales de los otros, nos llegamos á sospechar, y en esto creemos que le honramos, que las doctrinas de nuestro libro no han de mortificarle ni poco ni mucho, y... y... casi nos atrevemos á afirmar que no solamente serán de su gusto filosófico y teológico, sino que hasta han de agradarle... siquiera sea por la circunstancia de que uno de su *lugar* pasa deliciosamente el rato con estos tan agradables entretenimientos literarios. A otra cosa.

*
* *

Como en una breve entrevista no es fácil explicar todos los por qué de las cosas, no nos extraña, ó, que nosotros no pudiéramos dar todas las razones que habíamos tenido para dedicar nuestro libro á dos Excmos. Señores Ministros, ó que, por la brevedad de nuestra explicación, no pudiera comprendernos nuestro amigo el Sr. Almela. Por lo tanto, sentimos mucho no poder complacerle retirando la primera de las dedicatorias, y, por deferencia y galantería con nuestro amigo, diremosle brevemente los motivos y causas que nos han movido, y los fines que nos hemos propuesto al dedicar á referidos señores nuestro libro.

Siempre se ha dicho que el que á buen árbol se arrima, buena sombra le cobija, y esta es muy grande verdad. Ahora bien: según ese refrán, y estando á su verdadero sentido, nosotros hemos sido un *lince* en arrimarnos, no á un árbol, sino á dos, de cuya virtud y bondad no podemos dudar, porque ambos hace tiempo

vienen dando óptimos frutos, de los cuales nosotros *algo* venimos disfrutando. ¡Sí, Sr. Almela, sí! Dos árboles robustos, fecundos, de formas gigantescas, exuberantes en vida, y que admirablemente han crecido, cual rica palmera cuyas raíces bañan sin intermisión las más puras y cristalinas aguas de un fecundo torrente. Fíjese usted en esos dos árboles políticos de primera talla, y verá V. cómo mil y mil manchegos y asturianos descansan tranquilamente á su sombra, después de sus penosas fatigas por llanuras y montañas: verá V., sí, que una multitud inmensa de manchegos y asturianos conservan y aumentan su vida con los tan sazonados y riquísimos frutos de esos dos árboles de gigantesca talla, frutos que, unos y otros, tranquila, confiada y abundantemente cogen, con no poca envidia de otros pueblos, á los que no les ha cabido suerte tan venturosa. Permítanos el Sr. Almela, digamos, no por adulación, sino por justicia, que esos dos árboles vienen siendo, y lo serán mientras vivan, como dos árboles del paraíso, para la Mancha y Asturias; pero árboles *del bien*, que viven, crecen, se desarrollan y dan sus tan abundantes y óptimos frutos con las bendiciones del cielo!

Ya, pues, no extrañará V. no accedamos á su ruego— que no creemos intencionado, — de retirar la primera de las dedicatorias, debiendo al propio tiempo ser francos, y decirle que solo sentimos, en la ocasión presente, no poder dedicar al Excmo. Sr. Ministro de Hacienda una obra de mayor mérito literario que nuestro libro *EL PAPA Y ESPAÑA*, pues bien se lo merece por su probidad y honradez, por su inmaculada historia política y su cualidad de Ministro de la Corona; y sobre todo, por los muchos é importantes beneficios prestados á nuestro país, de los que *todos* los lilleros disfru-

tamos, y por los que *todos* debemos estarle muy agradecidos.

*
* *

También nos extraña mucho se diga en aquel suelto que las dos dedicatorias parécense á una mezcla de... lobos y corderos. Comprendemos el por qué de esa afirmación, y, tal vez sea la única razón de ese juicio, la diversidad de *ideas políticas* de ambos señores Ministros, diversidad que se aprecia muy bien, teniendo en cuenta lo que muchas veces afirmaron jocosamente algunos periodistas, que han debido frecuentar los gabinetes ministeriales de ambos Excmos. Señores; á saber: que el gabinete del Sr. D. Alejandro Pidal, estaba saturado de olor de... sacristía, esto es, de rico incienso de la Arabia: en fuerza, pues, de la lógica, y siendo las ideas políticas de D. Alejandro, el polo opuesto de las de D. Venancio, aquellos periodistas habrán tal vez afirmado, *soto voce*, por lo menos, que el gabinete particular del último, estaría y estará saturado de un olor... enteramente contrario al del incienso, por su naturaleza, su objeto, fin y circunstancias. Pues bien: esa diversidad de ideas políticas (y de sus efectos, los olores), es la única razón que ha podido tenerse en cuenta, lo repetimos, para aquella tan extraña afirmación; pero nosotros no debemos pasar en silencio las muy poderosas que hemos tenido, además de nuestra voluntad, que es la *más fuerte*, para hacer la dedicatoria á dos señores que profesan en política principios muy diversos, si no enteramente contrarios.

Bien notoria es la amistad que hay entre ambos señores; amistad verdadera, en virtud de la cual, y áun siendo Ministro de la Gobernación D. Venancio González, este respetó siempre el distrito de Asturias, que hace



años representa en Córtes el Sr. D. Alejandro, siendo además amantísimo de la *sinceridad electoral*, de que tanto blasonaba en aquella su tan célebre Circular sobre elecciones. Dicho se está que, siendo D. Alejandro muy cumplido caballero, habrá correspondido, hasta con grandes creces, siendo Ministro, y aún no siéndolo, con su buen amigo D. Venancio, y, por lo tanto, ahora seguirán siendo recíprocos los favores y atenciones que se dispensen. Ambos señores, amigos entre sí, y á la vez tener nosotros con los dos verdadera amistad, son, á no dudarlo, circunstancias que justifican nuestra dedicatoria.

Pero aún hay otra razón, algo más poderosa todavía, á nuestro entender, que surge naturalmente de los fines de *La Unión Católica*, como agrupación de hombres de diversas procedencias políticas. La política católica, para merecer con justicia tan hermoso dictado, no ha de ser nunca *repulsiva*, ni en poco ni en mucho, en cuanto á las personas, toda vez que en nada se lastimen los principios católicos; sino que, por el contrario, debe ser siempre *atractiva*, debe tender, siempre y por siempre, á la unión por medio del amor y de la caridad, que es el único *vinculum perfectionis* ó *vinculum perfectissimum*, como se desprende naturalmente de la etimología de aquellas dos palabras, pues careciendo la lengua hebrea de adjetivo superlativo, fórmale este por medio de otro sustantivo, como se ve en el presente caso, en el que se da la definición de esa virtud teológica, que une al hombre con Dios y sus semejantes, diciendo: «la caridad es un vínculo de perfección, esto es, un vínculo, un lazo de unión el más perfecto.» ¿Y podríamos ofender ni lastimar, en lo más mínimo, la rectitud de miras de D. Alejandro, sospechándonos que quiera ser, con respecto á

su amigo D. Venancio, una como fuerza *atractiva*, un como poderoso imán político, para atraerle hacia esa agrupación, en todo aquello en que la política se basa en los dogmas y moral del catolicismo? Nosotros creemos que, en tal caso, D. Alejandro, no solamente no obraría mal, sino en completa conformidad con los muy santos y loables fines político-religiosos de *La Unión Católica*; como tampoco miraríamos con malos ojos, por aquello de que *sapientis est mutare consilium*, que D. Venancio pensara en política católica, con el tiempo, como su verdadero amigo D. Alejandro. ¡Ah! Nosotros, si llegara ese caso, que tal vez no esté muy lejos, dado el inesperado cambio de cosas que en la política española se viene observando, con la mayor ingenuidad y sinceridad, y hasta con patriótico y santo entusiasmo, colmaríamos de aplausos, de vítores, parabienes y felicitaciones sin cuento, á nuestro amigo y paisano; y *ese paso* le consideraríamos como la página más gloriosa de su historia política, como un bello oasis del desierto de su vida, y cual corona de ricos laureles y olivo de paz, de perlas y diamantes, con que orlaría su respetuosa frente, *en el último tercio de su vida*.

¡Y cómo habíamos de extrañar, y mucho menos censurar, ese paso desde un terreno que consideramos muy resvaladizo y sospechoso, á otro en donde el alma no se ve rodeada de tantos peligros, donde siempre resplandece el sol de la verdad y la justicia, donde no se navega por mares tempestuosos, ni soplan despiadados huracanes, ni se levantan horribles torbellinos... y en el que, á cada paso, nos encontramos con Dios, con su revelación, su Iglesia, sus dogmas, su moral divina, sus Obispos y su Pontífice! ¡Ese paso se merecería indudablemente los más sinceros plácemes de todos los grandes

hombres en cuya frente oscilan los resplandores del géniol

¡Pues qué! ¿No estamos viendo constantemente en nuestros hombres políticos, aún en los de más talla, cambiar de opiniones, y no pocas veces, pasarse con armas y bagajes á bandos enteramente opuestos á los en que antes militaban? Sí, sí, viéndolo estamos todos los días, y ya no nos maravillamos de ello; si bien esa falta de caracter y seriedad, tal vez sea la causa principal de todo el malestar que España siente y que la ha puesto en las puertas de la muerte; pero no se crea que nosotros aconsejamos á D. Venancio esa *veleidad política*: lo que sí queremos es que, si está enfermo, *políticamente hablando*, se cure radicalmente, y cuanto antes, convencidos como lo estamos, de que los principios políticos que profesa no son los mejores, ni mucho menos, pues en su mayor parte están condenados por la Iglesia, columna y fundamento de la verdad; y como buen católico, que por tal le tenemos, debe bogar en esa nave guiada por el Espíritu-Santo entre los escollos y tempestades del proceloso mar de esa política liberal que, de tejas para abajo, no se acuerda de Dios para nada.

¿Quién había de creer en Octubre de 1868, en aquellos días de tan infaustos recuerdos, en aquellos días en que tantas maldiciones políticas llovían á torrentes sobre D.^a Isabel II, la Reina de la *media legitimidad*, días en que V. formaba coro con aquellos revolucionarios, ingratos con su Reina, de la que habían recibido señaladísimos favores, y á cuya Real familia llamaban *la raza espúrea de los Borbones*?... ¿quién había de creer en aquellos días, repetimos, que V., borbonófono casi de primera talla, había de ser, pasados algunos años, Ministro de

la Gobernación del hijo de D.^a Isabel II, del malogrado Rey D. Alfonso XII ?

Creemos que en V. no se verificaría un cambio tan radical, llevado del interés, del egoísmo ó de la ambición de mando, que á tantos hombres políticos perturba la razón y los lleva por caminos, al parecer, sembrados de hermosas y perfumadas flores, y que realmente lo están de abrojos y espinas para el cuerpo y para el alma; sino que, como ya tenía más años, y los años y el estudio dan mucha ciencia, aquel tan radical cambio de amar tan tiernamente lo que antes con toda su alma detestaba, se verificaría por aquello, que ya dejamos dicho, de... *sapientis est mutare consilium*. Y así debió ser.

Bajo este supuesto, y siguiendo V. creciendo en años y en sabiduría, y en amistad con nuestro tan buen amigo D. Alejandro, no sería imposible, ni tampoco nos causaría grande extrañeza, verle á V. formando parte en *La Unión Católica*, y... constituir un Gobierno *Pidal-González*, con el mismo Rey Alfonso XIII, ó con un *Cárlos VII*. ¡Tal es la abnegación y el patriotismo de los grandes hombres, destinados por la Providencia para salvar y regenerar los pueblos y naciones!

*
* *
*

En cuanto á lo demás que se indica en el citado suelto, solo diremos que confiamos en nuestros numerosos amigos, que de seguro, procurarán, por todos los medios que estén á su alcance, que en pocos dias se agote la primera edición de nuestro libro, en cuyo caso haremos después la segunda de todo lujo, con el santo y noble fin de remunerar, con el regalo de unos cuantos ejem-

plares, sus tan buenos servicios. ¡No hay que desmayar!

Por lo demás, las doctrinas que en nuestro libro ponemos, serán netamente católicas, y las sujetamos al juicio de N. S. M. Iglesia, bajo cuya fe queremos vivir y morir, y protestamos de nuestro amor, respeto y obediencia á nuestro amadísimo Prelado, el Ilmo. Sr. Obispo de León, D. Francisco Gómez-Salazar y Lucio-Vilegas, á todos los Príncipes de la Iglesia, y al venerable anciano, Pontífice máximo, Sucesor de Simón Pedro, el virtuoso y sabio Papa León XIII, al que con motivo de la peregrinación regional toledana, tuvimos la muy grande honra y dicha el 1882, de ver, hablar y besar sus sagrados piés, de oír sus palabras de paz, consuelo y caridad, y de... —(al recordarlo una alegría máxima se apodera de todo nuestro corazón y toda nuestra alma)— darle, al verle entrar en la sala condal, llevado en la silla gestatoria, muy atronadores: — ¡Viva el Papa-Rey!— que por tres veces fueron repetidos por todos los peregrinos con voz poderosa y casi febril entusiasmo... y con esa misma frase, que es como el compendio y la esencia de nuestro libro, cerramos este como prólogo, deseando llegue por momentos el tan venturoso día en que los católicos puedan, sin trabas, sin peligros y con libertad santa, gritar en coro por todas las calles y plazas de Roma y por el universo mundo: — ¡Viva el Papa-Rey, liberado por Dios del espantoso diluvio de encontradas ideas de la civilización moderna !





EL PAPA Y ESPAÑA



CAPÍTULO PRIMERO



EL Papa y España! ¡Qué palabras tan simpáticas, tan tiernas y dulces para todo buen español! ¡El Papa! El Padre espiritual de todos los creyentes, el Vice-gerente de Dios en la tierra, el Pastor de los Pastores de la nueva casa de Israel, del reino de Jesucristo en la tierra, de ese reino cuyos límites confinan con los Estados celestes y la eternidad de Dios. ¡El Papa! El Jefe supremo de la Iglesia católica, cedro incommovible é incorruptible, al que las más despiadadas tempestades promovidas por el infierno y todo su negro séquito, jamás derribaron y nunca podrán tronchar, y al que, ni el sofisma de los filósofos, ni la espada de los más valientes capitanes, ni el poderío de los grandes, ni el furor de los tiranos, jamás pudieron doblegar ni envilecer, consiguiendo hiciera traición á su misión altísima de guiar á los pueblos y á las naciones

por los hermosos caminos del derecho, de la verdad y la justicia... ¡ El Papa ! Nombre bendito que pronuncian y aclaman todas las lenguas é idiomas conocidos en el universo mundo; nombre que la prensa, el telégrafo y el teléfono llevan frecuentemente por todo el mundo en sus alas visibles é invisibles; nombre, entre los hombres, el más grande, el más simpático y universal; nombre que del Oriente al Poniente y del Sud al Norte, se oye pronunciar con respeto santo por todas las zonas y grados de la esfera !...

¡ España ! ¡ Oh ! Ese nombre que en todos los siglos y en todas las edades se ha escrito con caracteres de oro en el marmol y el bronce; ese nombre que fué terror de cartagineses y romanos, godos y musulimes; ese nombre que surcó los mares buscando ignotos mundos y llevó la civilización y cultura á mil y mil pueblos que yacían en las sombras y puertas de la muerte, y que hizo plegar la bandera del misterioso poderío del Capitán del siglo. ¡ Oh ! Ese nombre es para todo buen español más grato al oido que la más dulce y rica armonía; nombre que agiganta el corazón y le hace escribir en la historia las más gloriosas epopeyas que en todo tiempo eclipsaron la gloria de las demás naciones !

Pero si ese nombre augusto, ¡ el Papa ! por sí solo enardece la fe del hispano, le agiganta para llevar á cabo las mayores empresas, y le hace ver la luz más radiante y bella en las más densas y apretadas tinieblas, ¡ ah ! unido al de la Iglesia Católica, al del Papa — ¡ *Santiago cierra España !* — entonces, entonces, el verdadero español, el español, por cuyas venas corre la sangre de los más valientes Capitanes y de los más grandes genios, de Reyes y Reinas que engrandecieron sus Estados con sus virtudes y generosidades; de sabios que asombraron al mundo con sus escritos; de artistas que con sus creaciones llenaron el mundo de inimitables bellezas; de Santos que en la gloria formaron un nuevo cielo; de Vírgenes

cuyas azucenas embalsamaron con sus perfumes las regiones de la beatitud, y de mártires cuyas palmas siguen al cordero por donde siempre va... ¡ah! entonces, repetimos, el español ve realizados los deseos de Arquímedes; toma en sus manos de gigante la primera palanca; encuentra el punto de apoyo, y... vuelca los mundos y las esferas, encadena los Occéanos, domina las tempestades y traslada á largas distancias las más pesadas montañas; se abraza cual otro Sansón á las columnas del templo, á las inmortales columnas de la tierra, y parece haber unos momentos en que la creación tiembla y se pone en la agonía...!

¡El Papa y España! Nombres benditos que en las grandes crisis por las que ha pasado la humanidad jamás estuvieron separados; nombres que en la larga vida de los siglos, escribieron, en tablas de perlas y diamantes, las más heroicas hazañas y más grandes epopeyas; nombres que en mil y mil páginas de la Historia universal y de la particular de España, andan siempre unidos cual dos hermanos gemelos antes de ver la luz del mundo; y nombres, en fin, que juntos son para el pueblo español el más grande venero de bienes del tiempo y de la eternidad; el más rico manantial de su felicidad temporal y eterna, y el más dilatado é inmenso horizonte, que apenas ofrece campo donde colocar el museo que encierra todas sus glorias.

Abriríamos la historia, registraríamos sus páginas... y en ellas encontraríamos mil y mil hechos ruidosos, dramas de gloria sin cuento, y epopeyas gloriosas y santas, que el mundo civilizado venera y siempre lee con respeto; pero esto no es propio de nuestro trabajo, y tal vez nos apartaría algún tanto del objeto que nos hemos propuesto; por otra parte, nuestra historia y la de la Iglesia, relacionada con la de España, sobre sernos casi á todos bien conocida, facilmente puede registrarse por el que tenga tiempo para ello.

Basta de exordio, y entremos, pues, cuanto antes en materia, que todos lo deseamos, y miremos muy respetuo-

samente la sacra bandera del Catolicismo, que con heroísmo santo, tiene enhiesta el muy virtuoso y sabio Papa León XIII, que de su antecesor la recibió inmaculada, y así ha de entregarla á su sucesor, en el último instante de su vida...

*
* *

Así como el Papa ocupa por derecho divino y eclesiástico, el puesto más elevado del mundo, del mismo modo conoce mejor que nadie el estado religioso, moral y social en que hoy se encuentra Europa, el universo mundo, y también mejor que nadie los medios para sacarle de esa postración y envilecimiento en que ha caído por sus culpas y prevaricaciones...

¡Ah! Tampoco ignora que Él es la primera víctima del *nuevo derecho*, del derecho de la fuerza, del derecho cuya base es el *quia nominor leo*, y que los poderes todos de la tierra, temiéndose los unos á los otros, porque todos han delinquido, se han cruzado de brazos y consentido que la fuerza *bruta* sea la señora y dominadora del mundo. Bien sabe el Papa que de los poderes de la tierra nada bueno puede hoy esperar, y, por lo mismo, con tanta fe como Abrahám, y con tanta paciencia como Job, levanta sus brazos el cielo, eleva continuas plegarias, y quiere que todos los católicos le imiten; y en los éxtasis de sus oraciones, y cuando duermen los malos espíritus, brota de su corazón esta frase, que un vidente de Dios pronunciara en una ocasión solemne: *Auxilium meum á Domino qui fecit cælum et terram.*

La oración, la paciencia heroica, por el camino del Calvario: ved ahí las poderosas armas con las que el Papa ha de vencer al mundo prevaricador, la infernal conjuración de casi todos los Gobiernos europeos contra la Cátedra de Pedro y el Pontificado.

De la paciencia del Santo Padre y de su resignación

heróica, nada tenemos que decir. Entró en la via sacra del Pontificado con la cruz á cuestas, con esa cruz de la moderna civilización, del nuevo derecho, del libertinaje, de los derechos individuales, etc., etc., y vémosle llevar todavía esa cruz, sin que haya un misericordioso Cirineo que de Él se compadezca para ayudarle en tan peligroso camino. ¡Ah! ¡Crucificado no ha de ser!

Pero si nada tenemos que decir de esas sus heroicas virtudes, en cambio, muchas páginas vamos á ocupar hablando de la oración, de esas preces que se dicen al fin de la misa rezada en todo el mundo católico, por mandato del Papa, preces que, después de algunos años, apenas son conocidas por los fieles, muchos de los que se salen del templo sin elevar al Señor tan interesante plegaria. ¡Lástima del pueblo español, cuya fe tanto han adormecido las ideas anti-católicas!

*
* *

Extrañará tal vez á algunos que nos fijemos, en primer lugar, en las preces que, por mandato de Nuestro Santo Padre León XIII, se dicen de rodillas á continuación de la misa rezada, por todos los señores sacerdotes del orbe católico, alternando con el pueblo, y por cuya recitación concedió á todos los fieles Su Santidad 300 dias de indulgencia. Extrañará tal vez á algunos, repetimos, pero esa misma extrañeza será quizá un poderoso motivo para que, siquiera por curiosidad, lean nuestro humilde trabajo (1).

(1) Helas aquí: rezadas tres Ave Marías, una Salve, el *Y ora...* y el *R' Ut digni...* dice el sacerdote solo la oración é invocación siguiente: «Oremos. Oh Dios, nuestro refugio y nuestra virtud, mira propicio al pueblo que á Tí clama, é intercediendo la gloriosa é inmaculada Virgen María, Madre de Dios, con el bienaventurado José, su Esposo, y tus bienaventurados Apóstoles

¿Y qué puede importarnos que por ello nos califiquen de papistas, ultramontanos, escritores de mal gusto literario, etc., etc., si esas y otras parecidas calificaciones han caído ya en desuso, hasta entre los mismos sectarios, y solo son capaces de usarlas ciertos escritores de poco tono, que no ven las cosas por el prisma de la razón y la verdad? Preciso es, pues, que rodeemos esas preces de un muy esplendente foco de luz, y que hagamos entender á los fieles los muy altos fines que, al mandarlas, se propusiera el Pontífice León Papa XIII, dadas las especiales circunstancias en que se encuentra la Iglesia católica, con relación á las sociedades modernas en el universo mundo.

En una ocasión solemne, nuestro divino Maestro, estando rodeado de los pobres pescadores que componían el Colegio Apostólico, dirigiéndose á Pedro, díjole estas tan hermosas y consoladoras palabras, cuyo poderoso eco viene resonando incesantemente en la sucesión de los siglos: «*Mira que Satanás os ha pedido para zarandearos como trigo. Mas Yo he rogado por ti, que no falte tu fe.*» *Ecce Satanas expetivit vos ut cribaret sicut triticum; Ego autem rogavi pro te, ut nos deficiat fides tua.*

¡*Mira que Satanás os ha pedido para zarandearos como trigo!* ¡Terrible y funesta petición! Ni el sabio ni el ignorante, ni el señor ni el esclavo, ni el pobre ni el rico, ni

Pedro y Pablo, y todos los Santos, oye misericordioso y benigno las súplicas que te hacemos por la conversión de los pecadores, y por la libertad y exaltación de la Santa Madre Iglesia. Por Cristo Nuestro Señor. Amén. — Invocación. Oh, San Miguel Arcangel, defiéndenos en la batalla: sé nuestra defensa contra la maldad y acechanzas del diablo. — *Mándeles Dios* — lo rogamos suplicantes: y tú, Príncipe de la milicia celestial, encierra con violencia en el infierno por virtud divina á Satanás y á otros perversos espíritus que andan vagando por el mundo para perdición de las almas. Amén. »

el debil ni el poderoso... fueron excluidos de esa petición de Satanás á Dios, como hizo con el varón de Hus, con el pacientísimo Job, para combatirnos á todos con las más violentas tentaciones, con el más perverso fin de derribarnos y hacernos perder la fe, base de todo el edificio religioso, y, *sin la cual es imposible el agradar á Dios.*

Tampoco de esa tan terrible petición, ni de esas tan rudas acometidas, fueron excluidos los Apóstoles, ni su Principe, Simón Pedro, ni ninguno de sus sucesores en el Pontificado, y todos ellos fueron zarandeados por Satanás como trigo, más que ningún otro de los fieles, para hacerlos prevaricar. ¡Vano empeño! Consiguió, es verdad, que San Pedro, por cobardía y temor, negase con la boca á Jesucristo, pero no con el corazón. Cierto, ciertísimo, con sus tres negaciones, fué San Pedro reo de infidelidad, pero no de heregía, y mucho menos de apostasía, puesto que no perdió la fe ni en poco ni en mucho. ¡Admirable es en todo el Señor! Permitted esas tentaciones y caída de Pedro, para que escarmentado en su propia cabeza, se levantara cual un gigante para fortificar á los demás: *Confirma fratres tuos.*

No, no fué ineficaz la oración que Jesucristo hizo al Eterno Padre por Simón Pedro, Principe de los Apóstoles, Jefe Supremo de su Iglesia, *la que adquirió con su propia sangre*, y cuyos sacramentos, *vinculum perfectionis, vinculum perfectissimum, vinculum inter omnia et supra omnia vincula perfectissimum*, brotaron, cual de una fuente, más rica y abundante que las del paraiso de delicias, de su costado sacratísimo: no, no fué ineficaz, repetimos, aquella oración del Dios hombre hecha por San Pedro en tan solemne ocasión, y con presencia divina, á la que nada hay oculto y velado; no fué ineficaz... ¡Pensar lo contrario sería la más horrible é infernal blasfemia!

Ego auter rogavi pro te, ut non deficiat fides tua. Mas yo he rogado por tí, que no falte tu fe. Y ved aquí que, no obstante las más sangrientas persecuciones de más de tres

siglos contra la Iglesia y sus Papas; no obstante el Arrianismo que se apoderó de casi toda la Iglesia; no obstante el poderío de la Media-luna, del cisma de Focio y Miguel Cerulario, los Iconoclastas y demás sectarios *ejusdem furis*; no obstante el protestantismo de Lutero y Calvino; el sarcástico filosofismo de Voltaire; el radicalismo de Proudhón; el maquiavelismo sofisticado de Renán, y todos los esfuerzos combinados del mundo, demonio y carne... ¡Ah! no obstante el no haber cesado Satanás ni un solo instante en su continuo movimiento de *zarandeo infernal* contra toda la Iglesia, y muy especialmente contra todos los Papas que la han gobernado; ni un solo instante en cuanto al dogma católico y su moral, ha vacilado la fe de esos hombres misteriosos, hombres de casi todas las zonas, hombres de naciones las más diversas, de Italia, Francia, Portugal, España, Alemania, Austria, etcétera, etc.; á todos los que, como natural es que el agua se deslice suavemente por un plano inclinado de pocos grados, como natural es que el calórico dilate los cuerpos, y que el benéfico influjo de la humedad y el calor dé vida á las plantas, así también, y mucho más aún divina y sobrenaturalmente, no ha vacilado la fe de León XIII, y... vedle, vedle entregado por casi todos los poderes de la tierra, al abrumador, despótico y tremebundo poder de las tinieblas. ¿No oís con horror y espanto el fragor de esa incesante guerra que incansables le hacen las puertas del infierno, esto es, la tibieza en la fe, la infidelidad, la hipocresía, la impiedad, la indiferencia en materias religiosas, la heregía y el cisma?

¿No escucháis, llenos de temor y espanto, las infernales algarabías de los sectarios de todos matices, el estruendo de sus bien templadas armas de incredulidad, la ronca gritería de los incrédulos, embriagados en bacanales y orgías, que, coronados de rosas de placer é infernal perfume, hacen esfuerzos los más supremos por demoler el Vaticano, santa casa de Dios, y cuya cúpula, que desafía

al furor de las más grandes tempestades, quieren derribar y convertir en cenizas, que sirvan de sepulcro eterno al sucesor de Pío el Grande, al Pontífice *lumen de caelo*? ¿No oís, repetimos, esa gritería inmensa de todos los acatólicos que, día y noche, trabajan por hacer vacilar la fe del Papa León XIII, y por obligarle á transigir con todos los principios *sin principio*, con el progreso y la civilización moderna, en todo aquello que más se opone al dogma católico y á la sana y santa moral que del mismo emana lógica y naturalmente? Al meditar y reflexionar sobre esa revolución infernal de ideas acatólicas, que los grandes hombres quieren aclimatar en la culta Europa, hiélase el alma y apodérase del corazón la más grande pena!

¿Es posible que nosotros, hispanos de vista de lince y de águila, hispanos de oído el más delicado, hispanos descendientes del Hijo del Trueno, de Pelayo, de Ordoño II, de León, de Alfonso el Sabio, de Fernando III el Santo, de los Eugénios, los Alfonsos, Leocadias, Leandros... y Reyes Católicos...? ¿Es posible, volvemos á decir, que cerremos completamente los ojos á la historia, y no veamos los tan frondosos árboles del bien que por doquiera han plantado los Papas, árboles de santa y racional libertad, de civilización, progreso y cultura que, de suevos, vándalos y hálanos... hiciera pueblos civilizados y cultos? ¿Es posible que nos hagamos tan voluntaria y pertinazmente sordos, que, ni por un solo momento, dejemos de oír los continuos himnos y cánticos que, en admirable concierto, han cantado todos los pueblos en todas las edades á la Iglesia y á sus Papas, por los inmensos beneficios que aquella y estos les hicieran, con toda la generosidad de un padre y de una madre los más amantes y cariñosos? ¿Es por ventura posible que el pueblo hispano olvide las inefables gracias que del cielo ha recibido, por la tan valiosa intercesión de los Papas, y de aquella que es columna de todo el edificio católico?

Decid á los catalanes, pueblo de constancia, de abnegación y trabajo, que es falsa la historia de su amada Virgen de Monserrat; á los valencianos, que es infundada la fe en su Virgen de los Desamparados y en San Vicente Ferrer; á los aragoneses, que su *Pilarica* no fué traída por los Angeles, descendiendo en carne mortal á las orillas del Ebro, la Virgen María, en una noche del día 2 de Enero, durmiendo desalentado el Apostol Santiago junto á una... ermita hecha de cañas; á los gallegos, que es toda apócrifa la historia del Santo Patrón de las Españas; á los navarros, que no existió San Ignacio de Loyola; á los leoneses, que San Froilán es un mito; á los madrileños, que la historia de San Isidro y Santa María de la Cabeza, no tiene fundamento alguno de verdad; á los toledanos, que su Virgen del Sagrario, sus asambleas y sus Concilios, sus Wambas, sus Alfonsos, sus Eugenios, sus Leocadias, sus Eulogios, sus Cisneros... son inventos de una imaginación calenturienta y fanática; decid... basta. Pero sí, sí, decid al pueblo español que toda la historia de siete siglos de guerra con los sarracenos no es verdadera; que D. Juan de Austria no fué un héroe en la batalla de Lepanto; que D. Rodrigo Giménez de Rada, Arzobispo de Toledo, no pudo asistir á la de las Navas de Tolosa, porque no existió semejante batalla; que á principios del presente siglo, el pueblo español, con su unidad en religión y política — excepto unos cuantos afrancesados, — no fué un pueblo todo unido y compacto, un pueblo de héroes y gigantes, un pueblo con sus Cides, Daoiz y Velarde... decid, decid todo eso al pueblo español, persistid en tan locas afirmaciones, y... hasta las mismas piedras y montañas de todas sus cordilleras, se levantarán contra vosotros para castigar vuestra falta de patriotismo, y, si quedáis aún con vida, las poderosas aguas de sus rios y sus mares os buscarán enloquecidas para poner á vuestra existencia el fin más aterrador y trágico! ¡Ah! No, no es posible que el pueblo español olvide ingrato los innumerables bene-

ficios que en todos los siglos ha recibido de la Iglesia Católica y sus tan amados Pontífices.

Y todo esto, no obstante, ved al Santo Padre León XIII abandonado, á lo que parece, de la España oficial, remedo de la España que no es empleómana, pues no parece sino que todos nuestros sabios, todos nuestros grandes hombres, todos nuestros genios... se han dado una cita para, con todos los sabios, todos los grandes hombres y todos los genios del mundo, hacer á León XIII una guerra, pero la más cruel, sin tregua ni descanso, una guerra sin cuartel, lo más despiadada.

¡Surrexerunt omnes Principes terræ adversus Dominum, et adversus Leonem XIII! Decidnos, decidnos, españoles desapasionados, españoles nobles y generosos, españoles que aún conservais la fe de vuestros mayores; decidnos: ¿hacia dónde ha de volver los ojos el Santo Padre León XIII en busca de protección? ¿A quién ha de llamar en su auxilio, si casi todos los poderes de la tierra se hacen sordos á sus llamamientos justos y cariñosos, cierran los ojos á los torbellinos y ciclones que lo quieren envolver y sepultar en su furor horrisono, y matan en su mismo corazón todo sentimiento humano, noble y generoso? ¿A quién ha de pedir amparo, si hoy casi todos los poderes de Europa, incluso España, le vuelven ingratos la espalda, y miran con glacial indiferencia la tan angustiada situación que oprime su corazón de padre amantísimo, cual una montaña de bronce? ¡Sí, sí! Del Oriente al Poniente, y del Norte al Mediodía, parece como estarse oyendo, aún en nuestra España, una voz poderosamente infernal que, por nuestros montes y nuestros valles, nuestras villas y ciudades, lleva sus siniestros ecos que, llenando las inmensidades de los espacios, y repercutiendo en los corazones de nuestros hermanos los sectarios, no cesan enfurecidos de decir ni un solo instante: «Oprimamos al Justo, devorémosle, volquemos con infernal rabia en los más hondos abismos la nave en la que, al parecer, boga seguro; trá-

guesele ansioso su negro vientre, y caigan sobre él con todo su peso todas las montañas, cual losa de gigantes!»

Todo esto, por desgracia, es muy triste y desconsoladora verdad.

Ahora bien: en tan críticas circunstancias, en una situación tan penosa y horrible, decidnos, españoles desapasionados, aunque no seais católicos; decidnos ingenuamente: ¿qué es lo que debe hacer el Papa, dada su divina y sobrenatural misión en la tierra, entregado solamente á sus propias fuerzas, fuerzas que, como Rey temporal, le fueron injusta y sacrílegamente arrebatadas, y, por lo que, humanamente hablando, á no ser un temerario ó un loco, no puede acometer *ninguna empresa* de importancia?

En tan horrible situación, digáis lo que queráis y penséis lo que penséis, solamente puede confiar en el poder y misericordia de Aquel que, en la persona de Pedro, le dijo: «*Ego autem rogavi pro te, ut non deficiat fides tua.*» Mas yo he rogado por ti, que no falte tu fe. Y ved aquí que, con tanta fe como el Padre de los creyentes, con tanta constancia como Isaac, como Moisés, caudillo del pueblo de Dios, como Joaquín *el justo*, y Ana *la graciosa* con tanto valor como los Macabeos y tanto heroísmo como Simón Pedro, cuando sobre una cruz era extendido para ser crucificado, el Santo Padre León XIII, levantando al cielo sus ojos rasados en lágrimas, y saliendo de su torturado corazón muy férvida plegaria, dice una y mil veces con el Real Profeta David: «*Auxilium meum á Domino qui fecit cælum et terram.*» El fervor de Elías y de su discípulo Eliseo, la constancia y fe del Príncipe de la Sinagoga, de la viuda de Naim y de las hermanas de Lázaro, son las ricas y bellas azucenas que perfuman sus plegarias, que los mismos Angeles acogen con santo gozo, y que, moviendo presurosos sus invisibles alas, presentan en el trono de la Trinidad Augusta, principio y fin de todo.

No es todo esto fuego de una imaginación exaltada y fanática; no, no, y mil veces no.

El Santo Padre León XIII, que comprende y sabe muy bien cuánto es el poder de los sectarios, los que, unos consciente y otros inconscientemente, se levantan contra su misión asaz altísima y civilizadora; el Santo Padre, que solo ve por la faz de la tierra densas y apretadas tinieblas... que hace años viene experimentando cuán penoso es moverse en estrecho círculo de hierro, cuyo diámetro se empequeñece por sus adversarios, á quienes ama, como hermanos que son suyos, solamente puede confiar en las divinas promesas, y, por lo mismo, continuamente eleva hacia el trono del Eterno sus oraciones y plegarias. Y así como es el Pastor Universal, el Pastor de los Pastores, pues á Él solo se le dijo: *«pasce agnos meos, passe oves meas,»* *apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas,* así también Él es como Papa la persona de más fe de la gloriosa casa de Israel, de más esperanza en Dios y en el cumplimiento de sus divinas promesas; el Padre que más generosa y entrañablemente ama á los hombres, porque á todos los tiene, considera y trata como hijos; la persona que con más heroísmo cumple aquel divino mandamiento: *«Diligite inimicos vestros, benefacite his qui oderunt vos, orate pro persequentibus et calumniantibus vos,»* etc., etc., y que, por lo mismo, es un Padre que ama entrañablemente, áun á aquellos mismos que mayor odio le tienen; quien muchas veces practica actos de virtud heroica *intra cubiculum suum,* y la persona, en fin, que más presentes tiene estas promesas del Divino Maestro: *«Petite et accipietis, pulsate et aperietur, quærite et invenietis... omnis qui petit, accipit,»* y por eso mismo quiere, desea y manda que con Él ore constantemente todo el orbe católico, á fin de alcanzar de Dios el santo triunfo de la Iglesia y el Pontificado. Y como no olvida que la Santa Casa de Dios es casa de oración y plegaria, quiere y manda á todos los fieles pidan al Señor con perseverancia, en el templo, el



tan deseado triunfo de su Iglesia. Y como además sabe muy bien que el fervor de los buenos cristianos se aviva y enciende más y más con la formal asistencia al Santo Sacrificio de la Misa, y que el Señor concede, por lo general, sus mayores gracias y favores cuando ha sido bien hospedado real ó espiritualmente en el fervoroso corazón de los sacerdotes y los fieles... ved ahí, entre otras mil y mil razones, algunas de las que movieron el Santo Padre León XIII á mandar se rezaran por los sacerdotes y los fieles, del modo dicho, inmediatamente después de la Misa, las preces de que nos venimos ocupando.

*
*
*

Largo nos parece el camino que necesariamente hemos de andar, y por lo mismo, si no queremos tener en él algún percance desagradable, debemos recorrerle palmo á palmo, para evitar tropiezos peligrosos ó caídas que nos lleven á un precipicio del cual nos cueste algún trabajo el salir.

Fijémonos, por lo tanto, con alguna detención en la letra y verdadero espíritu de las mencionadas preces, muy saturadas de perlas y diamantes espirituales, y, si somos buenos católicos, empuñaremos y manejaremos seguramente aquellas armas que siempre cirlaron nuestra frente con los tan hermosos y envidiados laureles de la victoria, luchando como los Macabeos contra los enemigos de Dios y de su Iglesia.

Dios, Dios, que es nuestro amantísimo Padre, es también, en todo tiempo y lugar, nuestro más grande y seguro refugio, nuestra principal y más eficaz virtud.

¡Dios, Dios! El es el que dijo al sol y á todos los rodantes orbes: «¡Corred!» y desde aquel mismo instante oyen su voz y siguen corriendo; el que pobló los espacios de insectos, de aves y otros mil y mil invisibles seres; el que á la tierra empujó con su divino hálito y le imprimió

mió al propio tiempo un movimiento de rotación sobre su propio eje, y otro de traslación de un lugar á otro; el que encendió el sol de muy intensa, hermosa y radiante luz, para que fuera foco y manantial perenne de vida; el que á la luna colocó en carroza de plata, como vicaria ó lugar-teniente del astro soberano, para que fuera en la noche compañera inseparable del hombre; el que á la aurora, engalanada de hermosos cambiantes de luz, hizo la fiel y constante precursora del día; el que dió muy grande poder á los mares, fijándoles sus límites, y encadenándoles para que no se desbordaran furiosos por la haz de la tierra, llevando por doquiera la desolación y la muerte; Él es quien dió al águila esa vista tan penetrante, á la que casi todas las cosas materiales están desnudas y abiertas, y esas alas tan voladoras que en pocos instantes miden las inmensidades etéreas; Él quien dió al león y al tigre su fiereza, y la hermosura al coral, y sus perlas al Golfo Pérsico, y sus diamantes á la India, y su poesía al bosque y á la selva, y á la flor sus tan ricos perfumes, y al ruiseñor sus poderosas armonías... Él, sí, el que arrojó por las inmensidades del espacio esos inquietos mundos que ignoran lo que es reposo; Él, Él, el que al hombre hizo Rey de esa creación tan rica y hermosa; el que oyó los suspiros del hombre prevaricador; el que para purificar el mundo de tantas iniquidades, mandó sobre la tierra un diluvio de aguas; el que dispersó al nuevo género humano por las llanuras de Senaar, derribando de un debil soplo la orgullosa y gigantesca torre de Babel; el que dió al mundo un Melquisedec, rey y sacerdote; un Abrahám, padre de los creyentes; un Isaac, símbolo de alegría y sacrificios; un Jacob, heredero de las divinas promesas, y un Moisés, libertador de un pueblo escogido. ¡ Ah! Ese mismo Dios es el que con caracteres terroríficos escribió en las paredes de la real cámara de Baltasar la tan breve sentencia de su ruina y extérminio; el que, por decirlo así, se esforzó en reducir á Faraón á su amor

y obediencia, y que, empedernido y más duro su corazón que la piedra ágata, fué sepultado con toda su corte, todas sus riquezas y poderío en el negro vientre del mar Rojo. Sí, sí, ese Dios, principio y fin de todas las cosas; ese Dios, provisor infinito, fuente de toda la vida, *primum movens et agens*, y cuya voluntad eterna es la ley de todas las leyes, y la infalible pauta de todos nuestros actos y determinaciones; ese mismo Dios, repetimos, es el *refugium nostrum et virtus*, que el Santo Padre León XIII, quiere mire propicio al pueblo que le clama, al pueblo que en todas sus tribulaciones se arroja confiado en sus brazos de amor, y llama una y mil veces á las puertas de su muy tierno y amantísimo corazón! «*Deus, refugium nostrum et virtus, populum ad te clamantem propicius respice.*»

Pues bien: nuestro Santo Padre, al prescribir esas peticiones, en el modo y forma que ya se ha dicho, ha tenido también presente en ellas, que ese mismo Dios, que en todo y por todo es nuestro refugio más seguro y poderoso, y nuestra más activa y eficaz virtud, es el mismo que con caracteres divinos escribió en su Evangelio Eterno estas tan consoladoras palabras: «*Todo el que pide recibe, y al que llame, se le abrirá*», y también estas otras: «*Pedís y no recibís, porque no pedís bien*,» y el mismo que quiere que ante todo le pidamos su reino y su justicia, que tengamos la más plena confianza en su poder infinito y en el amor, también infinito, con que á todos nos ama, que le pidamos con el fervor y constancia de Elías, que mucho clamemos y no cesemos pronto en nuestras peticiones y súplicas, y que pongamos por nuestros intercesores á todos los Santos que reinan con Cristo en las mansiones de la beatitud, pero muy especialmente á los bienaventurados San Pedro y San Pablo, al Patriarca San José, Patrón de la Iglesia Católica ó universal, y á la bienaventurada é inmaculada Virgen María.

¡Oh, Dios omnipotente! Oye misericordioso las súplicas

que te hacemos por la conversión de los pecadores, si no por nuestros méritos, siquiera sea por la intercesión poderosa del bienaventurado San Pedro, primer Papa de vuestra Santa Iglesia Católica, por la intercesión de aquel tan gran Pontífice que, crucificado, derramó su sangre que fué excelente semilla de cristianos! Oye benigno nuestras plegarias por la intercesión del bienaventurado Pablo, Apostol de las gentes, y caigan de los ojos de los sectarios las escamas de su incredulidad que cual piedra ágata han endurecido su corazón! Oye, Señor, muy propicio las fervientes oraciones que toda la Iglesia militante eleva sin intermisión hacia tu trono soberano, confiando en el poderoso valimiento del Patriarca San José, en cuyas manos pusisteis todos los tesoros del cielo, y cuyo poder toca á vuestros mismos estados! Oye, oye, Señor, nuestros gemidos, nuestros lamentos, nuestras oraciones y plegarias por la intercesión de María inmaculada, Madre de Dios y Señora nuestra, por la intercesión poderosa de María, que dispone de los destinos del mundo y que por gracia divina tiene en sus virginales manos el cetro de vuestra omnipotencia! Atiende, oh rey inmortal de los siglos, atiende *«misericioso y benigno las súplicas que te hacemos por la conversión de los pecadores.»*

*
* *

Y ved también, cómo de esas súplicas ó preces brotan, cual de otros tantos focos de luz, los más vivos resplandores que ponen á la vista del mundo el muy intenso amor, la muy acendrada caridad de nuestro Santo Padre León XIII, que no solamente pide á Dios por la conversión de los herejes cismáticos y demás pecadores materialistas y racionalistas, sino que manda también á todos los sacerdotes del orbe católico que rueguen á Dios por los mismos fines, y, abriendo el tesoro celeste de la Iglesia,

concede trescientos días de indulgencia á los fieles que con el mismo objeto eleven al cielo sus plegarias. No importa que esos pecadores sean los revolucionarios descendientes de los Mazzinis, Garibaldis y Cavours: no importa que sean los Cairolis, los Crispis... No, no importa que esos mismos sean sus despiadados carceleros, con el infortunado Rey Humberto... ¡Oh! Así como Jesucristo rogó al Eterno Padre por los mismos judíos que le abofetearon, escupieron, azotaron y crucificaron, así también el Santo Padre, teniendo presentes aquellas palabras del Evangelio: «*diligite inimicos vestros...*» y aquellas otras de San Pablo: «*Non diligamus verbo neque lingua sed opere et veritate*», quiere que su amor abrase el corazón de los herejes que laceran los venerandos dogmas de la Iglesia; de los cismáticos que, atrevidos se levantan contra su autoridad suprema; de los materialistas que tanto abaten y degradan la humana naturaleza, y que como bestias indómitas pisotean la imagen y semejanza de Dios, que, aunque afeada y manchada por el pecado de origen, lleva el hombre en sí mismo; de los racionalistas que en contradicción consigo mismos, con el género humano, con la misma razón, y hasta con el sentido común, hacen supremos esfuerzos para envolver su propio entendimiento en las más densas tinieblas, y no quieren admitir más verdades que las que su razón alcanza y comprende; de los demás descreídos que conceden al mal y al error los mismos derechos que al bien y á la verdad, que dejan abiertas todas las válvulas de la irreligión é impiedad, y se esfuerzan por sellar con siete candados de bronce los labios del sacerdote católico que al pueblo cristiano enseña las verdades eternas, como viene sucediendo en España, nación clásica en catolicismo, siendo Gobierno los liberales fusionistas...; de todos los pecadores, en fin, que con sus escándalos é iniquidades llaman sobre sí mismos todas las iras celestes. ¡Sí, sí! Todo eso quiere el tan virtuoso y sabio Pontífice León XIII, pues no en vano todas

las lenguas conocidas le dan el tan amoroso y tierno dictado de Padre. ¡Su amor puede llamarse en cierto modo *católico*, y así como la catolicidad es una de las cuatro notas de la Iglesia de Jesucristo, uno de los cuatro divinos soles, por los que distinguimos la gran sociedad cristiana de las sociedades ó sinagogas de Satanás, así también el amor, la caridad del Romano Pontífice, es un distintivo por el que se le reconoce en el universo mundo cual estrella de primera magnitud, que brilla esplendente en la inmensidad de los cielos, diferenciándose de los demás soles por las cualidades que le son propias.

*
*
*

No solamente quiere el Santo Padre León XIII rogarnos á Dios por la conversión de toda clase de pecadores, sino que también y muy principalmente *por la libertad de N. S. M. Iglesia*.

Cuando á Dios pedimos una cosa, es de ordinario porque no tenemos aquello que pedimos.

Llamamos á las puertas de la bondad y misericordia infinita de Dios, porque necesitamos de algún bien espiritual ó temporal de que carecemos.

Pues bien: queriendo el Santo Padre León XIII también que todos pidamos á Dios por *la libertad de nuestra Santa Madre Iglesia*, bien claramente nos manifiesta á los fieles que la Iglesia, nuestra Santa Madre, bienhechora constante de la humanidad, defensora heroica de la libertad del hombre y de todos sus derechos, que en todo tiempo y lugar ha hecho esfuerzos supremos para acabar con la esclavitud, como ahora mismo está haciendo por abolirla en el África por medio de sus Arzobispos, Cardenales, Obispos y toda clase de fieles...; bien claramente nos manifiesta, repetimos, que la Iglesia Católica está herida, no de muerte, porque no puede ser, pero sí muy gravemente en su santa libertad, libertad divina, la primera y princi-

pal de todas las libertades, la libertad que ha salvado al mundo empapada en la sangre de un hombre Dios, de Jesucristo, y de más de diez y ocho millones de mártires! ¡Ah! La Iglesia Católica, la única verdadera, porque es divina, se ve duramente atacada en casi todos sus santos derechos, por muchos de aquellos que hipócritamente quieren ser tenidos como hijos fieles y leales, por muchos que á la faz del mundo quieren ser tenidos como verdaderos católicos. ¡Locos, locos, insensatos! ¿Qué diríamos del General que quisiera ser tenido como fiel y valiente soldado, y, á la vista del enemigo se ocupara en derribar los castillos y baluartes, en destruir los cañones y ametralladoras, y en aplaudir la indisciplina de sus subordinados? ¿Qué diríamos del Magistrado que, queriendo ser tenido como buen defensor del derecho, barrenara la ley, clamara contra la justicia y enseñara que el hombre es un autómatas? ¿Qué diríamos del Sacerdote católico que enseñara que la casualidad es la Providencia que todo lo rige y lo gobierna, que el hombre mismo es toda su ley y que no hay más vida que la presente? Ciertamente que todos diríamos que aquel General no cumplía con sus deberes y que hacía la más grande traición á las banderas que había jurado; que aquel Magistrado era muy grande hipócrita, que había prostituido todo su honor, y que más que Robespierre y Proudhón, había manchado su dignidad con los más grandes delirios; y que aquel Sacerdote, degradado más que los brutos, enseñaba peores doctrinas que Lutero, Calvino, Voltaire, Renan, Suñer y Capdevila, Morayta y demás sabios á la moderna. Pues bien; todo eso, y mucho más decimos de todos esos cristianos que, viviendo en la cumbre del poder ó en más bajas esferas, quieren ser tenidos como buenos católicos, no obstante de obrar como demonios escapados de los infiernos. ¡Miradles, miradles! Para ellos son letra muerta los mandamientos de la Ley de Dios y de nuestra Santa Madre Iglesia: ellos además colman del más soez escarnio, las loables

costumbres de los buenos, y sarcásticamente ridiculizan las prácticas piadosas que la misma Iglesia aprueba, bendice y colma de gracias y privilegios, que son para las virtudes lo que son para las plantas y flores las lluvias benéficas de Abril y Mayo, y que hacen crecer la santidad en las almas, cual crece y se desarrolla la hermosa palmera cuyas raíces bañan las puras y cristalinas aguas de un torrente.

Y ese modo de obrar tan satánico, ¿no es atentar sin tregua ni descanso, contra la libertad y derechos imprescriptibles de la Santa Iglesia Católica? Y si nos fijamos en las diversas clases de armas que, cual fieros gigantes, manejan contra esa libertad santa y derechos venerandos, el corazón sufre muy honda pena y raudas lágrimas brotan de los ojos! Válense los unos de la ciencia para sembrar en los entendimientos y en los corazones, doctrinas que perturban la paz del alma; doctrinas que conmueven los más sólidos fundamentos del orden religioso, moral y social; que engañan y seducen á los pueblos para en un día dado, como estamos viendo con frecuencia, arrojarse como una avalancha sobre los bienes de la Iglesia, esforzándose en devorarla, como el lobo asaz fiero y hambriento devora al pacífico é inocente cordero! ¡Ved, ved á los otros cruzarse por toda Europa cual tempestades que por doquiera van sembrando espanto y desolación! ¡Vedlos, vedlos en sus conciliábulos nocturnos cómo meditan planes siniestros para acabar con la Esposa inmaculada del Cordero, y cómo se juramentan para hacer una guerra á muerte á la Iglesia y á los tronos! ¡Vedlos, vedlos, con las *manos vivas*, vedlos cual furiosos torbellinos lanzarse sobre los bienes de las Congregaciones romanas, sin respetar ni áun los de la *Propaganda fide*, que siempre tiene izado el santo y encantador pendón de la luz que luce en las tinieblas, de la santa libertad, de la verdadera civilización y cultura! ¡Vedlos multiplicarse por todas partes, cual fieros dementes, que nada santo respetan del

cielo ni de la tierra, apoderándose hasta de los vasos sagrados que en nuestras Iglesias y Basílicas habían generosamente amontonado la fe y la piedad de nuestros mayores! Y, vedlos, en fin, cual terroríficos espectros que, en noche lúgubre, cruzan el espacio, agitando sus negras alas en torno de la misma cúpula de San Pedro, queriendo derribarla sobre los mismos palacios del Vaticano, y envolver entre sus escombros la osamenta del último de los Pontífices! ¡Sí, sí, ellos son! Los ángeles caídos que se esfuerzan por sellar los labios del Papa, que condena tanta iniquidad cometida á nombre del progreso y de la civilización moderna; los ángeles caídos que pretenden atar las manos del Santo Padre para que no pueda bendecir al mundo católico, que le privan de honrar con su presencia las calles de Roma, vida y corazón del mundo, y cruel y despiadadamente le encierran en el Vaticano, queriendo convertirle en sepulcro. ¡Ah! ¡Después de haber querido encerrar á Dios en los templos y en las sacristías, muy lógico es encierren á su Vice-gerente en la tierra en la más recóndita cámara del Vaticano!

¡Ved, ved, católicos cuánta razón le asiste al Santo Padre para encargar á todos los fieles, que después de la Santa Misa rezada pidan á Dios por *la libertad* de nuestra Santa Madre Iglesia!

Y si los liberales italianos vienen haciendo esfuerzos supremos por despojar al Pontificado, no solamente de sus dominios temporales y bienes de las comunidades religiosas, sino que también de su libertad de acción y hasta de su vida sobrenatural y divina, los liberales españoles, ó gran parte de ellos, quieren... un despotismo, privando al clero de todos sus derechos y libertades...

Sirva de prueba incontestable á nuestro aserto, el artículo de fondo de *La Unión Católica*, correspondiente al 14 de Septiembre último. Héle aquí:

«El despotismo liberal.

»La historia muestra en sus complicadas páginas, la repetición constante en el campo liberal y revolucionario del fenómeno, que los que se desgañitan proclamando libertad, igualdad y democracia, son los que después que por medio de la tolerancia, de la licencia del error, y del libertinaje del mal, escalan el poder, cometen más tropelías, persiguen, tiranizan y pretenden esclavizar á los que no piensan como ellos. Esta inconsecuencia y este absurdo, son la característica y el sello de la revolución.

»Ahora se está viendo, con motivo de los ataques que el Gobierno fusionista está dirigiendo á la libertad de la Cátedra sagrada, y de la persecución encarnizada y judicial que ha emprendido contra los Sacerdotes, que, siguiendo las enseñanzas de la Santa Sede, no qu'eren, porque no pueden, reconciliarse con el progreso, el liberalismo y la civilización moderna.

»Los periódicos más sectarios, más liberales, más revolucionarios, más impíos y más republicanos, son los que con más ensañamiento, con más ira, con más violencia, excitan al Gobierno á las persecuciones. Esos periódicos que proclaman la libertad absoluta del pensamiento y de la palabra, y que no ven en el Sacerdote nada de misión divina, sino á un mero ciudadano, quieren, sin embargo, que se pongan mordazas á los labios del Sacerdote y cadenas de hierro á la predicación cristiana, so pretexto de que el orden público se conmueve.

»¡Ah! Se conmueve el orden público cuando el Sacerdote predica, cuando ejerce la más santa de las libertades, la libertad de la cátedra sagrada, la libertad de la palabra divina, y el orden público no se conmueve cuando el catedrático enseña á sus discípulos que no hay Dios, que no hay alma, que no hay Providencia, que no existe el libre

albedrío, que la moral es el placer, que el derecho es la fuerza y la utilidad y el interés, que el mundo no es más que el desarrollo fatal necesario, ciego y mecánico de la materia eterna é increada, que la vida no es más que una combinación de átomos en el vacío, que el hombre no es más que una selección del mono, que el arte es el fango, que la religión y la metafísica son atrasos intelectuales ó temores y supersticiones de la humanidad, que la vida inmortal del espíritu es un mito, que el pueblo es rey, juez, sacerdote y soberano y pontífice de sí mismo, y que hay derecho al error y al mal!

»¡Se conmueve el orden público cuando el Sacerdote predica, y no se conmueve cuando *El Motín* blasfema y calumnia, cuando *Las Dominicales* descristianizan, cuando *El Cencerro* escandaliza, cuando *El Liberal* imita á Voltaire y á Wolney, cuando las lógias se reúnen y hablan y escriben á la luz del día, cuando los socialistas se reúnen y propagan el nihilismo, la destrucción del capital, del Gobierno, de la familia, de la propiedad, de la autoridad y de las gerarquías, y cuando Pí y Salmerón y todo el republicanismo alto ó bajo que quiere, atacan á la monarquía y á las instituciones!

»¿Qué Gobierno es ese que da rienda suelta al error, y persigue y oprime á los Sacerdotes, ministros de Dios?

»¡Qué busca el Sacerdote de su ministerio!... Pero dado caso de que existieran abusos concretos, ¿quién es el Gobierno para juzgar de la predicación cristiana? ¿No está para eso la Iglesia? Si el Gobierno quiere mantener relaciones cordiales con la Santa Sede, ¿por qué lejos de tomarse la justicia por su mano, no denuncia los hechos abusivos, para que obren las autoridades eclesiásticas, únicas competentes, y se resuelvan las cuestiones en paz y armonía?

»Si habláis del derecho común y decís que el Sacerdote no es más que un ciudadano cualquiera, ¿cómo podeis perseguir y castigar en el Sacerdote, lo que no

podeis castigar ni perseguir en otro ciudadano cualquiera?»

- Todo eso, y mucho más que pudiéramos decir, está pasando en la católica nación española con respecto á la santa y omnimoda libertad y al más justo y benéfico de todos los derechos y deberes de la Iglesia, el de la predicación de la Divina palabra, derecho y deber que le asiste, no por voluntad de Crispi, ni de Carnot, ni de Sagasta, sino por voluntad y mandato de Jesucristo, su divino fundador, que no encargó á sus Apóstoles escribieran Códigos ni Constituciones, sino que fueran por todo el mundo enseñando á todas las gentes á guardar y practicar todo cuanto les había mandado: *Euntes docete omnes gentes...*

Lo lamentable, sobre toda ponderación, es que un Gobierno de una nación en su mayoría católica, faltando ostensiblemente, no solo á los deberes religiosos que, como cristianos, tienen los Excmos. Señores que le forman, sino que también á los principios políticos que profesan, quieran amordazar los labios de no pocos Sacerdotes que en la cátedra sagrada enseñan lo mismo que en sus Encíclicas enseña el Santo Padre León XIII, y por otra parte, toleren que una prensa impía se esté desbordando continuamente en herejías, blasfemias, denuestos é improperios contra cosas y personas sagradas, y que ataque ferozmente los más sagrados derechos de los fieles y la libertad de la Iglesia.

No hablamos por hablar: desgraciadamente es muy triste verdad esa tolerancia gubernamental y ese desbordamiento sectario.

Muchas páginas podríamos llenar tomando de esos periódicos sectarios que, por ironía y sarcasmo, se llaman liberales, algunos de los artículos con que diariamente llenan sus kilométricas columnas...

Sirva de ejemplo el siguiente de *Las Dominicales del Li-*

bre Pensamiento, que bien puede pasar por el mejor modelo de buen tono y literatura libre-pensadora.

Calma, paciencia y resignación se necesita para leer el nauseabundo escrito del ciudadano libre Juan Deu, que publicó en los primeros días de Septiembre último, el referido periódico en lugar preferente. Dice así:

«El día 1.º del corriente, domingo, organizaron los carlistas una romería al santuario de San Antonio de Puigpardinas. Compusieronla varios pueblos del distrito, y en particular de Olot. Había unos 300 seres vestidos de mujer y unos 150 hipócritas vestidos de hombres, ocho ó diez culebras de sotana y cuatro tocinos manchegos, vulgo frailes.

»Llegan los hombres, y gritan á mi oído desaforadamente, hasta que al pasar frente á mí un fraillazo, rollizo como un toro, me da frente y grita: «¡Viva la religión!» «¡Viva el Papa Rey!» llegando hasta salpicarme la cara con su saliva. Al verle así, en seguida se le colocan á su lado un cura y un carca joven, y parados los tres frente á mí, y agachándose para que les oyera mejor, gritan: «¡Viva el Papa Rey!», contestando con un «¡viva!» las mujeres.

»Perdí entonces la calma que me había impuesto, y empecé gritando: «¡Basta de paciencia! ¡Viva Garibaldi!», y las mujeres contestaron con un «¡vival!» creyendo que era dado por los suyos. Pero estos, al oírlo, claman como locos: «¡No, que muera!», y ellas repiten entonces: «¡Que muera!»

»Varios forasteros que veranean en esta, viendo que yo estaba solo con seis ó siete amigos, quisieron que me retirara á las casas contiguas, cosa á que no accedí, continuando sentado dando mis gritos y ellos los suyos. »

Luego *Las Dominicales* por su cuenta añade:

«De un lado está un hombre solo, altivo, enérgico, va-

liente, sostenido enhiesto por la fuerza de la razón, alzando la frente valerosa ante la jauría de fanáticos que ladra furiosamente en su derredor. Allí, en su alma, están al nobleza, la virilidad, la fiera española, fundidas con el fuego de la revolución y los rayos del ideal.

»De otro está una turba de seres degradados, en cuyo pecho braman todas las pasiones que degradan al hombre y le empujan al crimen, á la deshonra y á la infamia. Allí como lobos hambrientos en noche siniestra, dan vueltas en derredor de la víctima que quieren inmolar, aullan, le arrojan miradas fosforescentes, le enseñan las fauces hediondas, saltan retorciéndose; pero el miedo cobarde les hace huir temblando ante el peligro.

»¿Qué diferencia existe entre esos carlistas y los igorrotos? ¡Ah! ¡si hay diferencia! si los igorrotos, en virtud de creencias semejantes á las católicas, creen hacer un servicio á su Dios asesinando infieles, marchan allá donde los españoles están, en pleno día, con el puñal en la mano, y taján y destruyen, poniendo el pecho delante hasta recibir la muerte. Tienen una fe valerosa. No es esta fe de clérigos y frailes españoles, fe degradada é inmunda que arrastra al cobarde, al vil asesinato.»

»Monárquicos y republicanos, todos los que reflexionan en el mundo, odian de igual suerte á la clerecía. Basta ser hombre, basta no haber abdicado de la razón y la dignidad humana, para apartarse con repugnancia de los tonsurados y de la inmunda grey que les sigue.»

No copiamos más, y perdónenos Dios y nuestros lectores si hemos copiado lo transcrito. Pero hemos creído conveniente que se vulgaricen estos trozos de pálida literatura, para que sepa España entera lo que sería nuestra patria en punto á cultura literaria y social, el día en que cayese en poder de hidrófobos como el Sr. Deu y los redactores de *Las Dominicales*, que comentan las cartas del Sr. Deu.

¡Librenos Dios de que esos libre-pensadores sean nuestros gobernantes! ¡Libre Dios á España de esas hordas que la tratarían mucho peor que la trataron los hipócritas Cartagineses, los soberbios Romanos y los fanáticos Muslimes! ¡Libre Dios á la católica España de esos sectarios indómitos que como una avalancha, se arrojarían sobre sus mejores templos y envidiadas Basílicas!

¡Oiga el Señor nuestras plegarias y acepte benigno las súplicas que todos los fieles le dirigimos por la libertad de nuestra Santa Madre Iglesia, siguiendo los consejos, y obediendo el precepto de nuestro amado Pontífice León XIII! ¡Óiganos, sí, el Señor, y conceda á su Iglesia la libertad que, por su divino origen, por su fin que es facilitar al hombre la salvación eterna, y por los inmensos bienes que á la misma sociedad civil proporciona, le es debida desde su fundación, y por lo que, el gran Constantino, liberal, en el verdadero sentido de la palabra, y reconociendo la omnimoda independencia de que debía disfrutar la Iglesia de Dios, trasladó voluntariamente su corte á Constantinopla, eligiéndola por capital de su gran imperio...! ¡Ejemplo muy digno de imitar por el Rey Humberto, dejando á Roma, ciudad de los Papas, antes que sobre él y sobre toda su familia, se derrame la copa de la indignación divina, que tan merecido se tiene por usurpador sacrilego de unos Estados que Dios quiere sean gobernados según el Evangelio y no según las infernales teorías de los sabios á la moderna!

¡Siga el Rey Humberto nuestros desinteresados y leales consejos antes que los Estados Pontificios sean la destructora polilla de sus Estados legítimos! ¡Antes que él se vea privado de la libertad de que hoy tiene privado al Pontificado, origen de todas las grandezas de Italia, y de la misma casa de Saboya, que hace tiempo volvió la espalda á su tan generoso bienhechor, á su tan amantísimo Padre! Pero... prosigamos explicando aquella tan hermosa y caritativa oración, y demos una razón más del por qué el

Santo Padre mandó se dijera después de todas las misas rezadas.

*
* *

La Italia oficial, todas las sectas masónicas... y la mayoría de los liberales sectarios del universo mundo, hánse valido de todos los medios y recursos de que han podido disponer para deprimir, avasallar y desacreditar en estos últimos años á la Santa Iglesia Católica y á su Jefe Supremo, el Romano Pontífice. ¡Todos los medios les han parecido dignos y nobles con tal de conseguir sus nefandos fines!

Horrorízase el ánimo, llénase el corazón de muy honda pena, conmuévense todas sus fibras religiosas... y la pluma se detiene, quiere caerse de las manos, al pensar trasladar al papel, siquiera sean breves páginas de esa historia de exterminio, de esa historia de deshonra é infamia, de ridículo y sarcasmo... escrita contra la Inmaculada Esposa del Cordero, por los modernos Nerones, los Trajanos, Adrianos, Antoninos, Marco-Aurelios, Severos, Decios, Galos, Valerianos y Galienos, Dioclecianos y Maximianos...

Tal vez extrañe á algún partidario de las ideas modernas el que comparemos á los enemigos de la Iglesia en estos tiempos, con aquellos Emperadores Romanos que enrojecieron las aguas del caudaloso rio Tiber con la sangre de tantos millones de Mártires cristianos, durante tres siglos, que parecieron eternos; y por lo mismo, se nos acusa de escritor injusto y apasionado, que cierra los ojos á la luz más clara y esplendente, y se empeña en abrirlos en las más densas tinieblas de noche de tempestad; pero esto nos tiene sin cuidado.

Confesemos ingenuamente en que hay diferencia entre estos y aquellos tiranos, pero es una diferencia accidental, que solo varía en el procedimiento, porque los tiranos

de todos los tiempos se propusieron el mismo fin; dar la muerte á la Iglesia, y sepultarla para siempre en los más hondos abismos.

Es verdad que los modernos enemigos de la Iglesia no se valen, como los antiguos, para acabar con sus hijos, de los tormentos de *Cruz y Estacas*, de las ruedas *Trochas*, del *Ecúleo* ó caballete, de la *Catarta* ó tablado, de las garrruchas y prensas, de los potros, cuerdecillas ó *fidiculas*, cepos, *compedes* y *numelas*, de los nervios ó correas, de los lazos ó *pedicás*, de las esposas ó *manicas*, argollas, cañenas, *fustes* ó palos, varas de vid, hierro y plomo, escorpiones, uñas, garfios y peines de hierro, planchas ardientes, hachones y teas encendidas, lámparas en ignición, toro de bronce, parrilla, cama, silla, capacete, túnica, etc., etc., etc; es verdad, repetimos, que los tiranos modernos no se valen de esos infernales instrumentos para martirizar á los cristianos y acabar con la Iglesia, como los antiguos perseguidores; pero en cambio han llamado en su auxilio para conseguir los mismos fines, á la Física, la Química, la Historia Natural, las Matemáticas, la Filosofía, la Medicina, la Veterinaria, la Jurisprudencia, la Historia universal, la Literatura, la Poesía, la Música, la Pintura, en una palabra, todas las artes y ciencias conocidas, todos los sistemas científicos, la crítica más severa y mordaz, la burla, el ridículo, el sarcasmo, el *tal vez*, el *quizá* de Renan... armas todas que los sectarios de los últimos siglos han esgrimido á porfía y con la peor mala fe, martirizando, como es consiguiente, la inteligencia y el corazón de todos los católicos, llevando la intranquilidad á los espíritus, mortificándoles constantemente en sus más delicadas fibras religiosas, befándose de ellos y calificándolos de ignorantes, retrógrados, fanáticos, hipócritas; atropellándoles no pocas veces en sus más legítimos derechos, perjudicándoles en sus intereses, tratándoles con frecuencia como parias ó ilótas, y negándoles el agua y el fuego, cual si no fueran criaturas racionales...

¡y todo eso á nombre de la fraternidad, de la igualdad y libertad, á nombre de la cultura y civilización, de los adelantos del siglo, fueros y derechos de una razón ilustrada! ¿Qué mayor persecución contra toda la Iglesia? A nombre del *nuevo derecho* — tan antiguo como el *nominor leo* de la fábula — y de la unidad italiana, atormentásteis de mil modos y maneras al bondadoso Pio IX el Grande, le arrojásteis de Roma á Gaeta, le arrebatásteis sus Estados, y — ¡cafres civilizados! ¡hotentotes blancos! — ¡después de muerto quisísteis por la fuerza bruta apoderaros de su cadaver y arrojarlo al Tiber! ¡Si vosotros hubiérais vivido en tiempo de Nerón, como este habríais quitado la vida á vuestra propia madre, y habríais deseado que todo el género humano hubiera tenido una sola cabeza para derribársela de un solo golpe! ¡O! asociáis, formáis el ala izquierda del ejército de las nuevas ideas, agigantáis vuestro corazón cual si defendiérais la mejor causa, y, sin tregua ni descanso, arrojais contra la Cátedra de Pedro, la infernal metralla de *vuestra* ciencia; vomitais por doquiera el inmundo cieno de vuestras doctrinas, y causais en las almas por todo el mundo católico tantos estragos, por lo menos, como los Emperadores romanos en los tres primeros siglos de la Iglesia! Aquellos tiranos fueron más excusables que vosotros, porque por todas partes veían Dioses, y, en expresión de un poeta, nacíanles hasta en los huertos; pero vosotros, ni áun en el cielo veis á Dios con los ojos de la fe, ni tampoco en la tierra, *á magnitudine speciei et creaturæ*! Aquellos mataban los cuerpos, pero contribuían á la salvación de las almas, aunque inconscientemente; ¡vosotros, en cambio, matais las almas robándoles la fe, y conducís los cuerpos por todos los caminos de la sensualidad para abreviar su vida! ¡Peores sois que los mismos gentiles! La mayor deshonra para un padre es que un hijo suyo se levante contra él!... ¡Ah! Hijos sois de la Iglesia, y, sin embargo, os mofais de ella y la perseguís á muerte: esto no obstante, Ella os llama ca-

riñosa, detiene el brazo del anatema... y, viendo vuestra obstinación farisáica, transida de dolor, exclama: «*¡Fili-
lios meos esurivi et exaltavi, ipsi autem spreverunt me!*» ¡Es
inmensa vuestra desgracia, porque en la gran casa de la
Iglesia, no sois vasos de plata ni de oro, sino los de barro,
para su ignominia y deshonra! ¿Es este el modo que te-
neis de exaltar y engrandecer á la Iglesia? Ved, pues, con
cuánta razón quiere el Santo Padre León XIII, que pida-
mos frecuentemente á Dios por *la exaltación* de nuestra
Santa Madre Iglesia.

*
* *

Parecía poco á los enemigos del Papa y de la Iglesia,
haberlos reducido á la misérrima situación de esclavos;
haberles empobrecido sin dejarles otra cosa que la cruz
de madera; haberlos desterrado de la sociedad y encerra-
do en el santuario; pero su odio, su impiedad y su sata-
nismo no estaban aún satisfechos: érales preciso hacer la
apoteosis del crimen y pulsar sus destempladas liras con
febril entusiasmo para cantar himnos en honor del mismo
Satanás, que tiene poder bastante para zarandear á esos
sábios-necios que, dando culto al demonio, se proclaman
divinidades.

Es el diablo un mono de Dios.

Devorado como siempre del pecado de la soberbia y la
envidia, ha hecho en todo tiempo los mayores esfuerzos
por tener sus templos, su sacerdocio, su principal Vice-
gerente en la tierra, su cuerpo de doctrina, sus Sacra-
mentos, su moral, sus legados, etc., etc., todo lo que,
como él mismo, había de llevar el estigma de la degradación
y deshonra, proponiéndose en todo tiempo y lugar, con el
continuo movimiento de sus escuadrones, arrojar á Dios
de su trono y apropiarse su divina soberanía.

Arrio, Nestorio, Mahoma, Focio, los Albigenses, Lutero,
Calvino, Voltaire, Renan, y todos los grandes heresiarcas

de todos los siglos, han sido como otros tantos Vice-gerentes de Satanás en la tierra, que, de edad en edad y de siglo en siglo, han venido sucediéndose en la cátedra del error, de la maldad y la tiranía. Todos estos grandes padres de la mentira, tuvieron y tienen sus adeptos, que son los que forman sus sinagogas, y en todas partes son conocidos por su odio satánico á la Iglesia de Cristo, á cuya inmaculada frente arrojan el cieno de sus enseñanzas é iniquidades, cieno que vuelve de rechazo al mismo sitio de donde había salido, al corazón inmundo de esos sectarios, ministros del demonio, apóstoles decididos de la mentira.

Tiene también el demonio sus legados, sus misioneros, sus representantes casi en todos los pueblos, pero muy principalmente en las grandes ciudades, y sobre todo en Roma, capital del orbe católico. Y así como el Romano Pontífice, en las grandes solemnidades de la Iglesia, y cuando ha de celebrar las asambleas conciliares, reúne allí al *cuerpo docente* de la misma, para resolver siempre lo más conveniente á la mayor honra y gloria de Dios, bien de su Santa Iglesia y de las almas, así también el demonio, el primero y mayor revolucionario del mundo, cuando ha de resolver los asuntos de mayor importancia infernal, reúne en Roma, no á la luz hermosa y esplendente del Mediodía, sino en la oscuridad, á altas horas de la noche, sus más satánicos prosélitos, sus ministros más ilustrados y más hábiles en inventar sofismas contra la doctrina de la Iglesia, sus partidarios de mayor valentía y fiera para manejar el puñal asesino y la tea incendiaria...

Y esos hombres desalmados, impenitentes, remedos del anti-cristo, reúnen en la ciudad de las siete colinas, miran con torva faz y ceño furibundo los palacios del Vaticano, alzan sus airados ojos hacia la atrevida, magnífica y sorprendente cúpula de San Pedro, y quisieran con el pensamiento arrojar aquella maravilla y asom-

bro del arte sobre la misma techumbre de la cámara pontificia donde mora León XIII!

Y esos hombres de tan fieros instintos y tan maquiavélicos pensamientos, dánse con frecuencia cita en la Ciudad Eterna, con aquellos tan perversos fines, que solo les puede inspirar el demonio, su profeta, su rey y su pontífice.

Córrense de un extremo al otro del mundo las órdenes del Gran Maestre de la masonería... y de Alemania, Rusia, Austria, Francia, Portugal, España... salen para Roma, hirviendo sus pechos en infernal entusiasmo, mil y mil hermanos masones, *de los más notables y distinguidos*, que mucho tiempo antes tuvieron hechos los infernales juramentos de trabajar toda su vida, sin tregua ni descanso, contra todos los Reyes y contra el mismo Dios; reúnen allí sectarios de casi todas las naciones del mundo civilizado, y, en sus asambleas nocturnas, convienen unánimes apoderarse de Roma y poner á sueldo al mismo Pontífice. ¡Dánle unas garantías sarcásticas y degradantes, por aparentar—¡hipócritas!—una justicia que con sus hechos escarnecen, y que el mundo masónico aplaude, porque no es justicia que se conforme con la voluntad de Dios!

¡Ah! No satisfechos con tantas injusticias é iniquidades, despliegan con estrepitosos vivas y aplausos, la terrorífica bandera de Satán, cantan al demonio himnos los más vergonzosos y espeluznantes, y levantan á un hereje, al desgraciado Giordano Bruno, á un apóstata, una infernal estatua en el Campo de las Flores, que inauguran en una de las más alegres Pascuas que celebra la Iglesia, en la muy solemne de Pentecostés, ó venida del Espíritu Santo! ¡Y este inaudito ultraje á la Iglesia y al Santo Padre, hácese en la misma ciudad de Roma á nombre de la libertad! ¡Al recordar un hecho tan escandaloso, la pluma se cae de las manos, del corazón se apodera el más grande dolor, y los ojos se rasan en lágrimas! ¡Ah! El Santo Padre

León XIII, es un martir de burla, desprecio y escarnio...! ¡El Santo Padre se viste de luto con toda la Iglesia, vierte lágrimas de dolor, y quiere tener un desahogo contando al mundo católico sus muy hondas penas y amarguras profundas!

Ese hecho de infernal abominación, ese hecho tan escandaloso y degradante, ese hecho que revela el odio satánico de las sectas liberalesco-masónicas á la Iglesia; ese hecho llevado á cabo en Roma en el Campo de las Flores, y precisamente en un día en el que nuestra Santa Madre Iglesia se viste de sus más preciosas galas, celebrando la tan radiosa coronación de la santa libertad y superabundante redención del humano linaje; ese hecho, repetimos, es como el estallamiento de todo el odio satánico que contra Dios y su representante en la tierra, contiene el infierno; es el reto más degradante y vergonzoso del mismo Satanás á Jesucristo; la más solemne apoteosis del nefando crimen de la apostasia; la sentencia de muerte de la misma Iglesia sin ninguna esperanza de indulto; como el choque gigante de dos tempestades que de su ígneo vientre, arrojan llamaradas de electricidad para consumir las mismas pirámides de Egipto; ese hecho, en fin, es... el *tolle, tolle*, el *cruci fige, cruci fige* de los judíos, en boca de los liberales masones, contra Cristo, la Iglesia y su Pontífice, que oye esos bramidos de odio entre lágrimas y congojas... y pide no obstante al Señor el perdón para sus mismos enemigos!

La Redención, liberales masones, tuvo su digno rescate, su coronación de perlas y brillantes divinos con la ascensión de Jesucristo á los cielos, y la esplendente y solemne venida del Espíritu Santo, coronación de cielos y glorioso triunfo; pero la coronación de vuestro liberalismo, aunque digna y lógica, es la coronación de fuego infernal, que Satanás coloca á los condenados en la cavernosa región de los precitos, conmemorando su reprobación sempiterna! ¡¡¡Pensais, hablais y obrais como quienes sois!!!

¡Deteneos, liberales-masones, deteneos ya en vuestro camino de perdición; abrid los ojos y ved los resplandores de gloria que por doquier despide la Iglesia Católica; eclipsando las negras nubes que vosotros, ayudados del genio del mal, habeis extendido por el universo mundo; con esa infernal apoteosis de la vergonzosa apostasía de Giordano Bruno! ¡Deteneos, sí, deteneos en la Crucifixión de la Santa Iglesia Católica; no busqueis Ciríneos que la ayuden á llevar la tan pesada cruz del libertinaje, liberalismo y masonismo, que sobre sus hombros de gigante habeis astuta é hipócritamente fabricado! Sellad ya vuestros labios, y no vomitéis más blasfemias pidiendo al infierno la muerte de la Esposa inmaculada del inocente Cordero, y no esperéis enterrarla en el sepulcro del progreso de la *civilización moderna!*

¿Habeis visto, liberales-masones, que pueda vivir ninguna institución humana, disparando constantemente contra ella las tan poderosas armas de la burla, del ridículo y sarcasmo? ¡Pues en la Santa Iglesia Católica, monte y fortaleza de Dios, se embotan esas armas, y nunca en esa piedra dejaron huella alguna de destrucción! Abrid vuestros ojos, liberales masones; dejad caer las escamas de vuestra incredulidad; apresuraos á salir de la casi sumergida nave del liberalismo que vaga por un mar el más peligroso, porque la tempestad ruje desencadenada y va á desplomarse sobre ese vuestro barco que ya ha perdido el piloto y la brújula que le daban vida! Si la Iglesia no fuera obra de Dios, obra inmortal é indefectible, ya la habríais enterrado como habeis hecho con las dinastías, que á manos llenas os prodigaron mil y mil favores! Retroceded de ese vuestro camino de precipicios sin fin, y, en vez de humillar y abatir, *tan hipócrita y cínicamente*, la Santa Iglesia de Dios, dadle ya el ósculo de paz, el abrazo de reconciliación que hasta los mismos ángeles os exigen, y, con nosotros, con todos los fieles católicos y el Papa, engrandeced y exaltad á esa misma Iglesia que,

como nuestra, es también vuestra Madre tierna y cariñosa!

*
* *

El tan infausto acontecimiento de la apoteosis del apóstata Giordano Bruno, había de formar necesariamente época en la historia contemporánea.

¡Los cimientos de las Basílicas de Roma habían como de conmoverse al vertiginoso aplauso de la embriaguez de la impiedad, conmemorando y ensalzando la apostasía de un hijo de la Iglesia que, semejante á Judas, hiciera traición y vendiera á Jesucristo, arrojándole el más inmundado cieno á su divino rostro de hermosura sempiterna!

Y el Santísimo Padre León XIII, martir de una impiedad refinada é hipócrita, había de ver, entre congójas, suspiros y lágrimas, la espantosa gritería del infierno que, más fiero que nunca, rugía en aquel día que la Santa Iglesia, vestida de sus más preciadas galas, celebraba la hermosa Pascua de Pentecostés ó venida del Espíritu Santo.

La masonería liberal de Roma, entre la que se encontraban representantes masónicos de casi todas las naciones, hizo en su día un esfuerzo supremo para llevar la más grande consternación, la misma muerte, al tan amante y tierno corazón de un Pontífice, que solo quiere y desea que el universo mundo magnifique y engrandezca á la Iglesia cual ella se merece, por ser la fuente única de la verdadera fraternidad, de santa libertad y racional progreso.

El himno á Satán cantado cerca del Vaticano por turbas impías, compuestas de ciudadanos harapientos y de guante blanco, fué un canto verdaderamente infernal, cuyos tremebundos ecos hicieron latir el corazón del Santo Padre, cual jamás había latido en medio de tantas tem-

pestades como hasta aquel infausto día habían allí dirigido las baterías de la ingratitud, de la irreligión, del ridículo y sarcasmo.

El corazón del Santo Padre León XIII se encontraría en aquel día cual el del viajero perdido en medio de la selva, en noche de tempestad y rodeado de hambrientas fieras. No era, pues, de extrañar quisiera buscar algún consuelo para su atribulado espíritu, revelando al Sacro Colegio de Cardenales la idea tantas veces rechazada de abandonar á Roma....

Habló el telégrafo, contando al mundo los excesos de impiedad, la estúpida y degradante embriaguez de los enemigos del Papa, de Dios y de su Iglesia; y los dos ejércitos beligerantes, el de la fe y el amor, y el de la incredulidad y el odio, dispararon sus baterías, luchando como feroces gigantes los impíos, y, como Angeles vestidos de gloria y hermosura, los buenos hijos de la Iglesia, elevando el Papa al cielo las más férvidas plegarias, y pidiendo á Jesús su divina asistencia para sufrir el martirio hasta derramar la última gota de su sangre por la exaltación de su Santa Madre Iglesia. ¡Gloria á Dios en las alturas, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad!

*
* *

La unidad de la Iglesia, esa unidad omnipotente de fe, caridad y amor, que del mismo modo conmueve el corazón de las ovejas que el de sus corderos; esa unidad de acción y reacción divina que agiganta á los fieles en medio de los mayores peligros, y cuando más desencadenada ruje la tormenta de la impiedad y del fanatismo de los sectarios, esa fuerza de comunión, fuerza fecunda, creadora, arrancó himnos y cánticos de alabanza, de respeto y de consuelo al mundo católico para la Cátedra de Pedro, y para el atribulado corazón del tan venerable anciano

León XIII; y en todas las Cátedras y Basílicas, en las Iglesias de las populosas ciudades y en las de las más humildes aldeas, se elevaron al cielo las más fervientes oraciones, pidiendo protección y gracias divinas para dominar la tan horrísona tempestad que sobre Roma y el Vaticano descargaba todas sus baterías. Y los Ilustrísimos Sres. Obispos, los Excmos. Arzobispos y Excmos. Cardenales, intérpretes de los sentimientos de amor y filial adhesión de todos los fieles que forman el rebaño que el Espíritu Santo les confiara para regirle y gobernarle, súbita y unánimemente, manifestaron al Santo Padre el dolor que laceraba su corazón y su alma, por el satánico ultraje hecho á su sagrada persona, deificando á un apóstata en nombre de la libertad y los derechos del hombre, que derriba los altares de Dios y se los levanta á Satanás.

Y ved aquí que todos los telégrafos y correos del mundo llevaron en pocas horas á Roma los más grandes y espontáneos testimonios de esa fe de los creyentes, que traslada los montes, y de esa inquebrantable adhesión que el mundo católico ha tenido siempre á sus Papas, y de ese amor eficaz y profundo, que siempre se ha impuesto los mayores sacrificios.

Todo el *cuero docente* de la Iglesia rivalizó en esa clase de testimonios que hicieron callar á los sectarios en sus orgías y bacanales.

Y la Católica España, esta nuestra nación, que siempre pronunció el nombre del Papa con veneración profunda, resplandeció, entre ese universal concierto de vítores y aclamaciones, de plegarias y cánticos, como estrella de primera magnitud, que por doquiera irradia focos de luz la más intensa y esplendente.

No nos es posible hacer mención de los mil y mil telegramas, de las mil y mil cartas dirigidas desde España al Santo Padre, consolándole en sus aflicciones y engrandeciendo su Pontificado; telegramas y cartas de todas las clases sociales, de distinguidos Magistrados, de pundono-

rosos Capitanes, de valerosos escritores, de inspirados poetas y de innumerables caballeros y nobles, que olvidar no pueden que la más grande nobleza consiste en la práctica de las virtudes católicas. Esto es exactamente lo mismo que ha ocurrido siempre que la Iglesia se ha visto en esas grandes crisis en que las puertas del infierno se han movido furiosas y rechinantes para humillar y abatir, y, si posible hubiera sido, destruir la Iglesia por sus mismos cimientos; sin que por esto quieran convenirse los sectarios de que las humillaciones que arrojan al rostro de esa Esposa sin la menor mancilla, se convierten, por virtud divina, en las más ricas y perfumadas flores, en perlas y diamantes divinos que orlan su frente cual diadema de gloria. ¡Mirad al Pontificado! Es la hermosa y radiante columna de misterioso fuego, que á esta Europa oficial, descreída, guía cariñosa de la mano por entre las selvas y desiertos del descreimiento, de su glacial indiferencia, de su ingratitud máxima y refinado orgullo!

Y á vista de ese universal concierto, el Santo Padre se consoló, el Santo Padre, gigante de Dios, se agigantó más en su heroísmo y entonó un solemne *Te-Deum*, que los mismos Angeles repitieron acompañados de sus sistros de oro. ¡Sí! El Santo Padre, rébosando amor y ternura, habló al universo mundo en las cariñosas contestaciones, le contó sus penas y angustias, y le significó una vez más su agradecimiento por el consuelo que en tan críticas circunstancias habían llevado á su corazón, y por el engrandecimiento y exaltación, que con tan noble y valeroso proceder, había la Iglesia de Dios recibido.

¡Santisimo Padre! Las paces que al fin de la Santa Misa rezamos todos los sacerdotes del orbe católico por mandato de Vuestra Beatitud, *por la exaltación* de nuestra Santa Madre Iglesia, han sido oídas en parte por nuestro Dios, benigno y misericordioso! Y muy grande fe tenemos en que ese mismo Dios continuará derramando sobre su Iglesia y su Pontífice sus gracias y divinos auxilios, cual



lluvia benéfica de perlas y diamantes que en Abril da nueva vida á las mustias plantas y moribundas flores, fe que brilla cual el sol en pleno día, en las protestas de adhesión del Episcopado católico á la Cátedra de Pedro y á vuestra sagrada Persona, y en las contestaciones de Vuestra Beatitud á las mismas, con motivo de la infernal apoteosis del desgraciado Giordano Bruno.

Muy del caso es que copiemos íntegra la protesta del Episcopado español, por expresada causa; protesta que, por su doctrina, por la firme adhesión de nuestros virtuosos y sabios Obispos á la Cátedra de Pedro, por el heroico ejemplo de valor que los mismos dan á los fieles, y por el muy grande consuelo que llevó al atribulado corazón de Nuestro Santísimo Padre, bien puede decirse que es una como de las muchas perlas y diamantes, como un florón de gloria que orla las sienes de nuestros Prelados, como la más fiel expresión de sus sinceros votos y ardientes deseos, y como la más grande prueba de su amor y adhesión á la Cátedra de San Pedro y á la Sagrada Persona que hoy la ocupa.



PROTESTA DEL EPISCOPADO ESPAÑOL

CONTRA LA APOTEOSIS DE LA IMPIEDAD, REALIZADA EN ROMA
CON MOTIVO DE LA ERECCIÓN DE UNA ESTATUA
Á GIORDANO BRUNO

«BEATÍSIMO PADRE: Un hecho incalificable acaba de tener lugar en Roma, ante el cual no podemos permanecer en silencio, los Obispos españoles que nos gloriamos de profesar inquebrantable adhesión á la Sagrada persona de Vuestra Santidad y á la Santa Iglesia, de la cual sois por divina disposición Pastor Supremo. Los impíos, ene-

migos irreconciliables de la divina causa del catolicismo, que no cesan de hostilizarla por cuantos medios conceptúan que la puedan dañar, han preparado y realizado una repugnante explosión de insultos y vituperios contra ella, que se halla personificada en la augusta persona de Vuestra Santidad, contra quien, para vilipendiarla, dirigen muy especialmente sus ataques. Y es que, gracias á la divina protección que la sustenta, por más que sus encarnizados enemigos agotan sus recursos, que frecuentemente se convierten en gloriosos triunfos para ella, no se rinde ni se debilita; y la repugnante y sacrilega apoteosis de uno de los mónstruos más abominables que recuerda la historia, esfuerzo supremo de la impiedad, al levantar con insensato y degradante empeño la figura del desdichado Bruno, delante de la brillantísima de Vuestra Santidad, no servirá sino para aumentar la fe, piedad y valor del pueblo cristiano, para combatir, en todos los terrenos, en pro de la causa del Pontificado, que es la de nuestro divino Redentor Jesucristo.

»Así sucederá ciertamente; porque la causa de Vuestra Santidad y de la Iglesia Católica, de la que sois Jefe Supremo, brilla con más esplendentes fulgores después del rudo combate. No; la obra de Dios no sucumbirá; el astro de la Iglesia no se eclipsará, y nuevos laureles serán el brillante resultado de sus pruebas. Obra admirablemente Vuestra Santidad resistiendo siempre con valor divino en los repetidos combates que se ve obligado á sostener contra tantos enemigos de la causa del cielo. Y el valor de Vuestra Santidad se comunica á todos los miembros de la Iglesia, que cada día adquieren mayor vigor para pelear con el denuedo que Vos les inspiráis. Entre ellos tenemos la dicha de contarnos, con toda la España católica, los Obispos que suscribimos, protestando de nuevo que confirmamos y ratificamos todas nuestras antiguas declaraciones, consignadas en anteriores documentos; que, con el auxilio divino, permanecemos y permaneceremos cons-

tantes hasta la muerte íntimamente unidos á Vuestra Santidad; que detestamos y execramos la doctrina y la conducta del reprobado Bruno y de todos sus obcecados secuaces; que nuevamente protestamos contra la injusta y sacrilega detentación de los Estados de la Iglesia, que por disposición providencial ha poseído y disfrutado desde antiquísimos tiempos; y, últimamente, que levantamos las manos al cielo y pedimos sin intermisión á la justicia divina pronto y eficaz remedio para tantos males como la atribulan en la tierra y diariamente os dan á Vos á beber colmado el cáliz de la amargura.

»De Toledo, fiesta de nuestro glorioso Patrono el Apóstol Santiago, 25 de Julio de 1889.

»*Provincia de Toledo.*—Miguel, Cardenal Payá, Arzobispo de Toledo, Patriarca de las Indias.—Pedro, Obispo de Plasencia.—Antonio, Obispo de Sigüenza.—Juan María, Obispo de Cuenca.—Ciriaco, Obispo de Madrid-Alcalá.—Luis Felipe, Obispo de Coria.—Valeriano, Obispo de Tamaso, Auxiliar de Toledo.

»José María, Obispo de Dora, Prior de las Cuatro Órdenes Militares.

»*Provincia de Zaragoza.*—Francisco de Paula, Cardenal Benavides, Arzobispo de Zaragoza.—Ramón, Obispo de Jaca.—Antonio, Obispo de Pamplona.—Vicente, Obispo de Huesca.—Juan, Obispo de Tarazona.—Mariano, Obispo de Europa, Auxiliar de Zaragoza.—Juan Morell, Gobernador eclesiástico S. P. de Teruel y Albarracin.—Juan Antonio Puicercus, Vicario Capitular de Barbastro.

»*Provincia de Valencia.*—Antolin, Cardenal Monescillo, Arzobispo de Valencia.—Manuel, Obispo de Menorca.—Francisco, Obispo de Segorbe.—Jacinto, Obispo de Mallorca.—Juan, Obispo de Orihuela.—Manuel Palau, Vicario capitular de Ibiza.

»*Provincia de Sevilla.*—Fr. Ceferino, Cardenal González, Arzobispo de Sevilla.—Fernando, Obispo de Badajoz.—José, Obispo de Canarias.—Sebastian, Obispo de Córdoba.—

Vicente, Obispo de Cádiz y Administrador Apóstolico de Ceuta.—Ramón, Obispo de Tenerife.

» *Provincia de Burgos*.—Manuel, Arzobispo de Burgos.—Pedro, Obispo de Osma.—Juan, Obispo de Palencia.—Mariano, Obispo de Vitoria.—Antonio, Obispo de Calahorra.—Vicente, Obispo de Santander.—Francisco, Obispo de León.

» *Provincia de Compostela*.—José, Arzobispo de Compostela.—Cesáreo, Obispo de Orense.—Fernando, Obispo de Tuy.—Fr. Ramón, Obispo de Oviedo.—Fr. Gregorio, Obispo de Lugo.—Juan Manuel de Piñera, Vicario Capitular de Mondoñedo.

» *Provincia de Granada*.—José, Arzobispo de Granada.—Fr. Vicente, Obispo de Guadix.—Manuel María, Obispo de Jaen.—Tomás, Obispo de Cartagena.—Marcelo, Obispo de Málaga.—Santos, Obispo de Almería.

» *Provincia de Tarragona* (Sede Apostólica vacante).—Tomás, Obispo de Lérida.—Tomás, Obispo de Gerona.—Francisco, Obispo de Tortosa.—Salvador, Obispo de Urgel.—José, Obispo de Vich.—Jaime, Obispo de Barcelona.—Francisco Morante y Ramón, Vicario Capitular de Tarragona.—Ramón Casals, Vicario Capitular de Solsona.

» *Provincia de Valladolid*.—Benito, Arzobispo de Valladolid.—Antonio, Obispo de Segovia.—Tomás, Obispo de Zamora.—Fray Tomás, Obispo de Salamanca.—José Tomás, Obispo de Filipópolis, Administrador Apóstolico de Ciudad-Rodrigo.—Juan, Obispo de Astorga.—Ramón, Obispo de Avila.

» *Provincia de Santiago de Cuba* (Sede Arzobispal vacante).—Juan Antonio, Obispo de Puerto-Rico.—Manuel, Obispo de la Habana.—Mariano de Juan y Gutierrez, Vicario Capitular de Santiago de Cuba. »

¡Loor y gloria al Episcopado español, que con tanta valentía protestó, no solo contra esos tan escandalosos hechos, sino que también una vez más contra la injusta y sacrílega detentación de los Estados de la Iglesia!

Veámos ahora la hermosa y consoladora contestación del Papa á la anterior protesta.

*
**

CONTESTACIÓN DE SU SANTIDAD

AL ÚLTIMO MENSAJE DEL EPISCOPADO ESPAÑOL

«A nuestro amado hijo Miguel del título de los Santos Quirico y Julita de la S. R. I. Presbítero Cardenal Payá y Rico, Patriarca de las Indias Occidentales, Arzobispo de Toledo, y á los demás Arzobispos y Obispos de España.

« León PP. XIII.

»Amados Hijos Nuestros y Venerables Hermanos, salud y Bendición Apostólica. Brillante muestra de la excelente fe y de la constancia que con amor y agrado hemos visto siempre en vuestros actos y escritos, es el mensaje que Nos dirigisteis en el día consagrado á honrar la memoria del Bienaventurado Apóstol Santiago el Mayor, patrón de España. Natural era en verdad que Vosotros, Prelados de ese católico reino, os sintiéseis profundamente conmovidos por la dura afrenta que al nombre católico se hizo públicamente en esta ciudad de Roma en el día santo de Pontecostés, en que los enemigos de la Iglesia rindieron públicos honores á un hereje insolente y audaz, como si en la desenfrenada licencia, en la conducta y en la enseñanza de las más perversas doctrinas, consistiese la excelencia de la verdadera virtud.

»Dignas son de lo que el caso pedía las palabras y los conceptos que vosotros empleáis para reprobar cual merece el hecho referido. Que si grandes se muestran la audacia y la perversidad en los que le han realizado, en tan alto grado resplandece vuestra gravedad y celo pastoral

al detestarlo. Y entre vuestras justas quejas tampoco se echa de menos algo que sirve para templar las amarguras que Nuestro ánimo padece y para hacerle gustar la dulzura de gratas impresiones. Pues vemos que por vuestro testimonio se confirma lo que ya otros Nos habían significado, á saber: que los repetidos embates de los enemigos de la verdad aumentan y encienden los piadosos sentimientos de los que han permanecido fieles, los hacen más afectos á Nos, y más prontos y solícitos para la defensa de la religión. A esto se agrega aún el tan santo y plausible empeño que Nos participais de elevar al Dios inmortal cada vez más fervientes súplicas, para que apiadado de su pueblo, quebrante las fuerzas de nuestros enemigos y libre á la católica grey de las presentes calamidades. Esto levanta y fortalece Nuestra confianza, porque en la presente lucha entre los hijos de la luz y los de las tinieblas, no puede menos de declararse la victoria en favor de aquellos á quienes Dios asiste y protege.

»Y abrigando la firme confianza de que los fieles españoles las seguirán como á sus naturales guías en el cumplimiento de este piadoso deber, del mismo modo que se prestan dóciles á aprender y recibir de vosotros la sana doctrina, á Vosotros, Amados Hijos Nuestros y Venerables Hermanos, y al Clero y pueblo de vuestras Diócesis, concedemos en el Señor, con grande amor de Nuestro corazón, la bendición Apostólica.

»Dado en San Pedro de Roma, á 5 de Agosto de 1889. Año Duodécimo de Nuestro Pontificado.

»LEÓN PAPA XIII.»

La simple lectura de tan elocuente documento, que tanto enaltece la fe heroica, el entrañable amor y la incondicionada adhesión del Episcopado español, brillante precioso de la Iglesia Católica, á la Cátedra de Pedro, y á la tan respetable persona de León XIII, hácenos olvidar los disgustos y sinsabores, las tristezas y amarguras que en

el más profundo silencio hemos devorado con motivo de las gravísimas causas que dieron lugar al mencionado mensaje... ¡Loor y gloria al Episcopado Español que en la tierra y en el cielo se ve exornado con la riquísima diadema de tantos Santos, Confesores y Mártires! Loor y gloria también á los sucesores de los Jacobos, Torcuatos, Trifones, Eugenios, Leandros, Froilanes, Ildefonsos, etc., etcétera, que, en medio de la glacial indiferencia de casi todos los Gobiernos europeos, han dado al mundo un magnífico ejemplo de valor heroico, protestando de los sacrilegios y bárbaros atropellos cometidos contra Dios, su Santa Iglesia y su Vice-gerente en la tierra! Gloria imperecedera á tan decididos y valerosos Príncipes de la Iglesia que, rugiendo imponente, atronadora y desolante la muy horrisona tempestad producida por todos los sectarios católicos, han manifestado al Santo Padre estar dispuestos á ofrecer su vida y á derramar toda su sangre por la libertad y exaltación de nuestra Santa Madre Iglesia!

*
* * *

La cuestión Romana, ó mejor dicho, católica ó universal, se agrava, no de día en día, sino de momento en momento.

Todas las potencias europeas se alarman por la probable salida del Papa de la ciudad eterna, en caso de guerra, y hasta la diplomacia de las potencias aliadas y el mismo Bismarck, ve en esto una muy grande causa de debilidad para el interior y el exterior, por parte de la Italia oficial, á la que considera como un brazo derecho para la realización de sus maquiavélicos planes.

Como prueba de todo esto, y como testimonio irrefragable, transcribiremos á continuación la carta que de Roma publicó *La Unión Católica*, el día 12 de Septiembre último, carta en la que se ven, tan claras como la luz del medio-

día, las siniestras intenciones y los perversos planes de esos sectarios acatólicos, que venden á Cristo por menos monedas que le vendió Judas, el Apóstol prevaricador.

Leamos esa carta con toda la paciencia y abnegación de que nos dieron ejemplo los Mártires, cuando ante los mismos tiranos profesaron heroicamente la santa fe de Jesucristo!

CARTA DE ROMA

»Roma 8 de Septiembre de 1889.

»Sr. Director de *La Unión Católica*.

»Mi estimado amigo: El proyecto de la marcha eventual del Papa, sobre todo en caso de guerra, no solo constituye el objeto de las preocupaciones del mundo católico; parece también que la diplomacia de las potencias aliadas de Italia, se han alarmado, como si se tratara de una de las complicaciones más graves que hubiera de añadirse á todas las de la situación internacional. El príncipe de Bismarck, principalmente, ha visto en ello una nueva causa de debilidad en el interior y en el exterior para esta Italia oficial, de quien tanto necesita, y con la tenacidad que le distingue, ha insistido en varias ocasiones y por toda clase de medios directos é indirectos cerca de la Santa Sede, á fin de ganar al Papa para que desista de su proyecto de marcha.

»Parece que le ha hecho apelar á este extremo, la seguridad que se cree le ha dado el Gobierno italiano, sobre el cual se siente adulado de ejercer una influencia decisiva, de obligarse á todo trance, y áun en caso de guerra, á respetar y á hacer que fuera respetado el Vaticano y la persona del Papa, y además á que, á la terminación de la

guerra, cuando se tratase de dar forma estable á los asuntos de Europa, se tendría en consideración la cuestión de la independencia del Papa, para dar á esta independencia las más serias garantías.

»Pero, por seductoras que parezcan estas promesas, no hay miedo que se dejen sorprender en el Vaticano, porque allí saben muy bien que el Gobierno italiano está á merced de las sectas, y que, áun cuando quisiera obrar como dice, le sería muy difícil en el día de las complicaciones, velar por la defensa de la Santa Sede y la persona del Papa.

»Hé aquí, que lejos de renunciar Su Santidad y sus consejeros al proyecto de abandonar á Roma en un momento dado, se confirman más y más en él, por el hecho mismo de que los enemigos de la Santa Sede y los protectores de estos enemigos, se alarman y quisieran que se renunciase al proyecto.

»A propósito de los peligros de la situación internacional, ha llamado la atención un artículo titulado: «¿Paz ó guerra?» que acaba de publicar la *Nueva Antología*, la más importante de las revistas liberales de Italia. El autor del artículo da á entender, que la guerra es hoy inevitable, y que todo lo que se puede desear, es «hacerla menos larga y menos mortífera.»

»Se desprende también de este artículo el voto formal de que á causa de la cuestión romana, Italia ha tenido que echarse en brazos de Alemania. Hé aquí los términos de esta declaración: «Sella y Mingnetti estaban persuadidos de que Francia no nos habría jamás perdonado el haberla rehusado el concurso pedido en 1870, y de haber venido á Roma aprovechándose de sus derrotas. Tenían además poca confianza en la duración de la república francesa, y creían, por cierto, que en un tiempo más ó menos largo, Francia habría vuelto á la monarquía ó caído en la dictadura cesarista. Ahora bien: en cualquiera de estos dos casos, se habría apoyado en el partido

clerical. Alemania era la única potencia que podía defendernos contra estos peligros.» Esta triste declaración se completa con los duros sacrificios que ha tenido que imponerse Italia, á causa de su alianza con Alemania, que acabará por arruinarla con la *paz armada*, entre tanto que lo sea por la guerra misma.

«La inferioridad de Italia con respecto á las demás potencias, dice á este propósito la *Nueva Antología*, consiste precisamente en que la paz armada le cuesta mucho más y le impone sacrificios de toda clase.»

»Una nueva apoteosis sectaria acaba de realizarse en Roma en este día en que la Iglesia celebra la fiesta de la Natividad de la Virgen. Trátase, según la jerga en usanza, de la *conmemoración* de Benito Cairoli, el ex-ministro y antiguo garibaldino, que ha muerto en Nápoles el mes pasado, en medio de los esplendores de la *villa régia* de Capodimorte. Han llevado su busto en *procesión* por las calles de Roma, para ir después á coronarle en el Capitolio. El cortejo, que ha sido como un recuerdo y una reproducción de lo sucedido en el mes de Junio, se formó en la Plaza del Pueblo, en el mismo lugar en que, antes del cautiverio del Vaticano, el Papa se presentaba en gran pompa para officiar en la Iglesia de Santa María del Pópulo. Es verdad que el emplazamiento de esta iglesia recuerda el sitio en que fueron lanzadas al aire las cenizas de Nerón, y donde más tarde, Martin Lutero preparaba á la Iglesia más crueles estragos que los de las persecuciones neronianas.

»Sin duda en estos recuerdos se han inspirado hoy los glorificadores de un hombre que combatió el Pontificado con el hierro, bajo la dirección de Garibaldi, y por *medios morales* en los consejos de la Corona. Estos son los títulos que tenía para que se le hiciese hoy la *conmemoración*. Uno de ellos, Menotti Garibaldi, ha dicho que «el solo nombre de Cairoli, basta para que el extranjero y el enemigo interior que conspira contra Italia, queden reduci-

dos á la impotencia de desmembrar la patria.» Otro tribuno, el profesor Beisso, hablando en nombre del comité organizador de la fiesta, ha dirigido sus ultrajes contra «la Iglesia, acusándola de envenenar con sus preocupaciones y artificios, el corazón y el espíritu de la juventud.»

»Y para que no haya engaño acerca del carácter y fin de este nuevo escándalo, el *Diritto*, que fué órgano de Benito Cairoli, cuando este se hallaba en el poder, dijo en su número de ayer: «El pueblo romano (sic) ha querido mostrar cuán grandes son el amor y la veneración por aquellos que han merecido bien de la patria italiana, afirmada en el Capitolio, enfrente del Vaticano»; es decir, que el insulto contra la Santa Sede y la excitación impune al odio contra el Papa y á todos los excesos que de aquí resultan, se erigen hoy en Roma en instituciones permanentes.

»Hé aquí una vez más demostrado, cómo es preciso entender las seguridades de los jefes actuales de Roma, cuando tienen la desvergüenza de proclamar «la Sede libre y respetada del Soberano Pontífice.»

»Le saluda á V. afectuosamente su afectísimo seguro servidor Q. B. S. M.,—V.»

Las amarguras y hondas penas del Santo Pontífice León XIII van en aumento de día en día, y esos sectarios católicos, comidos por la envidia, abrasados del orgullo y devorados por los vicios más degradantes, hacen supremos esfuerzos por borrar de la memoria el universal entusiasmo que á todo el mundo causara la celebración de las bodas de Oro del gran Pontífice León XIII, y por eso mismo hicieron la apoteosis de Giordano Bruno, en la Pascua de Pentecostés, y por lo mismo el día 8 de Septiembre la diabólica *conmemoración* del ex-ministro y antiguo garibaldino, Benito Cairoli, que muriera en Nápoles el último mes de Agosto.

Pero si los malos, con su tan injusto proceder, aumen-

tan las amarguras del Santo Padre, los buenos, por el contrario, llevan á su afligido corazón el más suave bálsamo, los más dulces consuelos para mitigar sus tan hon- das penas, como hicieron también el Episcopado alemán reunido en Fulda sobre la tumba de San Bonifacio, como se desprende de la contestación del mismo Santo Padre al mensaje de adhesión, y protesta de amor á la Cátedra de Pedro y sagrada persona del Papa, cuya carta reproducimos á continuación, como argumento y testimonio de que el Episcopado católico magnifica, engrandece y exalta por doquiera á nuestra Santa Madre Iglesia, mucho más que lo que los sectarios quieran deprimirla y humi- llarla.

*
* * *

CARTA DEL PAPA AL ARZOBISPO DE COLONIA

*«A nuestros venerables Hermanos Felipe, Arzobispo de Colo-
nia, y demás Arzobispos y Obispos de Alemania reunidos
en Fulda.»*

»Venerables Hermanos: Salud y Bendición Apostólica.

»Habeis escogido como momento oportuno para escribir á Nos, aquel en el cual el cuidado de vuestras Diócesis res- pectivas os ha permitido reuniros en la tumba de San Bo- nifacio, para tratar de cuestiones que se relacionan con su bien. Y así Nos hemos tenido una prueba más manifies- ta aún de vuestro perfecto acuerdo sobre cuestiones capi- tales, y de vuestro celo hacia Nos, como también de la es- trecha comunidad de pensamientos y de voluntad que existe entre vosotros y Nos.

»Vuestra Carta, sobre todo, da testimonio de la mayor unión íntima, pues respondía perfectamente á Nuestros

sentimientos y á Nuestras miras, y mostraba claramente, no solo que vosotros sentíais muchísimo y dolorosamente Nuestras pruebas y que reprobábais enérgicamente lo que Nos condenábamos, sino que vosotros pensais lo mismo que Nos sobre las causas internas que la producen y las consecuencias alarmantes que de ellas se deben esperar. Nos lo hemos visto especialmente en el pasaje de vuestra carta, relativo á los honores tributados en esta ciudad á un criminal apóstata, y á los discursos que un odio furioso hacia la Iglesia, ha puesto en los labios de los autores de ese atentado.

»Ciertamente, si algún consuelo puede hallarse en una circunstancia tan triste, Nos lo hemos experimentado en el hecho de ese admirable concierto, con el cual vosotros y los demás Obispos y piadosos fieles de toda la tierra habeis condenado y abatido esa insolente ostentación de la demencia impía. Y como añadís en vuestra carta palabras muy significativas, para fijar que habeis servido constantemente á la causa de Nuestros derechos y de Nuestra libertad, y para prometer á Nos los auxilios de vuestras oraciones en esta situación difícil, Nos comprendemos que os debemos reconocimiento, no solo por vuestros buenos oficios, sino más aún por vuestros méritos.

»Por esta razón, en el sentimiento de una afección mutua, Nos rogamos á Dios que os enriquezca con los dones de su bondad, pero sobre todo que venga en vuestra ayuda, en vuestras deliberaciones, con la luz de su divina sabiduría, á fin de que con su resplandor, tomeis las resoluciones que convienen á las cosas y á los tiempos, y de que dichas resoluciones produzcan abundantes frutos de salud á los rebaños que dirigís.

»Esperándolo así, como presagio de los dones celestiales, Nos os concedemos tiernísimamente en el Señor, venerables hermanos, la bendición apostólica á vosotros, y al clero y á los fieles confiados á vuestros cuidados.

»En Roma, en San Pedro, á 2 de Septiembre de 1889, duodécimo año de nuestro Pontificado.

»LEÓN XIII, PAPA.»

Si no fuera por dar á nuestro libro mayor extensión de la que nos proponíamos en un principio, reproduciríamos otras varias cartas de Nuestro Santo Padre León XIII, escritas por iguales motivos al Episcopado de otras naciones, las cuales tienen por objeto manifestar al mundo la unidad de fe y de caridad del cuerpo *discente y docente* de la Iglesia Católica, faro luminoso, que tanto más resplandece en los montes de Dios, cuanto más quieren rodearle de tinieblas esos tan ciegos y apasionados sectarios que al mundo escandalizan con sus impiedades, y cuyo estigma de reprobación llevan en su misma frente. Pero basta con lo dicho, y daremos por terminado este tan interesante capítulo, en el cual dejamos probado con abundancia de datos, cuánta fuera la razón que tuvo el Santísimo Padre para mandar á todos los sacerdotes del orbe católico pidieran á Dios, inmediatamente después de la misa rezada, por la *exaltación* de nuestra Santa Madre Iglesia. Por Cristo Nuestro Señor.

¡Sí, por Cristo Nuestro Señor! Porque nuestro único mediador de méritos infinitos con el Eterno Padre, es Jesucristo, Dios y hombre verdadero, que pide por nosotros, por su oficio de Redentor y Salvador de todos los hombres, el mismo que, por facilitarnos á todos la salvación, instituyó la Iglesia y le dió por Jefe Supremo á San Pedro, primer Papa, y cuyos sucesores no han de faltar hasta el fin del mundo, para bien de las mismas sociedades y naciones, que hoy están de brazos cruzados, y mirando á sangre fría el horrible espectáculo de arrojarse muchos y muy hambrientos lobos sobre los más inocentes corderos.

La guerra es cruel, injusta y sangrienta por demás...

El Santo Padre nada espera de los hombres... y su ple-

garia y la de todos los fieles quiere sea también oída por el Arcangel San Miguel, proto-teólogo de Dios, cuyo principal oficio es defender á la Iglesia de los ataques de los sectarios de todos los tiempos y lugares.

Meditaremos, pues, aunque solo sea á la ligera, sobre esa breve invocación que, por mandato del Santo Padre, dirigimos al Arcangel San Miguel, todos los sacerdotes al fin de la misa rezada (1).

(1) Véase esa invocación en la página 27.





CAPÍTULO II



Es doctrina corriente de la Iglesia Católica, que el número de Angeles creados por Dios es desconocido; que son muchos en número; como consta de varios pasajes de la Sagrada Escritura (1); que se componen de nueve coros angélicos; que en su creación fueron dotados de un entendimiento sumamente claro y de una voluntad perfectamente libre, para obrar bien ó mal, y que recibieron además el inestimable don de la inocencia y justicia original, como el hombre los recibiera.

Por muy grande desgracia, esos espíritus puros, radiantes de luz y hermosura, permanecieron bien poco tiempo en ese estado de elevación y justicia, pues apenas habían salido de las manos omnipotentes del Criador, muy grande número de ellos, tal vez la tercera parte, se dejó llevar de la soberbia, y fueron reprobados por Dios para siempre.

(1) Job., 53, 25; Dan., 7, 10; Heb., 12, 22; Apoc., 5, 11.

El Jefe, ó, como vulgarmente se dice, el Capitán de esta enorme masa de réprobos, fué un Querubín, que después fué llamado Lucifer. Ensoberbecido este con su tan grande hermosura y lleno de orgullo: «*Subiré al cielo — dijo en su perturbado corazón — y pondré mi trono sobre los astros de Dios, seré semejante al Altísimo*» (1).

Ese desgraciado Querubín, el primer revolucionario y el primer soberbio, Príncipe de todos los revolucionarios y soberbios, fué precipitado en aquel mismo instante desde las alturas de los cielos á las profundidades de los abismos, arrastrando consigo en su espantosa caída una muy grande multitud de Angeles de todos los corps, los que, habiéndole seguido en la soberbia, también le siguieron en el castigo.

Los demás Angeles conservaron su glorioso Principado, esto es, perseveraron en la gracia, mereciendo con ella la posesión eterna de la gloria.

Tan asombroso suceso, que pasaba en el cielo el primer día del mundo, se verificó en tres momentos, que los teólogos llamaron instantes angélicos. En el primero, todos los Angeles tuvieron gracia y libertad. En el segundo, la tercera parte, desatendiendo las inspiraciones de la gracia y abusando de la libertad, pecó, y se hizo merecedora de un castigo eterno, mientras que las otras dos, correspondiendo á las inspiraciones de la gracia, y usando bien de su libertad, merecieron un premio eterno. En el tercero, los Angeles malos, fueron condenados y sepultados en el infierno, y los buenos fueron premiados y confirmados en gracia y avecindados en el cielo. Tal es el orden con que se verificó la salvación de los Angeles fieles y la condenación de los rebeldes (2).

Tenemos, pues, Angeles buenos y Angeles malos; Angeles confirmados en la gracia que eternamente alaben y

(1) Isai., 14, 13 y 14.

(2) Cat. de la doc. crist., por D. Santiago José García Mazo.

bendigan á Dios en el cielo, y Angeles condenados para siempre en el infierno.

¡Admirabilísimos son, pues, los oficios de los Angeles buenos! Además de alabar y bendecir á Dios eternamente en la gloria, ellos gobiernan la Iglesia y guardan los hombres. ¡Gobiernan la Iglesia, sí! Esa Iglesia que salió del costado de Jesucristo pendiente en la cruz; esa Iglesia que en el largo espacio de tres siglos tuvo constantemente abiertas las venas de sus hijos que con su sangre empaparon la tierra; esa Iglesia contra la que siempre están batallando todas las malas pasiones, la incredulidad, los cismas y las heregías, que son las anchurosas puertas del infierno...; esa Iglesia, repetimos, además de estar gobernada por Jesucristo, que es el gran Piloto de esa nave tan maravillosa, lo está también por los Angeles buenos, que son los pilotos de la misma que la gobiernan y dirigen por entre los mil y mil escollos de los mares de este mundo, hasta llevarla segura al puerto de salvación!

También Dios, en expresión del Real Profeta (1), ha mandado á los Angeles buenos, á esos hermosos astros de la mañana que brillan como soles al rededor de su trono soberano, á aquellos espejos de la Divinidad, en que resberbera su luz inmensa, les ha mandado, repetimos, que guarden y acompañen al hombre.

Son estos Angeles custodios tan hermosos y tan bellos, que el mismo Evangelista San Juan (2) se postró á los piés del Angel del Apocalipsis, creyendo que era el mismo Dios.

Estando el profeta Daniel (3) á las márgenes del caudaloso rio Tigris, vió un Angel vestido de blanco y ceñido

(1) Ps., 90, 11.

(2) Apoc., 19, 10.

(3) Dan , 10, 14.

con una banda de oro finísimo. Su cuerpo era como un crisólito; su rostro una especie de relámpago, y sus ojos como antorchas encendidas; sus brazos, y de allí abajo hasta los piés, semejante á un bronce reluciente. Al verle el profeta Daniel, le desamparó el valor, se cubrió de palidez, perdió las fuerzas y cayó sobre su rostro, quedando su cara pegada con el suelo.

Estos Angeles tan hermosos y tan bellos son los fieles custodios del hombre, que siempre están con él, y para cuyos clarísimos ojos no existen las tinieblas.

Nuestros Angeles Custodios, como enseñan todos los teólogos, iluminan nuestro entendimiento, acomodando á nuestra capacidad las verdades de nuestra salvación, moviendo *suaviter vel fortiter* nuestra voluntad, y sugiriéndonos buenos y santos pensamientos y deseos: con el interés de la mejor de las madres alejan de nosotros las ocasiones de obrar mal, y nos proporcionan una y mil veces las de obrar y practicar el bien: son incansables para contener á Satanás, á fin de que no nos tienda sus lazos, para que no nos atropelle, y siempre solícitos por nuestra salvación, nos defienden valerosos de ese león rugiente y hambriento que solo se ocupa en devorar hombres.

¡Ah! Nuestros Angeles Custodios, dicen las Sagradas Escrituras (1), nos llevan en sus manos para que no tropecemos en las piedras con nuestros piés; y si á pesar de sus tan buenas inspiraciones, de sus exquisitos cuidados, obramos el mal, y nos desprendemos de sus brazos para arrojarnos al abismo de la culpa, aún entonces quieren seguir cubriéndonos con sus amorosas alas, no se apartan de nosotros, y no nos dejan ni desamparan. Nos hablan al corazón, reprueban nuestros delitos, despiertan en nosotros los remordimientos, y nos ayudan á salir del abismo de la culpa. Ellos presentan á Dios los suspiros de

(1) Exod., 23, 20., Ps. 90, 12.

nuestro corazón, las lágrimas de nuestros ojos, nuestras oraciones, nuestras plegarias, nuestros méritos, no porque Dios no tenga todo esto presente á sus divinos ojos, sino para unir á nuestros méritos los suyos y á nuestras súplicas sus oraciones. Y ellos, finalmente, vigilan y cuidan de nosotros tan constantemente, que jamás se alejan de nosotros, nunca nos pierden de vista, y al propio tiempo que gozan de Dios y le alaban, piden nuestra salvación eterna, y son nuestra égida constante en este valle de lágrimas.

¡Angel mio custodio que me cubres y defiendes con tus hermosas alas de amor: doquiera que yo esté, siempre te tendré la más profunda reverencia! En las más densas tinieblas de la noche, veré con mi mente tu radiante luz y tu incomparable hermosura; oiré tus santos consejos cuando las perversas pasiones hagan ruido en mi corazón para perderme; seguiré tus santas inspiraciones siempre que Satanás, envidioso de mi dicha, me arroje sus invisibles lazos para detenerme en el camino hermoso del bien. Y Tú, Tú, Angel mio Custodio, Tú, después de Dios y María, Reina soberana de todos los Angeles, Tú serás la criatura á la que más ame, con el cariño más puro, más tierno, más noble y generoso, durante toda mi vida, porque sé muy bien que, obrando yo de ese modo, me llevarás seguro por los mares y desiertos de este mundo, á las hermosas y esplendentes regiones de la Beatitud, y me presentarás cual valiente y esforzado Capitán, vencedor en todos los combates, á los piés del Juez soberano. ¡Ah, compañero mio inseparable, compañero fidelísimo: juntos gozaremos eternamente la inefable ventura de la gloria, cantando al inmaculado Cordero, himnos de gratitud y amor por eternidad de eternidades!

*
* * *

Hemos hablado con alguna detención en el anterior artículo de la creación, naturaleza, caída y oficios de los

Angeles confirmados en gracia, para mejor comprender la importancia de la invocación que hacemos al Arcangel San Miguel, en las preces de que nos venimos ocupando, mandadas rezar por el Santo Padre León XIII, inmediatamente después de todas las misas rezadas.

Si el corazón salta de gozo y el alma se inunda toda de celestial alegría, al reflexionar sobre los oficios que los Angeles buenos desempeñan por el bien de la Iglesia y de los hombres, ¡ah! muy grande miedo y espanto, y un terror el más profundo apodérase de todo nuestro sér, al considerar cuánta es la perversidad y malicia del Angel caído, de ese Angel privado de toda su esplendente luz é incomparable hermosura, despojado de la gracia y la justicia, confirmado en el mal y réprobo por toda la eternidad! Raudas lágrimas asoman á los ojos, y una aflicción máxima se apodera del corazón y del alma, al recordar que una multitud inmensa de Angeles rebeldes, capitaneada por Lucifer, se están ocupando día y noche, incesantemente, y con muy grande afán, en levantar tempestades, en volcar los mares más procelosos para sumergir en los hondos abismos y encerrar en su negro vientre, la nave en que boga la Iglesia, llevando en su seno las almas de sus fieles hijos!

Pero esa nave de gallardía, majestad y hermosura incomparable; esa nave que está abierta para todos los pueblos y naciones; esa nave que jamás encalla, y que ni un momento recoge sus velas ni inclina sus gigantescos mástiles; esa nave tiene su Capitán, pero un Capitán que recibe el poder de Dios, y por el que el mismo Señor hizo oración al Eterno Padre — *Ego autem rogavi pro te...* — para que nunca desfallezca, aún en medio de los más terribles combates; para que nunca sea vencido por el infierno... y en todo tiempo y lugar orle su frente con la más radiante diadema de la victoria. Pues bien: ese Capitán, ese Jefe Supremo, el Pontífice, el Papa, es el blanco principal contra el que dispara Satanás, con grande furor y rabia,

los tiros más poderosos, tiros de infernal metralla, capaces de destruir los mismos fundamentos de la tierra. Es el Papa en la tierra el mayor enemigo de Satanás y de todo su negro ejército; el enemigo que mejor descubre y con más poderío descompone sus maquiavélicos é infernales planes... y por lo mismo, Satanás, retorciéndose en su trono de fuego, arrojando de las cavernas infernales mil y mil reprobados espíritus, tan rabiosos ó más que él, y organizando sus infernales huestes, las dirige en alas de su desesperación máxima, y hace los mayores esfuerzos para arrojarlas sobre el Vaticano y confundir entre sus ruinas al tan experto y tan valeroso Capitán, que no deja de sus manos el piadoso timón de la majestuosa nave que resiste con heroísmo esas acometidas infernales! Y casi con igual rabia, con igual furor, embiste también á los demás sucesores de los Apóstoles, y á todos los fieles de la Iglesia; pero como en los oídos del Santísimo Padre, y en los de los demás Sucesores de los Apóstoles, resuenan incesantemente los ecos de alerta de estas palabras de San Pedro: *«Sed sobrios y estad en CONTINUA vela: porque nuestro enemigo el diablo anda girando como león rugiente al rededor de vosotros, en busca de presa que devorar: resistidle firmes en la fe: sabiendo que la misma tribulación padecen vuestros hermanos, cuantos hay en el mundo»* (1); por eso mismo jamás están desprevenidos para la pelea, y su alma y su corazón, agigantados por la fe, la esperanza, la caridad y los divinos auxilios, entran en combate sin acordarse para nada de la muerte, hacen retroceder á los Atilas, azotes de Dios, desde las mismas puertas de Roma... y las numerosas y terribles huestes infernales, con su jefe Satanás, huyen despavoridas á la vista de la cruz que en su pecho ostentan todos con santo entusiasmo. El mundo se queda pasmado, ante una victoria tan ruidosa como inesperada, y los Angeles de luz y hermosura, pul-

(1) 1 Pet., V., 8 y 9.

sando sus divinos sistros de oro, entonan himnos y cánticos á esos gloriosos vencedores, que triunfan de sus enemigos en la misma cumbre de su calvario!

Todo esto no obstante, como por una parte, en toda lucha, en todo combate, en toda batalla, hay siempre ó casi siempre, muchos contusos, muchos heridos y no pocos muertos; y como por otra, el grande enemigo de la Iglesia, del Papa, de los señores Obispos y de todos los fieles, pero muy especialmente de los más distinguidos y más fervorosos, como Sacerdotes, Vírgenes consagradas al Señor y demás personas piadosas, no cesa de girar de uno para otro lado, como león rugiente, buscando en su movimiento continuo á quien devorar, siguiéndole en todo su flamijero ejército; y además, como todos estos rebeldes espíritus envidian mucho la dicha que ellos perdieron por su soberbia, y no fueron despojados, con la santidad y justicia de aquella elevadísima inteligencia, de aquella potencia cognoscitiva, muy superior á la del hombre paradisiaco, todo esto, juntamente con el hábito ponzoñoso de los malos pensamientos, de las perversas inclinaciones al mal á que pueden llevar al hombre con sus infernales sugerencias...; y como Dios, *de providencia ordinaria*, no quiere otorgarnos sus bienes y gracias si no se los pedimos con la oración, ved, ved, cuántas cosas, cuanta Teología, ha tenido presente el Santo Padre León XIII, al mandar que invoquemos al Arcangel San Miguel para, por su intercesión poderosa, salir victoriosos en las presentes y tan rudas batallas que, sin tregua ni descanso, está dando la Iglesia contra sus tres mayores enemigos, el mundo, demonio y carne, siempre coligados para derribar, pulverizar y aniquilar, si posible fuera, todas las obras de Dios, pero muy principalmente la que es columna y fundamento del orden social, moral, religioso y político, la Santa Iglesia Católica, de la que es piedra angular *vicaria*, el Romano Pontífice, el Pastor de los Pastores, el Juez infalible, el Obispo de los Obispos, el Doctor Universal, el

Oráculo de la Verdad, el Juez Supremo é Inapelable, el Legislador Sapientísimo, el Defensor del orden social, el Angel del Testamento, el Protector de los pueblos, el Príncipe y Rey de Roma, el Santo Padre León XIII...

*
* *

Aquella lucha de los espíritus celestiales, aquel grito de soberbia luciferiana: «*Subiré al cielo y pondré mi trono sobre los astros de Dios, seré semejante al Altísimo*»; aquella lucha y aquel trueno de orgullo, ingratitude y envidia, principiaron para no concluir hasta el fin de los tiempos, cuyos ecos resonarán eternamente, aún en la cavernosa región de los precitos!

Esas luchas no interrumpidas, y esos tan abominables pecados, dejaron escritas en la historia de la humanidad, páginas las más sangrientas y trágicas: y las llamadas, columnas y nubes de fuego de la Pentápolis; la apertura de todas las cataratas del cielo arrojando sobre la faz de la tierra, inmensos y vengadores mares de agua, yendo y viniendo furiosos, empujados por la omnipotencia divina, por y hacia todos los lados de la tierra *habitada*; aquella babélica confusión de lenguas por la infidelidad y soberbia de las familias descendientes de Noé, que no creyeron, ú olvidaron, el pacto solemne que Dios celebrara con el Patriarca del diluvio y las cautividades del tan distinguido pueblo de Dios, en la soberbia Babilonia y en la sin entrañas tierra de Egipto; las grandes prevaricaciones y apostasías del ingrato pueblo de Israel en los tiempos de Moisés; las continuas y sangrientas guerras del mismo pueblo con los Filisteos, y otros muchos pueblos idólatras; los disturbios en tiempo de los Jueces; la separación de las Tribus; las guerras civiles en tiempo de David; el trágico fin de Absalón; la traidora y desastrosa muerte de Urías..., la misteriosa caída de Salomón; las guerras de los Macabeos; la ceguedad de los

Judíos; el degüello de los niños inocentes; las persecuciones contra los cristianos; el Arrianismo; el Mahometismo los cismas de Oriente; el estruendo guerrero de la Edad-Media; las tan injustas inmoralidades de las investiduras; las Cruzadas, el protestantismo, el filosofismo, el liberalismo y masonismo; los contemporáneos trastornos del nuevo é infernal derecho; la usurpación de los Estados Pontificios... en una palabra, en todas las catástrofes de la humanidad, en todos los acontecimientos infaustos, y en todas las caídas de los pueblos, en todas, en todas, sin excepción, ha desempeñado el principal papel ese enemigo irreconciliable de Dios y del hombre, ese maldito Angel caído que, de Príncipe de la Luz, convirtiéndose en Príncipe de las tinieblas; sí, sí, Lucifer y todos los Angeles rebeldes, haciendo resonar en el corazón del hombre sus fieros y continuos rugidos de soberbia, infiltrándose ellos mismos, por decirlo así, poco á poco, con mañas, artificios y no conocidos engaños, por la oscuridad y obtemperación del entendimiento del pecador, por la habitud de su voluntad, que busca el pecado casi tan naturalmente como los cuerpos su centro de gravedad; y por la insensibilidad y dureza que el pecado lleva al corazón hasta convertirlo casi en piedra ágata... ¡oh! siempre Satanás, engañando al hombre, inspirándole soberbia y orgullo, prometiéndole, como á Jesucristo, todas las glorias y reinos del mundo, ha hecho resonar por boca de sus secuaces, su primer rugido de soberbia para perdición de la Iglesia, de las naciones y todas las sociedades: *«Subiré al cielo y pondré mi trono sobre los astros de Dios; seré semejante al Altísimo.»*

Con sobradísima razón San Agustín, en su tratado sobre los salmos de David, exponiendo el cincuenta y cuatro, y después de haber hablado de la paciencia que hemos de tener con los malos, y del fin que Dios se propone al permitirlos, á saber: *«Todo malo, ó vive para que se corrija, ó vive para que el bueno sea probado,»* ocupán-

dose de aquellos, de quienes no pueda esperarse el arrepentimiento, y contra los que peleamos ocultamente, y para cuyo combate nos arma el Apostol, exclama: «*No tenemos nosotros lucha contra la carne y la sangre: esto es, no, no la tenemos contra los hombres, á los que vemos, sino contra los príncipes, y las potestades, y los rectores del mundo, de estas tinieblas!*» ¡Sí! Nosotros no hemos de pelear, contra los hombres, no hemos de ofenderles, por más que nos hayan hecho mucho mal, pues ya sabemos *el precepto nuevo que nos dió Nuestro Señor Jesucristo, de que nos amemos los unos á los otros como Él mismo nos amó*: pero si debemos estar siempre bien armados para luchar contra esos príncipes destronados, que, envidiando mucho nuestra suerte por el trono de gloria que, venciendo en el combate, podemos conquistar, nos acechan y nos asaltan como ladrones nocturnos para despojarnos de los ricos tesoros de la gracia; contra esas potestades infernales, que no se cansan nunca de acosarnos de mil y mil modos y maneras para hacernos sus desgraciados súbditos y colocarnos para siempre en un trono de fuego; y contra esos *rectores del mundo, de esas tinieblas*, que con los atractivos mundanales, los malos ejemplos, los escándalos y respetos humanos, perturban mucho el espíritu, ciegan el entendimiento, debilitan la voluntad... y, atropellándose en el corazón mil y mil sentimientos encontrados, vamos poco á poco acercándonos al abismo del pecado, pero siempre confiados en que fácilmente podremos salir de él, aunque muchas veces caigamos en su negro fondo. ¡Astutos enemigos del hombre, mares de malicia, ya serenos, ya volcados, que mucho nos allanan los caminos del pecado, y, que ya dentro de su abismo, cierran la salida con montañas de bronce, para imposibilitarnos la conversión!

No, no hemos de acobardarnos, por más que el combate sea rudo y prolongado, y muchas y bien templadas, las armas de esa multitud, de ese innumerable ejército de espíritus infernales que, girando por doquiera más fieros que leones rugientes, hacen supremos esfuerzos por hundir en el hondo abismo al Santo Padre, á toda la Iglesia militante, si conseguirlo pudieran! ¡No, no y mil veces no! Tenemos todos los fieles, la Iglesia Católica, un protector más aligero que el viento, más esforzado que el mismo Lucifer y mucho más experimentado, en la estrategia y combates espirituales, que Satanás y todo su inmenso ejército de espíritus rebeldes. Ese Arcangel de consuelo y esperanza; ese Arcangel adornado de gracias especiales y dotado de poderes extraordinarios; ese Arcangel el primer defensor, el primer Apostol de la honra y gloria de Dios, el proto-teólogo de la divinidad; ese Arcangel que, considerándose la misma nada, en medio de su extraordinaria grandeza, dió al Sér Supremo el primer *viva*, que resonara casi omnipotente en las inmensidades de los cielos y la tierra, compendiando en una sola y brevísima frase: — *¿Quis sicut Deus?* — todo cuanto los sabios y los teólogos de todos los siglos han dicho y escrito sobre los infinitos atributos del Dios uno y trino... ¡ah! ese Arcangel, de unas facultades cognoscitivas para nosotros casi infinitamente incognoscibles; ese Arcangel, repetimos, es el Arcangel San Miguel, el Arcangel por excelencia, *teólogo de Dios! Teólogo de Dios* en conocer, amar y obrar; cedro del Líbano celeste en la humildad, castidad y prudencia, en respeto, consideración y gratitud; Capitán, en fin, el más esforzado y experto para acometer las más grandiosas empresas, atraerse hacia su elevada y sublime gerarquía, la santidad y justicia, el *millia millium* y el *décies millies centena millia* de los espíritus angélicos para enarbolar la bandera del infinito poderío del Dios, tres veces Santo; organizar las huestes angélicas que guardaron fidelidad al Sér Supremo, y lu-

char contra el dragón infernal y sus negros ejércitos, hasta arrojarlos al fin de los fines de los más profundos abismos, y llevar al trono de la Trinidad Augusta, la triple corona de la primera y más grande victoria que, espantados y llenos de asombro, conocieron los cielos y la tierra! ¡Ah! entonces, entonces, debió entonarse por primera vez y con solemnidad augusta aquel tan hermoso y consolador *Gloria in excelsis Deo*, que los Angeles cantaron muy entusiasmados en el Nacimiento del Redentor!!

Ved, pues, católicos, con cuánta razón el Santo Padre León XIII, mandó que todos los sacerdotes del orbe católico dirigieran al fin de la Santa Misa rezada al Arcangel San Miguel, la siguiente

Invocación (1).

¡Oh, San Miguel Arcangel, defiéndenos en la batalla: sé nuestra defensa contra la maldad y asechanzas del diablo. — Mándele Dios — lo rogamos suplicantes: y tú, Príncipe de la milicia celestial, encierra con violencia en el infierno *por virtud divina*, á Satanás y á otros perversos espíritus que andan vagando por el mundo para perdición de las almas. Amén.

¡Oh glorioso San Miguel Arcangel, cuyo nombre, por su significación — *¿Quis sicut Deus? ¿Quién como Dios?* levanta en gran parte el misterioso velo que oculta á nuestros ojos la infinitud de Dios! ¡Oh, poderoso Arcangel San Miguel que, enviado por Dios al mundo, siempre eres nuncio extraordinario de cosas de maravillosa virtud; oye nuestras plegarias y acoge benigno nuestras fervientes súplicas! Nuestro corazón está profundamente contristado

(1) La repetimos aquí por evitar á los lectores la molestia de buscarla en la página-27 de nuestra obra.

y nuestra alma sumida en el mayor dolor, porque á nuestros oídos llegan continuamente los horripilantes ecos de las infernales blasfemias que Satanás, por boca de sus ciegos secuaces, pronuncia contra el muy augusto nombre de Dios, contra su Iglesia santa, católica, apostólica, romana; contra su Gran Pontífice León XIII, al que relegar pretende á lo más oculto del Santuario; contra los Obispos, los Sacerdotes, las Vírgenes consagradas al Señor, ornamento sublime de esta Jerusalem viviente, y... contra todo lo más santo de los cielos y la tierra! Óyenos, óyenos, que Satanás, engreído porque en sus banderas ve alistados Reyes y Príncipes, grandes hombres de Estado, genios del saber humano, no pocos sabios y filósofos, descreídos Capitanes, poetas y artistas desmoralizados... créese llegado ya el momento de realizar la infernal empresa desde *ab initio* acometida... y, en el trono de su soberbia colocado, con arrogancia inusitada, ceño furibundo y voz de espantoso trueno, dice á coro con todos esos sus ciegos é infernales sectarios: «*Subiré al cielo y pondré mi trono sobre los astros de Dios, seré semejante al Altísimo.*» Y al oír los tan entusiastas himnos que los masones de todo el mundo le cantan frenéticos; al ver en Roma la estatua levantada á un apóstata en el *Campo de las Flores*; al ver amontonados en París todos los más distinguidos acatólicos del mundo, meditando planes contra la Iglesia y muy especialmente contra su gran Pontífice; fijando Satanás su escrutadora mirada en la enloquecida torre Eiffel: «*Subiré al cielo — repite como gozándose ya en el triunfo; — subiré al cielo y pondré mi trono sobre los astros de Dios, seré semejante al Altísimo.*» «¡*Si, si, esta elevada torre me servirá de escalá!*» ¡Oye nuestras plegarias, Arcángel glorioso! Y, cual si ya se aproximara el fin de los tiempos, humilla ahora el poder de Satanás como has de humillarle en aquellos días, que han de ser abreviados por causa de los escogidos. ¡*Factum est... fiat, fiat prælium cum Michaele Archangelo!* ¡*Si, Dios nuestro, Dios nuestro!*

Porque estamos segurísimos de que la Iglesia con su Pontífice alcanzaría la más completa victoria si el Arcangel San Miguel entablara la lucha contra Satanás y sus tan formidables huestes! Venga, Señor, venga ya el Arcangel San Miguel en auxilio del pueblo de Dios, de tu Iglesia Santa, y veánle los ojos de nuestra fe, como divino socorro para las almas justas, al lado del ara del templo, teniendo en sus manos el *turibulo de oro* para incensar el altar santo del Nuevo Testamento, cantando en coro todos los fieles, un solemnísimo *Te-Deum*, presididos por sus Obispos y el Santo Padre León XIII, en acción de gracias por el completo triunfo de la Inmaculada Esposa del Cordero, también inmaculado! Consuélanos mucho, Señor, estas palabras del Apocalipsis de San Juan: «*Hubo en el cielo grande batalla. Miguel y sus Angeles peleaban con el dragón, y el dragón luchaba y sus Angeles; y no prevalecieron, ni se halló más su lugar en el cielo.*»

¡Oh! Esa tan brillante victoria alcanzada por San Miguel, en el principio de los tiempos, es muy grande garantía, un motivo poderosísimo, un argumento ineluctable de que hoy conseguiría también el más ruidoso triunfo contra Satanás, si Vos, Señor, bajais el brazo de vuestra justicia, que teneis levantado hace tiempo, por nuestras prevaricaciones! Ya, Señor, te alabamos y glorificamos, como te alaban en el cielo los Angeles, y te aclamamos *Santo, Santo, Santo*, como los Querubines y Serafines! ¡Bendito seais una y mil veces, Señor Dios de los ejércitos, que enviásteis á vuestro Angel y libertó á aquellos vuestros siervos que en Vos creyeron! ¡Unos momentos de tregua en la batalla, Señor; reine en los cielos y en la tierra, breves instantes, el más profundo silencio; pelee con el dragón el Príncipe de la celestial milicia, el gloriosísimo San Miguel, y suya será la victoria!

Ven, ven, en auxilio de tu pueblo, glorioso San Miguel; ven, prepósito del paraíso, á quien honran los ciudadanos de los Angeles; ven, ven en nuestro socorro, tú que del

mismo Dios recibiste muy grande poder y singular hermosura por haber aparecido á su presencia lleno de gloria; ven, nuncio feliz para las almas justas. ¡Príncipe gloriosísimo, Miguel Arcangel, acuérdate de nosotros; aquí y en todas partes ruega siempre por nosotros al Hijo de Dios! Una y mil veces repite por nosotros á nuestro buen Padre: «*Señor, Dios nuestro, perdona tú, que abres el libro y desatas sus sellos.*» ¡Ah! Y si para que la Santa Iglesia de Dios goce de todos sus santos y divinos derechos, y que su Vicario en la tierra goce de toda aquella libertad é independencia que á su altísima dignidad le corresponde, se hace preciso que los mares se remuevan con grande peligro de sus fundamentos, y que se conmuevan las mismas columnas de la tierra con temblor y espanto, á los primeros ecos de tu poderosa trompeta anunciando tu salida de los altos cielos... ¡Abranse ya de par en par las *puertas eternas*; aparezca tu carroza de gloria... y, en su resplandeciente trono, formado de oro purísimo y fulgurantes perlas, déjese ver del universo mundo. «*...Un varón vestido de ropas de lino, y sus lomos ceñidos de oro acendrado: Y su cuerpo como el crisólito, y su rostro como especie de relámpago, y sus ojos como antorcha ardiendo: y sus brazos, y desde allí abajo hasta los piés, como semejanza de bronce reluciente, y la voz de sus palabras como ruido de muchedumbre.*» (1). Y si aún se resisten los impíos inspirados por Satanás, ¡oh, gloriosísimo Arcangel Miguel! Tú, Príncipe de la Judea y el primero entre los primeros príncipes, protector del pueblo cristiano, y el primero de los santos Angeles: ven, ven al socorro del Arcangel, *fortitudo Dei*; ven, ven en auxilio del Arcangel, *medicina Dei*; ven en socorro y auxilio de los Angeles Gabriel y Rafael, que ya hace tiempo se esfuerzan el primero por vencer al Príncipe de todas las potestades infernales, y el segundo por curar la ceguera intelectual

(1) Dan., X; 4, 5 y 6.

voluntaria de todos los acatólicos españoles, y de todos los impíos del universo mundo; sí, ven en su auxilio como hiciste para reprimir la malignidad de aquel espíritu de furor, de aquel ángel malo que, bajo las órdenes de Satanás, príncipe de las tinieblas, tiranizaba el imperio de los Persas, y se oponía con todo su poder á las santas inspiraciones de Gabriel, inclinando el corazón del hijo de Cyro, de Cambyses, que por ausencia de su padre gobernaba aquellos Estados, á la crueldad contra el pueblo de Dios. *«Et ecce Michael unus de principibus primis venit in adjutorium»*... (1) Llegado ese tan feliz momento, el tan hermoso, poético y encantador arco iris aparecerá en los espacios como símbolo de paz y ventura, entre *los hombres de todas las zonas*, y se aproximará el tan feliz y dichoso día en que... de todos sea conocido, amado y adorado Aquel, que hace salir el sol para buenos y malos, que manda las benéficas lluvias á los campos de los justos y los injustos, y que viste de perlas las flores, las matiza de hilos de oro, las colma de ricos perfumes, para recreo y maravilla de todos los hombres! ¡¡Día de celestial ventura aquel en que habrá una mesa para todos, un altar radiante de gloria, una sola casa y un solo reino!! *¡Fiet unum ovile et unus Pastor! ¡¡Adveniat regnum tuum: fiat voluntas tua sicut in caelo et in terra!! ¡Oh, Arcángeles Santos! Defended al Papa, y que no se vea obligado á salir de Roma!*

(1) Dan., ibid. 13.





CAPÍTULO III



A noticia de la probable salida del Papa de la Ciudad Eterna, en caso de guerra, ó por otros motivos, llenó de santa indignación á todos los católicos, conmovió hondamente su fibra religiosa, y dió como nueva vida al amor entrañable que todos los católicos profesamos al Santísimo Padre.

Pero, en cambio, en contra de los culpables, de aquellos que en Roma tanto vienen hostilizando á León XIII, porque no transige con la injusticia y la impiedad, resonó por doquiera un grito unánime de muy justa execración.

Es que los campos están ya casi deslindados, y no ha de pasar mucho tiempo sin que en el mundo civilizado no se reconozcan nada más que dos Iglesias: la Católica y la anti-católica.

El género humano, procedente de un tronco común, de la unidad en la pluralidad, tiende á esa misma unidad, profetizada en las Sagradas Escrituras: á la unidad del *fiet unum ovile et unus Pastor*. Por muy poco que nos fijemos en el movimiento de las sociedades modernas, vemos

por todas partes señales, que de un modo indubitable comprueban nuestro aserto. Y los hombres, áun aquellos mismos que mayores esfuerzos hacen por crear obstáculos á los eternos designios de Dios, inconscientemente son, no pocas veces, como instrumentos de esos mismos designios, porque Dios sabe sacar bienes de los mismos males. El haberse apoderado los Turcos de los Santos Lugares, fué causa de que los católicos emprendiéramos aquellas guerras santas, aquellas Cruzadas que, no obstante haber otra vez empapado en sangre aquel santo suelo, y haberse consumido muy grandes tesoros, fueron causa de tantos bienes para la Europa, que bien podemos decir, que todos aquellos sacrificios fueron recompensados con creces.

La unidad, que de Dios nos trae y á Dios nos lleva, es una como ley sancionada también por los siglos, cuya fuerza marca á los pueblos el derrotero de su historia, en la que se escriben igualmente páginas de ignominia y de gloria.

Esa unidad, repetimos, vence los mayores obstáculos, porque tiene á su favor todos los grandes genios, que, muchas veces, ó casi siempre, son ocultamente llevados por las siempre bienhechoras manos de la Providencia. Quiere Europa la unidad en los pesos y medidas, la unidad en la moneda, una lengua que se hable por todos los hombres, un Código que gobierne todos los pueblos... y con sobrada razón, porque la unidad es luz, orden, concierto, progreso... y el rompimiento de la unidad es todo lo contrario.

El Diluvio y la confusión de lenguas fueron cataclismos providenciales contra esa misma unidad.

Y ved, ved, á ese gran genio que se llama *Lesseps*, vedle luchando con montañas y mares, uniendo pueblos con pueblos, continentes con continentes; vedle, apoderándose de los ocultos misterios del eter, y creando un nuevo mundo científico y artístico con las aplicacio-

nes de la casi omnipotente fuerza de la electricidad.

Y... — ¡misterio, misterio! — cuando esos grandes genios se afanan mucho y se desvelan más por dar, siquiera sea un paso, en los caminos que nos llevan á la unidad; cuando la creación toda lleva escritos con caracteres de oro purísimo, mil y mil portentosos signos de esa misma unidad; cuando el mismo Dios con todo su poder infinito quiere esa unidad para todos los pueblos y naciones; cuando la sociedad misma es llevada como por una fuerza instintiva, asaz poderosa, hacia esa misma unidad; cuando la Santa Iglesia católica, apostólica, romana, se esfuerza como un divino gigante por allanar todas las dificultades y obstáculos que, franca ú ocultamente, se levantan contra esa misma unidad; cuando en ese admirable concierto, de los grandes genios, de la creación, la naturaleza, Dios, la sociedad y la Iglesia católica; cuando en ese universal concierto, repetimos, todo, todo conspira á la unidad, unas liras mal templadas, unas liras soberbias y sin arte, llevan con estrépito sus notas discordantes á aquellas divinas armonías, y... los Angeles ocultan sus rostros en la infinitud de Dios, llénanse de muy grande estupor las almas justas, se estremecen de horror las Basílicas de todo el orbe católico, da muy grande gemido el Vaticano... pero el infierno aplaude orgulloso el himno cantado á Satanás en aquel momento, infernalmente solemne, de descubrirse la estatua erigida en Roma en el *Campo de las Flores*, al apóstata Giordano Bruno! Y... ¡un río, un Mar Rojo de estúpidas blasfemias salen de aquellos pechos, cual volcanes del infierno, que solo vomitan infernal lava contra Dios, su Iglesia y su Pontífice!

.

La Esposa del Cordero deja correr por sus mejillas algunas lágrimas, que son como otras tantas perlas de sacrificio, que calman la justa indignación de Jehová.

Esas lágrimas recógelas el Santísimo Padre León XIII con respeto santo en hermosa copa de oro, y en alas de su plegaria, suben al trono de la Trinidad Augusta!

Pero aquel gemido y el ruido de aquellas lágrimas, hánse oído por toda la redondez de la tierra, y, como siempre sucede en las grandes desgracias, el pueblo católico se ha unido en muy apretado haz; su unidad de pensamiento, palabra y obra, su unidad de fe, esperanza y amor, su unidad de caridad perfecta, háse hecho más fuerte y más poderosa, y las naciones todas se apresuraron á ofrecer al Papa generosa hospitalidad, si algún día llegaba esa hora de muy grande desventura para Italia, de abandonar á Roma, cual Padre que en vida le ha sido arrebatado, por sus propios hijos, el patrimonio que, por disposición divina, le aseguraba su libertad é independencia.

Concluiremos este artículo como lo principiamos.

La tan desconsoladora noticia de la salida del Papa de la Ciudad Eterna, en caso de guerra, llenó de santa indignación á todos los católicos, conmovió hondamente su fibra religiosa y dió como nueva vida al amor entrañable que todos profesamos al Santísimo Padre León XIII.

*
* *

Al pensar en la tan delicada materia de que vamos á ocuparnos en el presente artículo, por una parte, nuestro corazón siente una muy grande alegría, la alegría de aquel que, después de haber corrido muchos y grandes peligros, entre las volcadas y espumantes olas de mar tempestuoso, en momento feliz llega seguro á puerto de salvación; y por otra, siente el corazón muy honda pena, y parece como rasgarse, por lo intenso del dolor, el pericardio que le cubre y defiende; pena y dolor muy semejantes al de aquel buen hijo que, deseando estrechar en-

tre sus brazos á su muy querida madre, después de larga ausencia, y, cuando ya está cerca de la casa paterna, le dan la tan desgarradora noticia de que su madre acaba de espirar, traspasado su corazón por puñal aleve y parricida.

No exageramos, no, los sentimientos diversos y contrarios que nuestro corazón experimenta al ver que, algunos españoles, en cuyas venas parece haberse extinguido por completo aquella sangre de nobles y caballeros cristianos, aquella sangre que á torrentes hemos siempre ofrecido á la Iglesia y al Papa, los descendientes de Pelayo, Ordoño II de León, Guzmán el Bueno, los Alfonsos, Fernandos, Isabeles, Grandes Capitanes... acallando en su corazón todo sentimiento noble, generoso y levantado, hablando y escribiendo... tal vez por pasión de partidos, y no por malicia, ingratitude, crueldad ó falta de patriotismo, unieron sus voces y sus cánticos con las de los sectarios que, embriagados de odio hacia el Santo Padre León XIII, escandalizaron, horrorizaron é indignaron al mundo civilizado con su estúpido entusiasmo, en el acto de la erección oficial de la estatua de Jordan Bruno... y que escuchando el silencio del telégrafo, que contaba como un hecho probable la venida del Santo Padre á España consideraron ese tan grandioso acontecimiento, como la mayor desgracia y deshonra para nuestra patria! ¡Ah! Leimos en algunos periódicos liberales esas blasfemias patrióticas, y ni por un solo momento creimos que se escribieran ó pronunciaran... en aquel estado en que siempre ha de estar el ánimo para ser responsable de sus actos. La pasión les ciega, decíamos; el espíritu de partido envuelve su entendimiento entre las más densas tinieblas; son esos movimientos *primo-primi*, que al acto le quitan toda responsabilidad. Tan natural, tan lógica, tan caballeresca, tan noble, justa y patriótica considerábamos esa espontánea hospitalidad ofrecida al Papa por el noble y generoso pueblo español, que, áun cuando hubiera habido

algunos españoles, ciegos por el odio de secta, que pensarán lo contrario, esperábamos que jamás manifestarían esos tan innobles sentimientos, siquiera fuera por no aparecer ante los pueblos cultos como españoles degenerados, como hombres sin sentimientos de humanidad, ó como zulús y caribes, mancha y muy grande ignominia de la humana naturaleza!

En cambio, el pueblo español, ese pueblo, sufrido como hay pocos, ese pueblo que jamás consintió que gentes extrañas le humillaran ni envilecieran; ese pueblo que ama á sus Párrocos, á sus Prelados y á sus Papas; ese pueblo que siempre ha tenido sus genios, sus héroes, sus grandes Magistrados y sus Cides... ¡ah! ese pueblo, la mayoría de los españoles, gimió y lloró con la Iglesia y su Pontífice máximo; elevó al cielo férvidas plegarias y solemnes cánticos; dejó latir á rienda suelta su noble, generoso y cristiano corazón, y, en admirable y consolador concierto, por medio de sus legítimos representantes, ofreció al Papa sus vidas y haciendas; y de los cuatro puntos cardinales de esta nación gloriosa, y de su centro, y de todos sus grados y latitudes, solamente se oyó concorde una voz de amor, de nobleza y generosidad, ofreciendo al Santo Padre León XIII, la más ámplia y cordial hospitalidad, para en el caso probable de verse obligado á salir de Roma. Vosotros, vosotros, españoles generosos, que de ese modo habeis obrado dando al Santo Padre una prueba más de amor, adhesión, caridad, cordura, prudencia y patriotismo... conceded un perdón el más ámplio y generoso á esos cuantos de vuestros hermanos que estaban dispuestos á cerrar las puertas de esta nación católica, al gran Pontífice León XIII, en el caso de que llegara á ellas suplicando la entrada en territorio español! Tal debe ser nuestro comportamiento con esos nuestros hermanos, que hoy ven las cosas por el prisma infiel de la pasión, y que abandonado ese medio de ver, tal vez mañana piensen ya como nosotros en ese acontecimiento, que, si llegara,

sería para España la página más hermosa, más rica y brillante de toda su historia contemporánea!

¡Quiera el cielo que el Santísimo Padre no se vea en semejante necesidad; pues un acontecimiento de esa naturaleza, sería para Italia, no solo muy grande día de lágrimas y luto, sino su mayor baldón, su infamia sempiterna, y el principio sin fin de su ruina! No, no se merece esa Italia *oficial*, sectaria y descreída, que nos compadecemos de ella, por los muchos disgustos que á todos los católicos nos está dando, hace ya muchos años; pero, aunque sectarios y masones, esos hombres de gobierno, mirámoslos como nuestros hermanos, hermanos que tienen *voluntariamente* el corazón gangrenado, hermanos *sin entrañas* para con nuestro Santísimo Padre, eso sí; pero al fin hermanos, que tienen el mismo Padre celestial que nosotros, que con ellos es misericordioso como con nosotros, y que... les espera con los brazos abiertos para estrecharlos contra su corazón, si le buscan arrepentidos.

Eso mismo quiere, y muy de corazón, el Santísimo Padre; pero sabe muy bien que sus enemigos no pueden convertirse de veras, si á la Santa Iglesia de Dios no dan una satisfacción cumplida, si no entran de lleno en el camino de la justicia... en el de la restitución, porque *non remittitur peccatum, nisi restituatur ablatum*. ¡Ah! Si el Patrimonio de San Pedro fuera una propiedad particular del Santo Padre, bien podemos afirmar, sin temor de equivocarnos, que no estarían siempre ante sus ojos, escritos con gruesos caracteres, aquellas palabras del Evangelio: «*redde quod debes*», palabras vivientes también en la conciencia de todos aquellos que, pudiendo restituir, retienen en su poder lo ajeno, contra la voluntad de su dueño; pero como aquel sagrado Patrimonio es propiedad de la Iglesia de Dios, no puede, para reconciliarse, con los detentores de mala fe, condonarles *totalmente* sus deudas... Hemos dicho *totalmente*, pues creemos que, por evitar mayores

males, por ciertas conveniencias sociales, y sobre todo, porque *omnia Ecclesie jura in scrinio sui pectoris habet*, podría ceder algún tanto, no con perjuicio del dogma, ni de la moral, ni del derecho, sino únicamente en aquello que fuera accidental y que tuviera relación con el más ó el menos. Tal vez la Iglesia Católica viera esto con buenos ojos, en cuyo caso, y pronunciando un solemne *peccavi* la casa de Saboya, el titulado Rey de Italia, se echaría muy ancha base para la tan deseada reconciliación de la Italia revolucionaria con la Santa Sede. ¡Entonces, y solo entonces, sería cuando el Santo Padre León XIII no abrigaría el tan grave pensamiento de abandonar á Roma, y trasladar la corte Pontificia á... donde se le dé generosa hospitalidad, que el pueblo español le ha ofrecido como ningún otro en el mundo!

*
*
*

Al llegar al punto en que nos encontramos, no podemos por menos de dar uno y mil parabienes, el alma y el corazón henchidos de un gozo santo, á los Ayuntamientos de España que, como el de Sevilla, ciudad de Santos y Cides, de muy grandes genios, sabios y Reyes, y como el de Barcelona, la ciudad Condal, patria de muy ilustres y esclarecidos caballeros, y como el de Inca de Mallorca, y otros muchos, que sería prolijo enumerar, ofrecieron al Santo Padre León XIII generosa, caritativa y filial hospitalidad en el tan angustioso caso de verse obligado á salir de Roma para trasladar á otro punto la Santa Sede Pontificia. ¡Bien, muy bien, una y mil veces muy bien, por esos Ayuntamientos que colocaron los intereses religiosos sobre todos los mundanos y políticos!

Pero habiendo leído en el periódico *La Unión Católica*, correspondiente al 27 de Agosto último, que el muy católico Ayuntamiento de Inca de Mallorca, elevó al Santo Padre León XIII, una exposición ofreciéndole hospitali-

dad, como ya queda dicho, no podemos por menos de entusiasrnarnos, y permitir á nuestro corazón, netamente católico, manifieste el muy grande júbilo y alegría que le produjera la lectura de tan importantes noticias.

¡Oh! Aquel documento, aquella tan reverente exposición, escrita en unos días en que el furor liberal masónico se retorció en esta nación católica, cual fiera herida en los tostados arenales del desierto, queriendo, traidor é hipócrita, secar todas las fuentes de amor, cariño, gratitud, respeto, consideración y patriotismo; aquella exposición, de unos hijos que quieren dulcificar las amarguras del tan atribulado corazón de Nuestro Santo Padre, escrito en las tan tristes y poco favorables circunstancias que todos conocemos, bien se merece se escriba con caracteres de oro en el marmol y en el bronce.

No por adular al católico Ayuntamiento de Inca de Mallorca, del que nada podemos esperar, sino por justicia, hablamos con tanto entusiasmo de aquella exposición, á la que damos suma importancia y transcendencia, porque es además una firme protesta contra todos aquellos gobernantes que, llevados de su odio sectario á la Iglesia, y no creyendo en las divinas y portentosas promesas de Jesucristo, «*Portæ inferi non prevalebunt adversus eam*», quisieran que todos los corazones latieran como el de Faraón, como el del parricida Nerón, como el de Juliano el Apóstata, el de Focio, Miguel Cerulario, Lutero, Calvino, Voltaire, Renan, Suñer, Morayta y comparsa; ese tan elocuente y precioso documento revela muy á las claras que el católico Ayuntamiento de Inca de Mallorca, como el de Sevilla, Barcelona y Valencia... esta decidido, si necesario fuese, á llegar al más alto grado de heroísmo por defender los santos é inalienables derechos de la Santa Sede, que son los mismos derechos de Dios, contra los que siempre se han estrellado todos los fari-sáicos poderes de la tierra.

Aquel documento, en fin, es un cántico, un himno de

gloria, cuyos ecos, llenando las inmensidades del espacio, llegan presurosos hasta el mismo trono de la Trinidad Augusta!

En corroboración de todo lo dicho en el precedente artículo, copiaremos á continuación lo que, sobre tan interesante asunto, dijo *La Unión Católica*, en el citado número correspondiente al 27 de Agosto último.

*
* *

«LOS AYUNTAMIENTOS DE LAS BALEARES

»El correo nos trae una gratísima noticia. El Ayuntamiento de Inca, una de las poblaciones más importantes de Mallorca, ha elevado una reverente exposición á Nuestro Santísimo Padre el Papa León XIII, para manifestarle la satisfacción y entusiasmo con que vería el que eligiese aquella isla como punto de refugio, en el caso de decidirse á salir de Roma.

»Nuestros plácemes más entusiastas al Ayuntamiento de Inca, que con su conducta noble, levantada y digna, es espejo fiel en que deben mirarse los Ayuntamientos todos de España. ¿No son católicos todos ellos, ó al menos la casi totalidad de ellos? ¿Y pueden olvidar los hijos al Padre amantísimo, en los momentos en que pueden ser mayores sus tristezas y amarguras?

»Hemos oído, que el gobernador de las Baleares ha tratado de impedir actos como el reaizado por el Ayuntamiento de Inca, igual que antes realizó el Ayuntamiento de Manacor, igual al que han de realizar otros muchos Ayuntamientos de Mallorca. Si esto es exacto, lo sentimos por él y por el Gobierno. Pero es preciso que los Ayuntamientos de las Baleares, no se arredren ni intimiden. Están en su perfecto derecho al obrar como obran,

y se les debe importar poco ó nada que se disgusten los hombres del Gobierno y Crispi con ellos.

»Después de todo, si hay persecuciones que sufrir, los católicos todos de España estaremos al lado de los Ayuntamientos de las Baleares, y nuestros más elocuentes amigos les defenderán, si es preciso, no solo ante las Córtes, sino también ante los Tribunales de Justicia.

»Ahora le vamos á dar al Gobierno una noticia. Tan pronto como se reunan de nuevo las Diputaciones provinciales, no pocas de ellas, sin excluir algunas en que están en mayoría los fusionistas, seguirán el camino que les han trazado los Ayuntamientos de las Baleares: que también hay fusionistas, aunque no sean muchos, que antes que políticos saben ser católicos. ¡Adelante!»

Y con fecha 24 de Septiembre último, en carta escrita desde Mallorca, y publicada en el citado periódico, entre otras cosas, decía D. Juan Llofriu y Jaumen, á D. Juan Antonio Almela, lo siguiente:

«Mi estimado amigo: A pesar de las órdenes secretas del Gobierno, á pesar de haber llamado á todos los alcaldes el gobernador para *atarles corto*, según su frase, tengo la satisfacción de decirle que todos los Ayuntamientos de esta isla, con tres solas excepciones, han enviado mensajes á Su Santidad, declarando que verán con mucho gusto que si se ve obligado á salir de Roma, venga á refugiarse á Mallorca.

»Lo singular del caso, es que entre los cincuenta y seis Ayuntamientos que han firmado estas exposiciones, están en considerable mayoría los ministeriales, que aquí han sabido colocar los intereses religiosos sobre los políticos de partido, con general aplauso de las personas honradas.

»Permita ahora, que aunque con algún retraso, le hable de las protestas contra lo de Giordano Bruno.»

.

¡Vano empeño el de los sectarios y gobernantes españoles que, por complacer á los carceleros del Papa, á los Crispis, Cairolis y comparsa, hacen los mayores esfuerzos, valiéndose de todos los medios, y poniendo secretamente en movimiento todos los resortes que les proporciona el poder, para arrancar, si posible fuera, de los corazones españoles la generosidad, caballerosidad, hidalguía y patriotismo, que les son características é ingénitas; para convertir en microscópicos pigmeos á los grandes gigantes, y borrar de su historia las tan gloriosas epopeyas que con su sangre escribieron con caracteres de inmortalidad en los llanos y en los montes, en las villas y ciudades, y en las humildes chozas y suntuosos palacios por el universo mundo, desde Don Pelayo y Don Ramiro II hasta Fernando III el Santo, los Reyes Católicos é Isabel II...!

No, no son de ese modo de pensar todos los liberales españoles, ni mucho menos; ni tampoco piensan lo mismo todos los fusionistas, ni todos los ministeriales, pues lo que ha sucedido en Palma de Mallorca, en donde de 46 Ayuntamientos que hay en la isla, todos menos 3 elevaron Mensajes á su Santidad en expresado sentido: eso, eso mismo sucedería en toda la católica España, si á los pueblos se les dejara en completa libertad de manifestar al Santo Padre sus sentimientos de amor y adhesión profunda. Pero, por desgracia, no sucede así, porque la libertad de los católicos, hace ya muchos años, viene estando en España muy cohibida por los liberales...

Y todos los liberales fusionistas, ¿piensan como el Gobierno en el tan interesante asunto de que nos venimos ocupando? Esos hombres, tan divididos y fraccionados hasta en sus dogmas (?) políticos, ¿han de estar solo unidos para hacer una guerra hipócrita al Pontífice *de la Paz*? Pues tampoco en este punto están conformes; y no podía por menos de suceder así, porque la conveniencia, la verdad y la justicia siempre han tenido algunos im-

parciales defensores, aún entre sus mismos enemigos. Y liberales fusionistas conocemos nosotros que, cual los buenos católicos, condenan de corazón el tan infame, hipócrita y sacrilego despojo de los Estados Pontificios, llevado á cabo por la fuerza bruta... ¡Sí, sí! Liberales fusionistas conocemos y tratamos nosotros — no són de Lillo — que en su día protestarán en el Congreso, de esa política arbitraria é injusta que el Gobierno viene siguiendo en esa cuestión, la más importante y transcendental de cuantas hoy preocupan los ánimos de los grandes hombres de Estado de la vieja y carcomida Europa, que á paso de gigante se va desmoronando, solo porque ingrata se aparta de los tan seguros y hermosos caminos de la fe católica, por marchar con mil y mil zozobras y dando espantosas caídas por las tan estrechas y peligrosas sendas de la impiedad y apostasía; liberales fusionistas conocemos nosotros, que no niegan su pan al hambriento, que visten al desnudo, y que al peregrino prestan la hospitalidad más amplia y generosa.

¡Desventurado Gobierno español, si, ciego, imprudente y temerario, prosigue por ese camino de inhospitalidad en que las sectas masónicas, parece le han metido! Además del descrédito, de esa tan infamante nota que sobre sí mismo echa, cerrando al Santo Padre las puertas de la católica España con mil candados de bronce, créanos el Excmo. Sr. D. Práxedes Mateo Sagasta, créanos, sí: esa falta de firmeza para defender la razón y la justicia, esa debilidad con el Gobierno usurpador de los Estados Pontificios, esa temeridad, esa falta de patriotismo, esa ingratitud monstruosa con un anciano indefenso, con un anciano digno de las mayores consideraciones, siquiera sea por su virtud, por su ciencia, por su gigantesca talla de diplomático, por los grandes bienes que ha hecho á España, y por las recientes concesiones al mismo Gobierno en materias y asuntos eclesiásticos... ¡oh! ese tan grande escándalo, cuya negra sombra llena

los espacios y casi toca á los mismos cielos... créanos, sí, en no lejano plazo, ha de ser el terrible y vengador *mane, thecel, phares* que, cual potente rayo, arrojado por la mano de Dios, lo eche al más hondo abismo, con todos sus caballos y caballeros, desde el hoy tan alto pináculo de su gloria y poderío!

Pero, por unos momentos, hagamos alto en nuestra sincera crítica, y acerquémonos á las puertas del corazón del Excmo. Sr. D. Práxedes Mateo Sagasta... y también á las del corazón de algunos de sus compañeros en el Ministerio. Hable la más sincera verdad, y oíganse sin pasión y sin miras egoistas, sus ecos tan dulces y armoniosos.

*
* *

¿Podremos nosotros creer por ventura, Excmo. Sr. Don Práxedes Mateo Sagasta, que V., como caballero particular, si se le presentara ocasión y motivo, había de cerrar las puertas de su casa-palacio al Vice-gerente de Dios en la tierra, al gran Pontífice León XIII, si este, obligado á salir de Roma, y no encontrando asilo y refugio en ninguna parte, llamara á las puertas de su corazón pidiendo hospitalidad? La contestación es tan obvia como natural. No, no, y mil veces, y cien mil veces no, no podemos creer que en semejante caso dejara de ser español y caballero el Excmo. Sr. D. Práxedes Mateo Sagasta: creemos, por el contrario, que, con huésped tan distinguido, estaría sumamente atencioso, solícito y amable. ¡Sí! Con la presencia en su casa de un peregrino tan eximio y de un pobre tan rico, se consideraría, por lo menos, tan honrado como con la compañía de un Carnot, un Crispi, Bismarck ó el Emperador Guillermo! No es tan facil, como á primera vista parece, desnudar al corazón humano de los tan generosos, nobles y levantados sentimientos que le son tan naturales como los latidos, y los que Dios imprimió en él con caracteres indelebles!

Pues bien: eso mismo que, sin temor ninguno de equivocarnos, afirmamos del Excmo. Sr. D. Práxedes Mateo Sagasta, podríamos también afirmarlo del mismo modo de todos sus compañeros de Gabinete; pues es muy natural que todos ellos, como particulares, como españoles y caballeros, respetaran las venerables canas del anciano Pontífice, le veneraran cual su alta dignidad se merece, y hasta en servirle tendrían las mayores complacencias, porque á todo eso, y mucho más, obliga la proverbial generosidad é hidalguía española!

Dispéñenos V. E., Sr. D. José Canalejas, que creamos que V. abunda también en esos mismos sentimientos. Y no es que nosotros queramos quemar ante su dignidad y en tan respetable persona, el incienso vil de la adulación, pues no solo nos lo impide nuestra alta dignidad de sacerdote, sino que también nuestro modo de ser y nuestro particular carácter, que siempre tuvo al adulate y al adulado — que en ello consiente — como seres bajos y rastreros, que solo se proponen medrar con las apariencias de la verdad y el sacrificio de lo justo. Decíamos, pues, que creemos firmísimamente que V. E. abunda también en los mismos y tan nobles sentimientos que su compañero el Sr. Sagasta; y nos fundamos, no solo en la proverbial generosidad é hidalguía española, no solo en su bien probada caballerosidad, sino que también en el placer especial que toda su familia experimenta cuando su casa honran distinguidos Eclesiásticos, y en el afán que V. siempre tiene en servirles en todo... *lo que es justo y conveniente*. ¿Y quién podrá dudar de esto? No, no hace mucho tiempo que V. E. dió de todo esto muy gallardas pruebas, siendo altamente generoso y espléndido con los Señores Obispos que, por defender al Papa y los inalienables é imprescriptibles derechos de la Santa Sede, habían asistido al primer Congreso Católico español, celebrado en la capital de la Monarquía. ¡Pues qué! ¿Hemos de sospecharnos que tan hermoso y oportuno acto de galante-

ría, obedeciera á fines menos rectos, que, en su día, pudieran facilitar la realización de algunos de sus planes en asuntos eclesiásticos, tal vez poco amoldados con la letra y espíritu de algunos artículos del último Concordato y su Convenio adicional? Eso no puede pensarse de V. E., porque sería arrojar muy grande mancha en el tan limpio cristal de su probidad y acrisolada hidalguía, como igualmente en la de aquellos Señores Obispos que con tan fraternal acto tanto le honraron y distinguieron.

Ahora bien, Excmo. Sr. D. José Canalejas: un hombre digno, como lo es V., un bien probado caballero, como particular y como Ministro de Gracia y Justicia; un ciudadano digno y probo, un caballero el más cumplido, que como V., con aquel acto de *sagrada fraternidad* dió un solemne y público testimonio de respeto, de amor y grande adhesión al Episcopado español, siempre inseparable de su Pontífice, ¿es posible quiera V. la continuación del tan injusto y duro cautiverio del Santo Padre? ¿Es posible vea V., sin repugnancia, apretar más y más aquellos tan fuertes cerrojos de las pesadas y férreas puertas del calabozo en que vive aprisionado el indefenso Papa León XIII? ¿Sería posible que si tan preclaro preso fuera echado de su calabozo, viéndole V. perseguido por esos tan crueles é injustos sectarios, y sin poder encontrar hospitalidad... sería posible, repetimos, que viéndole V. en tan críticas y amargas circunstancias, y pudiendo socorrerle, le cerrara las puertas de su casa, y se limitara únicamente á lamentarse de su desgracia, asomándose por un balcón para ver á su tan buen Padre espiritual subir fatigoso y semivivo por las penosas vías del Calvario, llevando en sus lacerados hombros la tan pesada cruz del *nuevo derecho*, de la civilización moderna, de los hechos consumados, y de la tan refinada impiedad y fariseísmo moderno? ¿Sería esto posible? Ciertamente que no. No, no puede ser tan insensible y duro el corazón de un caballero español, de un buen católico, como á V. lo

consideramos; no, no puede ser tan cruel y egoísta que pudiendo salvar del furor de las encrespadas olas al espirante náufrago, tuviera valor para verle luchar sin esperanza, que muy presurosos se lo tragasen los hondos abismos y que crueles lo encerraran en su negro vientre!

• • • • •
 ¿Y qué diremos á V. E., nuestro querido paisano y distinguido amigo D. Venancio González? ¿Qué hemos de decirle? Quisiéramos encerrarnos en el más profundo y sepulcral silencio, y que V., con oído de tísico, escuchara y comprendiera los más ocultos latidos de nuestro corazón. ¿Quién le ha dicho, faltando descaradamente á la verdad, que somos su enemigo? ¿Es ser enemigos no pensar dos hombres, del mismo modo el uno que el otro, en religión y en política? No, no; que entonces no podría usted ser amigo del Excmo. Sr. D. Alejandro Pidal y Mon... Nosotros pensamos en ambas cosas, no como V., pues lo creemos á V. muy equivocado, sino como D. Alejandro Pidal y aún tal vez seamos *algo más recalcitrante y ultramontano...*; pero el diferente modo de pensar, puesto que Dios nos concede omnímoda libertad para pensar del modo que queramos y que más nos plazca, siendo *responsables* de nuestros pensamientos, palabras y obras, nunca, nunca, entre personas sensatas y de buen criterio, fué causa bastante, en nada justificable, para quererse mal, y mucho menos para ser enemigos. *Christianus, id est, catholicus nullius est hostis*, decía el tan insigne y docto Tertuliano. Nosotros, pues, no solamente no somos su enemigo, sino que ni aún podemos serlo. Somos uno de sus muy numerosos hermanos que, como ser libre é inteligente, pensamos bajo nuestra responsabilidad, de un modo enteramente distinto al de V. ¡Y no podemos creer que V. sea más César que el mismo César! ¡Nunca le hemos tenido á V. por un déspota que quiera avasallar al hombre hasta en los actos *elicitos* de su voluntad!

Piense V. como piense, tanto en materias religiosas como en políticas, V. como nosotros, y nosotros como usted, ambos, sí, ambos, estamos obligados á dar á Dios, lo que es de Dios y á César lo que es de César.

Y vea V. el filosófico por qué, nosotros, proponiéndonos no ofender á V., ni poco ni mucho, nos llegamos á creer que V., en cuanto á la hospitalidad del Santo Padre por parte de nuestra católica España, pensará como sus compañeros de Gabinete, los Excmos. Señores D. Práxedes Mateo Sagasta y D. José Canalejas; pero no olvide que de esos nuestros amigos nos hemos ocupado como caballeros particulares; y en ese mismo sentido nos ocuparemos de V.

Nosotros que somos su paisano, nosotros que conocemos su historia hasta en sus más mínimos detalles... sabemos muy bien, que no una, sino muchas veces, ha dado incontestables pruebas de sentimientos los más nobles y levantados, llegando su abnegación hasta el más alto grado de heroísmo .. compadeciéndose de la desgracia y mirando benéfico y cariñoso el objeto que, bajo todos conceptos, parecía deber serle repulsivo, hasta el último grado de repulsión. Bien sabe V. á qué acto de su vida hacemos esa alusión; la hacemos de ese modo velado, pero ambos nos entendemos, y... adelante.

¿Se cree V., mi buen amigo y paisano D. Venancio, que nosotros no estudiamos y analizamos su vida é historia, vida é historia de continuos sacrificios? Sabemos muy bien, y no olvidamos que hace muchos años se viene afanando por el bien de estos pueblos del distrito de Ocaña y Lillo, y muy especialmente por el engrandecimiento de la última villa, nuestro pueblo natal; olvidar no podemos, y se lo agradecemos mucho, que por el bien de nuestro pueblo se viene desvelando é imponiéndose muchos y muy grandes sacrificios, hace ya largos años, desvelos y sacrificios que no todos sus paisanos se los agradecen, porque hoy la ingratitud es la *reina* del mundo;

tenemos muy presentes las muchas contrariedades que en todos sus proyectos viene sufriendo, de propios y extraños; y sabemos, en fin, que su vida es una vida de sacrificio continuo...

Pues bien, nuestro siempre querido amigo D. Venancio: siendo V. un como mártir de su familia, de sus paisanos y de casi todos sus amigos, ¿no ha de poder V. imponerse á las injustas exigencias de una política cruel y avasalladora, de una política que, por mil y mil razones, debiera aconsejarle seguir un rumbo enteramente contrario al que, según parece, viene siguiendo en esa gran cuestión de la liberación del Santo Padre León XIII, de sus numerosos y tan prepotentes enemigos, en esa cuestión de las cuestiones, que siempre que se toca conmueve al mundo por todos sus lados, y que, como ninguna otra, tiene el raro privilegio de golpear rudamente el corazón del hombre de todas las zonas y latitudes, de preocupar preferentemente el ánimo de todos los grandes hombres de Estado, y de hacer vacilar, cual nave hecha juguete de tormenta despiadada, á los mismos y mayores enemigos del Pontificado? ¡Ah, D. Venancio, D. Venancio! No podemos creer tampoco que su corazón, acostumbrado á continuos y grandes sacrificios, ese corazón noble, generoso y desinteresado, pierda repentinamente sus tan nobles y generosos sentimientos, pierda por completo su tan intenso fuego de amor, y, sustituyéndole la más glacial indiferencia, niegue también hospitalidad al anciano, sabio y virtuoso Pontífice León XIII! ¿Y cómo esto podría ser posible? Usted, usted, que siempre noble, generoso y desinteresado, viene socorriendo tanta desgracia, tanta miseria y desventura en muchos pueblos de la Mancha; usted que viene, hace casi medio siglo, prodigando el bien á manos llenas por todo su distrito; usted, que ha sido continuamente, en aquel largo intervalo de tiempo, un lenitivo el más eficaz para mil y mil corazones sumergidos en un mar de lágrimas y amargas; us-

ted... ¿Cómo es posible que ame lo que aborrecía y aborrezca lo que más amaba? ¿Cómo es posible que su bondadoso corazón se haga rematadamente sordo á los prepotentes ecos de la voz de la más grande de las desgracias y que repentinamente cierre todas sus amorosas válvulas para no oír los continuos y crucifijentes ayes y gemidos de aquel anciano Venerable, que al Dios uno y trino eleva continuas y férvidas plegarias por sus mismos enemigos, que despiadadamente han sumergido su corazón de padre amantísimo en un mar sin límites de inagotable amargura?

Bien sabemos, nuestro buen amigo D. Venancio, que usted es cristiano, y creemos que también sea católico-apostólico-romano; pues suponer le contrario, sería, á nuestro juicio, arrojar á su mismo rostro el más inmundo cieno: siendo esto así, como debe serlo, V. creará con nosotros, y con toda la Iglesia Católica que el Santísimo Padre León XIII es la primera y más alta potestad del mundo; el Vice-gerente de Dios en la tierra; el más legítimo representante de todos los derechos de Dios sobre el hombre y las sociedades; el Pastor de los Pastores; el Juez infalible en materias de fe y de costumbres; el principal defensor de la libertad del hombre; el Padre espiritual de todos los creyentes; el único hombre en el mundo que no reconoce, ni puede reconocer, superior en la tierra; el principal cooperador de Jesucristo en la obra infinita de reparación del humano linaje; el más valiente defensor de la justicia divina y humana... que ni ha transigido, ni transigirá jamás con esos hechos consumados por el nuevo é infernal derecho... y que nunca podrá decir á la tan desgraciada casa de Saboya que posea en *paz y gracia de Dios* los Estados Pontificios que á la Iglesia de Dios le fueron injustamente usurpados.

¿Y no es verdad, Sr. D. Venancio González, que V. tiene una fe la más firme en todos esos puntos de doctrina católica? Por eso mismo se nos figura que V., como buen

hijo de la Iglesia Católica — no española, que eso es una muy antigua progresistada,—como fiel sumiso, y súbdito humilde del Papa, como hijo cariñoso que ama entrañablemente á su tan buen Padre; por todo eso se nos figura — volvemos á decir — que si el tan bondadoso Papa León XIII, obligado á salir de Roma... le pidiera á V. humilde hospedaje en su colonia agrícola de *Alhoyón*, seguramente que V., por verse tan honrado, le ofreciera esa su posesión para que en ella residiera el tiempo que le fuera necesario, generosidad que, en tal caso, y por semejante motivo, la tiene cualquier caballero.

Y todo esto que harían con el Santísimo Padre, no solamente los tres Excmos. Señores Ministros fusionistas, de que nos hemos ocupado, sino que también todos sus demás compañeros, como ciudadanos particulares, ¿por qué no hacerlo también, ó al menos, por qué no consentir lo hagan otros españoles, ni menos eximios, ni menos caballeros? Por ventura, ¿es que en un Sagasta hay dos Sagastas, enteramente opuestos, en un González dos González y en un Canalejas dos Canalejas? La razón, la justicia, la conveniencia, el patriotismo, la caballerosidad, la hidalguía... son lo que son, y, ni el cielo ni la tierra pueden hacer que sean y no sean al propio tiempo lo que son por su natural significado: sería preciso para eso cambiar radicalmente los eternos principios de justicia; y tan grande trastorno ni han podido ni podrán hacerle todos los Sagastas, todos los González, todos los Canalejas... habidos y por haber. Lo bueno siempre es bueno, lo justo siempre justo, lo lícito siempre lícito... porque son emanaciones inmediatas de la *Ley Eterna* que á todos, á grandes y pequeños, sabios é ignorantes, aristócratas y plebeyos, Ministros de la Corona y alguaciles, nos manda con voz de imperio y soberanía *jus suum unicuique tribuere*. El por qué, ó los por qué, de aquella tan poco honrosa inconsecuencia, será objeto del artículo siguiente.

Ciertamente que nos encontramos como en la cumbre de nuestro pequeño trabajo, y vemos, por lo mismo, los valles y sinuosidades que nos cercan, todos los escollos que pueden poner en peligro la nave hermosa de la razón en que navegamos, por el revuelto mar de las ideas modernas, que, en su mayor parte, se oponen á los eternos principios de justicia promulgados por Jesucristo, fundador de la Iglesia Católica.

Aquí, aquí, nos parece encontrar la clave de tantos ridículos absurdos, de tantos pueriles sofismas, y de tantos y tantos actos de velada hipocresía como casi todos los Gobiernos europeos están cometiendo á cada paso con la Santa Iglesia Católica y sus Pontífices, antorchas siempre luminosas, soles siempre radiantes de luz y hermosura, colocados por Dios en lo más alto de la montaña para llenar todo el mundo de la maravillosa virtud de sus tan benéficos rayos.

Fijemos bien nuestra mente en ese principio, en esa base y fundamento eterno de divinidad sobre que está fundada la Santa Iglesia Católica.

No es su fundamento como el del Mahometismo — Dios es Dios y Mahoma su profeta — Jesucristo dijo á sus Apóstoles: «*Euntes... docete...*» Mahoma dijo á los suyos: «*Euntes... necate...*» y, sin embargo de ser aquella misión divina y altamente bienhechora, y esta meramente humana y soberanamente destructora, á Mahoma y á sus secuaces no se les inquieta, no se les hace la guerra, no se les arroja á su frente el inmundado cieno del ridículo y del sarcasmo, no se remueven ni se mina los falsos principios del Korán con la demoledora piqueta de una filosofía sofisticada, ni con los ametralladores principios y poderío de una política atea que cubre su hipocresía con un antifaz, al parecer católico. Todas estas armas de tan mal género, de infernal género, se cargan con bombas y dinamita científica, y... brazos mil de gigante las disparan soberbios é iracundos contra la única Iglesia verda-

dera, contra su excelso Pontífice, contra sus sabios y virtuosos Obispos, contra sus mejores Sacerdotes y contra todos sus hijos, que con aplauso de los mismos cielos, entran decididos, valerosos y esforzados en el tan rudo y empeñado combate de Satanás contra Jesucristo, defendiendo como héroes, los santísimos derechos de la Iglesia Católica!

No exageramos los hechos de la historia contemporánea que esos gangrenados Gobiernos escriben en sus satánicos conciliábulos contra la Iglesia Católica, traduciéndo-los al día siguiente en sus Congresos y Asambleas en leyes y decretos que, en su mayor parte, son tiránicas y opresoras de cánones que llevaron al Derecho Canónico eminentes teólogos, sabios jurisconsultos y venerables Prelados encanecidos en la ciencia, y santos por sus eximias virtudes.

Otra base, otro fundamento divino de la Iglesia Católica son aquellas tan conocidas y celebradas palabras de Jesucristo á Simón Pedro, cuyos ecos resonarán poderosos hasta el fin de los siglos: «*Tu es Petrus, et super hanc Petram ædificabo Ecclesiam meam.*»

Simón Pedro, y en su persona todos sus sucesores, son fundamento, por virtud divina, de esa Santa Iglesia, cuya caridad, esencialmente difusiva, da siempre un calor vivificante á los individuos, á los reinos y naciones, que aspiran el divino perfume que siempre está exhalando, y que el mismo Dios mantiene y aumenta en todo instante por su virtud omnipotente. De aquí dimanar todos los derechos, prerrogativas y preeminencias que siempre han formado la aureola de gloria de los Romanos Pontífices, aureola que Nuestro Santo Padre León XIII, ha como vestido de perlas y brillantes, en los tan gloriosos años de su Pontificado.

Pues bien: lo natural, lo lógico, lo justo, lo conveniente.... era que todos los Gobiernos que quisieran dar ejemplo, no decimos, de abnegación y heroísmo, sino del más

leve amor á la razón y á la justicia, de una ordinaria prudencia, y de algún respeto y consideración á la potestad más augusta de la tierra, vieran claramente, y sin vista turbia ni recelosa, en el Papa reinante, León XIII, el Vicegerente de Dios en la tierra, y que como á tal le consideraran, tributándole el homenaje que por derecho divino le corresponde.

Pues nada de eso: á los cismáticos Focio y Miguel Cerulario, á Lutero, Calvino, Voltaire, Volney, Renan y demás sectarios *ejusdem furfuris*, y á sus secuaces, tiénenles estos Gobiernos todos los respetos y consideraciones que debieran tener á los sucesores de San Pedro: todo lo cambian; la luz es para ellos tinieblas y las tinieblas luz, lo malo bueno, y lo bueno malo. ¡Así está hoy España, Europa, el mundo civilizado! ¿Es esto *jus suum unicuique tribuere*? De ese modo terminábamos el anterior artículo; y por cierto que se ha dejado entrever el por qué, ó los por qué, que el Gobierno Español ha tenido para obrar tan extrañamente como ha obrado en todo lo relativo á la venida del Santo Padre León XIII á la Católica España, en el tan penoso trance de verse obligado á salir de Roma.

Ciertamente que el Gobierno Español habrá tenido *las más poderosas* razones, dentro de la justicia, para haber obrado de un modo tan poco cuerdo y patriótico en esa cuestión, que al mundo conmueve por sus cuatro lados. Sí, sí: *altas razones* de Estado ha tenido el Gobierno fusionista para dar una Circular secreta á todos los Gobernadores civiles de la Península y Ultramar, ordenándoles que con el mayor celo y con el patriotismo que les distingue obren de modo que ningún Ayuntamiento de sus respectivas provincias, haga á León XIII ofrecimientos de hospitalidad, en el caso de abandonar á Roma. ¡Razones de Estado! Esto es, falsos pretextos y sofismas para ocultar la solidaridad con el gobierno masónico italiano que, embriagado con el cieno de las más innobles pasiones, dobla

su rodilla ante Satán para cantarle entusiasmado los más infernales himnos!

¡Razones de Estado! ¡Evitar enemistades...! Pero, ¿qué puede temer la muy noble, la muy heroica y católica Nación española de la *Italia oficial* que, solo es valiente, inflexible, y hasta cruel y déspota, con un anciano indefenso? ¿Cuándo, cómo, ni por quién, se han tenido consideraciones y respetos tan profundos con un Gobierno que, bajo ningún concepto, se lo merece? ¿Teme España á la Italia opresora de la Iglesia y el Papa? ¡Enciéndese el rostro de vergüenza, al vernos obligados á hacer esa pregunta! ¡La España Católica, la pátria de los Guzmanes, los Cides, los Juanes de Austria y los Cisneros... esa España que vive hoy en nosotros, y que será tan duradera como los siglos, jamás temió ni un sólo instante á la *hoy* descreída Casa de Saboya! No temió España ni á los suevos, vándalos y halanos, ni á los Cartagineses, Romanos y Godos, ni á los indomables y fanáticos guerreros venidos del Yemen, ni al coloso y Capitán del siglo... no, no temió el furor de los procelosos mares, ni los vientos abrasadores del desierto, ni las inclemencias del helado granizo, ni el rayo fulgurante de tempestad horrisona... no, no temió España al mundo entero contra ella conjurado... y temería ahora á la *Italia oficial*, débil, raquítica, miserable, sacrilega, entregada *en todo* al poder de las tinieblas, y dejada de la mano de Dios! ¡Baah! Teman, teman, enhorabuena, los españoles que se hacen solidarios de las iniquidades cometidas con la Iglesia y el Pápa, por hombres sin ley y sin Dios; teman aquellos que se avergüenzan de aparecer como católicos *ex toto corde* ante los ojos de la descreída Europa *oficial* que, sin la menor protesta á favor de la justicia; asiste de brazos cruzados al sangriento y prolongado drama, á esa incruenta tragedia en la que es lentamente crucificado el gran Inocente del siglo XIX, el pacífico Corde-ro León XIII, por una turba de los más feroces lobos masonicos! Teman, teman los actuales Ministros de la Co-

rona el disgustar á los Crispis y los Cairolis... que los españoles, cuyos ascendientes vencieron en Otumba y en Lepanto, en las Navas de Tolosa y San Quintín... esos, debiendo luchar en defensa de la razón y la justicia, por los derechos de España y los venerandos fueros de la Iglesia Católica, no solamente no temen disgustar á esos tan *valientes* Crispis, á esos ridículos *Garibaldis* que en Custozza se desmayan al oír el eco del primer cañonazo, sino que, si el Santísimo Padre León XIII llama en su auxilio al pueblo católico en nuevas Cruzadas contra aquel Gobierno usurpador y tiránico, sí, sí, y mil veces sí, se unirán en cuerpo y alma á tan valerosos Cruzados, capitaneados por sus católicos y valientes Capitanes... y caerán como una avalancha de gigantes sobre esa raza maldita de Dios y de los hombres que, en jaula de gigante, tiene prisionero al más amante de los padres, al Príncipe de la Paz, al gran Pontífice en cuya frente oscilan los múltiples rayos de la virtud, la ciencia y el genio! Quien dice españoles, habla de hijos fieles, sumisos y leales de la Iglesia Católica, cuyo mayor blasón y mejor gloria, es ser buenos servidores de Jesucristo y buenos hijos de su Santa Iglesia... ¡Oh! Crimen espantoso, crimen sobre todo crimen nefando, querer ser uno tenido como católico y obrar *oficialmente* como el mismo Juliano el Apóstata!

No, no es nuestro intento herir ni poco ni mucho la muy alta honra, dignidad y creencias religiosas de ninguno de los Excmos. Señores que hoy forman el Gobierno de una nación Católica, y que son los representantes de un Rey y una Reina Regente, también católicos... ¡Lejos, muy lejos de nosotros, tan grande falta de consideración y respeto! Pero como todos, ó casi todos ellos, tienen ya escrita su historia, en algunas de cuyas páginas resplandecen algunas perlas, también en otras parecemos encontrar ciertos lunares ó manchas que en gran parte eclipsan aquellos resplandores, y nos

exhiben algún tanto deforme su catolicismo *sin-cero*...



Podríamos fijarnos en algunos de esos lunares ó manchas, y tal vez escribir largas cuartillas; pero por una parte, nos veda ser difusos en ese sentido la naturaleza de nuestro escrito, y, por otra, casi lo creemos innecesario, porque nuestros lectores tendrán muy presentes las solemnes palabras y promesas de los fusionistas, hechas á la Iglesia, y la muy grande discordancia entre sus promesas y sus hechos... ¡Sí! Con santa indignación vemos que un Gobierno que se titula católico permite se desborden furiosos todos los rios de inmoralidad y descreimiento, que por doquiera llevan la desolación y la muerte!

Y es lo cierto, que el Gobierno fusionista, que concede la más amplia libertad á todos los enemigos del Papa, libertad-licencia-libertinaje que también otorga á los libre-pensadores, á los socialistas y republicanos, enemigos declarados de la Iglesia y de las altas instituciones que nos rigen, para que en sus clubs, en libros, folletos y periódicos escriban cuanto malo se les ocurra y antoje, ha tenido el muy reprobable placer, la muy grande osadía de perseguir la Cátedra Sagrada; ha profanado su santa libertad y formado ruidosos procesos contra muy virtuosos y sabios Sacerdotes, por el *grave delito* de predicar al pueblo católico las enseñanzas de Jesucristo y los Papas! ¿Qué es esto, Señor? ¿*Ubinam gentium sumus?* ¿Estamos en el siglo XIX, siglo de igualdad, libertad y fraternidad... ó en los siglos de Nerón, Calígula, Dioclesiano y Maximiano? ¡Ese modo de obrar es el más draconiano abuso de Gobierno, á todas luces sacrílego!

Recordar no queremos, ni debemos, Excmo. Sr. Sagasta, aquel Santo Viático recibido en Zamora... en circuns-

tancias para V. bien excepcionales, porque todo buen cristiano confiesa y comulga, pudiendo, cuando se halla en peligro de muerte...

Recordar tampoco queremos, Excmo. Sr. D. Venancio González, aquellos tiempos de puro progresismo, en que V., haciendo alarde en el Congreso de su poquísimó afecto y amor al Episcopado español, pedía á todo pulmón — esto hace ya algún tiempo, cuando más que hoy le hervía en su pecho, sangre clerófoba — pedía á todo pulmón en el Congreso, repetimos, se procesara á un muy sabio y virtuoso Sr. Obispo de Cuenca... porque este, *abusando* de sus derechos episcopales, defendía con valentía la santa causa de Dios y de su Iglesia; ni tampoco queremos traer á la memoria aquella su otra anti-clerical perorata en el mismo Congreso, pidiendo como un pequeñuelo energúmeno el procesamiento del Emmo. y Rdmo. Señor Cardenal Moreno, Arzobispo de Toledo, con motivo de su carta-pastoral de protesta contra los *zulus* revolucionarios de Roma, y contra el mismo Gobierno italiano masónico que empujó á las descamisadas turbas, ó al menos les permitió, quisieran apoderarse, cual lobos voraces, del indefenso cordero, de los restos mortales del Pontífice Pío el *Grande*, al ser trasladados humildemente desde el Vaticano á la Basílica de San Lorenzo, extra-muros de Roma; anti-clerical perorata ó bocanadas clerófobas, que á toda persona sensata, y áun de mediano criterio, le pareció altamente reprobable, por mil y mil conceptos, pero muy especialmente por ser V. entonces diocesano del referido Emmo. Excmo. y Rdmo. Sr. Cardenal, circunstancia que pareció abrirnos de par en par las puertas de su corazón y permitirnos ver á la ligera *algo*, y áun *algos*, de la horrible negrura anti-católica que su corazón encerraba, ó algunos granos de la mala semilla que ya habían germinado en su inteligencia, y... echado raíces profundas; pero estas y otras exuberancias de liberalismo sectario, condenado por la Iglesia, de que en su *vida*

política ha dado no pocas pruebas, tal vez fueran ligeros preludios del grande progreso que, en anti-clericalismo, había de hacer, andando el tiempo, y acaso, acaso ahora ese mismo progreso le haya suministrado muchas razones y potentes argumentos con los que habrá lucido su ingenio, eminentemente progresista, en los Consejos ministeriales de estos últimos meses, con motivo de la cuestión romana, cuestión católica ó universal que afecta á los más altos y sagrados intereses del universo mundo. ¡Desgracia grande, ultra-máxima, es el que ningún progresista español pueda nunca comprender que los intereses religiosos y sociales, están siempre sobre todos los intereses políticos!

Y del Excmo. Sr. D. José Canalejas, como su vida ministerial es de hoy, y esa su historia tiene escritas bien pocas páginas, poco podemos decir; pero eso no obstante, parécenos encontrarse en alguna de ellas una como rica perla del golfo pérsico, á saber: aquellas palabras de paz y armonía que V., Sr. Canalejas, pronunció solemnemente en una breve improvisación con que contestó en el Senado al ilustre y sabio Obispo de Salamanca. Pero ¡ay, ay! Parécenos que esa perla perdió ya todo su brillo y hermosura; parécenos que V. bogaba sereno y tranquilo, pero. . también nos parece hoy que las encrespadas olas del mar revolucionario quieren sepultar su antes hermosa y gallarda nave en los más hondos abismos; parécenos que los tan ricos y sazonados frutos que Flora y Pomona le habían puesto á la vista en afiligranados canastillos de oro, han sido completamente deshechos por la desolante tempestad que por todos lados ha acometido furiosa á casi todo el Ministerio español fusionista, al que, tal vez no le queda vida bastante para ver el hermoso arco iris, símbolo de la más rica paz y sin igual ventura! Parécenos... basta.

Es lo cierto, Excmo. Sr. Canalejas, que *El Liberal*, periódico que pasa por bien informado, y que es tenido co-

mo vuestro órgano en la prensa, ocupándose de las conferencias que V. celebró con el Emmo. Sr. Nuncio de Su Santidad en estos reinos, á mediados del último mes de Agosto, haciendo la reseña de ellas, entre otras cosas, dijo:

«En esas conferencias han sido objeto de discusión la conducta levantisca del Obispo de Madrid-Alcalá; los ataques al liberalismo y á las instituciones de una parte del Clero de Navarra y Guipúzcoa, y las reclamaciones parciales de varios Sacerdotes contra el descuento que sufren en sus sueldos. El Sr. Canalejas ha mantenido el criterio de obligar á todos á que cumplan con la ley, significando que ha excitado al ministerio fiscal, para que denuncie todo acto que no se ajuste á aquel principio.»

Y contestando *La Unión Católica* á *La Iberia* que le aconsejaba *temperamentos de prudencia* en estos tan delicados asuntos, en el número correspondiente al 31 de Agosto último, dijo en un suelto lo siguiente:

«Los temperamentos de prudencia.

»No á nosotros, sino al Sr. Canalejas debe aconsejar *La Iberia* estos temperamentos. Por lo demás, conste que nos hemos limitado á exponer á la vista de todos, los actos realizados por el señor Ministro de Gracia y Justicia, en son de hostilidad contra los ministros de la Iglesia, sin hacer otra cosa que apuntar las consecuencias que de ellos se desprenden.

»Por lo demás, nadie se felicitará como nosotros de que el Gobierno se detenga en su nueva marcha, que si le perjudicaría no poco ante la opinión católica, no perju-

dicaría menos á intereses que defendemos aquí todos los hombres de orden, puesto que en último caso, no lo dude *La Iberia*, tendría su conducta los resultados que ayer señalamos.

»Por lo que hace al fondo de la cuestión, hemos de decir muy poco. ¿Es voluntario el descuento del Clero? ¿Sí? Pues no hay razón para imponerlo á quien no lo quiera sufrir, y los tribunales ampararán en todo caso los derechos que el Sr. Canalejas desconozca. Los Sacerdotes que han sido procesados, ¿lo han sido por actos realizados en el ejercicio de su sagrado ministerio? ¿Se trata de sermones en que se han sostenido, respecto del liberalismo, las doctrinas del integrismo? Pues por ningún lado que se mire esto, puede resultar que los tribunales puedan ser jueces de la doctrina que se expone en la cátedra sagrada. Si ha habido extralimitaciones, el Estado nada tiene que ver con ellas, y mucho más tratándose de un Estado que lo consiente todo en la prensa contra la Iglesia, sus dogmas, su moral y sus ministros. Los Obispos son los que deben entender en ellas.

»Esta es la doctrina para los católicos, y si los tribunales de justicia no piensan así, lo sentimos por ellos, y nada más por hoy.»

Respetamos, Excmo. Sr. Ministro de Gracia y Justicia, su ciencia nada común, pero es tan claro como la misma luz del mediodía que, ese tan singular criterio en materias eclesiásticas, que parece haber invadido repentinamente todo su espíritu, no está nada en armonía con aquellas tan hermosas promesas hechas por V. en el Senado á un Príncipe de la Iglesia.

Ese criterio parécenos, á todas luces, sumamente arbitrario, altamente avasallador y muy depresivo de la autoridad y jurisdicción divinas de la Iglesia, cuyos sagrados derechos todos estamos obligados á respetar como hijos sumisos, ya seamos simples fieles, Obispos eminentes.

tes, encopetados Ministros ó humildes pastorcillos, invencibles Capitanes ó simples soldados, Reyes ó Emperadores poderosos.

¿Qué tribunales tiene el Gobierno para entender y juzgar teológica y canónicamente en un asunto tan delicado y espinoso como el de la predicación cristiana, que es exclusivamente de la jurisdicción eclesiástica? Y en cambio — ¡inconsecuencia monstruosa! — se consiente por el Gobierno liberal fusionista que *El Motín* y *Las Dominicales del Libre pensamiento*, vomiten en todos ó en casi todos sus números, torrentes de heregías y blasfemias contra el Papa, contra la Religión Católica, que es la del Estado, y que en los clubs en que se reúnen los más fervientes sectarios, se ataquen ferozmente todos los fundamentos del orden social y hasta á la misma Monarquía española...

Ya no es de extrañar que, con motivo de haber circulado el rumor «de que el Padre Santo, en su prudencia y sabiduría, podría en un plazo, más ó menos próximo, creer llegado el momento de ausentarse de Roma... el Gobierno español liberal fusionista, según hemos sabido por las indicadas circulares á todos los Gobernadores civiles, haya cedido á las tan injustas exigencias del Gobierno italiano, abdicando de la dignidad que ha adornado en ocasiones, á los Gobiernos españoles. Así lo confirma el siguiente telegrama que ha publicado el bien informado periódico *Le Journal des Debats*, de París, y en el cual se dice: «El Gobierno italiano, alarmado (*emu*) por las manifestaciones que se multiplicaban en España, hasta con el concurso de las autoridades civiles, para ofrecer hospitalidad al Papa, ha conseguido, no sin apremiantes diligencias de su representante en Madrid, que el Gobierno español interviniese para dar, como ha dado, orden á los gobernadores de las provincias que se opusieran á toda participación de los funcionarios civiles y de las autoridades municipales en los mensajes que se envíen al Papa.»

¿Quién puede ya dudar de que el Gobierno español, un Gobierno de una nación en su mayoría católica, y cuyos Reyes son católicos, un Gobierno que dice ser católico, se ha puesto al lado de los usurpadores de los Estados Pontificios, cuyos siniestros propósitos é infernales proyectos de todos son ya bien conocidos?

Leamos, con el mayor gusto, y sabor católico, lo que sobre este tan interesante asunto, dice en una circular reciente, el Ilmo. Sr. Obispo de Mallorca:

*
* *

«Los amaños y artificios de los sectarios conjurados contra Dios y su Cristo, se revelan ya al exterior, no obstante la hipocresía que es propia de quien obra mal; y al dar en ellos de lleno la luz serena de la verdad y la justicia descubren, quieran que no, la burda hilaza de su tejido. No fueron, no, el propósito de dilatar los dominios de un rey impío, ni el afán de construir una gran nacionalidad, que alcanzase su ponderación con el equilibrio europeo, los móviles que lanzaron el ejército piamontés á la usurpación de los Estados Pontificios, y al despojo del poder temporal del Padre Santo, en medio del punible abandono y criminal anuencia de la diplomacia europea, vergonzosamente esclava de la Masonería, como instrumento suyo fué el mismo ejército invasor, sino que estos móviles tenían un seguro arranque en el infernal objetivo de la secta, que de lo contrario, no tendría razón de ser la secta misma, á saber: *el nihilismo religioso y social*, que constituye toda la filosofía y la política de los masones. O como ellos dicen: «Ni Dios ni Amo.»—Nada, la del *pollino y el asno montés*, que leemos en el libro de Job.

»Al cabo, con erigir en el *Campo de fiori* de Roma la ominosa estatua de un apóstata sepultado hasta aquí en la oscuridad, ha salido á relucir al resplandor de las teas revolucionarias lo escandaloso de su doble apostasia, lo

cenagoso de sus vicios, y lo satánico de su aversión al Papa y á la fe de Cristo; hánse descornado al fin todos los velos al proclamarse por los grandes oráculos de la universal masónica conjura, que con la inauguración de la estatua de Bruno, cedía el reinado de Cristo su supremo dominio al reinado de la ciega é impotente razón humana.

»Con lo cual ha perdido el masonismo, ó el liberalismo, que es una de sus formas, el salvo-conducto que le franqueaba los caminos de la seducción y del proselitismo. El secreto de la Masonería, oculto á sus ínfimos adeptos, no cabe ya en las tras-lógias; y la Italia masónica, la Italia sin italianos, se ha encargado de acelerar los acontecimientos, mal que le pese, como que tiene la Cabeza visible de la Iglesia de Dios opresa entre sus manos parricidas. Puesta en la pendiente, no puede detenerse. Aun á riesgo de ser la primera en despeñarse á los abismos de sus rebeldías y perfidias, despliega á todos los vientos la bandera del satanismo, con la efigie del demonio por entre sus globos y triángulos, escrito en letras de color de sangre el programa de la *nueva religión de la humanidad*. Este programa se reduce á **DESTRUIR LA LEY, LA PROPIEDAD, LA RELIGIÓN.**

»La circular se ocupa luego en examinar la situación del Papa en Roma, que es á todas luces insostenible é indigna de la misión del Vicario de Jesucristo, y á continuación inserta un magnífico párrafo, destinado á probar cuánta sería la gloria de España, al tener el honor de dar hospitalidad al venerable León XIII, si la necesidad le obligara á abandonar el Vaticano. Hé aquí sus palabras:

»Ofrécese al Papa el mundo entero, para que escoja su pacífica residencia durante la tempestad, si, Rey pacífico, se resuelve á abandonar su prisión del Vaticano, único resto de sus legítimos hoy usurpados dominios, no tanto por poner en salvo su preciosísima vida, que corre grave riesgo, cuanto por gozar de la libertad é indepen-

dencia que le son necesarias para apacentar, conforme á su misión, la inmensa grey de la Iglesia universal. Ofrecesele, muy particularmente España, con lauro y prez de los oferentes. ¡Oh! ¿qué más quisiéramos que honrarnos con el hospedaje de Aquél que hace las veces de Dios sobre la tierra? ¡Qué dicha la de proporcionar consuelo al Padre Santo!»

.

.

Profundamente nos lamentamos, oh Santo Padre, de las gravísimas causas que tal vez os obliguen, en día no lejano, á dejar, siquiera sea por poco tiempo, la ciudad de Roma, la ciudad eterna, la hoy Jerusalem católica, hacia la que se dirigen, con muy grande ansia y mayor interés, las miradas de casi doscientos millones de católicos! Sí, sí, Beatísimo Padre, nos lamentamos y sentimos mucho de que llegue ese día, pero ya, al estado á que se os ha reducido, debe llegar cuanto antes, porque ya hace años que el Pontificado fué vendido y hecho prisionero por una turba de sectarios capitaneados por el liberalismo en el huerto de Getsemaní en la persona de vuestro antecesor Pío el Grande, y ha venido pasando entre burlas, befas y sarcasmo por las casas de Anás, Caifás, Pilatos... y queriéndole herir de muerte, después de escupirle, azotarle y abofetearle... en la Sagrada persona de vuestro Antecesor, se le puso la corona de espinas y el cetro de caña con la hipócrita y ominosa *Ley de Garantías*; se le sacó al balcón pilatesco de la civilización moderna, se oyeron los gritos de furor y rabia de casi todos los Gobiernos masónicos de la moderna Europa; se le echó encima, con la más refinada hipocresía, la tan pesada cruz de los *derechos del hombre*... y los siniestros pensamientos y los planes diabólicos de tanto enemigo, Santísimo Padre, los conoceis mejor que nosotros; pero, aunque anciano, y caminando vos muy penosamente con esa montaña de dere-

chos de la razón extraviada y envilecida, ¡ah! no conseguirán que el Pontificado caiga ni una sola vez en la tan tortuosa calle de la Amargura, en los caminos y enredados senderos del *nuevo derecho* que á cada instante deja oír rabioso el tan despiadado *crucifige..!* y subiendo váis y lo lloramos mucho, Beatísimo Padre, la tan escabrosa pendiente del Calvario; y ya habéis llegado á su tan trabajosa cima; ya está desnudo el Pontificado; apenas tiene más terreno que aquel en que va á ser levantada en alto la cruz de madera, único tesoro que los sectarios han dejado á la Iglesia.... Y ya así, en ese estado de desarrollo el tan terrible drama, la tan sangrienta tragedia de la crucifixión del Pontificado, óyese por todas partes un lento, prolongado y rechinante ruido, la infernal algarabía de todos los sectarios que se han dado una cita en la torre de la pequeñez del hombre, en la torre de la soberbia y del orgullo, en la torre de la confusión, donde se hablan casi todas las lenguas é idiomas conocidos, en la torre *Eiffel...* sí, sí, óyese por todos los lados de ese monte como el rugir de tempestad horrisona, como el continuado y pavoroso estrépito de muy desencadenadas olas, como el hórrido é infernal rechinamiento del mismo infierno... ¡Cielos, cielos — diré con el Profeta Isaias — admiraos y llenaos de asombro, y vosotros, espíritus celestiales, ocultad vuestro hermoso rostro y cubríos de luto!... porque ya el Pontificado está clavado en una cruz, y, levantada esta en alto, está aquel á punto de... no, no, porque «*Portæ inferi non prevalebunt...*» ¡Beatísimo Padre, el tiempo que permanezcáis en Roma, centro, corazón y vida del catolicismo, es el tiempo que el Pontificado estará pendiente de la cruz de la libertad moderna...! Vuestra venida triunfal á España, en medio de tan inmensa desgracia... las horas que dure vuestro viaje á la privilegiada ciudad de Mallorca, donde todo respira amor, entusiasmo y catolicismo, esas breves horas serán las que el Pontificado esté como pendiente de aquella cruz donde se reconcentra, no

la muerte, sino la plenitud de la vida; y el tiempo que la Santa Sede esté en aquella ciudad, gozando esta por ello como una gloria anticipada, en premio de su amor, de su generosidad y heroísmo, ¡ah! ese tiempo será lo bastante para que el Pontificado aparezca en el colmo de su gloria á la faz de todas las naciones de la tierra. *¡Hæc dies quam fecit Dominus exultemus et lætemur in ea!*

Hemos hablado en ese sentido, y con todo el fuego de un alma y un corazón católicos, porque creemos firmemente que ese es el lenguaje y esos los sentimientos del pueblo español, pero no los de los señores Ministros del Gobierno que niegan hospitalidad al Papa en el caso de que la revolución le obligue á salir de Roma. ¡Desgraciados pueblos y naciones que tienen Gobiernos hostiles al Papa!





CAPÍTULO IV



Esa marcada hostilidad al Papa, de que ha dado pruebas bien claras el Gobierno español, negándose á darle hospitalidad, y prohibiendo que los pueblos, por medio de sus Ayuntamientos, se la ofrezcan espontánea y generosamente, habían de seguirse forzosamente las más tristes consecuencias con respecto al Clero español, siempre tan amante de los Papas.

Muy natural y lógico es que el Clero español, no por hacer oposición al Gobierno, sino por verdadero amor, por consolar al tan virtuoso, sabio y venerable Anciano que con tanto acierto gobierna la Iglesia, en conversaciones privadas, en el púlpito y en todas partes, manifestara su grande adhesión, su entrañable cariño y veneración profunda al Santo Padre; y muy natural también que mirara con malos ojos la conducta del Gobierno con relación á la eventual salida del Papa de Roma y á la hospitalidad negada por el mismo Gobierno liberal fusionista...

Y como el Gobierno tenía conciencia de sus malos

pasos en un asunto tan delicado y de tanta importancia y transcendencia, se creyó ver por todas partes censores de esa su tan reprochable conducta; visiones que le irritaron y le pusieron como fuera de sí, por lo que, recordando aquellos ominosos tiempos, también sagastinos, en que la partida de la *Porra* era el principal poder en esta tan desgraciada España, tomó el látigo gubernamental para imponerse con la fuerza bruta, al más santo de todos los derechos que Dios concedió á su Iglesia, al ministerio de la predicación de su palabra á toda criatura. *Euntes... docete...*

Y vea V. aquí á los sacerdotes más sabios y celosos por la honra y gloria de Dios y la salvación de las almas, siendo el blanco de un Gobierno que mira á la Santa Iglesia de Dios como una institución cualquiera. ¡Oh! ¡Qué celoso se muestra el Sr. Sagasta por el liberalismo sectario condenado por la Iglesia! Léanse unas palabras del mismo, pronunciadas en San Sebastián en los últimos días de Agosto último, palabras que nos descubren bien claramente cuánto sea su amor á la Santa Iglesia.

Decía así en aquellos días *La Unión Católica*:

«Unas palabras del Sr. Sagasta.



»Según telegrafían de San Sebastian á *El Imparcial*, el Sr. Sagasta ha declarado que «el Gobierno respetará todas las manifestaciones religiosas; pero no está dispuesto á consentir ni á dejar impune que se haga la guerra desde el púlpito á los principios liberales.»

»Tratándose del Sr. Sagasta, que ciertamente no es muy conocedor del tecnicismo de las escuelas, no estaría demás que la prensa ministerial explicara qué se entiende en este caso por «principios liberales.» Interin llega

esta explicación, ha de suspenderse todo comentario, y únicamente ha de añadirse, que es muy de lamentar que aquí los hombres de Estado hablen con tanta facilidad sobre asuntos tan graves como el indicado, ante todos los que quieren oírles.

»A pesar de esto, todavía ha de esperarse que la voz del buen sentido, se deje oír en el seno del Ministerio, y el Gobierno vuelva atrás en el nuevo camino que parece haber emprendido, y que solo puede conducir á males y á perturbaciones para la Iglesia y el Estado. Si no sucediera así, solo Dios sabe á dónde podría llegarse en plazo no muy largo.

Por lo demás, no dé pretexto el Gobierno para que se diga que halaga tanto á los revolucionarios, como trata de ofender y de lastimar á los católicos.»

Esas tan extrañas palabras del Sr. Sagasta, habían de ser muy pronto un semillero de grandes disgustos para el Clero español, y causa muy poderosa para que la prensa católica y la sectaria esgrimieran diestramente sus armas en defensa de la verdad ó del error.

Por esa misma razón el 27 de Agosto, escribía el siguiente articulito *La Unión Católica*, titulado:

«Los intereses religiosos y el Gobierno liberal.



»Declara *La Iberia* que, «se observan indicios ya bastante claros de que alguien sueña con iniciar una campaña contra la situación liberal, tomando por pretexto la defensa de los intereses religiosos, que nadie abandona ni mucho menos ataca.» Y entre otros indicios cita nuestro primer fondo de ayer, y el telegrama de nuestro corresponsal en Roma.

»Ha de advertirse que *La Unión Católica*, tiene por corresponsal en Roma á un distinguido redactor de *Le Moniteur de Rome*, D. Juan B. Vuillaume, y que *Le Moniteur de Rome* y nuestro corresponsal, han tratado siempre con gran benevolencia al Gobierno fusionista, sin que nosotros, imparciales como somos, hayamos jamás alterado en lo más mínimo el texto de las cartas y telegramas de nuestro digno corresponsal. ¿Qué ha motivado, pues, el cambio de conducta de nuestro corresponsal, al que seguirá, se lo anunciamos á *La Iberia*, el de la prensa católica de Roma, sin excepción alguna?

»La conducta del Gobierno, que no es ahora la que era antes, y bien de manifiesto hemos puesto los hechos que dan testimonio de este cambio en el Gobierno. Y no se atribuya á pasión política lo que aquí se ha escrito, y se escribe hoy; porque, ¿puede acusarse de proceder con pasión política á quien, como nosotros, ha elogiado al Señor Canalejas por sus buenos propósitos y por sus actos buenos, hasta casi ayer mismo? ¿Quién llevó más allá que nosotros los elogios á dicho señor, que constan en la colección de *La Iberia*, porque *La Iberia* nos honró copiándolos, cuando dicho señor habló en el Senado de la necesidad de dar satisfacción á los intereses morales y religiosos del pueblo español, sin los cuales valen poco ó nada los materiales?

»Entonces elogió *La Iberia* nuestra sinceridad, y hoy no quiere reconocerla. ¿Ignora acaso que, antes que políticos, mucho antes, somos católicos, y que para nosotros los intereses religiosos están sobre los políticos? Vuelva el Sr. Canalejas sobre su acuerdo en sus recientes actos contra los intereses religiosos, y no le faltará de nuevo nuestra benevolencia, ni nuestro aplauso, si realiza actos buenos y dice cosas buenas, que sabe decirlas cuando quiere.»

Los intereses religiosos, como se ve, para el Gobierno

fusionista son de poca ó ninguna monta; en cambio, los intereses del liberalismo sectario, condenado ya cien veces por la Iglesia, le producen los mayores desvelos y fatigas y no descansa un momento por... amordazar la lengua de sacerdotes probos, dignos é ilustrados. Sacude latigazos — no porrazos, y todo es progreso — á diestro y siniestro, y así prueba que hablaba de verdad cuando á últimos de Agosto decía el Sr. Sagasta: «... el Gobierno no está dispuesto á consentir ni á dejar impune que se haga la guerra desde el púlpito á los principios liberales.»

*
*
*

Un Gobierno que no guarda consideraciones al Papa; un Gobierno que aprueba con sus actos la inícuca conducta de otro Gobierno, que retiene usurpaciones sacrílegas, no es posible respete á los sacerdotes católicos que por justicia están obligados á enseñar á los pueblos las mismas doctrinas que la Iglesia y los Papas, á exponerles como condenadas las doctrinas modernas que el Papa condena y á hacerles saber los anatemas que la misma Iglesia impone á los que no obstante su condenación, se empeñan en defenderlas y propagarlas.

Un Gobierno católico no perseguiría á los predicadores que de ese modo obraran: otro que no lo sea, se arrojará sobre ellos cual lobo voraz sobre la presa y los destruirá y los triturará, y... si pudiera, echaría sobre todos y cada uno de ellos una montaña, una cordillera de bronce.

En esa tan peligrosa pendiente se colocó el Gobierno liberal fusionista del Sr. Sagasta.

No exageramos; pues todo esto es una historia cuyas páginas aún se están escribiendo ante nuestros mismos ojos.

Leamos si no el artículo que el 4 del mes de Septiembre último, publicó *La Unión Católica*:

«Adelante con los faroles.

»Sube un Sacerdote á la Cátedra del Espíritu Santo, y ante un reducido auditorio, enseña que el liberalismo que sostiene determinados principios condenados por la Santa Sede, por el Vicario de Jesucristo, es pecado, y gravísimo pecado.

»Los que se sienten aludidos, braman de ira, y piden mordazas para los Predicadores. Es natural; porque estos, encendiendo la luz de la verdad, no la ocultan bajo el celenin, sino que la ponen en el candelero para que alumbré toda la casa. Y como los aludidos son feos, como Picio cuando menos, les acomoda más que reinen las tinieblas, que la luz.

»El Gobierno de este pueblo católico, y de una Reina católica; el Gobierno que representa, ó debe representar á la Reina, á quien sirve, y á la nación á quien administra, se enternece al escuchar los bramidos de los que odian á Dios y á la Monarquía, y echa mano del Sacerdote, y lo entrega á un tribunal secular.

»Posible es que el Sacerdote, víctima de una preocupación, de que nadie está exento, y en el calor de la peroración, exagere ó equivoque el alcance de las enseñanzas de la Iglesia; pero aún en este caso, ¿qué diría el Gobierno ó el Sr. Sagasta, si porque á un gobernador civil en una circular, alocución ú otro documento público, se le escapase alguna idea herética ó inmoral, y el Obispo diocesano mandase al Tribunal Eclesiástico que le formase causa y le aplicase las correspondientes penas canónicas?

¡Oh, qué celo arde en el corazón del Gobierno porque no se perturbe á los enemigos de la religión católica: al liberalismo impío ni á los republicanos, en su constante tarea de descristianizar á España, y en sus esfuerzos por

reducir á polvo el trono real, y restituírnos á la setembrina aquella, que llamaron sus autores la *Gloriosa*, y el demócrata marqués de Albaida, la *Golosa*; aquella era que apellidaban la primera de *España con honra*; y el segundo de *era de poco trigo y muchos gorriones*; aquella revolución de quien decía espantado el Sr. Castelar: «Si esto es lo que yo he predicado, lo que he enseñado, lo que he contribuido á crear... ¡que Dios me perdone y que la historia me olvide!»

»Pero volvamos la hoja, y miremos el reverso de la medalla, si hemos de estudiar bien, y conocer á la postre, la política del Sr. Sagasta y compañeros de glorias y fatigas.

»Un sermón lo oyen cien ó doscientas personas, á la mayor parte de las cuales, por desgracia, les acontece aquello de, *por un oído me entra y por el otro me sale*; pero al diputado que habla desde la tribuna parlamentaria, le oye toda la nación; y al periodista que escribe en un diario de los más famosos, en este ó el otro sentido, le escuchan miles de ciudadanos; con la diferencia de que el orador sagrado invita á sujetar las pasiones y á no proceder según los instintos naturales, sino según las reglas de la sana moral y según los severos mandamientos de la Ley de Dios; y el tribuno y el periodista impíos ó revolucionarios avivan el fuego que ya arde, halagan las malas pasiones, y alientan todo género de concupiscencias; mas si para el orador sagrado tiene siempre el Gobierno levantada la *virga férrea* (que, por cierto, no la ha puesto Dios en sus manos), para el escandaloso, para el impúdico, para el trastornador del orden moral y material, para el que ansía arrancar de Palacio á la Real familia, lanzarla á extranjero suelo, si no puede más, y quemar el Trono en aras de la anarquía... para ese no tiene rigor el Gobierno, sino protección, sonrisas y caramelos.

»Eso se llama *Justicia é Igualdad*; y ambas cosas son; pero del género liberal.

»*El Motín, Las Dominicales* y todos los periódicos republicanos de los diversos matices, los socialistas, los anarquistas, ahí están en plena salud é ilimitada licencia, que no me dejarán mentir.

»La Religión y el trono se hallan en España sin defensa, á merced de sus enemigos. Ejemplo al canto.

»En la madrugada de ayer ha recibido *La Correspondencia de España* un telegrama de San Sebastián que contiene las siguientes declaraciones del Sr. Salmerón: «Las discordias que reinan entre los republicanos, dilatan la vida de la monarquía. No soy revolucionario, porque creo que hoy somos impotentes para realizar la revolución. La harán las ideas. La monarquía no está consolidada y necesitamos preparar la opinión para derruirla. Con el sufragio universal podrán tener representación en las Córtes unos cuarenta diputados republicanos, y obteniendo una amnistía general, podría volver el Sr. Zorrilla á España.»

»Resúmen. Habla el Sr. Salmerón: «Cesen nuestras discordias, y la monarquía morirá. Mientras no reunámos fuerza para la revolución, trabajemos en propalar la idea. La monarquía (gracias al Gobierno fusionista) está flotante, insegura, y á poco que empujemos, se hunde. Si logramos, merced al sufragio universal, traer cuarenta diputados, podrá venir Zorrilla, y entonces...»

»Véase lo que está haciendo la república de Carnot con los boulangéristas que conspiran contra ella, y compárese con esto lo que hacen los Ministros de la Reina Doña María Cristina con los que conspiran contra la monarquía.

»El Sr. Salmerón le dice al Sr. Sagasta (y no á S. M. la Reina, porque esta señora no lo ha de saber): ¿Quería usted un cedazo claro? Pues ahí va ese: ¿lo quiere usted más claro?»

»Y el Sr. Sagasta, clareándose á vista de la nación, parece que la diga:

«¿Me quieren ustedes todavía más claro?»

»JULIO FEBRERO.»

Bien, muy bien, por el Sr. D... Julio Febrero que, como buen católico, dijo cuanto debía decir á un Gobierno que deja plena libertad al mal y quiere aprisionar la verdad y encerrarla en el más oscuro y tétrico calabozo. ¿Tituló usted á su artículo «*Adelante con los faroles?*» Pues vea usted cómo el Gobierno liberal fusionista marchaba, y áun marcha, *adelante con los faroles*, pero con los faroles encendidos con infernal mecha, queriendo abrasar al por muchos conceptos, dignísimo Canónigo Magistral de Vitoria: veamos cómo lo refirió *La Unión Católica*, en el número del día 11 de Septiembre último.

*
* *

Otro caso.

«Dicen de Haro á *La Voz de Guipúzcoa*, periódico de San Sebastián, lo siguiente:

»El Magistral de Vitoria ha predicado hoy un sermón que ha sido un ataque feroz contra el Gobierno, contra los partidos liberales, contra nuestras libertades, contra la prensa y contra la enseñanza.

»Terminado el sermón, el concejal D. Saturio Suso, regresó al Ayuntamiento acompañado de la música, que marchaba tocando el himno de Riego como protesta contra las extralimitaciones del predicador.

»Reunido el Ayuntamiento, se llamó al Párroco; acordándose, en vista de lo ocurrido, pasar el tanto de culpa á los tribunales y oficiar al gobernador civil de la provincia, dándole cuenta del sermón del Magistral.

»Ya esta mañana habíamos leído en *El Liberal* una carta de Haro en la cual se dice:

»Es el caso, que el Canónigo Magistral de Vitoria, ha pronunciado esta mañana un sermón furibundo en Nuestra Señora de la Vega, atacando desconsideradamente al

Gobierno y á los partidos liberales, revolviéndose contra la prensa y la libertad de enseñanza, y apostrofando á los carlistas que se entregaron á las tropas liberales á la terminación de la última guerra civil, por haberse sometido, según el orador, cuando estaban á punto de triunfar del ejército liberal.

»Del efecto que ha producido el sermón, podrá V. formar idea, sabiendo que el concejal fusionista D. Saturio Suso, que ocupaba con otros dos concejales el banco destinado al Ayuntamiento, abandonó la iglesia al terminar el sermón, y ordenó á la música de la villa que le acompañara hasta la Casa Consistorial, tocando el himno de Riego, en señal de protesta contra los rabiosos conceptos del predicador, que pudo oír desde la iglesia el himno liberal. Inmediatamente se reunieron en el Ayuntamiento los concejales, y se llamó al Párroco, el cual se exculpó manifestando no haber tenido participación en el hecho, pues que el predicador vino de Vitoria á instancias de la cofradía de la Vega.

»El Ayuntamiento, que es en su mayoría republicano y que no está dispuesto á tolerar semejantes desafueros, ha pasado el tanto de culpa al juzgado de instrucción y participado el suceso al gobernador de la provincia.

»Esta versión, que sostengo en todos los terrenos como exacta, puede V. darla sin inconveniente en su ilustrado diario.

»Aparte la nota cómica de ese Sr. Suso, lo ocurrido en Haro es sumamente grave, porque muestra una vez más el espíritu del Gobierno y de las autoridades de intervenir en un asunto en el que, en último resultado, solo puede entender la Iglesia. Estaremos al tanto de lo que ocurra para reivindicar en todos momentos los derechos y libertades del catolicismo en España.»

¡Pero Señor! ¿dónde estamos? ¡Que el señor Canónigo Magistral de Vitoria atacó desconsideradamente al Go-

bierno y á los partidos liberales! No podemos creer ni que sus ataques fueran desconsiderados, ni que atacara á las personas; atacaría á las ideas como ideas malas, como sistema condenado por los Papas, que en materia de fe y costumbres son infalibles; las atacaría con valor y energía, con razones poderosas y convincentes, y condenaría todo aquello que la Iglesia tiene condenado, etc., etc.; y ciertamente que no hizo otra cosa que cumplir con sus deberes como orador católico-apostólico-romano. ¡Y porque un orador sagrado cumple con sus deberes, se le insulta, se le escarnece y se le lleva de Herodes á Pilatos, esto es, á los tribunales laicos! Este proceder, ¿es el de un Gobierno católico? ¡Oh! ¡La católica España, presa de un Gobierno que obra tan cruelmente con el Papa y el Clero español...! ¡Pobre y desolada Nación en las tan peligrosas manos del Gobierno del Sr. Sagasta y comparsa fusionista!

*
* *

¡*Et Deus erat verbum!* Esas cuatro palabras escriturarias nos ponen muy á la vista cuán grande es el poder de la palabra del hombre, imagen y semejanza de la palabra de Dios. ¡De la palabra de Dios! Esta palabra es el mismo Dios omnipotente, el mismo Dios obrando también *ad extra*; el mismo Dios, su voluntad y su entendimiento infinito, dando ser y vida á los mundos y vistiendo de perlas todos los rodantes orbes que pueblan los espacios... ¡La palabra de Dios, más firme y estable que la tierra y los mismos cielos! *Cælum et terra transibunt, verba autem mea no preteribunt.* La palabra de Dios tiene siempre, sin interrupción de un solo instante, más vida que los mismos seres vivientes; para la divina palabra no hay montes, ni valles, ni distancias; déjase oír esa palabra una sola vez en los cielos y en la tierra, y sus potentes ecos se estarán repitiendo sin perder ni un solo grado de in-

tensidad en toda la vida de los siglos; voz de mando, voz de poderío, voz de misericordia y de justicia, de amor y odio, de bendición y maldición, de espanto y alegría...

Pues esa misma *palabra*, esa, y no otra, es la que Jesucristo dió á su Iglesia para conquistar el mundo: *Funtes... docete...* Y á esa palabra de enseñanza divina nada se ha resistido; á los ecos de esa palabra, pronunciada por los Apóstoles, se derrumbaron estrepitosamente los templos de los ídolos; las montañas fueron trasladadas, los muertos resucitaron, los ciegos vieron, los sordos oyeron, los mudos hablaron, y los tullidos anduvieron y saltaron como los mismos ciervos.

¡La palabra! Es casi el arma única, pero óptimamente templada, que Jesucristo dejó á su Iglesia. La persuasión es palabra; la confesión, palabra; la esencia de los sacramentos, palabra; el perdón, palabra; la reconciliación, palabra... y la gracia, y los divinos auxilios, son palabras sin eco material que hablan con uno en el santuario del alma. Y los ayes con que á Dios representamos nuestras penas, nuestras debilidades y miserias, y los gemidos con que le imploramos... palabras son tan elocuentes que al mismo Dios le cuentan los latidos del corazón y las aspiraciones del alma.

Hemos recordado esas ligeras nociones de filología católica, para que se vea con toda claridad cuán grande es el pecado de aquellos Gobiernos que no quieren se oiga en el mundo esa palabra divina, vencedora siempre de todos los herejes y cismáticos, de todos los opresores y tiranos.

¿Qué es lo que se propone el Gobierno liberal fusionista con ese tan injusto proceder, con la *palabra* del tan elevado ministerio sacerdotal en la cátedra sagrada? Los procedimientos arbitrarios, tarde ó temprano, tuvieron su castigo, y siempre fueron un padrón de ignominia para los mismos que con falsos pretextos y sofismas, quisieron hacerlos pasar como actos de la más estricta justicia.

Esa palabra divina, perseguida y todo, en su obligado silencio, pasa invisible á través de las corrientes eléctricas, se apodera de la prensa, y hace decir al periódico *Le Temps*, publicando un telegrama que recibió de Madrid el día 16 de Septiembre último: «El Gobierno español ha hecho reclamaciones al Nuncio de su Santidad, contra las predicaciones de los Sacerdotes integristas » Y el 22 del mismo mes, el corresponsal particular de *La Unión Católica*, decía á su Director desde San Sebastián:

«El Gobierno, de acuerdo con la Santa Sede, evitará que el clero de estas provincias haga uso del púlpito para predicaciones políticas.

»El magistral de Vitoria está sometido á los tribunales de justicia, y esta medida se adoptará con los sacerdotes y autoridades eclesiásticas que hagan un uso indebido de su sagrado ministerio.—FLORES.»

¡Dios Santo! Y cuánto se va adelgazando el catolicismo del Gobierno liberal fusionista! Pretender que la Iglesia católica sea muda, es querer un imposible, es abrir una nueva era de mártires, es llevar á los católicos á las catacumbas. Nerón, y todos los tiranos de los tres primeros siglos de la Iglesia, no pretendían obtener otra cosa de los cristianos, y ciertamente que aquellas persecuciones habrían cesado en el mismo momento en que se hubiera dejado por la Iglesia de predicar á Jesucristo Crucificado.

Vea, pues, el Gobierno liberal fusionista cuánta es su pasión y ceguedad, por no decir otra cosa, contra esa institución divina, contra la Iglesia de Dios, á la que tanto viene maltratando injustamente, teniendo en cambio para la sinagoga de Satanás y sus apóstoles, como *El Motín*, *Las Dominicales del Libre pensamiento* y otros periódicos de la misma ralea, palabras y frases de afecto, plácemes y sonrisas.

Ya no es de extrañar que el mismo infierno aplauda la tan anti-católica conducta del Gobierno liberal fusionista, y que «los (1) periódicos italianos más declaradamente hostiles al Papa, como *Il Popolo Romano* y *La Riforma*, feliciten gozosos al Sr. Sagasta por su política en España.

»A esto dice *La Epoca*: «No sabemos hasta qué punto deba el presidente del Gobierno fusionista, engreirse con tales felicitaciones.»

»¡Vaya si se engreirá! Como que los plácemes de *Il Popolo* y *La Riforma*, son una recomendación á los libre-pensadores y republicanos de por acá.

»Indudablemente, con unos cuantos predicadores más que se castigue por causa de sus sermones, el Sr. Sagasta, como el Ministro en *La tercera dama-duende*, se eterniza en el poder.»

Bien se ve que el Gobierno liberal fusionista está dejado de la mano de Dios, y... tomado de las del diablo. Y no olvide ese tan desgraciado Gobierno que el *verbum Dei non est alligatum...* y que esa misma palabra en acción ó en silencio ha de ser quien sancione la ley, el decreto inapelable, de su vergonzosa caída de las alturas del poder. ¡Sea pronto, Señor, y que cese este estado de intranquilidad y desasosiego en que á los católicos nos tienen estos tan desgraciados Ministros que nunca debieran ser poder en una nación católica!

Y para terminar este artículo, transcribiremos siquiera dos ó tres párrafos de la reciente notabilísima Pastoral del Excmo. é Ilmo. Sr. Arzobispo de Burgos, dirigida al Clero y fieles de su Diócesis, párrafos en los que se condenan las hazañas del Gobierno fusionista, por lo que hace relación á la Cátedra del Espíritu Santo. Dice así tan sabio como virtuoso Prelado:

(1) *La Unión Católica*, del 17 de Septiembre.

«Siendo uno el liberalismo en sus principios deletéreos, es múltiple en sus aplicaciones, y tan vario en sus procedimientos contra la Religión y el orden social que reviste más cambios y transformaciones que un Proteo.

»Dos son hoy, sin embargo, entre muchas otras, sus formas más usuales y opresoras contra la Iglesia de Dios en nuestra patria. Por la primera ataca el liberalismo la santa libertad de predicar la palabra divina en los Ministros inferiores, que la ejercen en virtud de la misión divina, que al efecto reciben de sus Prelados, los Obispos, en comunión con el Papa, su Cabeza, y á quienes corresponde por ende juzgar de su cumplimiento; mas por la segunda, no satisfecho con eso, se propasa á censurarla, criticarla, y juzgarla en las mismas instrucciones pastorales que los «Obispos, puestos por el Espíritu Santo para regir la Iglesia de Dios,» dan á sus hijos espirituales los fieles diocesanos «en nombre de Dios, y haciendo sus veces como delegados ó embajadores suyos,» en expresión del Apostol.

»Desatentadas ambas como contrarias al derecho natural divino, y al canónico-civil consignado en el Concordato, que es ley del reino, acabamos de ver, no obstante, con escándalo del pueblo cristiano, empleada y aplicada la primera por los mismos tribunales contra dos honorables párrocos, sin otro motivo que el haber predicado á sus feligreses la doctrina católica enseñada por sus sagrados maestros, el Papa y los Obispos, y obedeciendo sus apostólicos mandatos. Es decir, por haber predicado «que el liberalismo es un error y pecado gravísimo, y que lo es también por ende el ser liberal y cooperar con sus votos en las elecciones al triunfo de los que profesan las doctrinas de la herejía liberal.» Verdades claras y palmarias á los ojos de la fe y de la razón, que no puede menos de admitir y profesar todo verdadero católico, incluso los jueces sentenciadores si de católicos se precian.»

¿Puede hablarse ya más claro que lo ha hecho el Excelentísimo é Ilmo. Sr. Arzobispo de Burgos? ¿Podrán ya dudar los fieles cristianos que el liberalismo sectario es un error y pecado gravísimo, y que lo es también por ende el ser liberal y cooperar con sus votos en las elecciones al triunfo de los que profesan las satánicas doctrinas de la heregía liberal? ¡Pueblos, pueblos! Os engañan miserablemente los liberales, ó liberticidas, llevándoos siempre por caminos de perdición solo con el fin de medrar á costa vuestra...! ¡Oh, mi querido pueblo, mi amada villa! Te engañan esos liberalotes que hace cuarenta años te vienen prometiendo una tierra de promisión, y solo te han dado el malestar y la miseria; pero en cambio te han quitado la fe, religiosidad y piedad de tus antepasados, que eran tu mayor gloria y nobleza! El ser liberal es pecado gravísimo y el servir á esos patrioteros liberales en las elecciones, es también pecado. Esto os lo dice un paisano vuestro que os ama, y os lo dice copiando lo que sobre este particular dice en su citada Pastoral el Excelentísimo Sr. Arzobispo de Burgos, que sabe de Teología y de la moralidad de los actos humanos, más que mil Sagastas y González, y mucho, muchísimo más que todos los Ministros liberalescos, habidos y por haber... Y conste, conste que el Gobierno liberal fusionista, con su desatentada conducta sobre el santo Ministerio de la predicación, ha faltado al derecho natural-divino y al canónico-civil, consignado en el Concordato, según el juicio, que nos merece el mayor respeto, del Excmo. Sr. Arzobispo de Burgos.

¡Esos anatemas archi-episcopales contra la conducta del Gobierno, son una como espada de Damocles que á cada instante amenaza caer sobre la pobre cabeza de cada uno de los Excmos. Señores Ministros liberales fusionistas! ¡Séale pronto la tierra ligera á ese Gobierno tan débil, opresor y tiránico...!



CAPÍTULO V



SIEMPRE se ha dicho, y es muy grande verdad, que «*ad exemplum Regis, totus componitur orbis*, y que si el Abad juega ¿qué harán los Monjes, sino jugar también? Y los hijos son fieles imitadores de las buenas ó malas costumbres de los padres; y los pequeños imitan las de los mayores, y... ¿qué cosa más natural que los Gobernadores civiles imiten á los Excmos. Ministros de la Corona, y que los alcaldes imiten á los primeros y á los segundos? Siendo, pues, la conducta del Gobierno fusionista, opresora en muy alto grado de los sacrosantos derechos de la Iglesia católica, tan natural como calentar el fuego y dilatar los cuerpos, tan natural como humedecer el agua, había de ser que los alcaldes fusionistas siguieran en esa parte fielmente, y hasta con exceso, aquella conducta anti-católica del Gobierno, al que, por mil y mil títulos, debían complacer en eso como en todo...

Desde aquella fecha memorable de invasión liberal, han debido darse necesariamente muchas alcaldadas contra

la Iglesia, en las personas de los respetables señores Párrocos, alcaldadas progreseras de monterilla, que son las peores entre todas las clases de alcaldadas, siquiera por imitar al Gobierno y aparecer ante sus ojos como preclaros patriotas que exponen su vida, cual robustos... gigantes que luchan con moribundos pigmeos. Podríamos citar muchos, y muy risibles casos, que han tenido lugar en varias provincias, pero basta con que citemos un par de casos de esas alcaldadas ocurridas, la una en la provincia de Valencia y la otra en la de Toledo.

Leamos, pues, la primera, tal y como la refirió *La Unión Católica*, en el número del 19 de Septiembre último. Decía así:

«Alcaldada liberalesca.

»El alcalde de Mislata, pueblo cercano á la ciudad de Valencia, viendo sin duda que reina ya cierta licencia para proceder contra la Iglesia, ha exigido del Sr. Cura párroco la entrega de las llaves del cementerio.

»El párroco se ha negado á ello, como era su deber; y ¿qué ha hecho la *autoridad municipal*? Pues ha mandado instruir un expediente, y en él ha providenciado que se abra el sagrado recinto por un cerrajero, y se fabrique una llave, que se le entregará á él.

»En la Francia actual se concedería el *gran cordón* á un *maire* que echase un par de coces semejante; en España, no mandando los fusionistas, se le formaría causa criminal al alcalde de Mislata; pero bajo un Gobierno como el que tenemos... no sabemos lo que se hará.

»Hasta ahora se ignora qué han resuelto las autoridades de Valencia.

»Cuando esto sea conocido, volveremos á ocuparnos en el asunto, si hay lugar á ello.»

El alcalde de Mislata es todo un alcalde liberal fusio-
nista, no hay que dudarle; su alcaldada está en la mejor
relación con las *ministradas* sagastino-gonzalescas. Si
tan grandes atropellos cometió por hacer méritos... bien
puede el Sr. Sagasta darle en usufructo una de las mejo-
res provincias de España; no, no, en usufructo no: hemos
querido decir que bien puede el Sr. Sagasta hacer al tan
famoso alcalde de Mislata, si sabe siquiera firmar, gober-
nador civil de Sevilla, pues tal vez pudiera evitar que
aquel tan insigne, tan noble y generoso Ayuntamiento,
vuelva á ofrecer hospitalidad al Santo Padre León XIII...

Ahí tiene el Gobierno liberal fusionista, en el alcalde
de Mislata, un aventajado discípulo en la infernal asig-
natura de atropellos contra la Iglesia. ¡Cuánta expe-
riencia tenía aquel que dijo: *Ad exemplum Regis totus
componitur orbis!*

El Gobierno liberal fusionista no deja en paz á los vi-
vos católicos; pues el alcalde de Mislata, su aprovechado
discípulo, no deja en paz ni á los vivos ni á los muertos;
y quiere á todo trance tener en su poder la llave del
Campo Santo, cual si se tratara de la del Pósito ó Muni-
cipio de su pueblo.

Dejemos, pues, á ese alcalde con la llave de los muer-
tos, y fijémonos en otro de... un pueblo de la provincia
de Toledo; alcalde que, si no se le abren, cuando á él le
plazca, las puertas de los santuarios, es capaz de echar-
las abajo, ó de buscar á un cerrajero para que se las dé
abiertas, áun cuando se le advierta de los sacrilegios que
va á cometer, y de los anatemas que la Iglesia fulmina
contra los que violan la santa Casa de Dios.

El caso es curicso é interesante, y bien se merece un
artículo kilométrico...

*
* *

Es muy hermosa verdad que todos quisiéramos que
nuestro pueblo natal fuera, entre todos los pueblos, el

mejor, el más sabio, el más bello y poético; el más valiente en la guerra, el más sufrido en la adversidad, el más caritativo en las calamidades públicas, el más sensato en los acontecimientos inesperados y adversos, el más católico en religión, el más rico, el más activo y laborioso, etc., etc.

De ahí proviene que ninguno tengamos paciencia bastante para callarnos, oyendo hablar mal de nuestro pueblo, y que, sin preparación ninguna, salgamos á su defensa, cual valientes soldados, siempre que se trate de deprimirlo bajo cualquier concepto.

Cuando un padre habla de los defectos ó crímenes de su hijo, su corazón sufre horriblemente, y siempre encuentra alguna razón que atenúe la gravedad del delito ó delitos que sabe ciertamente ha cometido su hijo.

Casi en el mismo caso nos encontramos nosotros; pues teniendo que hablar de una alcaldada mayúscula cometida en nuestro pueblo, y, siendo amigo el Sr. Alcalde, y también todos los que en la tan vergonzosa y repugnante alcaldada tomaron parte activa, consciente ó inconscientemente, por sabido se calla, que nuestro corazón de amigo y paisano, nuestro corazón de padre, por razón de nuestro estado, ha de padecer, y no poco, al contar, siquiera sea á la ligera, los escándalos, atropellos y sacrilegios cometidos ó tolerados por un señor Alcalde liberal fusionista, hermano político de nuestro paisano D. Venancio González.

Y ante todo, conste que no vamos á hacer la historia de esa alcaldada por desacreditar al pueblo, pues esto sería desacreditarnos á nosotros mismos; ni tampoco la hacemos por pasión ó espíritu de partido, ni por sonrojar á D. Venancio González, ni á los individuos de su familia y correligionarios que tomaron parte en la tan afrentosa alcaldada; sino únicamente para corrección de los culpables, y para convencernos, una vez más, de que el fusionismo liberal es en todas partes el árbol del mal, que

inficiona, hiere ó mata á todo el que come de su fruto, ó descansa á su sombra, siquiera sea un solo instante.

Basta de exordio, y entremos de lleno en la narración de los hechos, pero en una narración desapasionada, verídica y sincera.

Como á unos ocho kilómetros de la población, tiene la villa de Lillo un Santuario, el de Nuestra Señora de la Esperanza.

Era tradicional costumbre acudir el pueblo al Santuario, el primer día de la Pascua de Pentecostés, pasar alegremente el día en aquella pradera, hacer unas cuantas visitas á la imagen de Nuestra Señora en su ermita, y, á la caída de la tarde, sacarla procesionalmente y llevarla al pueblo, donde se la recibía con todo aquel entusiasmo, alegría y contento con que en tales casos saben los pueblos manifestar la devoción á sus Santos Titulares ó Patronos.

La imagen de Nuestra Señora de la Esperanza, se colocaba en la iglesia parroquial, y allí estaba, como unos cuatro meses, mientras se hacían los trabajos de recolección y la vendimia, y, concluida esta, se devolvía á su Santuario.

Todos los actos religiosos que en esos cuatro meses tenían lugar en la iglesia parroquial, para obsequiar á Nuestra Señora, consistían en una función religiosa con sermón el día 8 de Septiembre, y en sacar por la tarde la imagen procesionalmente por las principales calles de la villa. Eso era todo; ni más rosarios, siquiera los domingos, durante aquellos cuatro meses, ni más sermones, ni más pláticas, ni más novenario... La devoción popular solo se traducía en actos, más ó menos religiosos, al entrar ó al sacar de la villa la imagen de Nuestra Señora para devolverla procesionalmente á su Santuario, en donde permanecía el resto del año, como unos ocho meses.

Hasta el histórico Rollo de la villa, según costumbre inmemorial, sacaban en hombros los señores Regidores la imagen de Nuestra Señora de la Esperanza, y, desde dicho punto hasta el mismo Santuario, era llevada alternativamente por hombres y mujeres, lo que — esto último se viene todavía practicando — da ocasión á no pocos altercados é irreverencias, porque todos y todas quieren ser los primeros en satisfacer su devoción ó en cumplir sus promesas.

Hasta aquí las tan loables costumbres de nuestros antepasados, costumbres que siempre fueron respetadas por todos los Capellanes, Administradores de Nuestra Señora, hasta que vino uno, el Presbítero D. Manuel López Muñoz, algo pariente de D. Venancio González, que, por estar bastante obeso, ó por otras causas, dispuso, hace como unos 25 años, el que, después de vendimias, no se devolviera la imagen al Santuario, sin tener en cuenta para nada, ni aquella tan loable costumbre, ni las consecuencias que de aquella omisión habían de seguirse necesariamente, consecuencias que, bajo todos conceptos, habían de ser muy funestas y desastrosas...

No creemos necesario insistir mucho en esto, pues todos sabemos que las jaulas sin pájaros, las ropas sin usar, y las casas sin vecinos, pierden mucho más que ganan.

El Santuario, que antes de aquella impremeditada omisión, era frecuentado por los devotos de María, no solo de Lillo, sino que también de todos los pueblos del contorno, especialmente de Villacañas, de donde dista poco más de dos kilómetros, no encontrando en él, en estos 25 años últimos, la imagen de Nuestra Señora de la Esperanza, dejaron de acudir allí poco á poco, y fueron perdiendo el amor y cariño que tenían á aquel lugar sagrado, en el que la Santísima Madre de Dios, tantas veces hubiese atendido sus oraciones, sus votos y sus plegarias.

El Santero ó ermitaño, al que siempre era beneficiosa la estancia de los devotos en aquel santo lugar, siendo por otra parte casi nulos sus recursos, tuvo necesidad de cerrar la casa contigua al Santuario y establecer su domicilio en Villacañas, para atender con su trabajo á las necesidades de la vida.

Y sabiéndose, como se sabía todo esto, es decir, que el Santuario estaba siempre cerrado, y que el Santero no habitaba la casa, ¿qué devotos habían de ir allí á cumplir sus promesas y sus votos? ¿qué Sacerdote á ofrecer el santo Sacrificio?

Por estos motivos, como también por las corrientes de indiferencia, impiedad y descreimiento que por todos los pueblos, desde la revolución de Septiembre, han cundido desbordadas, la devoción á María Santísima se ha enfriado tanto en esta villa que, ni aún siquiera se sabe por muchos de estos fieles en qué consista esa devoción, concretándose muchos lilleros á no dar á María Santísima, bajo el tan hermoso título de la *Esperanza*, otro culto que ir á su Santuario en el precitado día de Pascua de Pentecostés y pasar alegres unas cuantas horas en aquellas praderas, comiendo y bebiendo con exceso, y saltando y bailando hombres y mujeres, *al alarmante ruido de las guitarras y los panderos, tocados con entusiasmo báquico, verdaderamente vertiginoso, y acompañados de cantares y seguidillas bien poco edificantes...*

¡Estado de cosas grandemente deplorable!

¿Y quién, quién, siendo verdadero católico, puede ver con indiferencia que de ese modo se extinga la tan hermosa, tierna y consoladora devoción á María Santísima de la *Esperanza*? ¡Horrorízase el ánimo solo al pensarlo!

Para despertar, pues, esa devoción en estos vecinos, dispuso el Sr. Capellán, Administrador de Nuestra Señora, contando con quien debía contar, preparar convenientemente los niños y niñas de las escuelas para una Comunión general y enseñarles el Santísimo Rosario para

irle cantando en la procesión, y hacer un solemne Novenario á María Santísima, predicando todos los días en el acto religioso; todo lo cual se hizo tal y como queda dicho, y así se expresó en el cartel de las funciones religiosas, y además que, terminado el Novenario, se trasladaría á su Santuario la imagen de Nuestra Señora de la Esperanza.

No sabía el Sr. Capellán que, el Presbítero D. Manuel López, pariente de D. Venancio Gonzalez, había dicho, siendo Capellán de Nuestra Señora, que, *mientras él viviera no se llevaría al Santuario la referida imagen*, pues si lo hubiera sabido, solo por esa circunstancia del *parentesco* con dicho Excmo. señor, no habría tomado tan justa, conveniente y necesaria resolución, porque en esta villa, sus contornos y hasta en sus antípodas, ha de hacerse únicamente lo que D. Venancio González y sus parientes quieran. La voluntad de esos prohombres, es la única pauta, la única ley, que ha de practicarse. Y... ¡ay, ay, ay... de aquel ó aquellos que obren, guiados solamente por su razón, su criterio ó su conciencia! Sobre ellos caerán las montañas y cordilleras todas de España, y... las plagas todas de Egipto corregidas y aumentadas! ¡Por esos caminos se lleva á los pueblos al salvajismo!

Pues, señor, se termina el Novenario — era sábado, — y por la noche se deja todo dispuesto para al día siguiente, domingo, á las seis de la mañana, sacar procesionalmente la imagen de Nuestra Señora de la Esperanza y llevarla á su Santuario, según estaba anunciado en los carteles religiosos de las funciones, carteles que, antes de principiarse la Novena, se habían repartido con profusión entre los vecinos de la villa, fijándose además los de costumbre en las puertas de la Iglesia parroquial; por manera que todo el pueblo sabía que el día 16 de Septiembre á las 6 de la mañana había de ser trasladada la imagen de Nuestra Señora de la Esperanza á su Santuario, traslación que en el pueblo era un verdadero acontecimiento, puesto que

ya habían transcurrido más de 25 años sin tener lugar la tan antigua y loable costumbre. Y todo esto no obstante; nadie, absolutamente nadie, se acerca al Sr. Capellán á indicarle la no conveniencia de aquella traslación, ni vecino alguno, ni el Sr. Párroco, ni el Sr. Alcalde, ni el señor Juez de primera instancia... ni esta señora, ni la otra, ni D.^a Eugenia González, hermana carnal del Sr. Ministro de Hacienda; ni el Sr. Registrador de la propiedad, sobrino carnal del mismo; ni Dionisio Brunete, sobrino del idem; ayudante en la Subalterna; ni Jesús Lozano, sobrino del idem; ayudante en la idem; ni Gabriel Lozano, sobrino del idem, escribano del Juzgado; ni el Juez Municipal, sobrino del idem; nadie, en fin, nadie, repetimos, propuso al Sr. Capellán la no conveniencia de aquella traslación. ¿Y qué interés podía tener la mayoría de estos vecinos en que la referida imagen no se llevara á su Santuario? Muy al contrario: era muy natural el que la vieran hasta con buenos ojos, puesto que era seguir la costumbre de nuestros antepasados con ese tan piadoso objeto. Si el Sr. Capellán hubiera dispuesto llevar la referida imagen al Romeral, La Guardia, Villatobas, Corral de Almaguer, Puebla de D. Fadrique, Villacañas ó Templeque, sea enhorabuena, que el pueblo se hubiera opuesto, y que hubiera hecho una de esas barrabasadas que viven siglos y siglos en la memoria de los pueblos; pero como no se trataba de eso, el pueblo de Lillo, pueblo docil y respetuoso siempre con el Clero, pueblo que oye siempre con gusto al orador sagrado que le explica las verdades eternas... no hizo reclamación alguna en contrario.

Y sea dicho como de paso, y por si acaso sirve de luminoso criterio, que el Sr. Capellán, durante el Novenario, habló, y no poco, contra los errores liberales, se despachó digámoslo así, á su gusto contra las nefandas obras de la secta liberal, contra los liberales sectarios, á los que en un sermón reciente ha llamado el Ilmo. Sr. Obispo de Pla-

sencia *hijos de Lucifer y herederos del Averno* (1); ataques, digámoslo así, de los que dieron cuenta algunos de los mencionados sobrinos á su señor tío, pero á su modo, y aumentando, inventando y... faltando en todo á la verdad.

Prosígamos, pues, con nuestra narración, y prepárense nuestros lectores para experimentar grandes emociones, sentimientos de indignación y arranques de ira...

Es lo cierto que á las nueve de la noche del referido sábado, estando concluyendo el Sr. Capellán de retirar los principales objetos que habían adornado el altar de Nuestra Señora, y hallándose en la Iglesia la Sra. Camarera de la Santísima Virgen, nombramiento que hacía pocos días se había hecho por el Capellán — otro dato para juzgar después — sin saber que también le habría aceptado D.^a Eugenia, hermana del Sr. Ministro; hallándose también en la iglesia, la Sra. Camarera, repetimos, vistiendo de gala la imagen de Nuestra Señora, con sus criadas y alguna otra persona, se presentó por allí el Sr. Cura Párroco, el cual habló con el Sr. Capellán de lo mucho que había trabajado durante el Novenario, y de lo mucho que trabajaba también en aquella misma noche...; pero nada más; se despidió de él y... se fué á conferenciar con el Sr. Alcalde primero de la villa, D. Gabriel Lozano, hermano político del Excmo. Sr. D. Venancio González.

¿De qué trataron y qué convinieron el Sr. Alcalde y el Sr. Cura en aquella conferencia nocturna? No lo sabemos; pero, los hechos extraños y pasmosos que, verídicamente, y tal como pasaron, vamos á referir, nos dirán claramente qué cosas tan estupendas convinieron aquellos dos... Señores.

También debemos advertir que el Sr. Capellán, por lo que pudiera ocurrir en el camino, desde Lillo al Santuario, pidió al Sr. Alcalde pusiera á su disposición una pareja

(1) Telégrama de Plasencia que publicó *La Unión Católica*, en el número del 8 del mes de Agosto.

de la Guardia civil, á lo que accedió muy gustoso, y *continenti* dirigió al Jefe un oficio para que á las seis de la mañana siguiente, estuvieran á su disposición.

Llegó el domingo 16 de Septiembre, día memorable, día de honra y deshonra, de aflicción y alegría, día de... delitos comunes y sacrilegios...

Eran las cuatro y media de la mañana, cuando el señor Capellán, deseoso de terminar su obra, salió de su casa con dirección á la iglesia, hora convenida con el segundo sacristán — porque el primero, D. Agustín García Cid, estaba en la feria de Villatobas, — para que tuviera abierto el santo templo.

No le extrañó encontrársele cerrado, porque como el segundo sacristán D. Isidoro Diaz de Burgos, es joven, y novio, supuso el Padre Capellán, se habría acostado tarde por causa de sus rondas *nubiles*.

En vista de esto, fué á la casa del sacristán, y, después de estar llamando un buen rato, salió el Isidoro con las llaves de la iglesia en la mano, y ambos se encaminaron hacia el templo. Y, ya cerca de él, dijo el sacristán al Padre Capellán: «Tengo órdenes del Sr. Cura de que no se toquen las campanas nada más que para el toque ordinario de las Ave-Marías y para la misa rezada.» — Bien se conoce, Isidoro—dijo el Padre Capellán,—que estás recién levantado de la cama; pues parece que aún duermes y que sueñas.

—¡Dormir, soñar! Por tres ó cuatro veces me repetió eso el Sr. Cura, anoche mismo, á eso de las diez; y por cierto que dijo que iba de visitar al Sr. Alcalde primero. Yo me creí que anoche haría saber á V. también el señor Cura esa tan grave determinación...

—Es lo primero que oigo, Isidoro; cumple con lo que te ha mandado tu superior, que por mi causa no quiero te se siga ningún perjuicio.

El Capellán, ante una contrariedad tan inesperada y violenta, pudo dominar su muy impresionado ánimo, se

arrodilló ante la imagen de Nuestra Señora, pidiéndola muy de veras le iluminara en tan críticas circunstancias, y permaneció en esa actitud suplicante, como unos diez minutos, al fin de los cuales se levantó, se encaminó á la sacristía, preparó recado para decir Misa en el Santuario, y se volvió otra vez hacia la hermosa imagen de Nuestra Señora de la Esperanza, repitiendo, si cabe, con más fervor que la vez primera, las mismas peticiones, y, á los pocos minutos, entraron en el templo los monacillos, los cuatro hombres que tenía buscados el Sr. Capellán para llevar la sagrada imagen, y algunos otros fieles.

Eran las seis menos cuarto.

Se revistieron los monacillos y el Sr. Capellán...; este salió á la puerta del templo que va á la plaza, habló con la pareja de la Guardia civil, haciendo saber al que hacía de Jefe, la disposición del Sr. Alcalde primero, queríamos decir del Sr. Cura, y, advirtiéndole que, si alguien se oponía al acto religioso para el que estaban invitados, que no hicieran de ningún modo uso de las armas; que él, con la persuasión y el ruego, evitaría todo conflicto.

Sonaron las 6 de la mañana, hora designada en los carteles de las funciones religiosas para salir de la iglesia con la imagen para el Santuario, y, así fué todo hecho.

Rezó el Sr. Capellán de rodillas ante la imagen de Nuestra Señora, acompañado de los dos monacillos, de los cuatro hombres que habían de llevarla y de algunos fieles, la primera decena del Santo Rosario, y, concluida esta, salieron del templo con la imagen en dirección al Santuario.

La mayor parte de los fieles que en aquella hora se encontraban en la plaza, se arrodillaron y rezaron una Salve á la Virgen Santísima; á los pocos minutos de haber salido de la Iglesia, ya tomaban parte en el acto religioso varios niños y niñas de las escuelas, de los que habían aprendido á cantar la música del Rosario de la Aurora,

según se canta en Toledo; y cuando la religiosa comitiva entraba en la carretera de Villacañas, habíanse también incorporado algunos hombres y mujeres, todos los que fueron rezando el Santo Rosario, incluso los señores Guardias civiles, hasta el mismo Santuario.

Tocaron la campana del mismo, acudieron los pastores que en aquellos contornos guardaban sus ganados, y algunas otras personas; dijo el Sr. Capellán la santa Misa, con las preces mandadas por Nuestro Santísimo Padre León XIII, y después cantaron los niños y niñas la última decena del cuarto Rosario, que poco antes de llegar al Santuario, se había principiado.

Las escenas de ternura, gozo y alegría que allí tuvieron lugar entre los pastores, los guardas de viñas, el Santero, los hortelanos de aquellas huertas y algunas otras personas que acudieron, al oír la campana del Santuario, no son para describirse. Créanse aquellas pobres gentes que, con tener en el Santuario la tan linda y hermosa imagen de Nuestra Señora de la Esperanza, todos sus trabajos, todas sus ocupaciones y asuntos iban á recibir las bendiciones del cielo por la intercesión de María. Y eran dignas de verse aquellas tan tiernas como naturales escenas, que antes y después de la misa tuvieron lugar.

¡Oh! Al ver á lo lejos la sagrada imagen y la comitiva, parecióles todo una ilusión; pero tan pronto como se hicieron cargo de la realidad, dejaron sus ganados, sus huertas, sus viñas y sus melonares, y se encaminaron todos corriendo á porfía hacia el Santuario.

El gozo de aquellas sencillas gentes no les cabía en su pecho; y cada uno hacía aquello que mejor le parecía para agradar á la Señora, y todos la dirigían aquellas alabanzas con que más les parecía honrarla.

No podemos resistirnos á describir uno de los desahogos de un anciano, que consideraba la *llevada* de la Virgen,

como él decía, como el acontecimiento para él más fausto de toda su vida.

«¡Oh, Madre mía querida — decía aquel anciano, rasados los ojos en lágrimas;— ¡oh, Madre mía, mi único consuelo y toda mi esperanza en estos campos! Muy tristes me han sido los inviernos de estos últimos 25 años por no haberte tenido en tu Santuario, el que, sin tí está triste y melancólico, como mi corazón, como mi alma y como estos campos. Mis cantares eran, por tu ausencia, ayes y gemidos que las más grandes penas arrancan al alma destrozada por los más duros sufrimientos; pero ahora, con tu presencia, serán como alegres cánticos de las ave-cillas que por estos campos recrean con sus armonías nuestros oídos en la primavera. En todo ese tiempo, estos campos, Madre mía, parece que han estado en muy grande desconsuelo, que no han producido frutos, ni podido sostener y alimentar á mis ovejas y corderos. Benditas sean estas gentes que tan ricamente y tan maja os han traído á vuestra casa, Madre mía, y benditos sean estos niños que os cantan Rosarios como los mismos Angeles. Dadnos á todos vuestra bendición, y estad aquí siempre para ser nuestro amparo y protección. ¡Viva la Virgen de la Esperanza!»

La narración es fiel y exacta; pero la palabra escrita es palabra muerta; el fuego de aquel corazón de anciano que parecía el de un joven, aquellos ojos que miraban la imagen y arrojaban lágrimas, aquellas actitudes suplicantes que conmovían, aquella fé, aquel amor, aquella devoción firme y tierna que se revelaba en todo su ser... todo ensanchaba el corazón de gozo, y todo embriagaba el alma de un placer como celestial y divino.

Temíamos volver á Lillo; pero ya hemos de cumplir nuestra promesa.

Tal vez extrañe á algunos la determinación del señor Capellán de trasladar la imagen á su Santuario sin haberse avisado á los fieles con los toques de campanas de costumbre. Pues no, no; esto no debe extrañar, que una cosa es ver las escenas á larga distancia y otra el verlas de cerca; póngase cualquiera, en todas é idénticas circunstancias en las que aquella mañana se encontraba el Capellán, y, no podrá por menos de confesar que obró con la mayor prudencia, y que, conociendo á las personas como él las conocía y conoce, tomó el mejor partido que pudo tomar.

El Sr. Capellán, sacerdote celoso por el bien espiritual de las almas, y la mayor honra y gloria de Dios; el Capellán, hijo del pueblo, con numerosa familia y no pocos amigos; el Capellán que por mañana y tarde había asistido á las escuelas durante un mes para preparar á los niños y niñas para la confesión y enseñarles á cantar el Santo Rosario, obsequiándoles además, ya con hojas de propaganda católica, ya con medallas, ya con preciosas estampas de Nuestra Señora de la Esperanza; el Capellán que sabía muy bien hasta dónde pueden llegar los sacrificios de un pueblo agradecido, obró... tal vez inspirado de la Santísima Virgen, pues lo que se buscaba era precipitarle, perderle é inutilizarle en su sagrado Ministerio para toda su vida...

¿Quién puede decir lo que habría sucedido, si al sacar de la iglesia la imagen de Nuestra Señora, el Sr. Alcalde hubiera prohibido, como, con ó sin razón, podía hacerlo, el que saliera á la calle?— Es de advertir que el Alcalde primero, se puso *malito* á altas horas de la noche del sábado, después de conferenciar con el Sr. Cura, y por lo tanto, encargó al segundo, á D. Rogelio Salcedo, que fuera en el acto religioso.—¿Quién, repetimos, puede asegurar que no habría habido una colisión entre el Sr. Alcalde, Sr. D. Rogelio Salcedo, y el Sr. Capellán, también de firme caracter, si el primero dice que atrás la imagen, y el

segundo que adelante? Y tan facil, y tan sencillo, y tan natural era esto, como facil y sencillo es descomponer el agua y encontrar naturalmente el oxígeno é hidrógeno. Y habida esa colisión, ¿no era también natural que estando el pueblo dividido en partidos, y que teniendo ambos contrincantes sus amigos y sus familias, se hubieran formado en pocos momentos dos como ejércitos beligerantes dispuestos á destruirse mutuamente?

Además de esto, ¿no fué cosa facil al Sr. Capellán el mandar tocar las campanas á cualquiera de sus sobrinos que allí estaban presentes, ó á los mismos hombres que allí también se encontraban para llevar la imagen? Esto era lo más facil del mundo, como cualquiera comprende; y tanto más, cuanto que la llave de la puerta de la torre estaba puesta, como de anzuelo para una desobediencia que hubiera traído muy grandes disgustos, puesto que el Sr. Cura no mandó al sacristán que la recogiera. Y por cierto, aunque arbitraria é injustamente, lo que debió hacer el Sr. Cura, si le asistían razones para ello, fué, no el prohibir que se tocaran las campanas á la salida de la Virgen, sino prohibir que se abriera la iglesia, antes de la hora de costumbre, y, para no dudar del exacto cumplimiento de sus mandatos, recoger las llaves de la puerta de la Iglesia, y abrirla cuando ya no hubiera sido facil el contrariar los planes nada plausibles del Sr. Alcalde primero, y por él aprobados en todas sus partes. Esto, esto es lo que debieron acordar ambas autoridades en aquel su conciliábulo nocturno en que tantas y tan hermosas y tan halagüeñas promesas hiciera al Sr. D. Francisco Barrera, el hermano político del Sr. Ministro de Hacienda. ¿No es verdad, Sr. Barrera, que sabe V. por muy triste experiencia, que el diablo liberal paga poco y malo al que le sirve? Bien, bien se conoce que aún le duraba á usted aquella penosa *otitis* producida por el espantoso é infernal ruido de las tan solemnes cencerradas, con latas, sartenes, tambores, cuernos, caracolas... y en las que to-

maron parte muy activa los mismos á quienes V. ha querido complacer *con una debilidad* que hasta la misma Rita se la echó á V. en cara no pocas veces!

La determinación del Capellán le salvó de un conflicto en el que, sin duda alguna, habría estado su vida en muy grande peligro.

Pero fijémonos ya en los liberales fusionistas de este tan desgraciado pueblo... gobernado al estilo de la secta y heregía liberalesca. Tiempo es ya de que veamos á los amigos de D. Venancio, vomitando frases huecas y atildadas, echando baladronadas y batallando contra cosas y personas sagradas...

*
*
*

Apenas el Sr. Capellán había salido del pueblo con dirección al Santuario, algunos de los sobrinos de D. Venancio, sacando de las camas á sus mejores amigos y compañeros de truke, se echaron por las calles de la villa diciendo á todos los mayores despropósitos contra el Sr. Capellán, para levantar contra él los ánimos y llevar á cabo los mayores atropellos que, contra cosas y personas sagradas, se han cometido en España desde la Septembrina á la fecha.

¡Ellos... ellos...! No pudiendo olvidar los consabidos sermones del Novenario, no apartándose de su vista los espectáculos liberalescos que en todos sentidos produce ese infernal sistema... reúnen en conciliábulo y acuerdan, inspirados por el mismo demonio liberal, que es el peor de todos, ir al Santuario á por la imagen de Nuestra Señora de la Esperanza, dispuestos á violentar las puertas del mismo y á vencer por la fuerza bruta cuantas dificultades se les presentaran para conseguir sus brutales intentos, y todo *á pretexto de que el pueblo pedía la Virgen*. El pueblo en este día solo le componían media docena de personas, ó cosa parecida, que hace muchos años llevan

allí la batuta en todo. ¡Cuántos, y qué grandes disgustos, vienen proporcionando á D. Venancio González, esas cuantas personas...!

¡Vedlos, vedlos salir del pueblo con dirección al Santuario cual poderosos hulanos, que van á llenar de terror y espanto á los pueblos de Francia! ¡Vedlos, vedlos correr por la carretera de Villacañas, envueltos entre el polvo que levantan sus caballos y sus mulas, como empujados por impetuosos torbellinos, cual si fueran legiones Romanas en el sitio de Jerusalem! ¡Vedlos...! Escuchad sus voces, su gritería, sus amenazas, sus denuestos... Pero... ¿quiénes eran ellos? ¡Ah! Vergüenza da declarar sus nombres! Cuando la piedra es lanzada desde lo alto de la montaña con muy poderosa fuerza, aunque algún momento parezca detenerse por encontrar algún obstáculo, ella, ella es la que va dando vueltas y más vueltas, vencíendolo todo, hasta llegar á lo más profundo del valle. ¿Quiénes eran los que así caminaban hacia el Santuario? No, no era el pueblo. ¡Eran... sobrinos de D. Venancio González, alguna de sus mujeres, y algunos, muy pocos, de sus amigos y criados! Eran los mismos que por la mañana se esforzaron en levantar al pueblo contra el Capellán, y los mismos que en su entrevista en casa del Alcalde primero habían jurado sacar la imagen del Santuario por encima del Capellán, del Arzobispo y del Papa. Era la piedra arrojada poderosamente de lo alto del monte, que bajaba á lo más profundo del valle, causando muchos daños! Eran... diremos sus nombres y apellidos:

D. Rogelio Salcedo, segundo Alcalde de la villa y amigo íntimo, coadjutor y lugar-teniente de D. Gabriel Lozano; Isidoro y Mariano González, sobrinos carnales de D. Venancio; Narcisa Alvarez, mujer del Mariano; Julián Juarez, futuro pariente de afinidad, cuyo hijo *quería casarse* con una hija del Isidoro; dos hijas de este, algún criado de los mismos y muy pocos individuos más arrastrados por los primeros. ¡Era la flor y nata de la

familia y partido de D. Venancio González, en la villa de Lillo!

Aunque no se lo merecen, sigamos mirando á esa turba indómita, que ya llegan al Santuario muy llenos de polvo, sudando á mares y haciendo acopio de frases muy fuertes y muy duras para increpar al Capellán...

¡Los pastores, los guardas de viñas, el Santero y su familia se llenan de espanto y terror al verlos llegar atropelladamente á la puerta del Santuario y en ademán hostil y guerrero! Empuja uno de ellos briosamente la puerta principal del Santuario, y como no se abriera, encarándose, cual demonio viejo, D. Rogelio Salcedo con el pobre Santero, dícele con voz amenazante y selvática: «Al presentarse la justicia, se franquean las puertas de este Santuario. Saque V. pronto las llaves si no quiere V. que lo lleve preso á Lillo atado codo con codo.» ¡Ah, D. Rogelio, D. Rogelio! ¡Qué bien da V. á entender que es un *pobre alcalde de monterilla* con ese tan impropio, extraño é injusto modo de hablar! No está V. (lleno de ira, enojo y alcaldismo, como se encuentra), para ver que ya ha principiado V. á levantar el negro velo del anatema con que la Iglesia cubre á los forzadores del lugar santo! ¡No, no toque V. con violencia á la santa casa de Dios, en la que, ni V. ni el Juez de Paz que le acompaña, tienen jurisdicción alguna! Pero continuemos presenciando los atropellos cometidos en el lugar santo.

El asustado Santero, siguiendo las instrucciones que á su despedida le diera el Capellán, negó tener la llave de la puerta del Santuario *que le fué entregada* á su nombramiento, y ciertamente era esto verdad, porque aquella llave, con las otras tres, se las había llevado el Capellán, y este le había dejado la suya. Esta negativa del Santero irritó tanto á D. Rogelio Salcedo, al Juez de Paz, D. Isidoro González, al suplente de idem y á los demás que les acompañaban, que, llenos de furor, y arrojando espuma-
rajo por sus bocas, dispusieron que en el mismo acto fue-

ra un hombre á caballo á Villacañas para llevar un herrero á descerrajar la puerta. Pero viendo el Santero que el ginete partía ya para Villacañas, que dista media legua del Santuario, y protestando una y mil veces del acto, diciendo que solo cedía á la fuerza bruta, les entregó la llave con la que abrieron el Santuario, entrando en él precipitadamente.

Llegaron á la puerta de la sacristía, y encontrándola también cerrada, la forcejearon hasta abrirla. Bajaron la imagen muy poco respetuosamente de su nicho ó pequeño camarín, la arregló como pudo la Señora Narcisa, sobrina política de D. Venancio, la tomaron en volandas como una cosa cualquiera y la metieron en una galera, en la que también se colocó la señora Narcisa y las hijas del Juez de Paz. ¡Qué espectáculo tan repugnante! La sagrada imagen con peligro de hacerse mil pedazos en una galera marchando más de un kilómetro por un mal camino, chillando y gritando las mujeres por temor de que diera la cabeza de la imagen contra los aros del toldo al montar las ruedas sobre las piedras del camino ó al caer en los baches! Es mejor dejar estas consideraciones, porque el verdadero ánimo cristiano se aflige y apenas muy hondamente. ¡Tales excesos y atropellos, nadie, nadie, en la villa de Lillo, se atreve á cometerlos más que esos individuos de la familia de D. Venancio González!

Y para mayor baldón de la misma, y para que se viera toda la negrura de aquellos corazones, y todo el furor de que estaban poseidos, permitió Dios que al llegar á la carretera tropezaran con el carro en que el Capellán, al irse á Villacañas, había mandado echar las andas de la Virgen para llevarlas á Lillo, en las que pocas horas antes había sido llevada la imagen, *de un modo muy distinto*, á su Santuario. ¡Con qué imperio, con qué modales tan poco finos, con qué caras de renegados pidieron las andas aquellos *sobrinos de su tío* a los que conducían el carro que volvía de llevar al Capellán á la estación de Villaca-

ñas! Se las entregaron estos sin resistencia alguna; y este hallazgo, que ellos lo consideraron como uno de sus mayores triunfos, fué para ellos ocasión de cometer el más brutal sacrilegio. En aquel mismo instante retrocedieron como furias infernales hacia el Santuario para sacar de las cajoneras de la sacristía los tornillos de las andas y... —¡oh valientes sobrinos y amigos íntimos de D. Venancio González!—penetrando en el lugar santo con una reja de arado en la mano, se dirigen en tropel á la sacristía, apalancan una vez y otra en la cajonera, hacen saltar las tablas, arrancan con todo el derecho de... la fuerza bruta la cerradura, y sacan los tornillos, dejando abiertos los cajones en que se encontraban las ropas y vasos sagrados. Atentados y hechos tan bárbaros y sacrilegos no necesitan comentarios. ¡El Código tiene penados esos delitos, y la Iglesia fulmina sus anatemas contra los que los cometen! ¡¡Están excomulgados!!

Lo que si nos sorprende y admira mucho, es que ni el Capellán, ni el Párroco, hayan dado cuenta de tanto atropello al Sr. Arzobispo de Toledo. Y mucho, mucho más nos admira todavía, que el Sr. Juez Instructor de Lillo, tratándose de unos hechos públicos y notorios de tanta gravedad, y encontrándose aquel día en la villa, se estuviera tan de brazos cruzados, y no abriera la correspondiente sumaria, estando en sus atribuciones. Pero... ¡ah! sí, sí, ya nos explicamos su inacción; se trataba de los sobrinos y amigos de D. Venancio González, y para estos no hay Rey ni Roque, no hay leyes humanas ni divinas que allí no puedan conculcar impunemente.

A nadie más que á D. Venancio González interesa que se haga luz sobre esos hechos de tanta gravedad cometidos por su sobrino Isidoro, Juez de Paz de la villa, por el suplente de idem, Julián Juárez, por el Alcalde segundo de la misma, D Rogelio Salcedo, y por su otro sobrino Mariano González; pero si esa sumaria se abriera, deseáramos que no actuaran en ella, ni aquel Juez Instructor,

ni el escribano D. Eduardo Gómez, pariente de afinidad de D. Venancio, porque si esos señores actuaran, ya nos figuramos lo que resultaría.

Por lo demás, todos los hechos que hemos consignado son verdad, y nada más que verdad. La dicha imagen fué llevada á su Santuario en la mañana del 16 de Septiembre, y la tarde del mismo día fué devuelta, como queda dicho, á la iglesia parroquial de la villa; y allí continúa, y... *alli continuará*, dicen que ha afirmado el mismo don Venancio González, el que no sabíamos fuera también Arzobispo de Toledo. ¡Oh! Esa afirmación es una como solemne aprobación de todos los arropellos y sacrilegios cometidos por sus sobrinos y dos ó tres de sus amigos!

Otras muchas alcaldadas podríamos referir parecidas á las de Mislata y de Lillo, pero basta con esas dos para corroborar una vez más el tan conocido axioma de moralidad «*Ad exemplum Regis totus componitur orbis,*» ó lo que es lo mismo, si el Ministerio sagastino-gonzalero, niega hospitalidad al Santo Padre León XIII, y procesa á los sacerdotes que, cumpliendo con su deber, condenan en el púlpito los errores y doctrinas anti-católicas que el Papa y los señores Obispos condenan, ¿qué han de hacer los Gobernadores y alcaldes fusionistas, sino proceder del mismo modo, contra el Clero y la Iglesia?

Pero todo esto no es de extrañar, porque sufriendo la cabeza, todo el cuerpo sufre, y padeciendo el Papa, también había de padecer toda la Iglesia.

*
* *
*

Que la situación del Papa en Roma se hace más y más difícil de día en día, es indudable, como también es otra verdad que el Santísimo Padre León XIII, quiere tener bien arregladas y dispuestas todas las cosas para la eventualidad de verse obligado á salir de Roma.

En prueba de esto, léase el telegrama que con fecha 27

del último mes de Agosto repitieron casi todos los telégrafos de Europa:

«*Roma 27 de Agosto.*—La comisión especial de Cardenales que examina las diversas cuestiones y las disposiciones relativas á la marcha eventual del Papa, acaba de decir que áun después de la marcha de León XIII, de hoy más considerada como muy probable, las congregaciones romanas pontificias continuarían funcionando aquí como antes, tan regularmente como fuera posible.

»A este efecto, los Cardenales prefectos y los Prelados secretarios de estas Congregaciones, se quedarían en Roma y serían autorizados con plenos poderes para el despacho de los asuntos eclesiásticos, como sucedió el año pasado, cuando el Papa estuvo tan ocupado diariamente con las grandes recepciones de su Jubileo. Se conferirían igualmente poderes extraordinarios y muy amplos al Cardenal Parrochi, en su calidad de Vicario del Papa en Roma.

»La comisión está examinando si no convendría, para tratar de salvar el palacio del Vaticano, áun después de la salida del Papa, que el Cardenal Vicario trasladase á él su residencia, y concentrase allí una parte de las guardias suizas y gendarmes pontificios, mientras que los oficiales únicamente de estos cuerpos, y los guardias nobles seguirían en breve plazo al Papa al lugar de su refugio.

»En cuanto á la forma de la marcha, parece que se ha sometido al Papa el proyecto de guardar en lo posible el incógnito hasta Civita Vecchia, adonde podía dirigirse en coche, acompañado de un embajador y de un Prelado, de absoluta confianza. En Civita Vecchia, el Cardenal Secretario de Estado y un corto número de los demás Cardenales y Prelados, se embarcarían con el Papa para ir á España.»

Bien, muy bien conoce el Santísimo Padre á los revolu-

cionarios cuando tantas precauciones manda tomar antes de su salida de Roma, la que allí se considera como muy probable.

Por esto mismo, y como aclaración del anterior telegrama y confirmación de nuestro aserto, copiamos á continuación una carta que el día 7 de Septiembre último publicó *La Unión Católica* que desde Roma dirigió al Sr. Director su amigo V.

«Roma 1.º de Septiembre de 1889.

»Sr. Director de *La Unión Católica*:

»Mi querido amigo: Entre los indicios de la decisión que León XIII ha de tomar para abandonar á Roma, está la orden reciente que Su Santidad ha dado á las diversas administraciones del palacio apostólico, de tener dispuestos los inventarios detallados de todos sus bienes y objetos y de entregarle una nota completa. El Padre Santo se reservará para el momento dado, es decir, para el caso de marcha, el dejar copia de estos inventarios á los embajadores de las potencias católicas, las cuales recibirían al mismo tiempo una nota de la Secretaría de Estado invitándoles á que se encargasen de la salvaguardia y cuidado del palacio apostólico del Vaticano.

»Estas disposiciones eventuales, y todas las que se refieren á la marcha, ahora más probable del Papa, acaban de ser comunicadas por los representantes de la Santa Sede á las potencias que tienen cerca de ellas Nunciaturas de primera clase; es decir, Francia, Austria, España y Portugal, á fin de pedirles su apoyo moral en favor de las decisiones extremas que el Soberano Pontífice puede verse obligado á tomar.

»Se ha observado á este propósito, que en un artículo del *Allgemeine Zeitung*, al punto reproducido y comentado en Roma, se afirma en propios términos que se han cele-

brado negociaciones entre Viena y Madrid sobre la cuestión Romana, mientras que de la confesión del periódico prusiano, otras negociaciones entabladas de común acuerdo por Alemania é Italia por llevar á España á la triple alianza han fracasado completamente.

»Así, dígase lo que se quiera, la cuestión romana conserva toda su vitalidad y se impone á la atención de las potencias, mientras que continúa siendo la pesadilla de la Italia oficial. Esto es lo que acaba de poner en relieve un importante folleto publicado en Roma estos últimos días con el título: *La verità intorno alla questione Romana, per B. O. S.* Es la perentoria respuesta á una publicación que había hecho bastante ruido, *Roma Italia e la realta delle cose*, y que después de haber sido condenada por la Santa Sede, lo ha sido también por su propio autor. A los sueños de reconciliación de que hablaban ciertos espíritus, hasta llegar á hacer creer que podría entenderse con los enemigos jurados de la Santa Sede, el nuevo folleto opone toda la historia de los sectarios italianos y del fin declarado que perseguían con todo el encarnizamiento del odio más obstinado.

»Además, este folleto reivindica, apoyándose en las más sólidas razones, el poder temporal, como el único medio posible de sustraer la Llave de la Iglesia á una sujeción incompatible con su supremo ministerio. Esta sujeción da lugar, entre otras, á la licencia de los peores ultrajes contra la dignidad pontificia. Así es como se ha podido ver en estos días expuesta en una agencia de publicidad, cerca del Corso, una carta cromo-litografiada, representando «la marcha del Papa.» Todo en ella es grosera caricatura: el Papa, su corte, la jerarquía eclesiástica, las Ordenes religiosas, etc. Para que nadie pueda equivocarse sobre el sentido del infame grabado, el autor ha puesto en la parte inferior esta leyenda explicativa, no menos insultante que el resto: «Marchad, Padre Santo al fin del mundo, volveréis. Quien deja á Sevilla, pierde

su silla». Pero estas tristes ironías con las cuales se desgarran impunemente, á la vista de las autoridades, los últimos girones de la ley de garantías, acaban de demostrar cuán justificadas son las decisiones extremas que puede verse obligado á tomar para poner en salvo su independencia y su dignidad, así como también los intereses de la Iglesia universal.

»La situación del Papa puede hacerse tanto más grave cada día, cuanto que el régimen del Sr. Crispi está reducido á sostenerse, y á satisfacer á sus antiguos amigos los radicales, dejándoles amplia licencia. Esto es lo que sucede en la actualidad en los trabajos preparativos para las elecciones administrativas que en términos de la nueva ley van á celebrarse en Octubre en todos los municipios de Italia. Crispi y sus agentes han decidido hacer causa común con los peores radicales, para asegurarles el éxito con detrimento de los católicos. A este efecto toda la masa del partido liberal, comprendiendo en él á los empleados, á los agentes de policía, y funcionarios de toda clase, recibirán la palabra de orden para representar la mayoría en la lucha electoral.

»A pesar de todo, los católicos de Roma harán su deber; se organizarán con un excelente espíritu de disciplina bajo la dirección del Conde Vespignani, el eminente consejero católico, que tuvo el valor de protestar tan valientemente en el seno del Municipio de Roma contra la erección de un monumento á Giordano Bruno.

»Como siempre se repite de V. afectísimo seguro servidor Q. B. S. M.—V.»

Cada día, cada momento que pasa, vemos todos bien claramente cuán angustiosa es la situación del Papa en Roma, y que, si el Gobierno italiano no retrocede, que ya le es bien difícil al estado á que han llegado las cosas, puede darse como segura la salida del Papa de Roma: el telégrafo casi no cesa de transmitirnos telegramas re-

ferentes á esta pavorosa cuestión, y con fecha 2 de Septiembre decía:

Un inventario.

»Roma 2.—Circular con insistencia el rumor de que desde hace dos días se está procediendo dentro del Vaticano á hacer un inventario general y sumamente detallado, que sería remitido al Cuerpo diplomático acreditado cerca de la Santa Sede, en el caso de que el Papa se viera precisado á abandonar á Roma.»

Tan graves y extraordinarias medidas no se tomarían por el Papa, si las causas que las motivan no fueran graves sobre toda ponderación. ¡Y bien! En esa situación tan extrema ya sabemos todos los católicos cuáles son nuestros deberes; ya sabemos qué clases de armas hemos de esgrimir para alcanzar de Dios la victoria, la oración, la limosna y el ayuno, porque con estos actos ofrecemos á Dios en sacrificio todas las clases de bienes que poseemos, los del alma, los del cuerpo y los de fortuna.

Pero lo que más recomienda el Santísimo Padre, en las presentes circunstancias, es la oración, ya mandando recitar preces, como las que se dicen al fin de la Misa rezada, ó ya otras como la oración especial al glorioso Patriarca San José, durante el mes de Octubre después del Santo Rosario, la que aquí copiamos como en testimonio de la devoción que le profesamos:



ORACIÓN Á SAN JOSÉ

QUE NUESTRO SANTÍSIMO PADRE EL PAPA LEÓN XIII

HA MANDADO

que se rece en el mes de Octubre, después del Santo Rosario.

—

»A Vos, bienaventurado San José, acudimos en nuestra tribulación, y después de implorar el auxilio de vuestra Santísima Esposa, solicitamos también confiadamente vuestro patrocinio. Por aquella caridad que con la Inmaculada Virgen María, Madre de Dios, os tuvo unido, y por el paterno amor con que abrazásteis al Niño Jesús, humildemente os suplicamos que volváis benigno los ojos á la herencia que con su sangre adquirió Jesucristo y con vuestro poder y auxilio socorráis nuestras necesidades.

»Proteged, ¡oh providentísimo custodio de la Divina Familia! la escogida descendencia de Jesucristo; apartad de nosotros toda mancha de error y de corrupción; asistidnos propicio desde el cielo, fortísimo libertador nuestro, en esta lucha con el poder de las tinieblas; y como en otro tiempo librásteis al Niño Jesús de inminente peligro de la vida, así ahora defended la Iglesia santa de Dios de las asechanzas de sus enemigos y de toda adversidad, y á cada uno de nosotros protegednos con perpétuo patrocinio, para que, á ejemplo vuestro, y sostenidos por vuestro auxilio, podamos vivir santamente y morir piadosamente y alcanzar la felicidad eterna del cielo. Amén.

»Nuestro Santísimo Padre el Papa León XIII, concede una indulgencia de siete años y siete cuarentenas, por cada vez que se recite devotamente esta oración. »

¿Y quién, habiendo tenido esa devoción al Santísimo Patriarca durante un mes, no continuará con ella?...

¡Oh! La tribulación del Santísimo Padre va tomando de día en día nuevas y mayores proporciones, y, confiando mucho en el tan poderoso patrocinio de San José, providentísimo custodio de la Divina familia, quiere que toda la Iglesia militante, unida en grandioso coro, le eleve fervidas plegarias. ¡Oh, glorioso Patriarca, fortísimo libertador de la Iglesia, asiste propicio desde el cielo al Santísimo Padre León XIII en esa gigantesca y prolongada lucha con el poder de las tinieblas, pues su situación en Roma se va haciendo insostenible!...

Y así se desprende de un telegrama que con fecha 7 de Septiembre último publicó *La Unión Católica*, en el que decía:

«La situación del Papa.»

»Roma 6 (10,15 mañana). — El Papa ha celebrado una larga conferencia con el embajador de Austria y con el encargado de Negocios de España. En este momento está conferenciando con uno de los Prelados de más influencia y prestigio de Francia.

»Se da grande importancia á estas conferencias, por creerlas relacionadas con las probabilidades que existen, de que el Papa salga del Vaticano. *La Riforma* publica un artículo acusando á Austria de jugar con dos barajas.

»De España, dice el órgano del Sr. Crispi, que procede respecto del Papa «como pudiera hacerlo un gobierno clerical, que guarda ciertas aparentes consideraciones á los radicales.»

»Hoy han vuelto á circular rumores acerca del mal estado de salud de León XIII. La noticia carece por comple-

to de fundamento, y lo prueban las conferencias que el Papa ha celebrado y la que está celebrando en estos momentos con el representante de Francia.—V.»

No, no era de extrañar que los grandes hombres de todos matices políticos dieran suma importancia á esas conferencias del Papa con el embajador de Austria, el encargado de negocios de España y uno de los Prelados de más prestigio é influencia de Francia, por creerlas relacionadas con las probabilidades que existen de que el Papa salga del Vaticano. Y tanto es así, que pocas horas después, telegrafiaron de Roma al *Journal des Debats* de París en los términos siguientes:

«Los embajadores acreditados cerca de la Santa Sede, han recibido, por orden del Papa, una copia de los inventarios detallados, hechos por la administración del Vaticano, de todos los objetos y bienes procedentes de las diversas administraciones. Se añade, que el secretario de Estado entregará al cuerpo diplomático una nota pidiendo la protección internacional del Vaticano, en caso de salida del Papa.»

Por lo que se ve, los preparativos ya están hechos, y todas las precauciones tomadas por la Administración del Vaticano, para el caso de que el Santísimo Padre se vea precisado á salir de Roma por falta de seguridad personal.

Pero, como cualquiera comprende, antes de llegar ese caso, habría el Papa convenido con alguna potencia el lugar donde había de residir accidentalmente, y establecer la corte Pontificia, pues todos, antes de emprender un viaje, hemos dispuesto ir á un punto determinado. ¿Y cuál es esa potencia, esa nación con la que el Santísimo Padre ha tratado un asunto de tanta importancia? ¿Y cuál es el lugar de esa nación en el que haya de residir acci-

dentalmente el Papa? La contestación á esas preguntas nos proporcionará materia para el siguiente artículo.

*
* *
*

Es un hecho innegable que la cuestión romana tiene hoy más importancia que nunca, lo que no podía menos de ser así, por tratarse de una cuestión que toca á la misma ley eterna, á la misma voluntad de Dios, la que, inmutable como el mismo Dios, ha de aprobar siempre y por siempre lo que en sí es bueno, justo y lícito, y ha de desaprobar, también siempre y por siempre, todo aquello que en sí es malo, injusto é ilícito; y también porque la revolución, por lo que venimos viendo, está ya muy decidida á sacar las últimas consecuencias de los falsos principios en que ha querido fundamentar el *nuevo derecho*, esto es, el antiguo *non serviam* de Satanás.

La revolución cosmopolita, refugiada en Roma, no ha tenido ni tiene otro Dios que el *dios-materia*, ni ha visto, ni ve, ni quiere ver otra cosa que el *dios-materia* en manos de la necia providencia del *dios-éxito*. Y esa revolución satánica, ni ha visto, ni ve, ni quiere ver, en la tiara del Papa, otra cosa que la más alta representación de... *una institución humana*.

¿Puede querer esa infernal revolución alguna cosa desde la cúpula del Vaticano para arriba? No, no; porque esa revolución lleva el ateísmo en sus miserables entrañas; para ella no existe el Dios de los cristianos; el único verdadero, el que refrena los vicios y malas pasiones; el que premia y castiga eternamente; esa revolución tiene como un ridículo *myto* el cielo, el purgatorio y el infierno.

Pues bien: esa revolución atea que se ha apoderado por la fuerza bruta del patrimonio sagrado del pobre, del huérfano y de la viuda; esa revolución que ha arrancado violentamente á los pueblos infieles los pingües bienes que como una madre la más cariñosa les guardaba en su

caritativo seno; la nunca bien ponderada Congregación de *Propaganda fide*; esa revolución, hipócrita en sus primeros ataques á la Iglesia, mansa en la mitad de su camino, y ya descarada, procaz, descreída y hasta sarcástica, porque, según su objetivo, toca á su fin, únicamente ansía ya apoderarse del Vaticano, arrojar brutalmente al Papa que le habita, y barrer, si eso fuera posible, el Pontificado de la faz de la tierra. Esa revolución liberal-masónica, *serpens callidior*... hace ya unos cuantos meses, viene dando vueltas al rededor del Vaticano, acecha por la puerta de bronce, se aproxima, va á entrar, y... retrocede, porque ve allí por doquiera el signo de la redención, y porque, sin intermisión ora el Pontífice y toda la Iglesia por él.— ¡*Terribilis est locus iste!* ¡*Hic verè domus Dei est et porta cæli!*

El *serpens callidior*, retorciéndose sobre sí mismo, y llevado de muy infernal desesperación, vuelve furioso á sus antros masónicos, y allí, reunidos los principales *serpentes callidiores*, confirman una vez más sus diabólicos planes, vomitan á torrentes blasfemias y heregías, y juran acabar cuanto antes con el Pontificado. Y en gritería verdaderamente infernal todos dicen á una: «Nosotros no transigimos con el Pontífice: tenemos de nuestra parte la fuerza bruta; que transija el Pontífice con nosotros; porque su misma debilidad lo exige!»

Por eso decíamos que la cuestión romana tiene hoy más importancia que nunca, y que hoy toca ya á la misma ley eterna, inmutable como el mismo Dios, porque la revolución quiere ya, nada menos, que cambiar la esencia de las cosas, quiere borrar del Decálogo el *non furtum facies*, y que el mismo Santo Padre, el primero y principal representante de la justicia, el guardian divino de todos los derechos, aquel, *ad cuius exemplum totus componitur orbis*, caiga del pedestal de gloria que viene ocupando en la sucesión de los siglos, y...— ¡horror! ¡horror! —haga traición á la causa de Dios y se ponga con su tia-

ra, su báculo y sus llaves del lado de la infernal causa de Satanás. Y todo esto se quiere y se exige, hasta con amenazas de muerte, á Aquel á quien se dijo, y siempre se está diciendo: «*Et tu aliquando conversus, con firma fratres tuos.*»

La ley eterna reclama á voz en grito, con voz muy poderosa, con voz de retumbante trueno, el *jus suum unicuique tribuere*, y mientras esto no haga la revolución liberal-masónica con el Pontificado, no, no, y mil veces no, el Santo Padre no puede decir que se perdona el pecado, no restituyendo lo hurtado, pudiendo restituir, como muy bien puede hacerlo la por tantos conceptos desgraciada casa de Saboya. ¿Es también presa de la revolución? Lo será voluntariamente; pero no olvide que el Patrimonio de San Pedro ha de ser la polilla que destruya por completo sus propios Estados.

Y como el Santo Padre sabe mejor que nadie cuáles son los infernales propósitos de la revolución liberal-masónica ó liberalismo, y conoce también mejor que nadie la terquedad máxima de esos ministros del mismo Satanás, y por otra parte que la desgraciada Europa está avocada á un cataclismo, de ahí proviene que, con mirada casi profética, se crea llegue el tan infausto día de abandonar el Vaticano y refugiarse en una nación amiga, en una nación donde pueda ser más respetado y querido que en Italia y en Roma...

Ya lo hemos dicho en otro artículo, en el 3.º del Capítulo III. que apenas el telégrafo trajo á España esas tan alarmantes noticias sobre las probabilidades de abandonar el Papa á Roma... la España católica, antes que ninguna otra nación del mundo, se apresuró á ofrecer al Santo Padre la más espontánea y generosa hospitalidad, como ya también dejamos manifestado en el artículo 4.º del dicho Cap. III. Pues bien: los poderosos ecos de ese casi universal entusiasmo, resonaron jubilosos en el corazón del Santo Padre; experimentó muy grande consuelo en

medio de su aflicción y amargura, y... ¿qué había de hacer? Manifestar al Gobierno español y á nuestra Reina, á la que el Santo Padre ama no poco, y considera mucho, que le sería muy grato por mil y mil motivos y razones, refugiarse en España, en el caso probable de verse obligado á dejar su amada Roma.

La conducta del Gobierno sobre este punto ya nos es bien conocida, y de ella ya hemos dicho lo bastante en los artículos 4.º y 5.º del referido Capítulo.

De la conducta de Su Majestad la Reina Regente sobre este particular nada hemos dicho, y es lo cierto que bien poco sabemos...

Esto no obstante, algo diremos, en el artículo 4.º de este capítulo, pero sin tratar de ofender en lo más mínimo sus nobles sentimientos, ni tampoco de adular á una señora, cuyas virtudes cristianas son bien conocidas.

*
* *

Por si algo nos faltaba que decir de la conducta del Gobierno español liberal-fusionista sobre su .. negada hospitalidad al Santo Padre, bueno es que copiemos aquí el siguiente telegrama que leímos el 9 de Septiembre último:

«Londres 9.—Según telegrafían de Roma al periódico *Daily Chronicle*, Su Santidad León XIII, ha renunciado al proyecto de abandonar á Roma, en la seguridad, que tiene, de que Alemania, en caso de guerra, defendería los derechos del Pontificado.

»El mismo corresponsal dice también que el Nuncio de Su Santidad en Madrid, ha pedido expliciones al Gobierno español sobre las prohibiciones hechas á los ayuntamientos, ordenándoles se abstengan de firmar exposiciones ofreciendo hospitalidad al Papa.

»Añade que el Gobierno español ha contestado que al

obrar así, no lo ha hecho influido por ninguna sugestión extranjera, sino únicamente con el deseo de recabar sus propias prerrogativas, dejando además, de este modo, á los particulares toda la libertad para que estos pudieran demostrar su adhesión al Papa en la forma que mejor les conviniese.»

Hace mucho á nuestro propósito el telegrama que antecede, y tienen más importancia, de lo que parece á primera vista, los tres distintos puntos que abraza.

Lo que no podemos creer es que Su Santidad León XIII, haya renunciado al proyecto de abandonar á Roma... y no lo creemos por las razones que en el artículo precedente dejamos consignadas: de una parte la insaciabilidad anexionista que devora á la misma revolución y de otra parte la imposibilidad de transigir con ella sin que dé al Santo Padre la debida satisfacción pública. Por lo demás, no podemos tampoco admitir que el abandonar á Roma el Santo Padre solo sea un proyecto; no, no es solamente un proyecto, á nuestro modo de ver las cosas; es además una muy grande necesidad que se viene imponiendo; es que, por los pésimos tratamientos que le dan los revolucionarios liberales-masónicos, le empujan en todo momento para salir de Roma; lo que se impone, por mil y mil circunstancias, no puede ser objeto de un proyecto, qué supone libre elección, sino que es una necesidad que solamente deja expedito un camino.

Tampoco podemos creer que Su Santidad deje de salir de Roma por la seguridad que tiene de que Alemania, en caso de guerra, defendería los derechos del Pontificado. ¡Alemania! ¡La protestante Alemania defender los derechos del Pontificado! ¡Pues qué! ¿No está reciente su cesarista Kulturkan? Por ventura, ¿ha cesado este por completo? Y si ha cesado, ó mejor dicho, si se ha abolido en su mayor parte, no han de agradecérselo los católicos alemanes á la buena voluntad de Bismarck, sino á los gi-

gantescos esfuerzos de su *Centro* católico, que en ciertas circunstancias ha sabido imponerse al Canciller de hierro y le ha hecho temblar en medio de su asombroso poderío. Conocemos muy bien al egoísta Príncipe de Bismarck, el cual se pondría del lado de la Iglesia, cuando esas sus miradas de benevolencia le fueran muy reproductivas.

Es verdad que ese tan egoísta y solapado Príncipe, dijo en la Cámara de Diputados de Prusia, el 21 de Abril de 1887, «que el Pontificado no es solo una institución extranjera, ni solamente universal, sino que por lo mismo que es universal, también es una institución alemana para los católicos alemanes. Sin embargo, debe dudarse que él haga algo en favor de esta institución alemana, por más que le sería enojosa la situación del Papa por lo que respecta á los católicos de Alemania» (1). Además, y en caso de guerra, por ejemplo, de Italia con Francia, Alemania estaría siempre por la Italia revolucionaria y no por la Católica, no á favor del Pontificado, por razón de la triple alianza entre Italia, Austria y Alemania.

En cuanto al segundo punto del telegrama, de que nos venimos ocupando, nos consta ser verdad que el Excelentísimo, Emmo. y Rdmo. Sr. Nuncio de Su Santidad en Madrid, pidió con muy grande interés explicaciones al Gobierno español sobre las prohibiciones hechas á los Ayuntamientos, ordenándoles se abstuvieran de firmar exposiciones ofreciendo hospitalidad al Papa. De esa prohibición tan poco caballeresca, tan innoble y antipatriótica, queda ya dicho lo bastante, en el artículo cuarto del capítulo III; sin embargo, tan grande es la tentación que nos incita á dar un vapuleo más al Gobierno liberal fusionista por su tan indigno proceder con el Papa, que no podemos resistirnos á ella, y... una vez más le echamos

(1) Del *Die Koelnische Volkszeitung*, diario Católico de Colonia de primeros del último Octubre.

en cara ese su tan miserable modo de proceder por haber sido hipócrita en la contestación dada al Nuncio por causa de aquellas reclamaciones.

Audacia, mucha audacia se necesita para haber contestado al Sr. Nuncio de Su Santidad en Madrid, que al ordenar á los Ayuntamientos se abstuvieran de firmar exposiciones ofreciendo hospitalidad al Papa, no lo había hecho influido por ninguna sugestión extranjera, sino únicamente con el deseo de recabar sus propias prerrogativas, dejando además, de este modo, á los particulares toda la libertad para que estos pudieran demostrar su adhesión al Papa en la forma que mejor les conviniese.

¡Que no había obrado así influido por ninguna sugestión extranjera! En toda persona sería el faltar á la verdad, áun en cosas leves, es una falta grave que no perdonamos facilmente; pero esa misma falta en una corporación sería es el colmo del descrédito y la ignominia! El Gobierno español contestó de aquel modo al italiano, porque el Sr. Crispi le hizo muy serias reclamaciones, y hasta se dice le recordó lo de la triple alianza... ¡Eso, si es verdad, Sr. Sagasta, es consentir que se arroje mucho lodo á la bandera española! ¿Cuándo, cuándo el león español se amilanó oyendo hablar á la casa de Saboya? Esa humillación de nuestra bandera nacional por un Gobierno usurpador de Estados, por un Gobierno injusto y sacrílego, por un Gobierno que se enriquece despojando á la Iglesia, la rechazamos una y mil veces, y de ella le habremos de pedir cuenta en su día! Esa humillación hecha á España por un Gobierno que, enriqueciéndose, empobrece á su país con onerosos empréstitos, guerras sin provecho y despilfarros sin cuento... ¡ah! no podemos consentirla los españoles no *italianizados*...! Un Gobierno que, como el del Sr. Crispi, pone á Italia en el más grande conflicto económico que se ha conocido desde el año 1870, desde que se hizo de Roma la Capital de Italia, no puede ser temido del Gobierno español en el que la

España católica tiene depositada toda su confianza.

Y para que no se crea que exageramos la situación precaria en que se encuentra el tan desdichado Gobierno italianísimo, copiaremos dos telegramas que dicen mucho más que todo cuanto nosotros pudiéramos decir Helos aquí:

«Roma 2 (Septiembre).— La crisis del Banco Tiberino continúa. El público se alarma quizá más de lo debido. Es cierto que están suspendidos los pagos, pero temporalmente. Es seguro que el Gobierno evitará la consumación de esa catástrofe, cuyas consecuencias experimentaría él mismo. Con un poco de paciencia, es probable que los acreedores de la Tiberina saldrán por un lado; más no por eso será menos grave la situación. Desde que se hizo de Roma la capital de Italia, jamás se ha impuesto á la nación un conflicto económico semejante.»

¡Esos, esos son tus nuevos regeneradores, pueblo italiano! ¡Esos... los que te prometían un bienestar sin cuento, rios de miel y de leche el tan feliz día en que, consiguiendo la unidad italiana, llegara á ser Roma la Capital de Italia! La crisis obrera, que hace tiempo viene asomando su espeluznada cabeza, tal vez pueda resolverla ese Gobierno despilfarrador, pero no tardará mucho en aparecer acaso con más estrépito y fiereza. ¡Oh, liberales, liberales! En todas partes sois lo mismo; no, no degenera esa raza cainita, y... en todas partes las mismas causas producen siempre los mismos efectos!

Y en efecto, según telegrama del corresponsal en Roma del *Journal des Debats*, el Banco Nacional se ha decidido á venir en ayuda del Banco Tiberino, que ha reanudado sus pagos. El Banco nacional ha tomado esta grave resolución bajo la presión del Gobierno del Sr. Crispi, que ha intervenido personalmente. El Banco de Descuento, queda, por el contrario, bajo el golpe de la moratoria.

El fin del Gobierno, es impedir que se interrumpan los trabajos de Roma, á fin de evitar que se reproduzca la crisis obrera, sobrepuesta á la crisis financiera. Tal fin se logrará, por lo menos, por el momento.

Pues cediendo, sí, sí, á las vergonzosas exigencias de ese Gobierno despilfarrador, tirano, sacrilego y degradado, mandó el español, por circulares secretas á sus Gobernadores civiles, ordenaran estos á los Ayuntamientos se abstuvieran de ofrecer hospitalidad al Papa.

Pero todo esto lo hizo el Gobierno del Sr. Sagasta, *únicamente con el deseo de recabar sus propias prerrogativas...* Cada vez entendemos menos lo que es el camaleónico sistema liberal, y no habíamos leído en ninguna Constitución española liberalesca, sin embargo de habernos hecho una para cada español, que fuera prerrogativa exclusiva del Gobierno el ofrecer hospitalidad al Papa. ¡Eso es un ridículo sarcasmo! ¡Eso, si se ha dicho de veras, encierra la mayor y más cruel de las tiranías! Ofrecer hospitalidad al Papa, y á cualquiera otro personaje, siquiera sea un general Bazaine vencido ó un Rey destronado, podemos hacerlo todos los españoles que disponemos de nuestros bienes. Convenzámonos que lo que se llama el sistema liberal es todo una broma de mal género, sí, ó una farsa la más ridícula y sangrienta. Pues, ¿y aquello de la soberanía? ¿Qué ha sido de esa señora turbulenta y orgullosa que, sin decir oste ni moste, á todos se nos metió en la principal habitación de nuestra casa? ¡Vaya una feliz ocurrencia la del Gobierno sagastino! Ser soberanos los ilustres individuos que componen los Ayuntamientos de Sevilla, Barcelona, Valencia y Mallorca, y no servir tan preclara y eximia dote para recibir un huésped en sus propias casas sin previa autorización del Gobierno, ó sin usurparle sus propias prerrogativas! Ciertamente que un Gobierno que así se expresa, no se merece siquiera los honores de una oposición digna y fundada como nosotros se la venimos haciendo!

Consecuente, pues, el Gobierno con su inconsecuencia y falta de lógica, según el citado telegrama recibido de Roma en Londres por el periódico *Daily Chronicle*, prohibió que los Municipios hicieran al Papa aquellos ofrecimientos para dejar *«además, de este modo, á los particulares toda la libertad para que estos pudieran demostrar su adhesión al Papa en la forma que mejor les conviniese»*

¡Dejarnos á los particulares *toda la libertad* para hacer ofrecimientos al Papa! Siquiera, por tan grande y espontánea generosidad, merecese el Gobierno liberal-fusionista-masónico que le ofrecíamos, sin la menor condición, nuestras vidas y haciendas! Esa libertad que nos deja el Gobierno, es exactamente igual que las otras libertades, que tan generoso nos deja, de ponernos al sol y á la sombra, de pasear por calles y plazas públicas, de respirar el aire que nos da la vida, ó de... rascarnos cuando nos pique un *hemiptero*. ¡O son locos, ó progresistas, ó están completamente dejados de las manos de Dios, los gobernantes que tan ridículamente y con tanta jactancia se expresan!

¡Pues qué! Esta ó la otra obra, hágase por quien se haga, y á cualquiera á quien se haga, ¿deja por su naturaleza de ser lo que es? ¡No, no, y mil veces no, aunque lo contrario diga el más encopetado progresista! Pues bien: dar de comer al hambriento, dar de beber al sediento, es una obra de misericordia, como lo es dar hospitalidad al peregrino, y esto es, precisamente lo que los católicos queremos hacer con el Santo Padre, si llegara el caso, lo que sentiríamos mucho, de verse obligado á dejar su santa morada del Vaticano. ¿Lo entiende ahora el señor Sagasta? Pues si no lo entiende, que se lo explique nuestro buen amigo y paisano D. Venancio González, que es hombre de bien grandes entendederas...

Pero si nosotros, siendo tan ingratos como somos, nada, absolutamente nada, hemos agradecido al Gobierno liberal-fusionista, el que nos conceda esas tan amplias liber-

tades de manifestar nuestra adhesión al Papa ó de ofrecerle hospitalidad en la forma que mejor nos conviniese... ¡ah! otras personas más elevadas que nosotros... la misma Reina Regente habrá manifestado al Gobierno su gratitud profunda por esas tan amplias libertades á la misma concedidas, como á cada hijo de vecino. ¿No es esto así, Sr. Sagasta? ¿O es que esa regla tiene también excepción? No creemos que la tenga; pues si hubiera ocurrido lo contrario, mereceríase el Gobierno que *acto tan grosero* cometiera, que la Corona le retirara en absoluto toda su confianza. Su Majestad la Reina Regente ha tenido, pues, toda la libertad que requiere su altísima representación para ofrecerse al Santo Padre, en el sentido en que venimos hablando, cuando al Gobierno liberal fusionista no le ha recogido los altos poderes de que aún le tiene investido; pues por más que un Rey Constitucional es una bien pequeña expresión de Rey, no ha de reducirlo el Gobierno liberal fusionista á una expresión, apenas visible al más delicado microscopio. Todo esto, todo, todo, es — ¿quién lo duda?—la más exacta verdad.

*
* *

Diga lo que diga el telégrafo, se dé ó no crédito en los círculos diplomáticos á la tan consoladora noticia de que Su Majestad la Reina Regente, señora de las más relevantes prendas, católica-apostólica-romana, ha ofrecido al Santo Padre, como particular y como Reina, la más espontánea y generosa hospitalidad, creémoslo firmemente; pues lo contrario sería hacerle el mayor disfavor, hacer creer á la mayoría de sus súbditos, que son católicos, que el corazón de su amada Reina era un corazón insensible á las penas, amarguras y aflicciones de Nuestro Santo Padre, cuyo corazón es todo amor, ternura y predilección para la España y su Reina.

Al llegar á este punto, nuestro corazón experimenta un

descanso parecido al de aquel que, después de muy largo y penoso viaje, se encuentra tranquilo en el hogar doméstico al lado de su familia.

Y ved, ved, como el telégrafo se encargó de darnos esta tan consoladora noticia:

«Londres 21. — El periódico *Daily Chronicle*, publica hoy un despacho de Roma, en el que se dice que la Reina Regente de España, se ha manifestado conforme con el proyecto de que Su Santidad León XIII se refugie en Granada, dado caso que se viera obligado á abandonar su residencia en Roma.»

No, no importa nada que en los círculos diplomáticos no se diera crédito alguno á esa noticia, ni que la tuvieran por sospechosa; pues no pocas veces ocurre que esos mismos círculos tienen casi como artículo de fe ciertas noticias que al día siguiente las desmiente el telégrafo. Lo que sí es muy grande verdad que ciertos círculos diplomáticos se han hecho tan sospechosos, que sus palabras, sus juicios y sus afirmaciones, suelen ser todo lo contrario de lo que expresan y afirman. Y ese es el caso en que nos encontramos en cuanto á los nobles y generosos ofrecimientos de nuestra Reina al Santo Padre León XIII.

La masonería puso en duda tan importantes y significativos ofrecimientos, porque esas gentes que tienen trastornado al mundo, y que desean y trabajan por el mayor aislamiento posible del Santo Padre León XIII, se retorcieron en sí mismos como crócalos heridos, al leer esa noticia tan consoladora y hermosa para los católicos españoles, y aun para el mismo Gobierno.

¿Y por qué no hemos de ser francos, y justos, aún con el mismo Gobierno liberal fusionista que tan pocas atenciones se merece de parte de los católicos españoles? Seámoslo, que esto mismo da suma importancia á nuestros

trabajos y hace ver claramente que siempre, y en todo caso, amamos las personas, siguiendo el precepto nuevo que nos dió Jesucristo de amarnos todos mutuamente, como Él mismo nos amó.

Sí: aquellos ofrecimientos de nuestra amada Reina al Santo Padre, nos parece que revelan algún sacrificio de parte del Gobierno español. Pues qué, ¿no es altamente depresivo para el mismo aparecer ante los ojos de Europa como en abierta oposición de sentimientos nobles y generosos con los sentimientos de una Reina católica á la que sirve para bien de una nación, también católica? ¡Y quién sabe, quién sabe si el mismo Gobierno manifestaría á nuestra Reina las razones y motivos que tenía para obrar *políticamente*, como obraba, sin embargo de sentir todos los Ministros en esa cuestión, como particulares, de un modo enteramente opuesto! No, no podemos saber cuáles fueran las conversaciones íntimas que sobre este particular tuviera con Su Magestad la Reina, el Sr. Sagasta; pero á buen seguro que no manifestaría desagrado cuando la Reina le hiciera saber sus tan loables propósitos...

Por las razones que dejamos expuestas, creemos que si el Santo Padre llegase á abandonar á Roma, sería España la nación privilegiada que, entre aplausos y vítores, le recibiera para tenerle como huésped, pero como huésped soberano que honra y enaltece con su presencia, y que el punto donde hubiera de residir y tener la Corte Pontificia, no sería Granada, ni Sevilla, ni Barcelona, ni otro alguno, sino Palma de Mallorca.

Y ese día de tan profunda tristeza para el Santo Padre y para toda la cristiandad, parece que se acerca, como se desprende de un telegrama que leemos en los mismos momentos de terminar este artículo. Dice así:

«Londres 11 (Octubre).—El periódico *Daily News*, publica un despacho de Roma dando cuenta de la importan-

te entrevista del enviado de Alemania, Sr. Schloezer con Su Santidad León XIII, relacionándola con el proyecto del Papa de abandonar á Roma.

»Se desmiente el rumor de que el partido intransigente del Vaticano impulse al Papa á que por todos los medios que tenga á su alcance, trate de proclamar la soberanía temporal.»





CAPÍTULO VI

~



OMO la revolución italiana no cesa de conspirar contra el Papa, y como la sacrilega erección de la estatua de Giordano Bruno, puso muy de manifiesto los decididos propósitos de aquellos revolucionarios, el Santo Padre León XIII, creyó llegado el momento de manifestar á los Emmos. Señores Cardenales su propósito de abandonar á Roma, si las circunstancias así lo exigieran, para el mejor Gobierno de la Iglesia y completa independendencia del Pontificado.

De aquí, como ya dejamos dicho, la explosión de entusiasmo del pueblo español para ofrecer al Santo Padre generosa hospitalidad, si llegaba aquel caso, de toda la cristiandad tan llorado.

De aquí también la tan insigne torpeza del Gobierno liberal-fusionista en oponerse á los ofrecimientos de generosa hospitalidad de los Municipios de España, y de aquí igualmente los atropellos del mismo Gobierno con virtuosos y sabios sacerdotes por supuestos abusos en la Cátedra Sagrada llevándolos á los tribunales civiles, é

incurriendo, por consiguiente, en las censuras de la Constitución *Apostólica Sedis*, como también el que Ilmos. Señores Obispos de España, unidos como un solo Obispo, hayan escrito muy luminosas Pastorales defendiendo con la mayor valentía los santos derechos de la Iglesia y del Pontificado, como igualmente el que los periódicos sectario-liberales se hayan quitado de una vez su hipócrita careta y mostrado el odio infernal que tienen á la Iglesia fundada por Jesucristo.

En el presente artículo nos ocuparemos de dos importantísimos documentos de dos Príncipes de la Iglesia, que, con el mayor arrojo y valentía, y dando á Dios lo que es de Dios y á César lo que es del César, dicen al Gobierno italiano muy amargas verdades, confiando en que la santa Iglesia ha de triunfar de tantos y tan formidables enemigos.

Transcribiremos, pues, los principales párrafos de la elocuente pastoral que el sabio y virtuoso Sr. Obispo de Jaén ha dirigido á los fieles de su Diócesis, recordándoles la Alocución Pontificia del 24 de Mayo del presente año, y la Circular de la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares, dirigida á todos los Prelados del orbe, de mandato del Papa, con fecha 18 de Julio.

El Ilmo. Sr. Obispo de Jaén habla de la sacrílega erección de la estatua de Giordano Bruno, y dice:

«Sí, en el mismo día en que la Iglesia celebraba la fiesta de Pentecostés, recordando el momento solemne en que el Príncipe de los Apóstoles empezó á anunciar en Jerusalén la palabra evangélica que salvó al mundo de las tinieblas del error y de la corrupción del vicio, numerosas turbas, seducidas por las sectas, que en su odio al Catholicismo han jurado su exterminio, se atrevieron á profanar la Ciudad Santa, á insultar al Vicario de Jesucristo y á escarnecer al pueblo católico, tributando á la rebelión y á la apostasía, los honores debidos únicamente á la

virtud, y proclamando la independencia absoluta de la razón humana, la abolición completa de la enseñanza de la fe, y el restablecimiento del antiguo paganismo con sus errores y sus vicios.

»No es otro el fin á que se dirige la impiedad, ni otro el objeto á cuya consecución aspiran los adeptos de la masonería y de las demás sociedades que le sirven de auxiliares. Al efecto, niegan todo lo sobrenatural, para hacer creer al hombre que toda su felicidad está en la tierra; arrebatan á Dios sus derechos, para darlos al hombre, y se proponen destronar socialmente á Jesucristo para entronizar á Satanás. Tal es el misterio de iniquidad, concebido por las sectas en sus antros tenebrosos, guardado en el más profundo secreto, propágado entre sombras y sostenido hasta ahora por medios clandestinos; pero que hoy, creyéndose las sectas bastante fuertes, y en la seguridad de que han de quedar impunes sus excesos, se han atrevido á descubrir su pensamiento en toda su horrible y espantosa deformidad, en el acto impío de erigir en Roma un monumento al execrable apóstata Giordano Bruno.

»El alma se llena de tristeza, amados hermanos é hijos nuestros, al leer las relaciones hechas, por testigos presenciales, de lo que ocurrió y se dijo en aquella saturnal escandalosa.»

Con razón, pues, dice el sabio Obispo de Jaén:

»¿Dónde está el cumplimiento de aquellas espontáneas promesas que se hicieron al Papa en los primeros días de la usurpación? ¿Dónde las famosas garantías con que le brindaron? ¿Dónde el respeto, la consideración y la libertad é independencia que le ofrecieron?

»¡Ah!... Todas fueron palabrashipócritas y promesas falaces, que nunca llegaron á cumplirse, apareciendo solamente tan claro, como la luz del Mediodía, que el Papa

se halla desde entonces en poder de sus enemigos, que las injurias y afrentas que se le infieren, han ido aumentando en gravedad, y que «si en el caso presente, como dice lleno de amargura el atribulado Pontífice en su última Alocución, no se les ha consentido, únicamente por razón de conveniencia, la libertad suficiente para la consecución por la fuerza de sus funestos designios, nadie puede persuadirse fácilmente de que, cuando se les ofrezca la posibilidad de llevarlos á cabo, no habrán de entregarse iracundos á los excesos del crimen.»

Tiene razón sobrada el Ilmo. Sr. Obispo de Jaén: la llamada *Ley de Garantías* no fué otra cosa que un velo horrible de hipocresía para encubrir los masones sus diabólicos planes; aquella Ley fué la más solemne mentira. Y desde aquella fecha memorable, las injurias y afrentas que se han venido infiriendo al Santo Padre, han ido aumentando en gravedad é iniquidad. ¡Así es el hipócrita y sectario liberalismo! En cada una de sus etapas quiere aproximarse un poco más hacia Dios, no para adorarle, sino para... derribarle de su trono.

Ahora nos fijaremos en los párrafos, que hacen á nuestro intento, de la Circular que el ilustre Prelado de la Metropolitana de Zaragoza, el Excmo. Emmo. y Rmno. Cardenal Benavides, dirige al Clero y fieles de su Diócesis, como valiente protesta contra los escandalosos sucesos de Roma, con motivo de la erección de la estatua del vil apóstata, del profesor de todos los errores y manchado con todos los vicios, Giordano Bruno.

He aquí los períodos más importantes:

«Todos sois testigos de nuestra conducta, venerables hermanos y carísimos hijos, por la cual ordenamos anteriormente la inserción en el *Boletín Eclesiástico* y la lectura en las iglesias de la Alocución pontificia en el Consistorio de 31 de Junio y de la Carta Encíclica *Quamquam*

pluries de 15 de Agosto último. En testimonio de profunda veneración, nada quisimos añadir de nuestro caudal, llevados del propósito de conceder todos los honores del entendimiento y de la meditación al estudio de tales documentos, admirables de suyo y solo semejantes á ellos mismos.

»Cumplido ya nuestro objeto, y pagados sin duda por todos este devoto tributo de recogimiento y respeto al celo, á la sabiduría y belleza de pluma de Nuestro Beatísimo Padre, hoy es otra cosa; amanece un día nuevo y lo que entonces no tenía cabida, ahora es obligatorio, y debemos entrar en cierto análisis de las referidas páginas doctrinales por medio de respetuosos comentarios. Así lo exige la sublime organización del magisterio Apostólico y es lo que espera y manda el Vicario de Cristo Señor Nuestro.

»Nada más justo y lógico que oigan y sepan los hijos de la Iglesia, en cada Diócesis del propio Prelado, las angustias y amarguras del Papa, de la más alta personalidad de la tierra; que conozcan de cerca, por decirlo así, los continuos ataques de que es blanco por parte de las sectas infames, no ya el Monarca temporal de tantos siglos con los títulos más legales, sino el Sumo Pontífice como Jefe universal de la grey cristiana, su Pastor universal, Maestro de los Obispos, centro de la unidad y de la doctrina y origen de toda eclesiástica jerarquía. No comprueban otra cosa los hechos nefandos que han escandalizado á la capital del Orbe católico, á saber: esa estatua levantada en el Campo de las Flores para perpetuar la memoria de Bruno, del vil apóstata, profesor de todos los errores y manchado con todos los vicios, sujeta de ignominia en todas partes, bandera de degradación en todos los países, será siempre una blasfemia constante contra la divinidad, un insulto á los altares católicos, una provocación audaz á todas las Ordenes Religiosas y un horrible escarnio al Supremo Pontificado Romano. Y

de ello atestiguan con plena evidencia las solemnidades impías celebradas en la inauguración del monumento infernal, así por el concurso de sectarios de todos los países, habiéndose dado cita para execrar con la palabra y el escrito, con la bandera y procesión de diabólica pintura, la augusta personalidad del Pontífice y su divino poder.

»Según esto y los datos históricos que aduce en confirmación de su tema, tal vez sin pecar de atrevimiento por nuestra parte podríamos considerar como un desquite de Satanás la apoteosis italiana, por haber quedado vencido y maltrecho poco há con el espectáculo inaudito del aniversario jubilar sacerdotal Pontificio, triunfo magnífico y acto esplendoroso de santa fe católica. Graves y peligrosas como son para los individuos, familias y naciones estas alternativas, nada absolutamente tememos por la Iglesia. El espíritu rebelde, cierto es que después de su última ruidosa tentativa, quedará tan vencido como en las anteriores, aunque tan obstinado como antes y tan dispuesto á continuar su guerra encarnizada contra el Vicario de Cristo.»

Brillantísimos son los párrafos que anteceden y en los que con galana frase se condenan por el Emmo. Sr. Cardenal Benavides, los hechos nefandos que se realizaron en la Capital del orbe católico con motivo de la estatua levantada en el Campo de las Flores para perpetuar la memoria del apóstata Bruno.

Por lo mismo, los Ilmos. Señores Obispos, puestos por el Espíritu Santo para regir y gobernar con el Papa la Iglesia de Dios, en sus luminosas exhortaciones y pastorales, no solamente se han propuesto dar la voz de alerta á sus respectivos diocesanos para apartarlos de las doctrinas pestilenciales; no solo avivar y aumentar en ellos el amor y adhesión á la Cátedra de Pedro y al actual Pontífice que la ocupa, sino que también, y muy principalmente, llevar

el bálsamo del consuelo al atribulado corazón del Santo Padre León XIII y hacerle ver una vez más, que los católicos de todo el mundo, aman y quieren, detestan y abominan, todo aquello que ama y quiere y detesta y abomina tan sabio Pontífice.

Los sectarios liberales de todos los países, por el contrario, imitan á los liberales masones italianos, y por todas partes, con encono y odio contra la Iglesia Católica y el Pontífice, levantan la tan horrible bandera de Satanás, que en el corazón de ellos tiene un trono.

De esa triste verdad nos convenceremos, teniendo paciencia para leer un articulito que el 23 de Septiembre último publicó *La Unión Católica*, contra el periódico sectario llamado *El Liberal* por ironía, cuyo artículo puede considerarse como el último y más acabado programa de las doctrinas que en religión profesa la secta, y en el cual, ya sin ambages ni mistificaciones, se truena, de un modo el más horrendo, contra los sacerdotes, los frailes, los hombres de ideas religiosas, contra todo lo más santo del cielo y de la tierra, y se niega todo derecho á la Iglesia de Dios. ¡Y á esos apóstoles de Satanás no los lleva el Gobierno liberal fusionista á los tribunales! ¡Ah! ¡Los lobos de una misma camada nunca se mordieron!

Así titula *La Unión Católica* el indicado artículo:

La frescura de «EL LIBERAL.»

«Si será liberal *El Liberal*, como decían de él en tiempos unos pobres obreros tipógrafos en un periódico defensor de la clase.

»Si será liberal *El Liberal*, que ya se ha olvidado de la libertad de conciencia, de la libertad del pensamiento, de la libertad de la palabra y de la libertad de asociación, y

pide lleno de miedo y de temor, y con toda necesidad y urgencia, que los Sacerdotes y los Frailes y los hombres de ideas religiosas, no sean ciudadanos ni gocen de los beneficios del derecho común y de la libertad; y pide al Gobierno que se alarme, que odie al Clero y á las Ordenes religiosas, y que siga una política de pasiones, de persecución, de tiranía, de cadenas y mordaza, para que en esta pátria desgraciada de *Las Dominicales*, de *El Motín*, de *El Liberal*, de los *meetings* republicanos y socialistas, no haya libertad más que para el mal y para el error, y opresión para la verdad y el bien.

»*El Liberal* no se anda con rodeos: lo dice con todo el descaro del mundo. Los frailes no pueden asociarse, ni los sacerdotes predicar.

»Así entiende *El Liberal* la libertad del pensamiento y el derecho de reunión y todos los derechos individuales.

»El argumento de *El Liberal* es el siguiente: Somos los que tenemos la fuerza bruta; empleémosla para impedir que los sacerdotes propaguen ideas contrarias á la impiedad, al liberalismo y á la revolución, pues si les dejamos libres en sus propagandas les daremos á los clericales, fuerzas que tenían perdidas.

«¿Y es así como piensan los demócratas, los republicanos que decían combatir la intolerancia y pedir la libertad para todos, y que decían, y dicen á pesar de sus contradicciones y mentiras é hipocresías, que donde quiera que hay un hombre hay un ciudadano libre, adornado de todos los derechos naturales?

»*El Liberal* dice que no se puede tolerar por los liberales, con paciencia y resignación, que los frailes se asocien, y que los sacerdotes prediquen.

»Porque los liberales son muy cultos, y no les gusta ver por las calles á hombres humildes con la alforja al hombro y afeitada la cabeza, y porque son tan susceptibles, y tan amigos de la libertad, y tan tolerantes, que no pueden soportar que los ministros de Dios ejerciten

desde la tribuna sagrada el derecho de predicar contra los errores modernos.

»Venir á decir estas cosas un periódico que se llama *El Liberal* y que tantas declamaciones ha hecho contra la intolerancia y contra la intransigencia y el fanatismo, y que tantos cantos épicos ha compuesto en honor de la libertad, de la propaganda y del respeto que se debe á todas las opiniones, es el colmo del oscurantismo progresista del género más adocenado y contradictorio.

»De todas maneras, es un síntoma del fanatismo que se trata de sembrar en las turbas y en el populacho, la campaña de clerofobia emprendida por el liberal *Liberal*, que entiende la libertad como un privilegio exclusivo de los que *piensan* como él, pero que la niega á los que no *piensan* como él.

»Esto sí que es el colmo de la frescura.»

Ahí tiene el Gobierno liberal fusionista las consecuencias de su política en ese artículo africano del periódico *El Liberal*; nunca la prensa liberal sectaria se había desbordado tanto; nunca, con tanto descaro y osadía, se había proclamado contra los católicos una guerra tan sin cuartel, ni jamás se les había querido sujetar á una esclavitud tan dura, tan vergonzosa y repugnante; pero desde aquel primer momento en que el tan desgraciado Gobierno fusionista levantó la espeluznante bandera de persecución neroniana contra los predicadores católicos, ¡oh! desde entonces todos los periódicos sectarios liberticidas vienen haciendo la más ruda campaña contra los Señores Obispos, contra los sacerdotes más virtuosos y sabios, contra las pobres é indefensas Monjas, contra los Frailes, contra todas las Ordenes religiosas y contra todo lo más santo de los cielos y la tierra. ¡Ah! No hay peor escándalo en el mundo que el de los grandes! ¡Dios Santo, que cuenta tan terrible les espera!

Ahora nos ocuparemos de una carta que desde Roma dirigió á *La Unión Católica* uno de sus corresponsales, con motivo de la conmemoración liberalesca del tan nefasto día para la Iglesia de 20 de Septiembre de 1870, y la que publicó en el número del 23 de dicho mes.

Dice así:

«Roma 22 de Septiembre de 1889.

»Sr. Director de *La Unión Católica*.

»Mi querido amigo: El aniversario nefasto del 20 de Septiembre, ha sido celebrado este año por nuestros italianísimos, según un plan que, bajo la acción de las necesidades del momento, ha distribuido los papeles en parte á los radicales, y en parte á los personajes oficiales del mundo liberal.

»Estos habían recibido, desde hacía algún tiempo, de sus aliados de Berlín y de Viena, un serio aviso sobre los peligros de su hostilidad llevada al exceso contra la Santa Sede, y sobre las complicaciones que podían originarse de la marcha eventual del Papa.

»Desde entonces tuvieron que resignarse, por buenas ó por malas, á no hacer directamente uso del anticlericalismo, con ocasión del aniversario del 20 de Septiembre, y á dar, más bien que una nota belicosa á esta conmemoración, una forma de llamamiento al patriotismo, al espíritu de sacrificio y de concordia, á fin de recordar á los italianos que deben estar dispuestos á marchar á las órdenes de sus dueños y aliados.

»Esta nota resalta especialmente del despacho siguiente que el rey Humberto ha enviado desde Monza al síndico de Roma y del que éste ha dado lectura á los manifestantes reunidos anteayer en el emplazamiento de la brecha de Porta Pía:

«Contesto con gran afecto al saludo de Roma en este inolvidable aniversario. La confianza que expresais en nombre de la capital de Italia, en la concordia de los italianos para el cumplimiento de nuestra generación, y más todavía para el día de la prueba, es para mí una seguridad inquebrantable. Hoy no hay peligros para nuestra unidad; pero si surgiesen, todos los italianos harían su deber, no pudiendo la disensión de los partidos echar raíces en corazones leales fuera de los confines de la patria. Roma, que en su historia tiene tan gloriosos recuerdos, sabrá siempre mostrarse digna de su gran nombre.» Después de haber leído este despacho del rey Humberto, el síndico de Roma, Guiccioli, le ha comentado con un discurso, cuyo espíritu y fin, en relación con el plan que he indicado más arriba, se resume en la palabra final de este discurso: «Italia está formada; desgraciado el que la toque.»

»Esta bravata recuerda simplemente la célebre frase que pronunció Napoleón I en Milán, cuando se ciñó la corona de Rey de Italia. Pero como no son las frases las que hacen los sucesos, este pobre diablo de Guiccioli será echado á un lado un día por haber parodiado á Napoleón I y por deplorar los nuevos desastres, á los cuales se halla expuesta Italia por la funesta política de sus gobernantes.

»Lo que se desprende de los actos oficiales relativos al reciente aniversario del 20 de Septiembre, es un fuerte olor á pólvora, cuya explosión podría conmover á Europa entera.

»Estos actos oficiales no han sido, después de todo, más que el fiel reflejo de los brindis belicosos pronunciados, poco hace, por el emperador de Alemania, y destinados, sin duda, á ser renovados á su paso por Italia.

»La otra parte del papel asignado á los radicales en la conmemoración del 20 de Septiembre, corresponde á sus instintos sectarios, que han podido, con la culpable con-

descendencia de las autoridades, darse libre vuelo, como para mostrar una vez más cuán indigna es la situación actual de la Iglesia y de su jefe, el inmortal León XIII. Hay de esto una prueba en el manifiesto que Menotti Garibaldi, ha publicado la víspera del nefasto aniversario, y que, fijado en las calles de Roma, ha lanzado un doble ultraje al Pontificado y á Francia.

»En él se dicen, entre otras cosas: «La sabiduría del siglo futuro sepultará la tiara sobre esta misma brecha que, en adelante, guardará con seguridad esta vía Nomentana, por donde en el siglo VIII vinieron á Roma, como azote de Italia las hordas del rey Cárlos, felicitadas por León III, á fin de instituir el poder temporal de los Papas!» Así se desenvuelve el drama terrible que iniciado con los cañonazos del 20 de Septiembre de 1870, ha llegado á la lucha á muerte contra Roma, contra el Papa y contra la Religión, en espera del desenlace preparado por la justicia divina.

»También esta terrible cuestión romana, que nuestros enemigos quisieran enterrar con la tiara en el emplazamiento de la brecha histórica, es más violenta que nunca. Esto es lo que acaba de demostrar uno de los pocos conservadores de la Cámara italiana, que después ha tenido que presentar su dimisión de diputado, el abogado Bortolucci.

»Se trata de una respuesta que dirige en forma de carta pública, editada en Bolonia, al senador Alejandro Rossi, relativamente á la propaganda del Cardenal Lavignerie por la abolición de la esclavitud.

»Una de las objeciones que suscitó el senador Rossi contra esta obra, consiste en el caracter mismo del que se ha hecho el apostol, y quien en calidad de paladino del poder temporal no puede estar animado sino de sentimientos hostiles ó desfavorables á los intereses italianos.

»He aquí los principales párrafos de la respuesta: «Se



admira V. de que un pastor, un príncipe de la Iglesia sostenga y defienda en las circunstancias políticas actuales el principado civil del Papa, como medio más seguro de independencia y de dignidad en el libre ejercicio de su suprema autoridad espiritual.

»¿No se acuerda V., pues, de la declaración unánime del Episcopado del mundo entero, que teniendo á su cabeza á Pio IX, Pontífice de perdón, proclamó *urbi et orbi*, en la solemne ocasión del centenario de San Pedro en Roma, la necesidad absoluta en la Iglesia de este principado para garantizar su divina y benéfica misión, en las circunstancias difíciles en que se hallaba la sociedad moderna?

»Se repite de V. afectísimo servidor, Q. B. S. M.—V.

Como se ve por la precedente carta, la revolución no retrocede; antes al contrario, avanza cuanto puede en su camino de destrucción y aniquilamiento, si fuera posible, de la Iglesia Católica. Para convencerse de estas desconsoladoras verdades, basta leer con alguna detención estas palabras que en la preinserta carta se copian del Manifiesto que Menotti Garibaldi publicó en Roma la víspera del nefasto aniversario, y que, fijado en las calles de Roma, ha lanzado al Pontificado el más grande y miserable ultraje. Esas palabras no pueden leerse sin horror: «*La sabiduría del siglo futuro sepultará la tiara sobre esta misma brecha que, en adelante guardará con seguridad esta via Nomentana.*» ¡Sepultar la Tiara, sepultar el Pontificado, la Iglesia! Eso, eso es lo que ansían; por eso trabajan, se desvelan y hacen supremos esfuerzos los liberales-sectarios de Italia, Alemania, Francia, España y de todo el mundo civilizado. Ya lo confiesan con las más terminantes palabras, lo mismo los liberales radicales de Italia que los de España, como hemos visto, por el citado manifiesto de Menotti Garibaldi, y por el artículo que *La Unión Católica* dedica al periódico sectario *El Liberal*

¡Todos, todos son reos de leso Catolicismo, pero reos convictos y confesos!

*
* * *

La diplomacia europae tiembla ante la eventual salida del Papa de la Ciudad Eterna. ¿Y por qué estos temores y sobresaltos? Tiembla esa diplomacia, porque sabe muy bien que ha sido cómplice con los revolucionarios italianos del aflictivo estado en que se encuentra la Santa Sede.

Y siempre se ha dicho que hechores y consentidores pagan por igual. ¿Qué nación, qué Estado, qué Gobierno protestó contra la injusta, sacrílega y bárbara ocupación de Roma el 20 de Septiembre de 1870? Tanto valor, tanto heroismo, tanto amor á la justicia y tan grande adhesión al Santo Padre Pio IX, no recordamos tuviera ningún Gobierno monárquico, sino un Gobierno republicano, el de la República del Ecuador, cuyo Presidente.. católico apostólico-romano, hizo una protesta tan firme y solemne cual requería la gravedad, importancia y transcendencia del caso. ¡Gloria, mucha gloria, loor, plácemes y felicitaciones sin cuento al mártir del santo derecho y de la justicia! ¡Trágico, pero muy glorioso fin, el de aquel héroe que, sobreponiéndose á las grandes miserias y debilidades de la diplomacia europea, condeno con su tan justo proceder la criminal conducta de la civilizada Europa, que se cruzó de brazos, al ver que los feroce lobos revolucionarios habían caido como una avalancha de hunos, suevos y vándalos sobre la Puerta Pia de la Ciudad Eterna!

La diplomacia europea, algún tanto, ó algunos tantos, descreida, entregada á las cábalas políticas, recelosa de sí misma, más cuidadosa del medro personal y del engrandecimiento de los Estados que de la defensa de la razón; esa diplomacia, más amiga de los saraos que de la

justicia, hace muchos años que viene sembrando vientos, y necesariamente ha de recoger tempestades!

No es, pues, de extrañar que, ante la perspectiva de aquel tan extraordinario y ruidoso acontecimiento, tiemble de espanto la diplomacia europea, y le parezca ver, aunque hipócrita se lo calle, el *mane, thecel, phares* que de orden de Dios le anuncia los castigos que se merece por los nefandos crímenes que ha debido y podido evitar! ¡Esa diplomacia, viendo que mil y mil lobos voraces iban á arrojarse sobre el Cordero más inocente, nunca debió volver las espaldas á la justicia, y ver indiferente que se echaban por tierra las más fuertes y robustas columnas del orden religioso y social! Esa diplomacia, con ese modo de proceder tan injusto, aprobó y sancionó el derrumbamiento de todos los tronos y dinastías, y los entregó atados de piés y manos, á las insaciabiles garras de la descamisada demagogia!

De ahí dimana que, los grandes diplomáticos de la moderna y descreida Europa, vuelvan hoy los ojos á Roma, queriendo influir en el ánimo del Papa, los unos para que no salga de Roma, los otros para que salga, estos para que aplace su salida y aquellos para que busque un medio hábil de reconciliarse con el prevaricador Gobierno del Quirinal; pero no vayamos á creernos que alguno de esos diplomáticos trabaja y se desvela por el bien de la Santa Sede; nada de eso: es el egoismo quien los mueve, los agita y los hace desvelarse, quien les hace reunirse y quien les obliga á valerse del telégrafo para llevar por toda la Europa las noticias más contradictorias.

Ya, pues, no será de extrañar que el telégrafo nos diga hoy una cosa, y mañana otra enteramente opuesta.

El Papa es el mejor diplomático del mundo, el rey de la prudencia, el soberano de la discreción... y mejor que nadie sabe que el silencio es el mejor guardián de la justicia. En sus palabras y frases, ni sobra ni falta una tilde, y por ende conoce á fondo el *mare magnum* de la política

europaea... y cuáles son los móviles que la llevan al Vaticano para oír de sus labios los propósitos que, con siete candados de bronce, encierra en su corazón.

Oigamos, pues, lo que con fecha 30 de Septiembre último, nos decía desde Roma el telégrafo:

«Roma 30.—No se confirman los rumores relativos al inmediato abandono de Roma por el Papa.

»En los documentos emanados de la Corte Pontificia y en los artículos de la prensa católica, se expone que la situación de la Santa Sede en Roma es cada vez más difícil, por efecto de la conducta del Gobierno italiano, consintiendo y sancionando actos y manifestaciones de verdadera hostilidad á la Iglesia; pero todavía Su Santidad no ha expresado de una manera terminante su resolución de salir de esta capital.

»En los círculos políticos se cree en la posibilidad de que se realice al fin tan transcendental acontecimiento, pero no dentro del breve plazo que se ha supuesto.

»Los católicos de todos los países, y en particular los ingleses, irlandeses y americanos, preparan nuevas manifestaciones á favor del restablecimiento del poder temporal del Papa, como indispensable á la independencia de su sagrado ministerio.»

Y con fecha 2 de Octubre último, nos decía la Agencia Fabra:

«La salida de Su Santidad.

«Roma 2.—La diplomacia alemana prosigue esforzándose para apartar al Papa de su propósito de abandonar á Roma. Ante la gravedad del caso, Bismark ha aconsejado al ministro Crispi que adopte una política más transigente y pacífica.»

Pasan 8 días y nos dice *El Moniteur de Rome*:

«*La Gaceta Popular de Colonia*, publica un gran artículo sobre la salida eventual del Papa. Demuestra que impuesto por las circunstancias imperiosas, este acto agravaría la situación de la Santa Sede. Pero si en una guerra fuese derrotada Italia, es evidente que el Papa se vería expuesto á serios peligros. La situación de la Santa Sede es extremadamente precaria.

»Los católicos de todas las naciones tienen serios motivos «para llamar la atención de los Gobiernos sobre la cuestión romana, á fin de que hagan todo lo que las circunstancias les permitan.»

Esos tres telegramas convienen en una cosa, á saber: en que la situación del Papa en Roma, es cada vez más difícil, por efecto de la conducta del Gobierno italiano. Y sin embargo, la diplomacia europea, tratándose de la mayor de las injusticias del siglo XIX, no despega sus labios para defender los más legítimos y sagrados derechos, los de la Santa Sede, que son el baluarte de todos los derechos, y la más grande salvaguardia de todas las dinastías legítimas.

Para que la diplomacia europea se atreva á poner un poderoso *veto* al Gobierno del Quirinal, es absolutamente necesario que antes... se vuelva enteramente á Dios y pronuncie, despreciando todos los respetos humanos, un público y solemne *peccavi*, el que hoy parecemos que está muy lejos de pronunciar. Y no es que la creamos impenitente y de corazón de bronce; pero los muy grandes compromisos que con la revolución tiene contraídos, son para ella tan elevadas montañas, que no podrá subir, sino á costa de sacrificios los más heróicos. *Nemo repente fit sapiens.*

Pues bien: esos tres telegramas, además de hacernos ver, una vez más, que la situación del Papa en Roma, se

hace más difícil de día en día, nos manifiestan también al propio tiempo la perplejidad, la duda, el sobresalto, los temores y vacilaciones de la diplomacia europea, la que, basada en el *nuevo derecho*, no tiene una pauta fija y estable, en la que poder descansar tranquilamente.

¡Y cómo no! La injusta é hipócrita teoría de los *hechos consumados*, teoría por ella reconocida, como una de las más legítimas y justas fuentes del derecho, puede producir, y áun ya viene produciendo, efectos enteramente contrarios á los que, *pro domu sua*, se propusiera el tan ambicioso é hipócrita Napoleón III, acérrimo defensor, si no inventor, de esa tan absurda teoría, como polo opuesto á la caridad evangélica y al séptimo mandamiento del Decálogo.

¡Sí! La diplomacia europea tiene conciencia de que ella misma ha hacinado los inmensos materiales que han de convertirse tal vez pronto en cenizas, y se teme puedan tocarle las llamaradas de ese incendio; ignora cómo podrá acabar tan rudo cataclismo, y todo son comentarios y cálculos para ver de sacar cada nación ó Estado el mayor provecho posible.

Por otra parte, armadas hasta las uñas las grandes potencias, aunque se digan amigas, miranse todas con recelo, y, como las fieras del desierto que están aguardando ocasión propicia para arrojarse la una sobre la otra, así también, esos grandes imperios, que San Agustín calificaba de *magna latrocinia*, están preparados para entrar en combate, los unos contra los otros, ó para caer sobre los pequeños Estados y ser las ballenas políticas que con muy grande ansia se los traguen.

Pues bien: la clave de todo está en Roma; el Santo Padre, el Pontificado, aún expoliado, maltratado y envilecido por los sectarios de todos los países, es el único poder moral fuerte en el mundo, el único poder moderador en el que, si se quiere, hoy más que nunca, esos mismos

Estados, tan recelosos de sí mismos, depositan su confianza.

Pero miremos á los grandes políticos y demás hombres de genio: cada uno, con un nuevo sistema político en su cerebro, que lo considera como el *desideratum* de todo el género humano, quiere imponerse á los demás á todo trance, y, como les falta mucha humildad y les sobra mucha soberbia, no hay razones, ni argumentos, ni fuerzas humanas que les hagan desistir de sus propósitos y sistema religioso-social, al que, cada día y cada momento que pasa, acarician con más empeño.

Y...—¡desgracia nunca bastante llorada!— de aquí resulta también que los grandes hombres políticos están los unos contra los otros, los talentos contra los talentos y los genios contra los genios. Y semejante estado de cosas es violento, por lo que no puede ser muy duradero; mas ¡ay! ¡ay! que ese estado de recelo, de intranquilidad, de desconfianza, de miedo y terror, para desaparecer y traer al mundo todo lo contrario de lo que hoy le entristece y sobrasalta, ciertamente se necesita, no un diluvio de agua ni de fuego, porque Dios llama hoy á las naciones por otros caminos; pero sí un golpe extraordinario y enérgico de la Divina Providencia, en cuyas manos están los destinos todos de los individuos y las naciones, las que, como tales son aquí en la tierra premiadas ó castigadas por Dios cual se merecen.

En vano trabaja Alemania, esforzándose cuanto puede, para apartar al Papa de su propósito de abandonar á Roma, y en aconsejar á Crispi que adopte una política más transigente y pacífica, si se cree que, de realizarse sus consejos, ha de ser ventajoso todo esto para el gran Canciller y su imperio; y en vano también se esfuerza el Gobierno del Quirinal en seguir empujando al Papa para que cuanto antes abandone á Roma, si ha llegado á creerse que tan funesto abandono ha de serle provechoso.

Los efectos de todo esto serán siempre enteramente contrarios á lo que los hombres se propongan, y... la sin entrañas diplomacia moderna será por el mismo Dios confundida y humillada para escarmiento de las generaciones venideras; pero el Pontificado, por más que de ese arbol divino hayan de él desgajado casi todas las naciones, saldrá del cataclismo, espléndido, radiante de gloria, magnífico y admirable, para continuar siendo en el mundo la maravillosa nube de fuego que guie á los pueblos con toda seguridad por los montes, valles y desiertos de este mundo, cansado ya de ofender á Dios y verdaderamente arrepentido de sus tantas y tan grandes prevaricaciones; sí, continuará siendo el Pontificado el mejor y más fuerte defensor de todos los derechos y libertades del hombre; el más decidido defensor del huérfano, del pobre y de la viuda; el centro y corazón de la verdadera civilización, progreso y cultura, y, cuando llegue aquel día feliz en que se realice la gran profecía del *fiet unum ovile et unus Pastor*, en los cielos y en la tierra se oirá este himno tan consolador y magnífico: «¡Gloria á Dios en las alturas, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad!»

Pero después de cuanto llevamos expuesto, se nos ocurre preguntar: ¿Saldrá el Papa de Roma? A esta tan transcendental pregunta, contestaremos con el notabilísimo artículo del diario católico de Colonia, *Die Koelnische Volkszeitung*, aunque no estemos conformes en algunas de sus apreciaciones. Dice así:

«Desde que se supo que, á instancias del Papa se había tratado en el último Consistorio, con ocasión de las fiestas de Giordano Bruno, de la cuestión relativa á si el Papa puede ó debe salir de Roma, en qué circunstancias, si estas se presentarían en breve y á dónde, en tal caso, se había de dirigir el Pontífice; desde entónces se ha escrito tanto, con y sin relación á círculos autorizados que nos

ha parecido oportuno exponer algunas consideraciones en aclaración de este asunto.

»En lo que toca á la situación de los católicos, con respecto á este asunto, no puede haber duda ninguna de que para ellos sería un hecho tristísimo que el Papa se viese obligado á salir de Roma.

»El Padre Santo saldrá de Roma únicamente cuando su situación no le permita continuar dirigiendo desde allí el Gobierno de la Iglesia y desempeñando el altísimo deber de su santa misión, sin perjuicio sustancial de los intereses de la Iglesia.

»Su marcha supone, por tanto, nuevas y más terribles violaciones de los intereses de la Santa Sede; nuevas y más terribles ofensas á la persona del Padre Santo, ó un peligro todavía más amenazador á su situación, que el que hasta aquí hemos contemplado desde el principio de la revolución italiana.

»Hay además que considerar aquí dos cosas: la elección de los lugares á donde ha de dirigirse el Papa, no es adecuada. Al principio se pensó en Palma de Mallorca y en Sevilla, ambas ciudades españolas.

»También se habló de la ciudad de Malta y del cantón de Wallis (Suiza), ó de una ciudad del Tirol, Trento, por ejemplo.

»Si el Papa sale de Roma tienen que salir también con él los Cardenales y muchos empleados, para poder continuar los negocios de la administración eclesiástica. En ninguna de las mencionadas ciudades, hay siquiera los edificios necesarios para esta administración. El cantón de Wallis tiene además la desventaja de hallarse situado en la frontera italiana, y de que, por más que su Gobierno cantonal sea católico conservador, cuenta sin embargo con la influencia del consejo liberal de Suiza. Trento está todavía más abierto á la frontera italiana, y está influido por una corriente radical que le arrastra hacia Italia. Por consiguiente, de fijar el Papa su residencia en

Trento, se seguirían grandes dificultades para Austria é indirectamente también para el Papa, por más que, indudablemente, el emperador Francisco José, garantizaría al Papa la más absoluta libertad.

»En Palma y en Sevilla se hallaría el Papa ciertamente en un país católico, pero gobernado por liberales, en el cual juegan importante papel las sociedades secretas enemigas de la Iglesia. De Palma, en la isla de Mallorca apenas puede hablarse en sério, por causa de su aislada situación geográfica. El mismo argumento milita por lo que respecta á Malta, donde el Papa, además, tendría que estar bajo la protección de un Gobierno protestante.

»Si el Papa sale de Roma tendrá lugar el segundo punto. El Gobierno italiano se apoderaría en seguida del Vaticano y levantaría su extraterritorialidad. Argumentaría de este modo: la ley de garantías se ha hecho únicamente en la suposición de que el Papa haya de permanecer en Roma, y por consiguiente, una vez que salga debe caducar aquella. De Crispi se debe esperar semejante procedimiento.

»Que en el entretanto sucede á Crispi otro Gobierno que sea menos enemigo de la Iglesia, es cosa muy problemática, y aún hay muchas gentes que opinan que el garibaldino, republicano y revolucionario Crispi, será el último presidente de Gobierno monárquico en Italia.

»También es más que problemático que diera buenos resultados una intervención diplomática de las potencias católicas contra la ocupación del Vaticano.

»Una vez que la revolucionaria Italia hubiera tomado posesión del Vaticano y aniquilado la ley de garantías, sería mucho más difícil que ahora pretender restablecerle, aún al estado que antes tenía.

»Todas estas circunstancias son muy conocidas del Padre Santo, y el pueblo católico debe, pues, estar seguro de que él no abandonará fácilmente el Vaticano, donde continúa siendo todavía un soberano, rodeado de sus Car-

denales y empleados, y en más facil comunicación con todo el mundo católico, para buscar en otra parte apoyo bajo miles de dificultades para el gobierno de la Iglesia.

»Se ha dicho que el Padre Santo solo debe salir de Roma cuando esté seguro de poder volver con todo el esplendor, pasado un breve tiempo.

»Esta regla solamente puede tener aplicación para el caso en que el Papa salga de Roma más ó menos libre, mientras que por desgracia, ahora solo se ve la necesidad de que el Papa se vea obligado á salir de Roma.

»También después del 20 de Septiembre de 1870 se suscitó la misma cuestión, y entonces parecia la situación más amenazadora que ahora, al menos en aquellos momentos, y á pesar de eso se decidió el Papa á no salir de Roma. Ya se sabe que el Cardenal Secretario de Estado, Monseñor Antonelli, influyó grandemente en esta decisión. El Cardenal dijo después que si él había contraído algún mérito en favor de la Iglesia, era este por haber influido en el ánimo del Papa para que no saliera de Roma.

»Debe, pues, suponerse que el Padre Santo solo saldrá de Roma cuando la situación, que seguramente es posible ocurra muy pronto, sea más amenazadora que lo fué en el año de 1870.

»Esto podrá suceder en el caso de una revolución en Italia, ó de una derrota de esta nación en una guerra extranjera.

»El primer caso no puede discutirse, porque nadie puede prever el curso de una revolución en Italia, ni siquiera aproximadamente.

»La situación social económica y política de Italia dan, sí, bastantes motivos para temerla, y hay también allí un Gobierno que contempla impasible el escándalo de Giordano Bruno, y al frente de este Gobierno un republicano y revolucionario que no quiere ó no es bastante fuerte para impedir una revolución.

»Lo que haya de suceder, si estalla, no es posible calcular. La república es probable, y no ha de ser, de ninguna manera, conservadora.

»Por desgracia es igualmente probable una revolución, la cual, de breve ó larga duración, no hará seguramente alto ante las puertas del Vaticano.

»Las gentes que rinden homenaje á Giordano Bruno y veneran al poeta de la oda á Satanás, considerarán como su más preciada gloria la destrucción del Vaticano.

»Precisamente á causa de la imposibilidad del cálculo nos parece que aquí es donde estriba el más inmediato y más grande de los peligros.

»Algo distinto hay que decir sobre la posibilidad de una derrota de Italia, en una guerra extranjera. Que en caso de una tal derrota, amenaza al Padre Santo el mayor de los peligros, es evidente.

»Un Gobierno como el actual pensará fácilmente en vengarse de la derrota de fuera, dando contra el Vaticano. Pero la probabilidad de una derrota, no es grande. Italia tiene por tierra solamente dos vecinos, Austria y Francia.

»Con Austria y Alemania juntas está Italia unida en triple alianza. Queda, pues, como posible enemigo, solo Francia:

»Italia sola, no es de esperar que pueda hacer frente á su enemigo del N. O.; pero teniendo en cuenta la triple alianza, hará frente juntamente con Alemania, caso de verse atacada por Francia.

»Aunque pueda contarse á Rusia como aliada de Francia, no por esto dejará de aplicar esta nación la mayor parte de sus fuerzas contra Alemania y dispondrá las demás contra Italia.

»Pero que estas puedan vencer á todo el ejército italiano, que ha hecho muchos progresos, es poco probable, sobre todo defendiendo el paso de los Alpes los alpinistas italianos y los bersaglieri.

»Tampoco por mar tiene mucho que temer Italia de Francia.

»Spezia y Tarento son puertos de mar casi inexpugnables, y la escuadra italiana es casi igual á la francesa del Mediterráneo.

»Respecto á una guerra entre Italia y otra potencia, Inglaterra por ejemplo, no es fácil que suceda.

»Igualmente difícil es calcular lo que sucedería en cuanto á las relaciones políticas, si el Papa saliese de Roma para buscar un asilo en otra parte; pero sin embargo, pueden hacerse algunas consideraciones. Para la ciudad de Roma y para Italia significaría este hecho un gran perjuicio de su consideración en el concierto de las potencias europeas.

»Además de esto, nadie duda que Crispi y su partido, y los que van más allá de Crispi, verían en el viaje del Papa el mayor triunfo de su política. El odio á la Iglesia les hace no solo fanáticos, sino también ciegos.

»Para las demás potencias sería el viaje del Papa, una gran contrariedad. Que ellas harían, fuera de sus falsas intervenciones diplomáticas, algo real en favor del último resto del patrimonio de Pedro, de la más antigua de las monarquías y del más excelso baluarte del principio de legitimidad, es más que problemático.

»El príncipe de Bismarck ha dicho en la Cámara de diputados de Prusia el 21 de Abril de 1887, que el Pontificado no es solo una institución extranjera, ni solamente universal, sino que por lo mismo que es universal, también es una institución alemana para los católicos alemanes.

»Sin embargo, debe dudarse que él haga algo en favor de esta *institución alemana*, por más que le sería enojosa la situación del Papa por lo que respecta á los católicos de Alemania.

»También los demás Gobiernos tendrían razón para temer esta contrariedad, pues los católicos de todos los paí-

ses estarían sobradamente excitados y de esta excitación podrían fácilmente originarse dificultades para la política interior.

»Es, pues, posible y hasta probable que los Gobiernos vinieran en ayuda del Papa, aconsejando prudentemente al Gobierno italiano; pero de esto hasta la defensa real y eficaz del Papa amenazado, hay gran distancia.

»De aquí se seguiría la terrible inseguridad de la situación del Papa, y el gran peligro en que él se hallaría.

»Los católicos de todos los países, tienen, pues, grandes motivos para llamar constantemente la atención de los Gobiernos hacia la cuestión romana, y para que hagan por el Padre Santo lo que les permitan sus relaciones.

»Para esto sirven los Congresos católicos y toda clase de asociaciones católicas que no han de ser dictadas por el gusto de hacer ruido, ó por el deseo de preparar contrariedades á sus propios Gobiernos.

»Los católicos deben convencerse de que á los Gobiernos se les originarán mayores dificultades estando inactivos, y no defendiendo en interés de su propia legitimidad el último resto de la más antigua monarquía.

»Los católicos desean, pues, de sus Gobiernos que desde ahora saquen las necesarias consecuencias de la urgencia del asunto, en la firme seguridad de que la toma del Vaticano, si ahora no se evita, en los últimos momentos, cuando los espíritus de la rebelión hayan iniciado el asalto, no se podrá ya entonces evitar.

»Tr. S. ESPINO.

*
* *
*

Ya dijimos á la conclusión del artículo precedente que no estábamos conformes en ciertas apreciaciones que el diario católico de Colonia, *Die Koelnische Volkszeitung*, hacía sobre la cuestión Romana; entre otras, en la que hace con respecto á la situación del Pontífice el 20 de Sep-

tiembre de 1870, y la en que se halla ahora, y en la que se refiere á las circunstancias especiales de Palma de Mallorca sobre la conveniencia de que allí se hospedara el Santo Padre con su corte Pontificia.

En cuanto á lo primero, debemos decir que, según nuestro juicio, las circunstancias en que ahora se encuentra el Pontificado, son mucho más graves que las en que se encontraba en aquella fecha, pues si entonces solo se trataba de la supresión del Principado temporal del Papa, ahora no solamente se trata de recuperar ese Principado, sino que también, de recuperar la omnímota libertad de la Iglesia en su ministerio universal, y sacar al Santo Padre y al Pontificado del estado de humillación y abatimiento á que le han reducido los liberales sectarios. En una palabra: la revolución no se contenta hoy con tener entre sus garras los dominios temporales del Papa, sino que aspira á destruir el mismo Pontificado, anulando su acción vivificante y civilizadora en la marcha de las naciones, á los altísimos fines que la Divina Providencia les señalara.

Y en cuanto á lo segundo, debemos decir al citado diario católico de Colonia, que no ha estudiado bien las especiales circunstancias en que se encuentra, no solamente Palma de Mallorca, sino toda la isla, para ser hoy tal vez el punto que mejores condiciones reúne, para ser la accidental residencia del Papa en el caso de verse obligado á salir de Roma.

Las primeras y principales condiciones de conveniencia para dar hospedaje al Santo Padre en este ó en el otro lugar, con el amor, el cariño y adhesión á su sagrada persona, y en cuanto á este punto ninguna nación de Europa, ha dado en las presentes circunstancias tan evidentes pruebas como España, de amor, adhesión y veneración profunda al Santo Padre; ninguna otra nación le ha hecho tan espontáneos y generosos ofrecimientos de hospitalidad, y ninguna, como España, defiende con tanto ca-

lor, tanto entusiasmo y heroísmo los derechos todos del Pontificado.

Y por lo mismo, ya fuera Barcelona, Valencia, Sevilla, Granada, Palma de Mallorca, Toledo ó cualquiera otro punto de España, dentro ó fuera de la Península, el que para hospedarse eligiera el Santo Padre, podemos afirmarlo, sin temor de equivocarnos, que había de gozar en él de la más completa independencia y de la mayor seguridad personal, como también el que habían de guardársele todos los respetos y consideraciones que á su altísima dignidad le son debidos. Y esto es lo esencial.

Por lo demás, ya sabemos que el Vaticano no se sustituye tan fácilmente, y que unos palacios como aquellos, de tanta grandeza y majestad, en los que por todas partes le sale á uno al encuentro la idea católica en todo su esplendor y magnificencia, y en los que los Papas y toda la cristiandad han sabido unir á las comodidades materiales todo cuanto humanamente pueda engrandecer al Pontificado... no pueden en manera alguna sustituirse. ¡Allí, cada piedra, cada estatua y cada lienzo, son como otras tantas reliquias que encierran la más rica historia del genio y del arte católicos, que del cielo recibieron su inspiración, para remontarse hasta el mismo trono de la Divinidad! ¡No hay más que un Vaticano en el mundo, y ese Vaticano no está en Trento, ni en Malta, ni en Granada, ni en Sevilla... no está más que en Roma!

Eso mismo lo sabe, como nosotros, el Santo Padre, quien, al salir de Roma, si ese caso llegara, no hay por qué decirlo, lo haría imponiéndose muy grande sacrificio, dispuesto á sufrir el martirio y decidido á vivir en las catacumbas.

Pero los españoles, que cuentan con muchos y grandiosos palacios, se apresurarían á ponerlos todos á disposición del Santo Padre... y esté seguro el diario católico de Colonia, que, hospedado en uno de ellos el Santo Padre, allí, allí, como por encanto, amontonarían los católicos

españoles cuanto de más grande, más rico y precioso hubiera producido en el mundo el genio, la ciencia y las artes! El amor, el amor noble y generoso, el amor entrañable, que los católicos españoles tenemos al Santo Padre, sabría imponerse los mayores sacrificios, llegaría en su generosidad y desprendimiento hasta el más alto grado de heroísmo, y sabría hacer por el bienestar de su tan amado Papa León XIII grandiosos portentos y como milagros, cual ninguna otra nación del mundo.

Y como también los hijos de Palma de Mallorca, son españoles católicos, si allí se hospedara el Santo Padre, harían también esos mismos sacrificios y solo darían motivos para que el resto de la España católica estuviera altamente satisfecha de su noble y generoso comportamiento.

No olvide todo esto el diario católico de Colonia, *Die Koelnische Volkszeitung*, y no volverá á decir que de la isla de Mallorca apenas puede hablarse en serio como conveniente residencia del Papa, por causa de su aislada situación geográfica; pues, á la verdad, que esta es precisamente una de las mejores circunstancias para la accidental residencia del Papa, como ya queda dicho en el artículo 4.º del capítulo III.

Ahora, pues, nos ocuparemos por última vez de progreserías ya trasnochadas y de fantasmas que la prensa liberal sectaria ve en los deseos que gran número de católicos españoles tienen de que el Papa venga á España, y resida en Palma de Mallorca, en el caso de abandonar á Roma.

Y para conseguir nuestro objeto, el periódico *La Unión Católica* nos da el trabajo hecho en el artículo de fondo que en sus primeras columnas insertó en el número correspondiente al día 16 de Octubre último.

Dice así:

«La salida del Papa y EL RESUMEN.

»Si no se tratara de cosas serias y de fundamento, y, más que serias, graves por su origen, por su caracter y por sus consecuencias, sería cosa de pasar un rato divertido con las fantasías moriscas, ingeniosas fábulas y entretenidas invenciones que con la mayor formalidad del mundo y como quien domina todos los secretos de la diplomacia y penetra como vidente en las conciencias más recónditas y recorre como duende ó *medium* los palacios más guardados, publica con alguna impertinente frecuencia *El Resumen*, sobre la situación del Vaticano y del Papa y sobre el estado de ánimo de los Cardenales.

»El recreo del susodicho periódico es, sin embargo, pecaminoso, y puede producir malos frutos entre los lectores de anchas tragaderas que crean á pié juntillas, porque se lo dice su papel de cámara, las mil y una novelas de que se hace eco el diario de la calle de la Reina ó de la calle de la República.

»Y lástima grande que el inventor de la novela gaste su brillante ingenio y los recursos literarios, nada vulgares, de su pluma, en mostrar mala intención contra el Catolicismo, la Iglesia y el Pontificado.

»*Dime con quién andas te diré quién eres.* Las malas compañías siempre producen su efecto. Andar del brazo de *El Liberal* en el Ministerio de Gracia y Justicia y ser su camarada, su compadre y su apoyador, origina á buen seguro inconvenientes y peligros para el espíritu moral y para la conciencia religiosa.

»Anoche publica *El Resumen* la séptima edición de sus cuentos árabes, llenos de las más curiosas y peregrinas y risibles patrañas que registra la literatura burlesca, ó mejor dicho, burlada.

»En primer fondo, con el título de «Los Jesuitas y las Baleares,» suponiendo *El Resumen* que le escriben desde Roma (desde la calle de la Reina) refiriéndole fielmente las impresiones, los conceptos, las apreciaciones y los juicios de un elevado y conspicuo personaje de la curia pontificia, como la llama el irrespetuoso periódico, personaje que ante la habilidad de un *reporter* habla todo lo que sabe y llega hasta la indignación y propala irreverencias contra el venerable León XIII, á quien pinta como inteligencia apagada y voluntad muerta, entregada de lleno y con docilidad superlativa á la opulenta y terrible y avasalladora tiranía de la *masonica* Compañía de Jesús, escribe *El Resumen* sus bromas de censurable ley contra la Santa Sede.

»Cualquiera que con un poco de sentido común y un átomo de sentido ético lea los absurdos ridículos de la supuesta carta de Roma, castigará ó con la risa ó con el desdén moral los estupendos delirios que se quieren hacer pasar por realidades transcendentales y por arcanos descubiertos por el seso transcendente de los *reporters* que tiene *El Resumen*, en la capital del mundo católico, aunque el titulado clérigo de esta corte desee que continúe siendo capital del arruinado y llamado y falsificado reino de Italia.

»¿Y qué ha dicho ese *fantasma* de personaje á que se refiere *El Resumen*, preguntarán nuestros lectores? Pues en sustancia, y reduciendo á quilates el mineral que hay en dos columnas y media, lo que sucede, lo que pasa, es que los *picaros* Jesuitas que poseen miles de millones de liras, tienen secuestrado al Papa y han preparado el complot de que salga de Roma y se establezca en Palma de Mallorca, con objeto de encender la guerra civil en España, poner á don Carlos en el Trono y restablecer el absolutismo, de acuerdo con los ingleses á quienes por este medio irán á parar las islas Baleares en venta.

»En semejante plan entran, según el flamante corres-

ponsal romano de *El Resúmen*, los carlistas, los Obispos intransigentes, Cánovas y Pidal, puestos todos al servicio y á la devoción de esos tenebrosos manejos de la Compañía de Jesús.

»Tal es el cuadro sin recargar.

»Ahora bien; todo esto es tan desatinado en sí mismo, tan fantástico, tan absurdo y tan disparatado, aparte de las condiciones literarias del escritor, que es ridículo en alto grado, y no merece tomarse en cuenta, ni análisis, ni discusión, ni contraprueba, sino lo que hacemos, ponerlo en evidencia; pues todo lo que es ridícula y soberanamente absurdo, expuesto ante la claridad de la razón y la sensatez del sentido común, encuentra su propio castigo, el descrédito, y el mentís más completo y legítimo.

»Pero no queremos terminar este artículo, sin dejar por nuestra parte de hacer, ó, mejor dicho, de repetir cien mil veces, un millón de veces, nuestras protestas de siempre, nuestro amor hacia el augusto Vicario de Cristo, el pobre prisionero, el venerable anciano del Vaticano.

»Y decimos hoy, como ayer y como siempre, que si el Pontífice, en su altísima sabiduría y prudencia, juzga llegado el momento de buscar refugio en España por elevadas ó inspiradas consideraciones del bien y de las necesidades de la Iglesia y de la Santa Sede, y del Catolicismo, y del orden social, por razones de una guerra internacional, de una revolución ó de una sacrílega persecución, la inmensa mayoría de los españoles, los españoles de buena voluntad recibiremos de rodillas y con todos nuestros homenajes y con todos nuestros deberes, al huésped fugitivo que gobierna la nave de Pedro. Y llorando con el Pontífice sus penas y sus amarguras, le consolaremos, á El que dispensa los consuelos celestiales, le vene-

raremos, le respetaremos y le ofreceremos nuestros pechos, nuestras vidas, nuestras haciendas, pues es necesario que el Papa sea libre é independiente, y ejerza con dignidad su misión espiritual, como soberano temporal de sus legítimos Estados.

»Ha circulado con insistencia el rumor de que el Papa había fijado sus ojos en las Baleares para asiento provisional del Pontificado, si circunstancias gravísimas lo reclamasen. Dichosa sería la elección, y España saldría con ella muy favorecida y muy honrada.

»Las Baleares, es una región tranquila, pacífica, donde reina una admirable quietud. Sus habitantes son sencillos y honrados y piadosos, y conservan con tenacidad envidiable el depósito sagrado de sus tradiciones católicas y de la epopeya de Jaime el Conquistador. El clima, es una primavera eterna.

Palma de Mallorca, tiene grandes méritos para ser un nuevo Avignon. Su excelente bahía, su grandiosa Catedral, su castillo de Bellver, la iglesia de Santa Magdalena, donde se guarda el cuerpo incorrupto de la bienaventurada Virgen Catalina de Tomás; sus recuerdos históricos, todo es una atracción pontificia.

»Además, Palma de Mallorca tiene tradiciones pontificias. Clemente VIII renunció la tiara en aras de la paz de la Iglesia, tiara que heredó de Benedicto XIII. Pues bien, Clemente VIII, después de la renuncia se fué de Obispo á Palma de Mallorca; y en la liturgia de la Catedral de esta capital se observan los ritos pontificios.

»No hay nada, pues, de venta de las Baleares, donde nació el genio de Anibal y la familia de los Bonapartes; donde Raimundo Lulio derramó su filosofía originalísima, algún tanto ontológica y racionalista; donde reina Nuestra Señora del Lluch; donde Quadrado, el sucesor de Balmes, cultiva las letras.

»No hay más que si el Papa jugase oportuno escoger á Palma como refugio del Pontificado, España entera, por

sufragio universal, se daría por muy honrada al dar hospitalidad al augusto prisionero del Vaticano.

»Después del infucio discurso que acaba de pronunciar en Palermo el sectario Crispi, los católicos deben unirse más y más, para salvar al Papa de la barbárie masónica.»

Plácenos de veras el precedente artículo debido á la bien cortada pluma del escritor católico D. Eugenio Fernandez Hidalgo, y estamos conformes de toda conformidad con la doctrina por él expuesta y con las apreciaciones que hace sobre la supuesta carta que de Roma dijo haber recibido *El Resúmen*. ¡Es hasta donde puede llegar la estulticia y mala fe liberal-sectaria!

Dejamos á ese tan desgraciado y nauseabundo periódico, al que ya, el Sr. D. Eugenio Fernandez Hidalgo, dió muy sendos y merecidos palmetazos literarios, y repetimos una y mil veces con el referido Señor: «*Es necesario que el Papa sea libre é independiente, y ejerza con dignidad su misión espiritual, como soberano temporal de sus legítimos Estados.*»

De tan interesante asunto nos ocuparemos en el capítulo siguiente.





CAPÍTULO VII



ios lo quiere, Dios lo quiere! No es solamente Pedro el Hermitaño, sino que también Godofredo de Buillón, Hugo de Vermandois, Ramón de Tolosa, Ramón Berenguer, San Olaguer, obispo de Barcelona, Conrado, emperador de Alemania, Luis, Rey de Francia, San Bernardo, Guillermo de Tiro, Federico, emperador de Alemania, don Rodrigo, Arzobispo de Toledo, Andrés de Hungría, San Luis ó *el San Francisco de Asis de los Reyes...* no, no solamente piden á voz en grito el restablecimiento del Poder temporal del Papa los simples fieles que solo con la práctica de las virtudes, defienden la Iglesia de Cristo, sino que también, y con voz poderosa, piden ese mismo restablecimiento mil y mil eminencias del saber humano, del mismo modo católicos fervientes; y del Norte y Mediodía, del Oriente y el Poniente, por todos los confines del mundo un muy grande clamor, clamor poderoso de todas tribus y naciones, clamor universal, como voz potente y quejumbrosa de muchas aguas, elevase constante de la

tierra al cielo, y toda la Cristiandad, en inmenso Coro, al Dios de las Misericordias y de todo consuelo pide doliente la pronta liberación de su virtuoso y sabio Pontífice que, entregado al poder de las tinieblas, y abandonado de casi todos los Príncipes y Gobiernos del mundo, dirige con pasmoso heroísmo la nave de la Iglesia, entre mil y mil escollos y vagíos, y combatido por las más furiosas tempestades...

¿Qué más queréis, liberales sectarios? ¿No sois vosotros los que en los plebiscitos encontráis las fuentes más ricas y puras de todo derecho? Pues bien; los católicos de todos los países del mundo nos hemos dado esa cita, no una, sino muchas veces, y, siempre, siempre, hemos obtenido una inmensa mayoría sobre vosotros á favor del restablecimiento del Poder Temporal del Papa.

¡Y lo estais viendo y no lo veis, oyendo y no lo oís, palpando y no lo palpáis! Lo veis, lo oís, lo palpáis... con los ojos y los oídos del derecho, pero la ambición y el odio á Cristo, á su Iglesia y á su Vicario, os tapan los ojos y los oídos, y ya no respetáis vuestra misma ley plebiscitaria, siendo para vosotros aquello mismo que las cosas más santas, el más vil sarcasmo! ¡Ah! Cuando no os ampara la fuerza del derecho, os defendeis con el derecho de la fuerza!

Escuchadnos otra vez, y también una vez más, oireis á esa muchedumbre de católicos, numerosa como las arenas de los mares y las estrellas del firmamento, pediros por aclamación devolváis á la Santa Sede su dominio temporal, el Patrimonio de San Pedro, los Estados Pontificios, usurpación que debe considerarse como injusta, sacrilega é importuna, y «además como un acto impopular, odioso, lleno de ingratitud y como un desacierto que es á todas luces altamente censurable.» (1).

Escuchadnos, sí, y oireis esa voz concorde de suplican-

(1) Excmo. Sr. Sancha, Obispo de Madrid, 1888.

tes, cuyos clamores, no cabiendo ya en la tierra, penetran hasta el cielo, yendo y viniendo por todas partes cual aguas abrumadoras del universal diluvio, sin cesar de repetir ni un solo instante: «¡Dios lo quiere! ¡Dios lo quiere!»

*
* *

Oid, liberales sectarios, esa misma voz en la ciudad de Arras, la ciudad de los Congresos católicos, oídla con respeto santo y veneración profunda, que en sus 18 Congresos hasta hoy celebrados, respecto al poder temporal de los Papas, siempre ha pedido su más pronto restablecimiento. Oid, oid; que ese misma voz viene resonando hace ya algunos años, en varios puntos de las Américas, en Suiza y Alemania, en Francia, Hungría, en la misma talía .. ¡allí mismo donde hay dos ó tres católicos en el Santísimo Nombre de Dios congregados!

Y recientemente esa misma voz, cada vez de mayor poderío, ha resonado en Madrid, Lisboa, París... y aún ahora mismo está resonando como todos los días, por sus mil y mil bocas, nos lo está diciendo el telégrafo: leed, leed telégramas del último mes de Septiembre:

«Munich 24.—El Congreso católico reunido en esta ciudad, ha votado por aclamación un acuerdo favorable al poder temporal del Papa».

»Paris 25.—Se anuncia la celebración de nuevos Congresos católicos, en los cuales se insistirá sobre la necesidad del restablecimiento del poder temporal de la Santa Sede».

»Londres 30.—Una pastoral del Cardenal Mannig leída ayer en todas las capillas católicas del Arzobispado, invita al Clero á celebrar las próximas fiestas del Rosario con la mayor solemnidad, y *en pro del restablecimiento del poder temporal del Papa.*

»En varias Iglesias se leyó también una alocución de Su Santidad, relativa á los ultrajes de que el Pontificado ha sido objeto en Roma, con motivo de la erección del monumento del apóstata Jordan Bruno.

»El documento dice que estos ultrajes han obtenido la sanción tácita del Gobierno del Quirinal».

Y leedlos también del último mes de Octubre:

«París 10.—Inspira verdadero interés en los círculos religiosos el Congreso de jurisconsultos católicos que se está celebrando en Arras y al cual asisten varias eminencias de la Iglesia y del foro.

»En dicho Congreso se trata de las relaciones entre el capital y el trabajo, y de los medios de evitar los conflictos entre patronos y obreros.

»Se anuncian varias manifestaciones importantes desde el punto de vista jurídico reivindicando los derechos de la Santa Sede al poder temporal.»

«París 17.—La mayor parte de la prensa extranjera, incluso la más desapasionada, reconoce que las palabras del Sr. Crispi acerca de la cuestión pontificia, han producido general indignación en el orbe católico.

»Manifiesta que dichas palabras constituyen una declaración de guerra á la Iglesia, representada por el Papa, no solo en el terreno temporal, sino también en el espiritual.

»Indican algunos periódicos que no sería de extrañar que León XIII en la imposibilidad de conservar su libertad pontificia en la Ciudad Eterna, pusiese al fin en ejecución el proyecto de abandonar á Roma sobre cuyo asunto consultó al Sacro Colegio de Cardenales.»

Y también del mismo mes en que estamos: (1)

(1) Noviembre 22.

«Vindthorst en el Congreso Católico de Sajonia.

»Transcribimos con mucho gusto las palabras pronunciadas en dicho Congreso por el célebre caudillo del Centro Católico alemán, sobre la cuestión del Papa.

—»Se quiere debilitar, dijo el ilustre orador, al Papa y á la Iglesia. Allí donde se aclama á Crispi, no se aclama á su persona, sino á su conducta respecto á la Santa Sede. Y sin embargo, su discurso de Palermo, debiera haber dado en qué pensar á los pueblos y á los soberanos, porque en él proclamó la ruina del Altar y del Trono con su teoría sobre la soberanía absoluta del pueblo.

»Nosotros, por el contrario, protestamos contra aquel discurso. Somos monárquicos, y amamos la autoridad. Protestamos también contra la religión de la razón, que es la que ha engendrado el escándalo de Giordano Bruno, protesta contra el Pontificado. Nosotros protestamos contra este escándalo, que ha demostrado claramente la necesidad de la soberanía pontificia.

»Nostros reivindicamos esta libertad como necesaria á la libertad de la Iglesia y conforme á nuestro interés. Por esto nosotros nos asociamos á esos Congresos Católicos de Alemania, Austria, España y América. Las resoluciones de estos Congresos, estoy seguro, producirán su resultado sin guerra ni violencias.

»El prestigio de la Santa Sede, que jamás ha estado tan alto como hoy, dá la garantía de este aserto. Todos los pueblos rivalizan en amor al Papa. Nosotros, alemanes, no seremos los últimos.

»El Congreso aprobó por unanimidad, una resolución en favor de la libertad territorial del Papa y contra el escándalo del 7 de Junio.»

Esa misma voz, liberales sectarios, en todo tiempo y lugar, siempre concorde, os pide como el más legítimo de los derechos, devolvais al Papa el poder temporal, que la acción de la Divina Providencia quiso establecer, «como óptima garantía de la libertad del Papa,» (1) y cuya necesidad está ya mil y mil veces probada por el consentimiento universal de la Iglesia, consentimiento que nos consta por el testimonio de los Papas, de los Obispos, de los fieles y de los mismos enemigos de la Religión.

El gran Pio IX os decía:

«Nuestro cargo nos impone el deber de sostener con todas nuestras fuerzas en defensa de la soberanía civil de la silla apostólica, los derechos y posesiones de la Santa Iglesia Romana, y la libertad de la misma Sede, íntimamente unida con la libertad y utilidad de toda la Iglesia» (2).»

Y Su Santidad León XIII, os ha dicho, con no menos claridad y energía:

«Pedimos la restauración del poder temporal, no solamente porque es necesario para defender y conservar la libertad del Poder espiritual, sino también porque envuelve la causa del bien público y el bienestar de toda la sociedad humana» (3).

Y todos los señores Obispos del orbe católico también os dijeron:

«Reconocemos el principado civil de la Santa Sede como una cosa necesaria, y manifiestamente establecida

(1) Leo XIII, *Immortale Dei*.

(2) *Quibus untrique*.

(3) *Inscrutabili*.

por la Providencia divina; y no dudamos declarar que en el presente estado de las cosas humanas, este principado civil es de todo punto necesario para el bien y gobierno libre de la Iglesia y de las almas» (1).

Y hasta los enemigos de la Iglesia son del mismo sentir: oid, entre otros muchos, á Napoleón I y al protestante Guizot; el primero decía:

»¿Creéis que si el Papa estuviera en París, los austriacos y los españoles consentirían en admitir lo que decidiese?» Y el protestante Guizot ha dicho: «La unión del Poder espiritual y del temporal en el Papa, no ha sido un hecho buscado sistemáticamente, ni obtenido á nombre de una pretensión ambiciosa... Cumpliendo y para cumplir su misión religiosa, ejerciendo y para ejercer su potestad espiritual, el Papa ha tenido necesidad, absoluta necesidad, de independencia y de una cierta medida de autoridad material.»

¿Qué más queréis, liberales sectarios?— ¡Dios lo quiere! ¡Dios lo quiere!— os volvemos á repetir. Sí; quiere Dios que volvais á los rectos caminos de la justicia y que restituyáis cuanto antes á la Iglesia sus Estados, que injusta y sacrílegamente retenéis; pues bien sabéis además que la altísima dignidad del Pontífice, el libre ejercicio de su autoridad, la misma prosperidad de la Santa Iglesia y hasta el bien público de la sociedad, reclaman de consuno, y con muy grande imperio, ese Principado temporal, que los Papas han tenido providencialmente durante muchos siglos.

Oid sobre esto último al inmortal Pontífice Pio IX, pues no puede estar más terminante en su ya citada bula (2):

(1) Mensaje de los que estuvieron en Roma en 8 de Junio de 1862.

(2) Quibus quantrique.

«Fué una disposición especialísima de la Divina Providencia, el que, dividido el Imperio Romano en muchos reinos y en varios Estados, tuviese el Romano Pontífice, á quien Cristo Nuestro Señor cometió el cuidado y Gobierno de la Iglesia, una soberanía civil, á fin de que en el Gobierno de la Iglesia, y en defensa de su unidad, gozase de aquella plena libertad que se refiere para el desempeño del supremo ministerio apostólico».

*
* *

Oid á la historia, liberales sectarios, oidla, que en voz muy alta os dice que el Poder temporal de los Papas tuvo su origen en los últimos tiempos del Imperio Romano. ¡Y no quereis que nos acordemos del Emperador Constantino! ¡Sí, sí! Fué muy grande héroe aquel Emperador que, después de dar la paz á la Iglesia, le restituyó las propiedades y bienes confiscados á los cristianos durante las persecuciones, y que provenían de las donaciones de los fieles; los cuales bienes formaron el principio de la dominación temporal.

Fué muy grande héroe, repetimos, el Emperador Constantino, pues comprendiendo «que donde estaba el Papa no debía dominar otro soberano, trasladó la capital de su Imperio á la ciudad de Bizancio, que de su nombre se llamó Constantinopla.»

Fijaos bien en el modo de obrar de Constantino: hizo dos cosas, que vosotros debeis hacer también: restituir á la Iglesia lo que era suyo, y alejaros y no poco de Roma; váyase la casa de Saboya... á su casa, váyase á Cerdeña, y llore allí el Rey Humberto, lloren también sus sucesores hasta la cuarta ó quinta generación, las muchas faltas y muchos sacrilegios cometidos también contra la Iglesia, por su muy desgraciado predecesor Victor Manuel; por aquel Rey, el primero que de aquella Real casa se apoderó de los Estados Pontificios, los que, como ya hemos dicho,

se formaron en un principio de las propiedades y bienes confiscados á los primitivos fieles, durante tres siglos de persecuciones, y que el gran Constantino devolvió á la Iglesia; y además de las donaciones que el Emperador Carló Magno hizo á los Papas de sus propias conquistas en Italia, haciéndolas reconocer en actos solemnes, desde cuya época, siempre los Papas estuvieron en posesión de sus Estados; pues aunque con el transcurso de los tiempos se sostuvieron frecuentes luchas entre el Sacerdocio y el Imperio, siempre, siempre, concluyeron los Reyes por reconocer la integridad de dichos dominios; integridad que solemnemente fué también reconocida en nuestros días por los soberanos de Europa en el tratado de Viena de 1815.

Temed, liberales sectarios, temed, usurpadores sacrílegos, los anatemas de los grandes Pontífices Pío IX y León XIII; recordad que Pío IX os excomulgó en el día 26 de Marzo del año 1860, con estas palabras:

«Todos los que se han hecho culpables de la rebelión, de la invasión, de la usurpación... todos sus autores, consejeros... han incurrido en excomunión mayor y otras censuras y penas eclesiásticas, decretadas por los santos Cánones, decretos, etc.» (1).

Penas que alcanzan también á todos los que conservan aquellos bienes; pues á continuación añade:

«Establecemos y declaramos que no solamente los culpables, sino que ni sus sucesores á los puestos que ocupan podrán jamás bajo cualquier pretexto que sea, creerse exentos y dispensados de retractar, revocar, borrar y anular todos sus atentados ni de satisfacer real y efectivamente ante todo y como conviene á la Iglesia y á Nos, etc.»

(1) Bul. Cum catholica Eccla.

Y el mismo Santo Padre León XIII, del que sin más fundamento que vuestros inicuos deseos, esperábais, siguiera en esto un camino enteramente opuesto al de su antecesor, mantiene en vigor todas aquellas censuras, como consta de la Encíclica primera, que dirigió á todos los Obispos del Orbe Católico en 21 de Abril de 1878, en la que les decia: «Cumpliendo con nuestro oficio de defender los derechos de la Santa Iglesia, renovamos y confirmamos todas las declaraciones y protestas que nuestro antecesor Pio IX, de feliz memoria, publicó y repitió, contra la ocupación de Principado civil y contra la violación de los derechos de dicha Iglesia» (1).

*
* * *

De aquí, liberales sectarios, las continuas protestas de la Iglesia contra las sacrílegas usurpaciones; y protestó Pio IX, protestó León XIII, han protestado todos los Obispos y todos los Congresos católicos.

El Papa Pio IX protestó en su Encíclica de 18 de Marzo de 1861, en estos términos:

Prefenden que esta apostólica Sede, que fué y será siempre el baluarte de la verdad y de la justicia, sancionase que un agresor inicuo puede poseer tranquila y honradamente una cosa arrebatada con injusticia y violencia, estableciéndose de esta suerte el falso principio de que la santidad del derecho nada tiene que ver con una injusticia consumada; mas el Romano Pontífice no puede en manera alguna consentir en ese despojo.» (2).

Y protestó también León XIII, liberales sectarios: leed sus palabras:

(1) Inscrutabili.

(2) Iamdudum cernimus.

«De nuevo atestigüamos que queremos salvar por íntegro y perpétuamente todos los derechos de la Sede apostólica, movidos por la conciencia de nuestro deber, por la Religión del juramento y por el ejemplo de nuestros antecesores.» (1).

Y también han protestado los Obispos todos uniéndolo sus fervorosas adhesiones á las Encíclicas de Su Santidad y enérgicas protestas contra la opresión de que es víctima, pesando y exponiendo á la vez las razones en favor del Poder temporal.

Y los mil y mil Congresos Católicos, cuya celebración ha reconocido y reconoce por principal causa condenar esa usurpación, todos unánimes han protestado contra ella, en iguales ó parecidas formas que lo hizo el celebrado en Madrid en el presente año, enviando á Su Santidad un Mensaje en el que se lee:

«Nuestro principal cuidado, Santísimo Padre, será el proclamar á la faz del mundo la necesidad de vuestra independencia y de vuestra libertad, y como garantía ordinaria y providencial de las mismas, el restablecimiento efectivo de vuestro Principado civil y la restitución íntegra de los dominios territoriales y de la ciudad de Roma.»

Concluiremos este capítulo como lo principiamos: «¡Dios lo quiere! ¡Dios lo quiere!» No solamente piden á voz en grito el restablecimiento del Poder Temporal del Papa los simples fieles, que solo con la práctica de las virtudes defienden los derechos de la Iglesia de Cristo, sino que también, y con voz muy poderosa, piden ese mismo restablecimiento mil y mil capacidades, mil y mil eminencias en todos los ramos del saber humano; y del

(1) *Post Excitatos.*

Norte y Mediodía, del Oriente y el Poniente, por todos los confines del mundo, un muy grande clamor, clamor poderoso de todas las tribus y naciones, clamor universal, como voz potente y quejumbrosa de muchas aguas, elevase constante de la tierra al cielo, y toda la Cristiandad en inmenso coro, al Dios de las mirericordias y de todo consuelo pide muy doliente la pronta liberación de su virtuoso y sabio Pontífice León XIII....





CAPÍTULO VIII



ON sumo gusto leimos el muy importante artículo de fondo que publicó *La Unión Católica* el 19 del último mes de Octubre, haciendo muy interesantes aclaraciones sobre el que el 7 del mismo mes publicó el diario católico de Colonia, *Die Koelnische Volkszeitung*, titulado: *¿Saldrá el Papa de Roma?* y firmado aquel por el Presbítero D. Angel Mathieu, con cuyas aclaraciones y opiniones estamos enteramente conformes, y con las que de seguro, lo estarán también todos nuestros lectores, por lo que, aunque de bastante extensión, dámosle amistosa cabida en nuestra obra, copiándole íntegro, y tal y como lo publicó el susodicho periódico *La Unión Católica*. Dice así:

¿Saldrá de Roma el Papa?

«En su artículo de fondo así titulado, y fechado el 7 del mes actual, el diario católico *Die Koelnische Volkszeitung*,

de Colonia, con buenos intentos que no podemos ni un momento poner en duda, exponiendo su modo de ver sobre la cuestión de la salida del Papa, entre consideraciones muy sabias, emite algunas opiniones, á las cuales nos creemos en el deber de contestar, con la esperanza de probar que, respecto á ciertos puntos, dicho importante y justamente apreciado periódico, anda acaso equivocado.

»Empieza diciendo que desde que se agitó la probabilidad por el Papa, de tener que marcharse de Roma, se ha escrito tanto con y sin relación á círculos autorizados, que juzga él oportuno hacer la luz sobre dicho asunto.

»El citado párrafo parece condenar la iniciativa privada, dando exclusivamente á los círculos autorizados el derecho de ocuparse en la presente cuestión.

»Pues en todos los tiempos, desde los más remotos siglos de la Iglesia, hasta cuando se trató de puntos doctrinales, hubo siempre la libertad respetada de esa misma iniciativa que, con tanta distinción, aprovecha el mismo mencionado periódico; efectivamente, además de nuestros santos Doctores, los Justinos, los Tertulianos y tantos otros, cuyos gloriosos escritos resplandecen cual astros inmortales en el cielo de la Historia, son la prueba evidente de que no está reservado solamente á círculos autorizados el hablar presentemente de la cuestión romana.

»Es por lo demás cosa muy natural el que se quejen los miembros, cuando se toca la cabeza, particularmente en los momentos de peligros, cuando se ve atacar, despojar á un padre, apoderarse de sus bienes, usurparle su corona, tenerle como encarcelado, saciarle de humillaciones y sufrimientos, es muy legítimo y natural el que todos sus hijos fieles, cada cual en su esfera, por su fuerza respectiva ó su talento, defiendan y procure poner á salvo su persona venerada, su sagrada dignidad y su justa y anhelada independencia.

»Y sépase, que para nosotros, resueltos y profundamente

convencidos católicos, la paternidad espiritual aquella, supera á todas las paternidades juntas de la tierra, é invade hasta lo más hondo de nuestras almas, por ser el Papa la representación visible más alta de Dios en esta mansión terrestre; de Dios, á quien debemos nuestro ser; de Dios, principio y fin eterno de nuestra existencia; de Dios, de quien, padre infinitamente bueno, justo y misericordioso, lo esperamos todo en aquella vida verdadera de felicidad sin término, reservada á sus criaturas fieles, cuando concluidos para cada uno de nosotros en el pasajero y penoso sueño del mundo terrenal los padecimientos, las humillaciones, abandono y persecuciones de nuestros semejantes, deplorablemente extraviados en la senda de la indiferencia religiosa, de la impiedad, y por lo tanto de su espantosa perdición.

»Con sobrada razón, estas inquebrantables y consoladoras esperanzas, estos sentimientos tan internos de nuestra conciencia, á todo lo antepone.

»El bien mayor, en comparación del cual todo lo demás sería friolera, es el precioso tesoro de la fe, de la fe verdadera, de la fe católica, completa y completamente aclarada, de aquella fe que hizo los mártires y que va llevando al mundo caridad y salvación; y al contrario, la mayor desgracia que pueda haber á una criatura humana, es el carecer de aquella misma fe divina; porque sin ella, no puede haber remuneración, ni santo arrepentimiento, ni por lo tanto, salvación ninguna respecto á la eternidad, para la cual, ante todo, nos crió Dios á su imagen y semejanza: (*porro unum est necessarium, salus vestra...*) «Una sola cosa os importa de veras y os es absolutamente necesaria: la salvación de vuestra alma,» dijo el mismo Divino Salvador.

»Pues bien: arraigados en aquellos principios llenos, juntos con las numerosas falanjes de héroes, de mártires de toda clase social y de sabios cuyos genios superiores y preclaras virtudes, asombraron al mundo, no podemos

prescindir de tomar parte en esta cuestión de honor que, en el terreno religioso, tan sumamente nos interesa. León XIII, pues, es para nosotros el más sagrado de los padres, como la Iglesia inmortal de Cristo, es la más amada de las madres, y si les maltratan y los persiguen inicuamente y los amenazan los más terribles peligros allá, en la misma capital del catolicismo, ¿cómo podemos nosotros, los hijos adictos y fieles, por humildes que seamos, cómo podemos prescindir de hablar, de escribir, de buscar todos los medios de salvarlos de tan dolorosa y crítica situación? He creído con ardiente firmeza, y por eso mismo me ha sido imposible retener mi lengua á pesar de hallarme extremadamente humillado, exclamaba el santo profeta *«credidi, propter quod locutus sum, ego autem humiliatus sum nimis.»* Pues, en presencia de lo que pasa en Roma, es también fruto precioso de la misma ardiente fe, aquella manifestación individual ó colectiva de profundo dolor y cariño filiales, que, á pesar su acaso, admiran y conmueven á los mismos perseguidores y al mundo entero; y, aunque esta misma manifestación universal de sus hijos espirituales, no logre remediar por de pronto la aflictiva situación de León XIII, recibe sin embargo, con ella, su corazón paterno el más grato consuelo en medio de sus incesantes amarguras.

»Que sería tristísimo para los católicos el ver al Santo Padre en la necesidad de alejarse de Roma, nadie lo negará.

»Pero en las circunstancias excepcionales y tan desfavorables en que ha de vivir el Pontífice y de que tanto padece la Iglesia misma; cuando así reducido, oprimido, insultado y despreciado en la misma Ciudad Santa, en vez de ganar en saludable prestigio, va perdiendo á medida, cuando está peligrando la preciosa existencia de Su Santidad, y que no se trata ya, como en otros tiempos, de convertir con su mismo martirio al mundo pagano; cuando, pues con el sacrificio de su vida no hay nada que es-

perar de cuantos lo persiguen, sino los mayores vituperios y desgracias; cuando, finalmente, hasta con su presencia, llegaría la secta revolucionaria á apoderarse del Vaticano, ¿es conveniente, es indispensable por el mismo bien de la Iglesia, que siga allá Leon XIII, en medio de tantos trances y humillaciones, esperando la muerte de martir indefenso que cada día le amenaza?

»¿Y no se le puede hallar de veras en ninguna parte del mundo un asilo seguro y acertado, un refugio en que goce de su tranquila libertad á todas miras deseada?

»¿De veras no se puede encontrar en ninguna nación un solo pueblo céntrico de católicos en que haya edificios si no grandiosos como en Roma, al menos suficientes, considerando sobre todo que no todas las Congregaciones seguirán al Santo Padre, quedándose al contrario en el Vaticano la mayor parte de ellas?... Y en el caso de que, á su vez, tuvieran estas que salir de Roma, ¿no habría ningún medio de acomodar para ellas locales respectivos y decentes?... De veras, ¿no hay sobre la tierra ningún punto céntrico en que, al abrigo de insultos, persecuciones y zozobras continuas, venerado y universalmente amado, pueda Su Santidad con todo desahogo cumplir con su misión sagrada respecto al orbe católico?...

»Pues bien: sostenemos siempre nosotros que ese punto podría ser la hermosa isla de Mallorca, donde á pesar de las medidas intempestivas, aunque probablemente no mal intencionadas del Gobierno actual, cincuenta y tres Ayuntamientos sobre cincuenta y seis, mandaron á Su Santidad, por vía de su distinguido Prelado, al Soberano Pontífice, la exposición conmovedora de los pueblos mallorquines, ofreciéndole sus edificios, sus casas y sus corazones todos, en caso de que en su sabiduría decidiera tener que alejarse de Roma, y después de amistosamente alcanzado de las altas autoridades que rigen la nación española, el poder aceptar el asilo que con tanto amor y condiciones tan favorables le brindan los buenos y dignos

habitantes de aquella isla, bajo todos conceptos, privilegiada.

»Como tan juiciosamente lo comprendió Constantino el Grande, no conviene el que vivan en presencia en la misma capital las dos autoridades supremas civil y religiosa, por varias razones de transcendental importancia, es ventajoso á una como á otra el que á pesar de armonizarse y unirse para los intereses espirituales de la misma nación y del mundo católico, funcionen, sin embargo, alejadas una de otra.

»Ahora bien: ¿qué punto más que aquella isla está acertadamente alejado de la capital del reino y separado del mismo Continente, aunque á corta distancia de las naciones europeas y de la misma Africa, hallándose por una de sus extremidades á unas seis horas apenas de vapor de la gran ciudad de Barcelona?

»Pero por ese mismo aislamiento, prosigue el mencionado periódico, carece Mallorca de los medios de fácil comunicación indispensables á la Santa Sede, sin pensar acaso que, además de la buena organización de vía telegráfica allá establecida por el cable submarino y con insignificante distancia del Continente, á las compañías ya existentes de vapores mallorquines, añadiríanse, por lo hecho, muchas otras, llevando diariamente, si fuese preciso, por millares de pasajeros á dicha isla, desde el día en que fijase allá su temporal residencia el Soberano Pontífice.

»Bastaríanle, pues, según nuestro modo de ver, en aquel punto de refugio y de desahogo, los citados medios de comunicación y de transporte, reservando siempre á Roma, para cuando permita Dios que la recobre el Jefe de la Iglesia, aquellos grandes espectáculos y acontecimientos que atraen las asombrosas aglomeraciones de gente, como hace poco produjo el memorable Jubileo Sacerdotal de León XIII.

»Aunque así fuera, replica el mismo estimado periódic-

co, se pretende que no ha de salir de Roma el Santo Padre, porque con su salida resultarían aún mayores desgracias.

»Pero resumiéndonos, nos permitiremos preguntar si las supuestas desgracias que, como se pretende, seguiríanse de la salida del Papa, pueden ser mayores que las ya existentes con las sombrías perspectivas del porvenir prontas á realizarse de un momento á otro.

»Sí, á pesar de tener á su lado sus cardenales y embajadores, vive como encarcelado, continuamente humillado, insultado allá el Soberano Pontífice, lo repetimos, en vez de ganar, pierde lastimosamente ese prestigio la Santa Sede; si á pesar de las famosas leyes de garantías que no salvaron ni á Roma ni al Quirinal, no puede salvar con su presencia, el Santo Padre, tampoco el Vaticano de la rapacidad de los sectarios; si en tan desdichada situación ha de esperar León XIII quizás que se acabe con su sagrada persona, sin que para nada saludable respecto al mundo, sino para su alma haya de servir y ser provechoso su mismo martirio, como para nada sirvieron los asesinatos del Arzobispo de París y otras inocentes personas en manos de los extraviados comuneros, parécenos que, no obstante sus buenos intentos, no va acertado en su razonamiento el respetable diario aludido.

»Porque, pues, así gusta y conviene á los fines é intereses diplomáticos mal entendidos de ciertos poderosos de la tierra, se ha de privar á León XIII hasta del derecho de escapar de las garras de sus verdugos, y á los pueblos compasivos y generosos del derecho de ofrecerle un asilo tranquilo en ninguna parte del mundo.

»Desde el momento que se apoderó Italia de los Estados Pontificios y de la ciudad de Roma, privando al Santo Padre de su trono, y, por lo tanto, de su independencia, ¿qué derecho tiene Italia, con preferencia á las otras naciones, de obligarle á vivir allá, y de vivir allá para dar-

se ella el gusto bárbaro de amargar su vida y dejarlo martirizar? ¿Por qué no se le ha de permitir ir á donde le dé la gana y juzgue presentemente más oportuno por su quietud y mayor bien de la Iglesia? El mismo derecho de Italia tienen hoy día todos los pueblos de la tierra, hasta que se devuelvan al Pontificado su trono y sus bienes.

»En cualquiera punto, por lo tanto, donde se refugie temporalmente y se establezca León XIII, están en el perfecto derecho, como en el honroso y sagrado deber, de seguirle y de establecerse con él los embajadores de todos los pueblos católicos; y si después de madura reflexión ó de acontecimiento inesperado, se ha de efectuar, por los misteriosos y siempre adorables designios de la Divina Providencia, la salida del Santo Padre, le seguirán ciertamente en todas partes los dignos representantes de las naciones; y, si alguno que otro no le siguiera, no por eso dejará de existir, navegar y funcionar victoriosa, á pesar de las impotentes tempestades, la nave inniortal de la Iglesia de Cristo, y quizás más tranquila, con mayor esplendor y sin los tremendos sufrimientos y espantosos temores continuos de que adolece la posición actual del Pontificado en Roma.

»ANGEL MATHIEU, *Presbitero.*»

¡Bien, muy bien por el Presbitero D. Angel Mathieul Sus tan juiciosas observaciones, su amor filial por el Santo Padre León XIII, sus tan plausibles deseos de que Palma de Mallorca sea el refugio del Papa, si sale de Roma, nos encantan, llenan del todo las aspiraciones de nuestro corazón, y hacemos votos al cielo para que á Palma de Mallorca se le conceda tan grande honra y distinción tan envidiada.

Ibamos á dar fin á nuestra obra, reasumiendo en muy pocas páginas cuanto en ella dejamos dicho, pero habiendo bramado otra vez todo el infierno contra la Iglesia Católica y su gran Pontífice León XIII, por boca del bigamo Crispi en Palermo, pronunciando un muy satánico discurso, nos vemos forzados á protestar, juntamente con toda la Iglesia docente y discente, de tanto ultraje, de tanta blasfemia y herejía, como han salido, cual lava del infierno, de la maldiciente boca de aquel ministro liberal-secundario-masónico, servidor digno de su amo y señor Humberto, el rey excomulgado.

También hacemos nuestro el suelto que sobre este particular publicó el referido periódico *La Unión Católica*, el 19 de Octubre último.

Decía así:

«El discurso de Crispi.

»Ya hay noticias detalladas del discurso pronunciado por el bigamo Crispi en Palermo; y hoy nos dice la «Agencia Fabra» que ha sido felicitado por el rey Humberto.

»No nos extraña la felicitación del monarca italiano, ni las insolencias pronunciadas por su ministro. Ambos cooperan al mismo fin, que no es otro que el de acabar con la Iglesia establecida por Jesucristo.

»Dominados por la masonería, hacen supremos esfuerzos para romper en Italia el vínculo de las tradiciones religiosas, que tanto han contribuido al engrandecimiento de Italia.

»Impotentes para realizar obra tan satánica, se revuelven convulsos, contra todo lo santo, grande y noble.

»El discurso de Crispi en Palermo, como era es esperar, ha sido un conjunto de imprecaciones, blasfemias y vio-

lencias contra el Papa y la Iglesia. Ha dicho que el Pontífice no tiene más derechos que los de todo príncipe destronado; que el poder temporal es, aunque secular, un período transitorio de la vida de Roma; que la Italia representa el mundo moderno en Roma en el campo de la libertad espiritual; que en nombre de esta libertad, los italianos han asegurado á la Iglesia el ejercicio de sus prerrogativas religiosas; que el Papa habla y trata libremente de los negocios que son de orden universal, y que la legislación italiana ha dejado en libertad al Catolicismo.

»Lanza además otras acusaciones á la Iglesia, que ni siquiera nos atrevemos á consignar.

»Protestamos, pues, llenos de indignación, contra tales insultos, y pedimos á Dios que dé fuerzas de ánimo al inmortal León XIII, para sobrellevar este nuevo golpe que tanto ha de contristar su alma.»

Ciertamente que, leído ese comentario, al último discurso del impopular y raquíptico hombre de Estado, señor Crispi, de toda nuestra alma, de todo nuestro corazón, y de todo nuestro sér se apodera un como mortal abatimiento, al considerar que esos hombres, no solo no se detienen en sus obras, misterio de iniquidad, sino que por el contrario, cada vez están más resueltos á llevar á cabo todo su maquiavélico plan contra la Iglesia y su Pontífice Santo.

A vista de la impenitencia faraónica de estos hombres, bien podemos decir, sin temor de equivocarnos, que vendrá sobre la Iglesia, la última desolación que sobre ella puede venir—*¡Non deficiet hostia et sacrificium in medio ultimæ hebdomadæ!*—pero, este dilema, nos creemos, no tiene hoja de vuelta, ó el Papa sale de Roma á refugiarse... á donde la Divina Providencia le busque seguro refugio, ó los católicos, guiados, llevados y dirigidos por la misma Divina Providencia, en inmensa Cruzada, vamos á

Italia á barrer esa bárbara, cínica, cruel y satánica revolución liberal masónica para reivindicar todos, absolutamente todos los derechos de la Iglesia y el Pontificado. ¡Vive Dios que la fe y el amor nos agigantan como á los Macabeos para defender los inquebrantables derechos de Dios contra esas hordas de cafres civilizados que, más que los Hotentotes y Patagónicos, desconocen el derecho natural, divino y canónico! ¡Ah, Sr. Crispi, Sr. Crispi! ¡Tiénelo á V. la bigamia muy entontecido y endiablado, y habla V. como... poseido de aquel vicio que más endurece el corazón del hombre, que más tinieblas lleva á su entendimiento y que más le hace aborrecer las cosas espirituales y divinas! Si así no fuera, ¿cómo era posible que usted se atreviera á decir que el Santo Padre León XIII, no tiene más derechos á los Estados Pontificios que los de todo Príncipe destronado...? ¡Ah! Ese modo de hablar, sobre ser muy grande error, es una insigne torpeza.

Es muy insigne torpeza, porque un Príncipe legítimo, destronado por la fuerza, conserva siempre sus santos y legítimos derechos al trono; y el día en que por la fuerza pueda recuperar la corona que contra todo derecho se le usurpó, aquel día debe intentarlo, siquiera sea para el bien de la nación que, por muy grande desgracia, fué á caer en las terribles manos de padrastos y compadres; y es también muy grande error, porque al Santo Padre no se le puede comparar con ningún otro soberano del mundo. El Santo Padre, como Vicario de Jesucristo, y como Soberano temporal, aunque no bajo el mismo aspecto, no es solamente romano ó italiano, es también español, portugués, francés, austriaco, suizo, alemán, ruso, inglés... y en esas mismas naciones, y en todas las del mundo, tiene súbditos dispuestos á defenderle el día en que les diga: «¡Dios lo quiere! ¡Dios lo quiere!»; y en ese día le seguiremos, le obedeceremos millones y millones de católicos de todos los países, que oímos la voz del Papa, como la voz del mismo Dios. Bien sabe V., Sr. Crispi, que

decimos mucha verdad: y porque ve V. que ese día se va ya aproximando, tiembla V. y se retuerce como crótalo herido en las tostadas arenas del desierto! Pero que haga á los católicos del universo mundo un llamamiento semejante, cualquiera otro soberano destronado, y verá V... ¡qué diferencia tan grande en el número de los que oyen su voz y de los que están dispuestos á dar por él sus haciendas y sus vidas! El Papa tiene héroes que, por recuperar sus Estados, derramarán hasta la última gota de su sangre: católicos hay en varias naciones, unos que son monárquicos de esta ó la otra rama ó dinastía, otros que son republicanos, templados ó radicales; pues bien, seamos francos; que cualquier soberano destronado, ó pretendiente á una corona, haga un llamamiento á todos los monárquicos del mundo... y á ese llamamiento se le contestaría con una carcajada de burla y desprecio; ese Rey, ó ese Príncipe, debe concretarse á llamar á los monárquicos de su nación, y no á todos indistintamente, sino solo á aquellos que están afiliados á sus banderas. ¿Es D. Carlos quien se dirige á los españoles pidiéndoles defiendan sus derechos á la Corona de España? Le oirán los suyos, sí, es verdad; y formarán huestes muy aguerridas, un ejército capaz de hacer temblar al mismo Gobierno; pero estemos seguros que los alfonsinos y republicanos españoles, no solo no oirán su voz, sino que, por el contrario, le harán la guerra que puedan para evitar su triunfo.

Pero que sea el Papa, soberano destronado de los Estados Pontificios, el que llame en su defensa á los españoles, y no solamente se alistarán en la Cruzada gran número de carlistas, sino que también un gran número de alfonsinos y no pocos republicanos.

Esta es la verdad pura. Y esto mismo que decimos de España, puede decirse también de Portugal, de Francia, de la misma Italia, Austria, etc., etc. ¡Sr. Crispi! ¡Sr. Crispi! Cuando V. hable del Papa, como soberano destronado,

no cometa V. tan grandes errores ni hable con tan insigne torpeza; pues el Papa no es un soberano destronado cualquiera, es único en su modo de ser, es un soberano que á manos llenas está siempre derramando bienes espirituales, semillas de inmortalidad, sobre muchos millones de sus hijos; un soberano, cuya soberanía, confina y se pierde, digámoslo así, en los mismos Estados de Dios. ¡Es también que los Estados Pontificios son de toda la Cristiandad, y, por eso mismo, puestas en ellos manos sacrílegas, toda la Cristiandad, corazón del mundo, se conmueve y pierde por sus cuatro lados el equilibrio del bienestar, del sosiego y de la paz, y pónese el mundo en aquel tan peligroso estado de un enfermo grave en que ninguna posición puede proporcionarle la salud que le falta. ¡Sr. Crispi, Sr. Crispi! Las manos del Rey á quien servís, y las de todos los revolucionarios, que de cualquier modo influyen en no devolver sus Estados al Papa, están tocando sacrílegamente á un Patrimonio Sagrado, cuyos primeros y más sólidos fundamentos son la fe, el heroísmo y la sangre de más de 20 millones de mártires, sangre siempre viva por toda la faz de la tierra, sangre, *semen christianorum*, y fuente la más pura de los derechos más santos y legítimos.

Todo esto solamente puede decirse del Papa, como tal, y como soberano de los Estados Pontificios; y, aunque destronado, es siempre el Papa más soberano que todos los soberanos del mundo!

No nos fijamos en otras ridículas afirmaciones; ni en otras acusaciones que contra la Iglesia lanzó el Sr. Crispi en su discurso, porque ya están mil y mil veces combatidas, y porque ya hemos cumplido nuestro principal propósito, haciendo ver que el Papa no es un soberano cualquiera destronado, sino un soberano cuya soberanía toca á los Estados del mismo Dios.

Como lógica consecuencia de cuanto llevamos expuesto, vamos á dar una rápida ojeada sobre los castigos que

Dios ha impuesto á las naciones que han perseguido á Jesucristo, á su Iglesia ó á sus Papas...

*
* *

Creais, ó no creais, liberales sectarios, en la especial Providencia con que Dios ha mirado siempre por su Iglesia, vamos por unos momentos á fijarnos en la historia, maestra de la verdad, la que nos dirá con el mismo Espíritu-Santo: «*Miseros facit populos peccatum,*» Sí, sí, liberales sectarios; el pecado, las trasgresiones públicas de la Ley de Dios, y más que todo las faltas graves que los Reyes, los Príncipes y sus Gobiernos cometen contra su Iglesia santa, hacen miserables y desgraciados á gobernantes y gobernados, atraen sobre los pueblos todas las iras celestes, y hacen sean castigados á medida de sus prevaricaciones, y á veces raidos como pueblos de la faz de la tierra.

No podemos nadie precisar qué clase de castigos imponga Dios á nuestra desgraciada nación, por haber negado el Gobierno hospitalidad al Papa. No, no, que los consejos de Dios son inexcrutables y desconocidos sus caminos por el misero mortal.

Aún es tiempo de contener la justicia infinita de Dios, si el Gobierno que hoy rige los destinos de España, vuelve sobre su acuerdo...

Pero... cumplamos nuestro propósito, y recordemos, como queda dicho, á los liberales sectarios para su corrección y enmienda, cuán desgraciadas son las naciones que hacen la guerra á Cristo, á su Iglesia ó á su Vice-gerente en la tierra.

Bien sabeis, liberales sectarios, que el pueblo judío fué el primero que se opuso al reinado de Jesucristo; pues también fué el primero en experimentar las terribles consecuencias de aquella tan injusta oposición; pidió la sangre del Justo, y sobre él cayó cual un diluvio de

males: lleva en su frente el terrible estigma de la reprobación divina, y anda errante y fugitivo, más que el mismo Caín, cumpliéndose al pié de la letra cuanto había predicho el profeta Daniel: «Que pasados 490 años sería el Cristo condenado á muerte; que el pueblo autor de ese crimen, sería arrojado; que la ciudad, el templo y el santuario serían derruidos; que cesarían las ofrendas y sacrificios, y que entonces principiaría una desolación que duraría hasta la consumación y el fin de todas las cosas.» (1).

Y qué, ¿se ha cumplido la profecía en todas sus partes, liberales sectarios? No lo podeis negar; lo estais viendo como nosotros.

Pues temed, temed que... «*Non est Deus quasi homo ut mentiatur, nec ut filius hominis ut mutetur.*» Y las mismas causas producen siempre los mismos efectos.

Tampoco ignorais, liberales sectarios que, después del pueblo judío, fué el romano el que más odió á Jesucristo.

En los tres primeros siglos de la Iglesia, aquellos Emperadores, aquellos infernales tiranos, cuya imperiosa palabra hacía estremecerse al mundo, suscitando persecuciones é inventando á porfía los más exquisitos y refinados tormentos, empaparon la tierra con sangre de cristianos... Pues también, por eso mismo, Roma pagana había de ser anatematizada por Dios y sacrificada, como lo fué, á las imperecederas glorias del Evangelio Eterno de Jesucristo.

Y tened en cuenta que el sacrificio y humillaciones de la Roma pagana, profetizólas en la isla de Patmos, en su Apocalipsis, el gran Vidente de Dios, tres siglos antes que acontecieran; allí vió San Juan la inevitable caída de aquel pueblo, que se creía omnipotente, todos los grados

(1) Dan. IX.—27.

de su decadencia y los diversos castigos que su última calamidad le preparara.

Allí, liberales sectarios, allí, en el apocalíptico libro, veríais señalados los vencedores de Roma, señora y reina de las naciones, el número de Reyes y de pueblos incivilizados que habían de dividirse aquel imperio, que, de todos los mundos, se creía invencible.

Allí os parecería ver á todos los pueblos que, como una avalancha, se arrojan sobre la rica y populosa ciudad de las siete colinas: á los hunos, los godos, los hérulos, y todos aquellos feroces conquistadores, que después aparecieron; el furor infernal de un Alarico y un Totila, que llevaron á cabo la desolación de la antigua Roma.

Y para que veais claramente cuál fué la causa de tan terribles castigos, abriremos otra vez el Apocalipsis y en él la encontraremos marcada con unos caracteres tan claros que no dejan lugar á la menor duda: «Así será tratada—dice—la grande ciudad que reina sobre los reyes de la tierra, la ciudad de las siete colinas, porque ella es la madre de las fornicaciones y de las abominaciones de la tierra, y porque se ha embriagado con la sangre de los Santos y de los mártires de Jesucristo.» (1). La sentencia no podía ser más formal, ni más detallado el motivo de la reprobación.

Y si de la Europa nos trasladamos al Asia y nos fijamos en algunas de sus regiones, un día tan florecientes, ya no encontraremos famosas las ciudades de Efeso, Antioquía y Nicomedia, en las que, con el cristianismo, florecieron cual fragantes y niveas azucenas, las artes, las ciencias, las letras, la más sana doctrina y las mejores costumbres, y en donde resplandecieron, como soles de elocuencia y santidad, los Basilio, los Gregorios, los Crisóstomos... ¡Tanta gloria y grandeza toda quedó eclipsada por las prevaricaciones de aquellos pueblos!

(1) XVII.—6.

Y ahora, liberales sectarios, fijaos en la antigua Constantinopla, un día tan política, tan bella, tan sabia y magnífica, que, fundada por el gran Constantino, llegó á ser tenida como una nueva Roma, ó como una segunda Atenas... ¡oh! también, y por las mismas causas, quedó eclipsada toda su gloria y envuelta como en un sudario de muerte por el fanatismo musulmán!

Y luego, volved vuestra vista al Africa, patria de los Atanasios, de los Cirilos, de los Tertulianos, en donde floreció la célebre escuela de Alejandro, bajo los Clementes y los Orígenes: en donde los Ciprianos y Agustinos, dieron tanto lustre á las ciudades de Cartago y de Hipona... y, comparad, comparad el estado presente de esos pueblos con lo que fueron en la antigüedad, y los encontraréis envueltos en las tinieblas de la ignorancia, oprimidos bajo el tiránico yugo de un despotismo degradante, envilecidos por sus costumbres groseras y que han retrocedido, después de haber sido soles esplendentes, al miserable estado de una infancia social; y entonces, liberales sectarios, entonces os convenceréis una vez más, de que perdiendo los pueblos la verdadera religión, han perdido juntamente con ella, todos sus bienes y grandezas, toda su gloria, sus luces, su libertad, su dicha y hasta la misma civilización.

Pero ¿á qué molestarnos en vano? Lo dijo el Espíritu-Santo, y siempre, siempre, es una verdad, pero muy terrible y espantosa que el pecado, las injusticias y prevaricaciones hacen á los pueblos y á las naciones muy desgraciadas é infelices. ¡Ah! Liberales sectarios, que oprimís la Iglesia de Cristo y en círculo de hierro encerrais á su gran Pontífice: tened siempre presente que no hay nación en el mundo donde se hayan eclipsado los divinos resplandores del Evangelio que, en castigo de sus prevaricaciones é infidelidades, no haya caído en la más degradante barbarie! Así, así, liberales sectarios, así lo exige la infinita justicia de Dios, porque la apostasía de los pueblos

tiene su justo castigo como la de los individuos, y con sobrada razón puede decirse de cada una de estas naciones prevaricadoras lo mismo que el profeta Jeremías dijo de Jerusalen: «Conoce y confiesa, cuán triste es y cuán amargo, el haber abandonado al Señor, tu Dios.» (1)

Y si todo esto os parece historia ya trasnochada, liberales sectarios, tomad con temor y temblor en vuestras *vivas manos* la historia moderna, que en ella tenemos también ejemplos de la reprobación de los pueblos que desprecian la fe y la Ley de Jesucristo. ¿Veis á la Francia en los últimos años del pasado siglo, *deificando* los derechos del hombre y *humanizando* los derechos de Dios? ¿La veis conculcar el orden social, pisotear las Leyes, convertir en menudo polvo los más ricos establecimientos religiosos? ¿La veis hecha una infernal bestia, que consume y devora á millares en el cadalso á sus mejores y más nobles hijos? ¿La veis llevar en carroza de triunfo á la misma muerte, que traidora, cruel y sangrienta, izará por doquiera su tétrico y funerario pendón? ¿Veis á la Francia entregando á la más espantosa desolación sus más grandiosos templos y monumentos? ¿Y la veis, en fin, representando á la diosa razón en una vil y asquerosa prostituta, ocupando en el templo santo el mismo lugar de Dios?...

Pues si preguntáis á la historia, liberales sectarios, cuáles fueron los verdaderos y únicos motivos de tantos y tan grandes males, de tanta barbarie y desolación, ella os dirá con toda verdad, que fué el descreimiento y la grande impiedad de... vuestros progenitores políticos; descreimiento é impiedad que armaron el brazo vengador de la infinita justicia de Dios.

¡Sí, sí! Liberales sectarios! La nación de Clodoveo y San Luis, esa nación que tan grande había sido á la sombra,

(1) II.—19.

siempre protectora, de la religión, y que había llegado al colmo de la felicidad, engañada por los enciclopedistas y volterrianos, prestó oídos á tan seductores y falsos profetas, y vino á dar al mundo, hasta con asombro del mismo cielo, el tan vergonzoso, tan degradante y desconsolador espectáculo de una sociedad sin Dios y sin religión.

Cierto, cierto, liberales sectarios, cierto que esa nación fué presto perdonada, porque, espantada de sus crímenes, se volvió á Dios; pero los autores de aquella revolución, siendo impenitentes, fueron aplastados por la maldición de Dios, muriendo muchos en el cadalso casi envueltos con sus mismas víctimas.

Y otros que no murieron de ese modo, salieron de Francia llevando en su frente el estigma más infamante; y turbados por crueles remordimientos, murieron en suelo extraño, maldecidos de Dios y de los hombres. ¡Tal es siempre el fin de todos los revolucionarios sacrílegos!

¿Lo veis, liberales fusionistas? Pues ya sabeis el fin trágico que os espera. Nos tememos, y mucho, que, por lo menos, os suceda lo que á Juliano el apóstata.

* * *

Post núbila Phœbus. Después de una grande tempestad siempre viene una grande calma.

La naturaleza, que había estado toda como asustada, mientras los flúidos etéreos se hacían una guerra la más despiadada, parece como revestirse de su más rico traje de gala, después de aquel combate en el que la más espantosa desolación izaba por todas partes el funerario pendón de sus horribles trofeos de muerte.

Un sol, el más espléndido, aparece en el horizonte, cual poderoso gigante, en su carroza de fuego, colorando con sus rayos las cumbres de las más elevadas montañas, derramando la vida por los montes y valles, y purificando con su virtud las inmensidades de los espacios; las plan-

tas respiran con ansia una nueva vida, hermosas flores estrellan los campos, tórnanse de nuevo puras y cristalinan las aguas de las fuentes y los ríos, y las aves, saliendo presurosas de entre las hendiduras de las rocas, donde mientras la tempestad, habían encontrado refugio seguro, cruzan aligeras el espacio, saltan bulliciosas por entre las ramas de los árboles, y, con sus trinos, sus melodiosos gorjeos, sus cánticos y poderosas armonías, parece como que muestran su gratitud y rinden vasallaje al Hacedor Supremo, llenando de alegría al propio tiempo el corazón del hombre.

¡Bellas semejanzas del cambio del modo de ser que siempre han producido en las sociedades los triunfos de la fe católica!

Al llegar á este punto, nos encontramos con el número correspondiente al 31 de Agosto último, del periódico *La Unión Católica*, el cual, por habérsenos extrapapelado, no habíamos leído, y, con muy grande sorpresa, y saltando el corazón de alegría, leemos el siguiente suelto, que deseamos sea verdad en todas sus partes.

Dice así:

«El Papa y Mallorca

»A *La Almudaina*, periódico de Palma de Mallorca, le escribe su corresponsal de Roma, acerca de la posibilidad de que el Papa, abandonando á su ciudad propia, busque un refugio en España; y en ella hallamos algunas noticias que, si son ciertas, no carecen de interés.

»Según el corresponsal, no hace mucho se creía que la ciudad escogida por el Soberano Pontífice era Valencia, con preferencia á una de las Baleares, por razones de seguridad; pues parece ofrecerla mayor el continente, que una isla.

»Pero hoy, ultimadas las negociaciones con el Gobierno español, se ha cambiado de parecer, y puede asegurarse que esa honra cabrá á Palma. En la capital de las Baleares, han dicho á Su Santidad, de vecindario laborioso y pacífico sinceramente católico, donde se respeta á los ministros de Dios, que tiene un buen puerto, á poca distancia del continente, de fácil defensa, con un clima templado, y situación favorable para mantener comunicaciones con todo el mundo, podrá vivir el Papa con toda seguridad y en plena paz.

»En Mallorca, continúa diciendo el corresponsal, puede decirse que no hay partidos, y que todos respetan al catolicismo, mientras en Valencia abundan los liberales, y en la Península han crecido bastante las ideas modernas.

»Tor todas estas razones, queridos lectores de *La Almu-daina*, vuestras islas serán preferidas por el Pontífice, y sereis sus amados huéspedes, si un día se vé obligado á ir á España.

»Esas islas accidentalmente ocupadas por el Papa vendrán á ser sus Estados, sin que por eso España pierda el derecho á recobrarlas, el día en que Roma vuelva á estar ocupada por los católicos. Esto es lo que se ha dicho á Su Santidad.»

En medio de tan gratas y consoladoras noticias, nuestro corazón se aflige por unos momentos, al saber que algunos españoles heterodoxos se desconsuelan hondamente por la venida del Papa á España, si se ve obligado á salir de Roma.

¡Ah! Ese puñado de españoles que tanto se disgustan por las para nosotros tan consoladoras noticias, son seguramente españoles degenerados, ó ciegos muy ciegos, por la pasión política.

No, no podemos creer que de corazón detesten la institución divina de la Iglesia católica, que no aman á Dios uno y trino, que no crean en la Divinidad de Jesucristo,

ni en la eternidad de las penas de los réprobos... Todo, todo ese disgusto lo atribuimos á la ceguera de la pasión política, y también á sus aspiraciones, más ó menos fundadas, más ó menos justas, de querer implantar, en la por todos lados monárquica España, la forma de Gobierno republicano, cuyos primeros ensayos tan costosos nos fueron.

¿Es que son verdaderos heterodoxos? ¡Por muy grande desgracia hay algunos de ellos! Pues estos sí, sí, ven con tan malos ojos la venida del Papa á España, porque saben muy bien que las aguas son tanto más puras y cristalinas cuanto más se aproximan á su primitivo origen; que el más cercano á un foco de fuego mayores grados de calor percibe, y que el que más cerca está del árbol, se aprovecha siempre de los frutos más hermosos y sazonados... y por lo mismo, tienen muy en cuenta que, residiendo el Papa en Palma de Mallorca, y no olvidando la grande fe de la mayoría de los españoles y el especial amor que siempre profesaron al Vicario de Jesucristo, no dejan de conocer esos cuantos españoles que ha de verificarse muy grande reacción espiritual en España, y avivarse mucho el catolicismo con la presencia del Vicario de Jesucristo, y por consiguiente afirmarse más y más las instituciones monárquicas.

Esas, esas, y no otras, son las verdaderas causas, en las que el periódico *La República* dice encerrarse muy grande calamidad para España.

Muy acertado estuvo *La Unión Católica* en el suelto que sobre este particular dedicó á *La República*, en el cual decía:

«Al diario madrileño *La República*, como es consiguiente, le sabe esto á rejalgas, y hasta tal punto ha perdido los estribos, que no sabe lo que se habla.

»Dice, en efecto, que España era nación católica por excelencia hace cuatro siglos. ¿Y antes, y después y ahora?

¿Cree *La República* que no fué ni es católica? Esa es la del ciego que soñaba que veía y soñaba lo que quería.

»Añade que, desde que comenzó á hablarse de la venida del Papa, «la prensa liberal en todos sus matices, desde el conservador al republicano, rechazó unánimemente como descabellada y absurda la pretensión de que se trasladase á España la Sede Pontificia.»

¡Pero eso no es verdad! los periódicos conservadores no han dicho semejante cosa; ni tampoco todos los liberales. Y concluye así: «El peligro va siendo sério, y creemos que ha llegado el caso de que todos los amantes de la honra y la integridad de la nación, se pongan en guardia contra la inmensa calamidad que se eierne sobre nosotros y que ningún español debe mirar con indiferencia.»

»Guárdenos Dios de decir, ni de pensar siquiera, que un republicano no sea honrado como persona particular; mas en punto á la colectividad, ya es otra cosa. ¿Qué sabe el partido republicano de honra nacional? No hemos olvidado que á la revolución del 69 la llamaron, *España con honra*; y á poco nos ahogó en cieno.

»La inmensa calamidad que teme *La República* será por ventura que el catolicismo en España se avive y aumente con la presencia del Vicario de Jesucristo; pero de ello nos holgaremos mucho los católicos, que somos la inmensa mayoría: la casi totalidad de la nación »

¡Oh! Sea pronto un hecho lo que su corresponsal de Roma escribió á *La Almudaina*, periódico de Palma de Mallorca, acerca de la venida del Papa á España, y sobre nuestra nación caerán indudablemente todas las bendiciones del cielo.

*
* *

¡Alégrate, España, nación privilegiada! Alégrate, que ya parece ser verdad la venida del Santo Padre,

León XIII, á tus territorios y dominios, de los que en tiempos más felices no apartaba el sol su escrutadora mirada! Exórnate España, de tus más ricas galas, entona cánticos de júbilo é himnos de celestial alegría! Resuenen en tus envidiadas Basílicas mil y mil voces poderosas entonando solemnes Te-Deums á la presencia de casi todos tus hijos, presididos por sus tan virtuosos y sabios Prelados! Eleven tus Vírgenes muy férvidas plegarias eucarísticas al trono de la Trinidad Augusta, entre las magestuosas armonías del órgano y las vaporosas columnas de incienso y mirra! Que tus soldados, con sus valientes Capitanes á la cabeza, llenen los espacios del estampido del cañón, en señal de triunfo, de amor y respeto al Sagrado Huésped, que tan entrañablemente ama á la Católica España! Que tus incorruptibles Magistrados defiendan con valentía los imprescriptibles derechos de la Santa Sede á los Estados Pontificios contra esa maquiavélica Jurisprudencia moderna del *jus fortium*! Que tus poetas, en alas del genio más sublime, escriban en tablas saturadas de perlas y diamantes, y con estilos de oro, los más suaves y tiernos idilios, y canten entusiasmados la fraternal armonía entre la razón y la fe! Que tus más grandes Artistas, extasiados ante las grandezas y misterios de la creación, reciban del cielo sus más vivas inspiraciones y parezcamos ver la plenitud de la vida en sus grandiosas concepciones! Y que todos tus hijos, privilegiada España, heridos de la fe del hijo del trueno del glorioso Sr. Santiago, Patrón muy amado de las Españas, de Pelayo y de Ramiro, de los Fernandos á Isabeles... parézcales ver el hermoso y resplandeciente arco iris, símbolo de paz después de una noche eterna de tempestad horrisona. Sí, sí, parézcales ver el Divino mensajero, precursor de una primavera la más rica en guirnaldas de flores divinales y sempiternos frutos de gloria!

El Santo Padre en territorio español, en las actuales circunstancias religioso-político-sociales, es el más grande

de todos los acontecimientos de los tiempos modernos, la página más brillante de la historia contemporánea española, el más grande panegírico de la fe de los hijos de Santiago y Pelayo, y, sin duda alguna, el principio de una verdadera y estable concordia, de un lazo íntimo de unión y estable reconciliación entre la Santa Sede y el Gobierno español. ¡Loor y gloria imperecedera á todos los que han facilitado, haciendo desaparecer obstáculos, al parecer insuperables, la venida de Su Santidad á la Nación Española, tierra clásica en catolicismo, tierra de mártires y Vírgenes, de inspirados artistas, de sabios Magistrados, de grandes Capitanes, de soldados pundonorosos y nobles caballeros!

*
* *
*

Siendo cierto, como no puede menos de serlo, lo que su corresponsal de Roma escribió á *La Almudaina*, Palma de Mallorca es la ciudad elegida por Nuestro Santísimo Padre León XIII, de acuerdo con el Gobierno español y con S. M. la Reina Regente, para residir accidentalmente si la necesidad le obliga á salir de Roma.

Aquí, Excmos. Señores Sagasta, Gonzalez y Canalejas... aquí sí que cuadra bien aquello de «*Sapientis est mutare consilium*», bajo la hipótesis de que sea verdad ese pacto ó convenio con el Emmo. Excmo. y Rmo. Sr. Nuncio de Su Santidad; ahora es cuando nos parece que los indicados señores forman parte de un verdadero Gobierno español, que tiene en cuenta que son católicos, apostólicos, romanos la mayoría de sus gobernados; ahora es cuando nos parece que el Gobierno español ha dado un paso digno.... ¡Siquiera haya obrado de esa manera el Gobierno, por un prudente y casi laudable egoísmo, cual es conservar el poder unos cuantos días más, nosotros le damos de todo corazón mil y mil plácemes, y si pudiéramos borrar de la historia política lo que tenemos por manchas, siquiera

sean leves, lo haríamos aún á costa de los mayores sacrificios.

Palma de Mallorca está de enhorabuena.

Allí, con ese tan grande acontecimiento, irán mil y mil comisiones del universo mundo, pero muy principalmente de España, de nuestra grandeza, de nuestro Clero, nuestra Magistratura, de la pundonorosa clase militar, y en fin, de todas las clases sociales, á ofrecer sus respetos y consideraciones, sus vidas y haciendas al gran Pontífice León XIII, quien como tiene acreditado, sabe muy bien aprovechar todas las ocasiones que se le presentan, para prodigar consuelos al afligido, dar los mejores consejos al que los necesita, avivar y fortalecer la fe de los creyentes, alargar su bienhechora mano á toda clase de desgracias, y ganarse en fin, el aprecio y estimación hasta de sus mismos enemigos. ¡Arbol siempre benéfico el Pontificado, cuyos divinos frutos pueden llevar la vida á todo el género humano!

Allí, á la hermosa ciudad de Palma de Mayorca, irán también los pueblos católicos en numerosas peregrinaciones á protestar de su entrañable amor y adhesión profunda al sucesor de San Pedro, arrojado de Roma por la más hipócrita y refinada impiedad, por el más violento derecho de la fuerza, y la ingratitud más monstruosa.

Y todo esto, y mucho más que pudiéramos decir, será ciertamente como el principio del fin, como la hermosa aurora que anuncia á la tierra la próxima venida del sol, que muy pronto principia á dorar con sus luminosos rayos, los picos más elevados de las montañas.

Y vendrá, sí, ese tan deseado día de resurrección y gloria para la Esposa inmaculada del Cordero, que va pasando por la sucesión de los siglos, haciendo siempre bien á los hombres, como hiciera su Divino Esposo en su vida mortal, y como ahora sigue haciendo en su vida gloriosa y eucarística. ¡Vendrá, sí, ese día de glorioso triunfo! Y... si el Pontificado se ve hoy combatido por casi

todos los poderes de la tierra; si sus muchos enemigos se han esforzado como avasalladores gigantes, para hacerle desaparecer de la faz de la tierra, habiendo conseguido apenas reducirlo al triste estado de flor mustia y encorvada, pronto ese vigoroso tallo de la raiz de Jesé, libre de los vientos huracanados de la opresión y tiranía, se eruirá lozano y hermoso hacia el cielo, y todos los coros angélicos, acompañándose de sus sistros de oro, cantaránle entusiasmados mil y mil himnos de celestial victoria!

Desnudarás entonces la Iglesia de su largo y penoso luto y aparecerá vestida de toda su gloria y esplendor.

Y en ese, tal vez no lejano día, el Oriente y el Poniente, el Norte y el Mediodía, la saludarán jubilosos cual si hiciera su entrada triunfal en la tierra prometida, después de haber visto perecer á sus más prepotentes enemigos en el mar Rojo de sus pecados y apostasías. *¡Defuncti sunt qui querebant animam pueri!*

¡Libre, muy libre, va ya á ser la cautividad! La misma muerte va á ser vencida; y mil y mil Lázaros muertos por la culpa, ligados por los hábitos, y ya casi corrompidos por la ceguedad de su entendimiento y dureza de corazón, volverán radiantes de gloria á la vida de la gracia, para no ser borrados, tal vez jamás—¡quíralo Dios!—del libro de la vida! ¡Oh, día aquel, el más venturoso que habrá visto la Iglesia en el siglo XIX! El nuevo Derecho entrará de lleno en los caminos de justicia, y la nueva civilización recibirá todas las bendiciones del cielo, y una era de gloria y ventura principiará para toda la humanidad. ¡Veremos, sí, como una nueva creación vestida de los más ricos primores y galas, todas divinales, á lo que más que nadie, habrán contribuido poderosamente... EL PAPA y ESPAÑA!



INDICE



	<u>Páginas.</u>
DEDICATORIA.....	5
PRÓLOGO.....	11

Capítulo I.



ART. 1.º—El Papa y España.....	23
— 2.º—Armas del Papa en las presentes circunstancias.....	26
— 3.º—Causas y razones principales que tuvo el Santo Padre para mandar rezar las preces al fin de la Santa Misa.....	27
— 4.º—El Dios que hemos de invocar en las indicadas preces.....	36
— 5.º—Caridad del Santo Padre León XIII.....	39
— 6.º—El Santo Padre León XIII manda á todos los católicos pidamos á Dios por la libertad de Nuestra Santa Madre Iglesia.....	41
— 7.º—El despotismo liberal.....	45
— 8.º—Nauseabundo escrito del ciudadano libre Juan Deu y <i>Las Dominicales</i>	48
— 9.º—Pequeñas diferencias entre los antiguos per-	

	<u>Páginas.</u>
seguidores de la Iglesia y los moder- nos	51
ART. 10.—Satanismo de los masones-liberales en la erección de la estatua á Giordano Bruno..	54
— 11.—Efectos de la apoteósis del apóstata Gior- dano Bruno.....	59
— 12.—Protesta de la Iglesia Católica contra la apoteósis de la impiedad en la erección de la dicha estatua.....	60
— 13.—Protesta del Episcopado español contra la apoteósis de la impiedad por los mismos motivos.....	63
— 14.—Contestación de Su Santidad á la dicha protesta ó Mensaje del Episcopado es- pañol.....	67
— 15.—Alarma de Europa por la probable salida del Papa de la Ciudad Eterna	69
— 16.—Carta del Papa al Arzobispo de Colonia por indicadas causas.....	74

Capítulo II.

ART. 1.º—Creación, naturaleza, caída y oficios de los Angeles.....	79
— 2.º—Causas y algunas de las razones que tuvo el Santo Padre León XIII, para mandar pi- damos al Arcangel San Miguel, después de la Misa.....	83
— 3.º—Satanás siempre combatiendo al hombre ...	87
— 4.º—Poder del Arcangel San Miguel: debemos tenerle gran devoción	90

Capítulo III.

	<u>Páginas.</u>
ART. 1.º—Unidad de las naciones católicas ofreciendo hospitalidad al Papa, en el caso de verse obligado á salir de Roma.....	97
— 2.º—Ceguedad de algunos españoles liberales, y generosidad de la mayoría del pueblo español ofreciendo hospitalidad al Papa, en el caso de verse obligado á salir de Roma.....	100
— 3.º—Ayuntamiento de Sevilla, Barcelona, Inca de Mallorca y otros, ofreciendo hospitalidad al Papa.....	104
— 4.º—Los Ayuntamientos de las Baleares, y órdenes secretas del Gobierno español, mandando á los Gobernadores impidan que los Ayuntamientos ofrezcan hospitalidad al Papa.....	106
— 5.º—Los Excmos. Señores D. Práxedes Mateo Sagasta, D. José Canalejas, D. Venancio Gonzalez... <i>como particulares</i> , ofrecerían hospitalidad al Santo Padre León XIII...	110
— 6.º—Causas ó motivos que al parecer tuvo el Gobierno del Sr. Sagasta, para negar hospitalidad al Papa.....	118
— 7.º—Algunos recuerdos del catolicismo <i>sincero</i> de referidos Excmos. Señores Sagasta, Gonzalez y Canalejas.....	123
— 8.º—Circular del Ilmo. Sr. Obispo de Mallorca con motivo de la erección de la estatua á Giordano Bruno.....	129

Capítulo IV.

	<u>Páginas.</u>
ART. 1.º—Funestas consecuencias para el Clero, por el modo de obrar del Gobierno, con respecto al Santo Padre León XIII, y unas palabras del Sr. Sagasta.....	135
— 2.º—Los intereses religiosos y el Gobierno liberal.....	137
— 3.º—Predicación de la doctrina católica, las enseñanzas demagógicas y el Gobierno liberal fusionista.....	139
— 4.º—El Sr. Magistral de Vitoria en el púlpito de Nuestra Señora de la Vega.....	143
— 5.º—La palabra de Dios, el Gobierno liberal fusionista y una Pastoral notabilísima del Excmo. é Ilmo. Sr. Arzobispo de Burgos.	145

Capítulo V.

ART. 1.º—Alcaldada liberalesca en Mislata, de Valencia.....	152
— 2.º—Alcaldada <i>ultra-liberalesca</i> en Lillo, de Toledo.....	153

Capítulo VI.

ART. 1.º—Disposiciones tomadas por el Santo Padre en la eventualidad de verse obligado á salir de Roma.....	172
— 2.º—Oración á San José.....	178
— 3.º—La situación del Papa é inventarios del Vaticano.....	179

ART. 4. ^o —La cuestión Romana tiene hoy más importancia que nunca.....	181
— 5. ^o —Explicaciones dadas al Excmo. Emmo. y Rdmo. Sr. Nuncio de Su Santidad, por el Gobierno liberal fusionista, con motivo de haber prohibido á los Ayuntamientos, firmar exposiciones ofreciendo hospitalidad al Papa.....	184
— 6. ^o —Ofrecimientos de S. M. la Reina Regente al Santo Padre León XIII, para el caso de verse obligado á salir de Roma.....	191

Capítulo VII.

ART. 1. ^o —Una Pastoral del Ilmo. Sr. Obispo de Jaén y una circular del Excmo. Emmo. y Reverendísimo Sr. Cardenal Benavides, Arzobispo de Zaragoza, con motivo de la erección de la estatua al apóstata Giordano Bruno.....	195
— 2. ^o —La frescura de <i>El Liberal</i>	201
— 3. ^o —Conmemoración liberalesca en Roma, del nefasto día para la Iglesia, del 20 de Septiembre de 1870.....	204
— 4. ^o —Alarmas de la diplomacia europea por la eventual salida del Papa de la Ciudad Eterna.....	208
— 5. ^o —¿Saldrá el Papa de Roma? Diario católico de Colonia <i>Die Koelnische Volkszeitung</i>	214
— 6. ^o —Nuestro juicio sobre ciertas afirmaciones del dicho diario católico de Colonia.....	220
— 7. ^o —La salida del Papa y <i>El Resumen</i>	224
— 8. ^o —Palma de Mallorca es el mejor refugio para	

el Santo Padre León XIII, en el caso de verse obligado á salir de Roma.....	226
---	-----

Capítulo VIII.

ART. 1.º—El más justo y santo de todos los plebiscitos <i>¡Dios lo quiere!</i>	229
— 2.º—Los Congresos Católicos pidiendo unánimes el restablecimiento del poder temporal del Papa.....	231
— 3.º—El poder temporal del Papa, es la mejor garantía para su libertad como Jefe de la Iglesia.	234
— 4.º—Anatemas contra los usurpadores del poder temporal del Papa.....	237
— 5.º—Contínuas protestas del Orbe Católico contra la usurpación sacrílega del poder temporal de los Papas.....	238

Capítulo IX.

ART. 1.º—¿Saldrá de Roma el Papa? Palma de Mallorca puede ser su muy conveniente accidental residencia	241
— 2.º—Un discurso de Crispi en Palermo, y el Papa no es un Príncipe destronado cualquiera.....	249
— 3.º—Las faltas graves que los Reyes y sus Gobiernos cometen contra Dios y su Santa Iglesia, hacen miserables á gobernantes y gobernados	254
— 4.º— <i>Post nubila Phæbus</i>	259
— 5.º—Si el Papa sale de Roma... irá á Mallorca ..	260

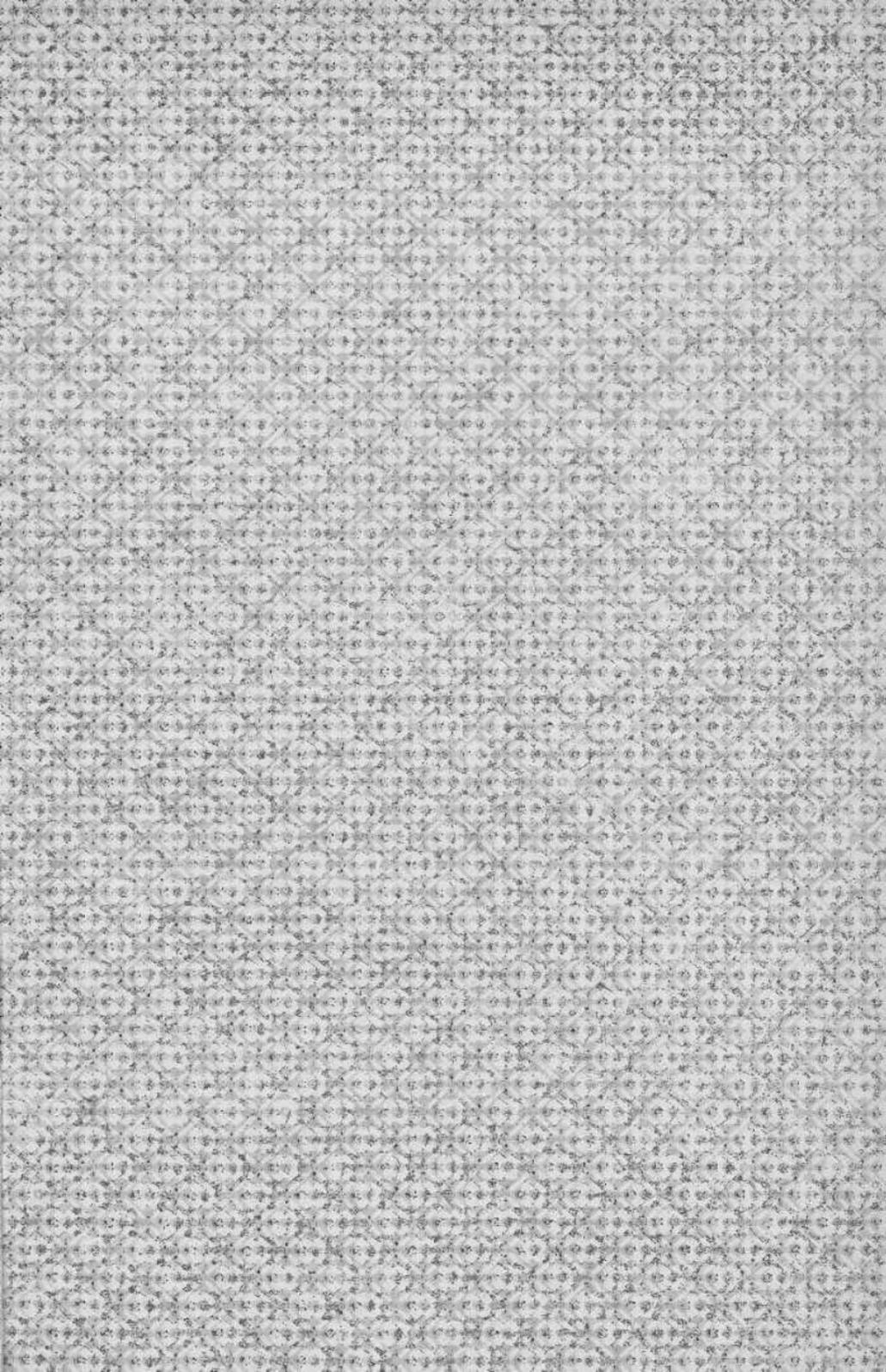
- ART. 6.º—El diario madrileño *La República* se retuerce de rabia porque España dé hospitalidad al Papa..... 262
- 7.º—Alegría de España por la venida del Papa, en caso de salir de Roma..... 263
- 8.º—Palma de Mallorca es la ciudad elegida por el Papa, de acuerdo con el Gobierno español y S. M la Reina Regente, en el caso de verse obligado á salir de Roma..... 265
-

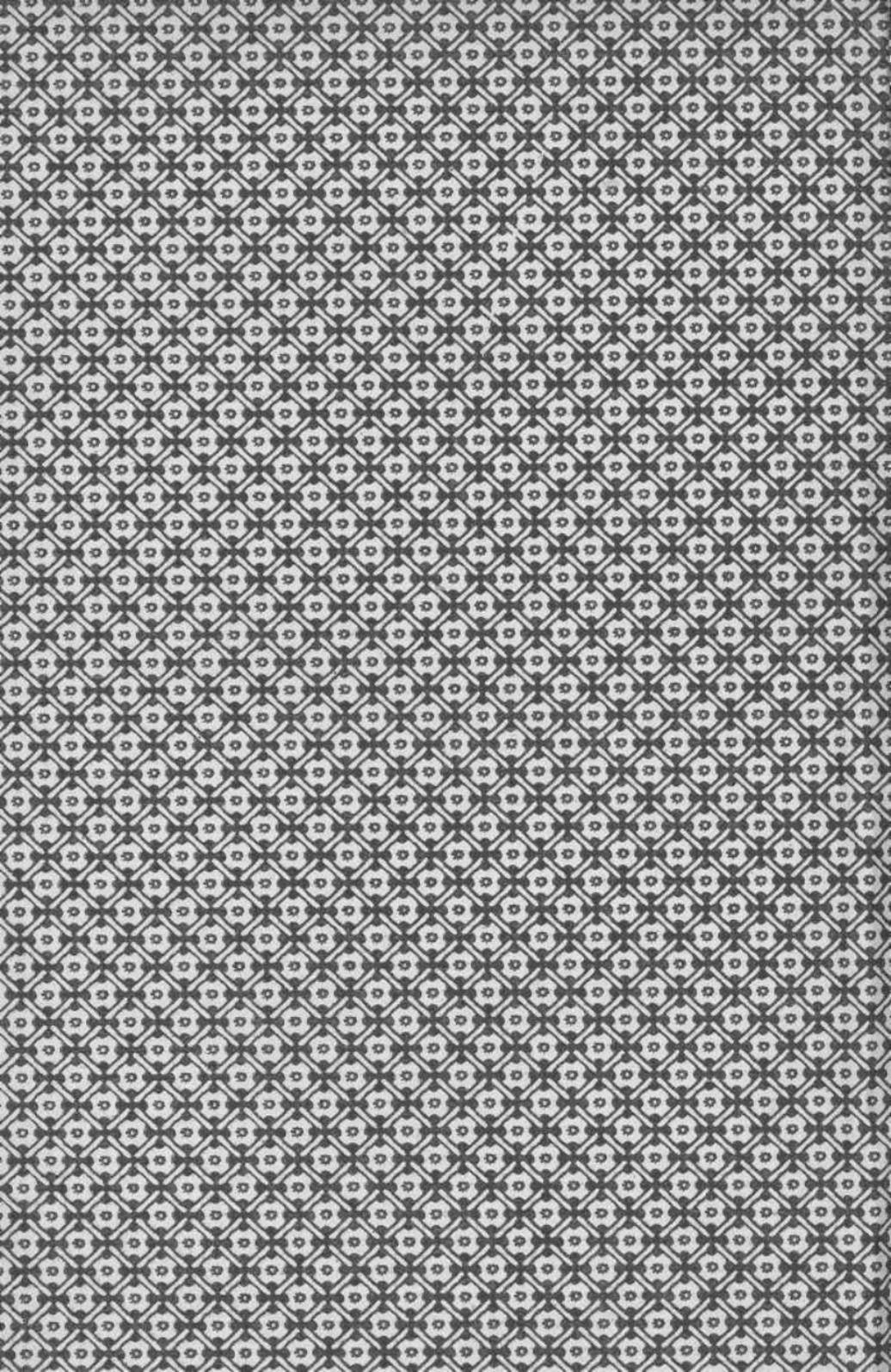
FE DE ERRATAS

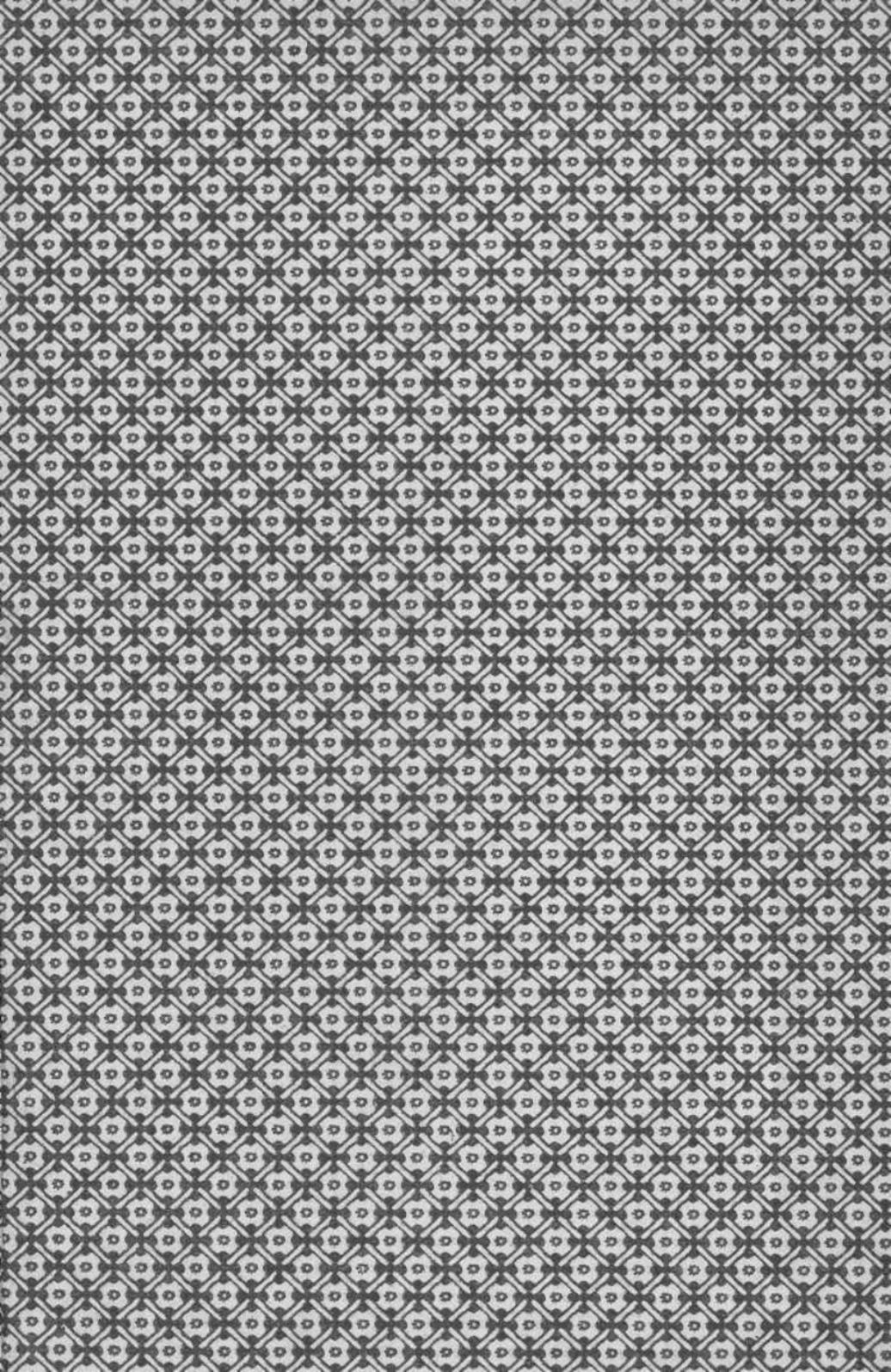
Página.	Línea.	Dice.	Léase.
12	28	cualesquiera	cualquiera
24	24	¡ El Papa !	¡ España !
28	22	<i>ut nos</i>	<i>ut non</i>
29	34	<i>Ego auter</i>	<i>Ego autem</i>
51	26	se nos acusa	se nos acuse
57	28	rescate	remate
58	7	Crucifixión	Crucifixión
61	1	Cátedras	Catedrales
69	16	católicos	acatólicos
id.	28	un	su
73	25	católicos	acatólicos
76	7	nociones	naciones
88	19	obtembración	obtenebración
97	12	excecración	execración
111	14	en	su
172		* * *	Capítulo VI.
184	28	expliciones	explicaciones
195		Capítulo VI	Capítulo VII
221	30	con	son
236	7	refiere	requiere
229		Capítulo VII	Capítulo VIII
241		Capítulo VIII	Capítulo IX
249	31	es	de











VITORIA

EL PAPA

Y

ESPAÑA

4559